

Gemma Herrero Virto



¿Tú me
VES?


Roanoke
V

¿TÚ ME VES? V

ROANOKE

Gemma Herrero Virto

Copyright 2019 Gemma Herrero Virto

Título: ¿Tú me ves? V: Roanoke

Autor: Gemma Herrero Virto

Diseño de portada: Mónica Gallart (Book Cover Land)

Página web: www.gemmaherrerovirto.es

Facebook: <https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2>

Twitter: @Idaean

Instagram: gemma_herrero_virto

Copyright de la presente edición: © 2019 Gemma Herrero Virto

Fecha de publicación: 1 de octubre de 2019

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Dedicado a todos los que habéis acompañado a Al y Eli en su viaje.

Si os habéis sentido dentro de esa caravana, si habéis pasado miedo con ellos, si os habéis reído con sus ocurrencias, si habéis llorado con ellos, si os habéis emocionado...

Esta es también vuestra historia.

Índice

NOTA DE LA AUTORA

ERIC. DICIEMBRE DE 2016

Capítulo UNO

Capítulo DOS

Capítulo TRES

Capítulo CUATRO

Capítulo CINCO

Capítulo SEIS

Capítulo SIETE

Capítulo OCHO

Capítulo NUEVE

Capítulo DIEZ

AL Y ELI. MANTEO (CAROLINA DEL NORTE). DICIEMBRE DE 2016

Capítulo UNO

Capítulo DOS

Capítulo TRES

Capítulo CUATRO

Capítulo CINCO

Capítulo SEIS

Capítulo SIETE

Capítulo OCHO

Capítulo NUEVE

Capítulo DIEZ

Capítulo ONCE

Capítulo DOCE

Capítulo TRECE

Capítulo CATORCE

Capítulo QUINCE

CAPITULO DIECISEIS

NOTA DE LA AUTORA

OTRAS OBRAS PUBLICADAS

Nota de la Autora

Como ya sabréis por las novelas anteriores de esta saga ([La maldición de la casa Cavendish](#), [Carpe diem](#), [El susurro de los condenados](#) y [El regreso de Sarah Ellen](#)), la música tiene un papel muy importante en esta historia. De hecho, uno de los protagonistas principales es un guitarrista que sueña con convertirse en estrella de *rock*. Por ello, en esta nueva historia también he incluido muchas canciones. Al contrario que en las novelas anteriores, en las que tuve que restringirme a la fantástica música que se hacía en los años 80 y principios de los años 90, en este libro hemos saltado en el tiempo hasta 2016, así que he podido permitirme incluir canciones de este siglo, que también las hay muy buenas.

Al igual que hice en las novelas anteriores, he reunido todas las canciones que aparecen en este libro en una lista que podéis encontrar en Spotify. Os dejo el enlace de la lista aquí para que podáis escucharlas si no las conocéis o para que las utilicéis como banda sonora de la novela:

<https://open.spotify.com/playlist/1R6rTe3FiwNjDH0q8h0qy5?si=KhcOJS11TmAdW88nEQSAw>

Esta es la lista de canciones:

Uptown funk – Mark Ronson feat. Bruno Mars

Wherever you will go – The calling

Someone like you – Adele

Still got the blues – Gary Moore

Thinking out loud – Ed Sheeran

Basket case – Green day

Always – Bon Jovi

Million reasons – Lady Gaga

One vision – Queen

Thunderstruck – AC/DC

Don't speak – No doubt

The long road – Mark Knopfler

Merry Christmas, baby – Bruce Springsteen

Muchas de estas canciones forman parte de la historia de la música, de mi propia historia y de la de muchos de vosotros. Espero que las disfrutéis.



DICIEMBRE DE 2016

Capítulo 1

BURLINGTON (VERMONT)

La nevada de la noche anterior ha dejado las calles de Burlington cubiertas de blanco. Por suerte, las nubes de tormenta ya han pasado de largo y en este momento el cielo es azul y brillante y los rayos de un débil sol de diciembre arrancan brillos a la nieve acumulada en las aceras y los tejados, convirtiendo la ciudad en un paisaje de cuento. Los adornos callejeros y la decoración navideña de los escaparates solo refuerzan esa sensación. Una gran nevada antes de Navidad, como debe ser, como en los primeros recuerdos.

Vuelvo la vista a la carretera y veo cómo el coche que va delante de mi Impala tritura la nieve blanca bajo sus ruedas, convirtiéndola en un amasijo de barro. Todo se corrompe, incluso algo tan hermoso y puro como la nieve, incluso algo tan luminoso como los recuerdos de la infancia. Va a ser la primera Navidad que pase lejos de mi familia, sin Brad, sin Lissie... sin mi madre. Trato de no pensar en ello y de concentrarme en conducir, pero llevo meses intentando sacarla de mi mente y sé que es imposible. Nunca podré borrar todos los años que compartimos ni olvidar lo que hizo. Lo que sí puedo hacer es desterrar esos recuerdos dolorosos a algún lugar oscuro de mi mente y dejarlos encerrados ahí para tratar de concentrarme en pensamientos más luminosos. Soy experto en esconder mierda bajo la alfombra. He pasado la mayor parte de mi vida haciéndolo.

Lo único en lo que debo pensar ahora es en los días que tengo por delante. Diez días de vacaciones en un pueblo de Carolina del Norte con la mujer más maravillosa que existe. Con Debbie, mi Debbie, mi novia... Llevamos juntos tres meses, pero aún tengo que repetírmelo varias veces al día para convencerme de que no es un sueño ni una alucinación. Ella está conmigo y parece que le gusto de verdad, tanto como para querer presentarme a su familia. Ese es otro pensamiento que me preocupa, así que lo destierro al

cuarto oscuro y me concentro en aparcar.

Ya he llegado frente a la casa que Debbie comparte con varias compañeras de la universidad. Es un edificio de dos plantas con el tejado de color gris, las paredes pintadas en azul pastel y alegres ventanales blancos. En cuanto paro el coche, unas cortinas se mueven en el piso de arriba. Seguro que alguna de las compañeras de Debbie ya se ha dado cuenta de que he llegado y la está avisando. En un par de segundos, las cortinas vuelven a moverse y la veo asomada a la ventana. Me sonrío y me hace un gesto para indicarme que espere un poco. Estoy casi seguro de que ella no puede verme, pero, aún así, le devuelvo la sonrisa y asiento.

Sé que tardará un poco en acabar de prepararse y despedirse de todas sus compañeras de piso, así que decido salir a fumar un cigarrillo. El coche es mío y podría fumar dentro, pero a Debbie no le gusta el olor del humo del tabaco y va a tener que pasarse un montón de tiempo aquí metida. En cuanto abro la puerta del coche y salgo fuera, me arrepiento de mi decisión. A pesar del cielo azul y del sol brillante, hace un frío glacial. Me subo los cuellos de la chaqueta vaquera mientras maldigo mi decisión de haber dejado el plumífero en casa. Es cierto que vamos a Carolina y que allí el tiempo es más cálido, pero debería haber tenido en cuenta que me quedaba por pasar un rato en Vermont y que aquí uno puede pillar una pulmonía por algo tan tonto como estar a la intemperie cinco minutos fumando un cigarrillo.

Me siento en el capó del Impala, que aún está caliente, y enciendo el cigarrillo mientras continúo observando la entrada de la casa. Espero que Debbie no tarde mucho. Parece que ella se apiada de mí, porque no han pasado ni dos minutos cuando la puerta se abre y aparece. Me quedo paralizado contemplándola, admirado una vez más por mi buena suerte. La verdad es que casi no se la ve. Debbie es muy friolera y lleva un plumífero enorme que la hace parecer un muñequito de nieve. Sus rizos morenos están recogidos bajo un gorro de lana con orejas y la mitad inferior de su cara está cubierta por una gruesa bufanda de colores. Aunque casi no pueda verla, me parece la chica más bonita del mundo. Tiro el cigarrillo a un charco y me acerco a ella, subiendo de dos en dos las escaleras que llevan hasta la puerta. La agarro con un brazo por la cintura y, con la mano libre, bajo un poco su bufanda para depositar un suave beso en sus labios.

—¿Preparada para las vacaciones de tu vida?

—Por supuesto. Vamos.

La suelto y agarro la enorme maleta que ella ha sacado de casa para llevarla hasta el coche. En el primer intento ni siquiera consigo levantarla una pulgada del suelo. Pesa una tonelada. Me pregunto cómo habrá podido llevarla Debbie hasta la puerta. Sin embargo, no me quejo. Soy el tío de la relación y tengo que ser fuerte o, al menos, aparentarlo. Aprieto los dientes, me resigno a pasar el resto de las vacaciones con lumbago y consigo levantar la puñetera maleta.

—No vas a poder con ella —dice Debbie a mi espalda—. Déjame que te ayude.

—No, no hace falta. Yo puedo —miento mientras intento bajar los escalones sin caer rodando arrastrado por el peso—. Pensaba que nos íbamos a Roanoke una semana, no que te mudabas allí para siempre.

—Te juro que he metido solo lo imprescindible —contesta ella—. Estoy segura de que, cuando llegue, me daré cuenta de que se me han olvidado un montón de cosas.

—No puedes haber olvidado nada —protesto—. En esta maleta tiene que estar todo lo que has comprado a lo largo de tu vida y la mayoría de las cosas de tus compañeras de piso.

Ella se ríe y me adelanta para abrir el maletero. Con un último esfuerzo que termina de destrozarme las lumbares, consigo alzar la maleta y meterla dentro. A su lado, mi mochila parece ridícula. Uno de los dos no tiene ni idea de cómo hacer el equipaje para pasar una semana de vacaciones y sospecho que no soy yo.

Me meto en el coche y espero a que Debbie se siente a mi lado. Ella me mira ilusionada y revuelve el pelo de mi nuca.

—Vamos, Eric. Sonríe un poco. Cualquiera diría que te llevo a la sala de ejecuciones —bromea—. Esto son unas vacaciones. Alegra esa cara.

—Estoy bien. Tranquila.

—¿En serio? ¿Y a qué viene esa cara de preocupación? —Ella me sonrío comprensiva—. Si no quieres pasar las vacaciones con mi familia, lo entiendo. No pasa nada si piensas que es demasiado pronto.

Lanzo un largo suspiro mientras busco las palabras para explicarme. No pienso que sea demasiado pronto. De hecho, Debbie no puede ni siquiera imaginar lo feliz que me hace que quiera presentarme a sus padres, que me demuestre que para ella lo nuestro es algo más que un rollo pasajero o una aventura de su época universitaria. Me hace mucha ilusión que me considere

algo más y que quiera “formalizar” lo nuestro. Sin embargo, por otro lado me aterra. Debbie me ha dicho mil veces que su familia es encantadora y que me van a adorar en cuanto me conozcan, pero eso no me tranquiliza. Sé lo que va a suceder. En cuanto me tengan frente a sus ojos, empezarán a evaluarme y a preguntarse si ese chico de pelo alborotado, mirada huidiza y manos temblorosas es lo bastante bueno para su Debbie. Podría apostar sin miedo todo mi dinero a que la respuesta va a ser no.

No puedo decirle todo eso a ella, así que me limito a sonreír y negar con la cabeza mientras acciono el contacto del coche.

—Claro que quiero pasar las navidades con tu familia. Después de todo, tú aceptaste venir a Swanton en Acción de Gracias para pasar el día con Eloise.

—Esto no va así —me contradice ella—. No estás obligado a venir porque yo aceptase conocer a tu tía. Podrías pasar la Navidad con ella o hacer las paces con tu familia...

—Ya te he dicho que no es mi tía. Y no insistas con lo de mi familia —contesto con el tono de voz más firme que puedo poner—. Eso es imposible.

—Un día vas a tener que explicarme qué te une a esa mujer si no es tu tía —dice ella frunciendo el ceño—. Y también tendrás que contarme por qué no quieres ir a ver a tu familia, sabiendo que viven a un par de calles de distancia de aquí.

—Algún día te lo explicaré, pero hoy no es ese día. —Enciendo el equipo de música haciendo que las alegres notas de *Uptown funk* llenen el habitáculo—. No es momento de dramas. Estamos de vacaciones.

Le dedico mi sonrisa más radiante para tratar de dar por concluido ese tema. Ella arruga la nariz en un gesto encantador. Sé que no le gusta saber que le oculto cosas, pero aún no estoy preparado para hablarle de mi pasado y, aunque ella no lo sepa, tampoco está preparada para que le hable de los fantasmas, crímenes y secretos que guardo en ese cajón cerrado de mi memoria. Parece que se da por vencida, porque me devuelve una sonrisa antes de señalar al equipo de música.

—¿Vas a torturarme con canciones como esa todo el camino?

—Por supuesto —contesto—. He preparado una recopilación con los mejores temas de los últimos diez años. Vas a alucinar.

Nueve horas después, Debbie me indica que tengo que tomar la siguiente salida. Acabamos de cruzar Baltimore y el sol ya se ha ocultado bajo la línea

del horizonte. Cuando planeamos el viaje, le dije a Debbie que podíamos hacerlo en un solo día, pero la verdad es que estoy agotado y que me alegro de que ella insistiera en partir el viaje en dos jornadas. Sigo conduciendo hasta entrar en el aparcamiento del hotel y dejé el coche cerca de la recepción. Mientras Debbie entra a por las llaves, me quedo mirando el edificio. No podría ser más feo ni diseñándolo adrede. Es una enorme mole rectangular con las paredes pintadas en amarillo chillón y con las puertas de un azul brillante que parece elegido para no combinar. Decido dejar de mirarlo antes de que me dañe las retinas para siempre y aprovechar el tiempo para sacar las maletas sin que Debbie vea cómo me hernio en el intento.

Ella regresa un par de minutos después con la llave de la habitación en la mano. La tarjeta que cuelga de ella es del mismo horrible color de las paredes, pero no es eso lo que hace que mi estómago se encoja. Solo trae una llave. Sé que es ridículo y que Debbie se reiría de mí si lo supiera, pero llevo días rezando en secreto para que ella me diga que prefiere que durmamos en habitaciones separadas. No soy un inocente virgen ni tengo fobia al sexo ni nada por el estilo, pero, como en todas las cosas importantes de mi vida, me aterra la idea de decepcionar. Sé que llevamos tres meses juntos, pero hasta el momento he conseguido evitar pasar a mayores con la excusa de que los dos vivimos en pisos compartidos en los que siempre hay alguien. Sus compañeras son unas cotillas sin remedio que se pasarían todo el tiempo que estuviéramos dentro de la habitación haciendo cábalas sobre qué estaríamos haciendo y qué no y que nos mirarían con una sonrisita burlona cuando saliéramos. Mis compañeros son aún peores. Estoy seguro de que se habrían quedado al otro lado de la puerta soltando gritos de ánimo para que el pobrecito Eric culminara con éxito la faena. Debbie sabe cómo soy y ha respetado mi timidez hasta el momento, conformándose con algunos escarceos en el asiento trasero del Impala, pero ya no tengo escapatoria.

Me concentro en seguirla tirando de su enorme maleta mientras ella se adelanta llevando mi ligera mochila. Abre la puerta de la habitación y se echa a un lado para permitirme el paso. Dejo la maleta contra la pared y contemplo la enorme cama de matrimonio. Era mi última esperanza: una habitación con camas separadas. Sé que soy un imbécil, que cualquier tío se moriría de ganas de pasar la noche con una chica como Debbie. Joder, yo también lo deseo más que nada en el mundo, pero no puedo evitar que las manos me suden, que la boca se me seque y que todo mi cuerpo tiemble. Tengo que respirar de forma

profunda para combatir las ganas de salir corriendo.

Debbie se quita el abrigo, abre su maleta y, después de revolver un poco entre su ropa, saca una botella de champán y dos copas. Parece que ella tenía muy claro a qué veníamos a este hotel de Baltimore. Se gira hacia mí y me lanza una sonrisa burlona que me demuestra lo bien que me conoce.

—Bueno, Eric... Parece que se te acabaron las excusas.

—No... No... No es justo que me leas el pensamiento, bruja —consigo decir tras tartamudear un poco.

Ella suelta una risa sincera y me clava esa mirada limpia de ojos azules que me vuelve loco antes de tenderme la botella de champán para que la abra.

—¿Así que ahora quieres emborracharme para abusar de mí? —bromeo mientras me peleo con el tapón.

—Ahora eres tú el que me lees el pensamiento —dice ella, acercándose a mí con una sonrisa seductora.^[1]

Salgo de la habitación con la mochila al hombro y una sonrisa de oreja a oreja. Debbie ha estado remoloneando en la cama y se ha levantado tarde, así que ahora me tocará esperarla un rato. Todavía está duchándose y tiene que vestirse y maquillarse, pero no he querido agobiarla y meterle prisa.

Meto mi mochila en el maletero y me siento en el capó para fumar un cigarrillo mientras contemplo el paisaje. La verdad es que no hay mucho que mirar: un aparcamiento casi vacío, una estrecha carretera que conecta con la interestatal y el horrible edificio del hotel. A pesar de lo feo que es, lo miro con cariño. He pasado en él una de las mejores noches de mi vida y dudo que vaya a olvidarlo.

La puerta de la habitación se abre unos minutos después y Debbie sale arrastrando su maleta. Corro hacia ella, hago que deje la maleta en el suelo, la abrazo por la cintura y le doy un beso tan fuerte que me planteo que tengo que estar haciéndole daño.

—¡Qué efusivo! —dice ella riendo cuando la suelto—. ¿Te he dejado con ganas de más?

—Eso siempre. —Trato de parecer confiado, pero noto que enrojezco mientras digo las siguientes palabras—. ¿Sabes que todavía nos quedan dos horas antes de tener que dejar la habitación?

—Me encantaría, pero todavía faltan muchas millas hasta Roanoke —

contesta haciendo un mohín encantador con los labios.

Me encojo de hombros, suelto un exagerado suspiro y recojo su maleta para llevarla hasta el coche. Me concentro en lo que pesa para evitar pensar en si la negativa de Debbie puede deberse a que lo de la noche pasada no ha sido para ella tan memorable como lo ha sido para mí. Aunque trato de apartar todas las dudas, mi cerebro se empeña en torturarme diciéndome que tendría que haber llevado la iniciativa, que seguro que estuve muy cortado, que quizá no dure lo suficiente... Joder, yo qué sé... No puedo tomarme la vida así. Todo es una prueba, todo el rato me siento evaluado y no hay momento en el que piense que van a valorarme con una buena nota. Esto es un suplicio y me lo provoco yo solo.

Cuando entro en el coche, Debbie se gira hacia mí con una sonrisa en los labios. Me quedo mirándola unos segundos, buscando en sus ojos la sombra de la duda o de la decepción, pero no encuentro nada de eso. Ella parece feliz y eso me permite relajarme un poco. Cuando arranco el coche, ella suelta una risita que despierta de nuevo todas mis alarmas.

—¿De qué te ríes? —pregunto.

—De nada. Solo pensaba que, cuando paremos a desayunar, tengo que llamar a mi madre.

—¿Para qué?

—Le dije que yo dormiría en la habitación de mis hermanas y que tú podrías ocupar la mía, pero he cambiado de opinión —contesta con una sonrisa burlona en la cara.

—¿Y has esperado hasta esta mañana para decidir eso? —Intento mantenerme tranquilo, pero noto una oleada de calor que hace arder mis mejillas—. Cualquiera diría que lo de anoche fue un examen y que estabas esperando a ver si lo pasaba.

—Lo era, cariño —dice ella mientras me acaricia la nuca—, pero puedes estar tranquilo. Lo has aprobado con buena nota.

Decido no contestar. Sé que Debbie disfruta con estas cosas, que le parece encantador ver cómo me pongo nervioso y enrojeczo hasta la raíz del pelo, pero no voy a darle esa satisfacción. Enciendo la música, pongo el volumen al máximo y me concentro en conducir rumbo a Roanoke.

Capítulo 2

MANTEO (CAROLINA DEL NORTE)

—No sois muy originales por aquí poniendo nombres, ¿verdad? —comento tras pasar una señal.

—¿Por qué dices eso? —pregunta Debbie girándose hacia mí.

—No sé... Acabamos de pasar por un pueblo llamado Alligatorⁱⁱⁱ, por la reserva de fauna salvaje del Río Alligator, hemos cruzado un puente sobre el río Alligator y ahora estamos pasando por el Refugio Nacional de la vida salvaje del río Alligator.

—Puede que no sea falta de originalidad. A lo mejor estamos intentando advertir a los turistas de que no deberían meterse en el agua a lo loco...

—¿Pero es que de verdad hay caimanes?

Antes de que pueda contestarme, ya estoy mirando a ambos lados de la carretera, temeroso de que la vegetación se abra y uno de esos monstruos prehistóricos aparezca dispuesto a comernos con coche incluido. Debbie suelta un largo resoplido a mi lado.

—Tendré que hablar con las autoridades para decirles que los nombres no funcionan como aviso. Lo mejor será poner un cartel gigante que diga “Cuidado: Caimanes”.

—Pues el mensaje sería mucho más claro. ¿No me lo podrías haber dicho antes de venir hasta aquí?

—¿Y qué más te da? ¿Es que tenías pensado bañarte en pleno diciembre?

—No. Ni en diciembre ni en ningún otro mes del año. No soy muy aficionado a meterme en grandes extensiones de agua —confieso mientras sigo barriendo el terreno con la mirada.

—Pues en verano es genial —comenta Debbie con una sonrisa soñadora en la cara—. Se pueden hacer un montón de deportes acuáticos en la laguna que rodea la isla.

—¿Qué laguna? —pregunto confuso—. ¿Roanoke no está en el Atlántico?

—Técnicamente no —contesta ella—. Pamlico Sound es una laguna gigante. Está protegida del océano Atlántico por el escudo que forman los Outer Banks, una serie de islas que rodean Roanoke.

—Me da igual lo que sea. Los lagos y lagunas me gustan aún menos. Y, sabiendo que hay caimanes, no me metería ahí ni por dinero.

—Tú te lo pierdes —contesta ella, encogiéndose de hombros—. Cuando volvamos en verano, yo pienso meterme en el agua mientras tú te aburres.

—Yo no definiría como aburrimiento estar sentado en una terraza bebiéndome una cerveza mientras contemplo cómo los caimanes devoran a mi novia.

Ella se ríe, niega con la cabeza mientras me llama exagerado entre dientes y abre la ventanilla del coche para dejar que el aire fresco agite su pelo. Una sonrisa se instala en su cara mientras contempla embelesada el paisaje. La verdad es que no hay mucho que ver: millas y millas de terreno pantanoso y bosques de frondosos árboles, interrumpidos de vez en cuando por algún rancho o alguna alta torre de electricidad. Sin embargo, comprendo su sonrisa. Es su hogar, el paisaje en el que se crió y ha tenido que echarlo de menos en la gris y fría Burlington.

Me doy cuenta de que yo también estoy sonriendo. Sé que ella solo ha comentado lo de volver en verano de manera casual, pero me hace ilusión. Se supone que en junio ella terminará sus estudios en la Universidad y regresará a casa, pero parece que me incluye en sus planes de futuro. No le he comentado nada porque no quiero agobiarla, pero, en cuanto empezamos a salir y me di cuenta de que estaba absolutamente enamorado de ella, empecé a temer la llegada del verano y la posibilidad de perderla. Sí, lo sé. Gilipollas como siempre. En lugar de disfrutar del tiempo que estoy con ella, me paso el día angustiado por el momento en el que ya no esté. Sé que esa es la manera más fácil de estropear una relación, pero no puedo evitarlo. A lo mejor ya estoy demasiado viejo para cambiar...

Sus palabras han conseguido alegrarme mucho más de lo que ella podría llegar a imaginar. Saber que tengo un hueco en sus planes de futuro, aunque solo haya sido un comentario casual sobre unas posibles futuras vacaciones, me llena de esperanza. Es bonito pensar que ella no tiene planeado regresar a casa sin mirar atrás y olvidarse de aquel chico con el que compartió sus últimos meses de universidad.

Debbie pega un gritito de alegría y empieza a dar botes en el asiento como si fuera una niña pequeña. Los árboles han ido espaciándose para dejar ver un pequeño pueblo.

—Ya casi llegamos —dice emocionada—. Solo nos falta cruzar un último puente y estaremos en Roanoke.

—Menos mal. Me duele todo —comento mientras me remuevo incómodo en el asiento—. Tengo ganas de llegar ya.

La carretera por la que estamos transitando se convierte en un ancho puente de cuatro carriles que se extiende hasta la línea del horizonte. En cuanto recorremos un par de millas, solo podemos divisar agua a nuestro alrededor, una inmensidad que nos rodea y que parece no tener fin. Al fondo, muy a lo lejos, se divisa una línea de tierra que debe de ser Roanoke. Está iluminada por los últimos rayos del sol, que ya declina y que tiñe el horizonte con brillos dorados. Parece un espejismo, una especie de tierra prometida que continúa igual de alejada por más que el coche corra a su encuentro. Por un segundo, me planteo que no la alcanzaremos nunca, que estaremos condenados a pasar la eternidad en ese coche, rodeados de agua sin escapatoria posible. Siento que el estómago se me encoge y que mi respiración se acelera. Durante unos instantes, pienso que deberíamos dar la vuelta, que es mala idea seguir por ese camino, pero me fuerzo a tranquilizarme. Es normal que me sienta inquieto al estar rodeado por tanta agua después de mis experiencias con el lago Champlain, pero este sitio no tiene nada que ver. No hay fantasmas, no hay maldiciones, no hay crímenes... No hay nada que tenga que ver con el pasado, no hay nada de lo que huir.

—¿Qué piensas? —pregunta Debbie interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Cómo es que te marchaste de un sitio tan bonito para ir a vivir a una ciudad tan fea como Burlington?

—El programa de Historia de la Universidad de Vermont es muy bueno. Y, además, me ofrecieron una beca.

—Aún así, tienes que haber echado de menos esto.

—Al principio, sí, pero luego te acostumbras —contesta ella—. Además, en los últimos meses he encontrado algo en Burlington que hace que vivir allí merezca la pena.

La sonrisa que me dedica hace que todos mis miedos queden olvidados. Estoy donde debería estar, donde quiero estar: a su lado. Nada más importa.

Poco a poco, la isla va creciendo ante nuestros ojos. Siento que la ansiedad

se reduce y dejo de aferrarme al volante como si me fuera la vida en ello. Cuando el puente termina, volvemos a encontrarnos en una carretera rodeada de árboles. Me siento decepcionado. Después de la hermosa imagen que ofrecía la isla desde el otro lado de la ensenada, no imaginaba que encontraríamos más de lo mismo.

—¿Tenéis casas en esta isla? —pregunto después de un par de millas de no ver otra cosa que tierra llana y árboles.

—Sí, tranquilo. Enseguida llegaremos a un cruce —explica ella—. Tienes que girar a la izquierda para ir a Manteo, que es el pueblo en el que viven mis padres.

Asiento y sigo conduciendo. Esa referencia a sus padres ha vuelto a ponerme nervioso. Casi no queda nada para conocerles, ya no hay vuelta atrás... Vuelvo a plantearme si les gustaré, si les pareceré poca cosa para su niña, si notarán lo nervioso que estoy... Seguro que, nada más verme, se fijan en mi pelo, siempre revuelto y alborotado. Aunque sé que no sirve de nada, desvío la mirada de la carretera para dirigirla al espejo retrovisor e intentar arreglar un poco los remolinos del flequillo. Debbie se ríe a mi lado.

—Tranquilo. Estás genial. Les vas a encantar.

Me sorprendo de lo bien que me conoce a pesar del poco tiempo que llevamos juntos. Y me sorprende aún más que, conociéndome tan bien, sabiendo todas las inseguridades y miedos que pueblan mi cabeza, quiera seguir estando a mi lado. Su sonrisa confiada y el brillo de sus ojos son todo lo que necesito para que la ansiedad desaparezca.

Tras dejar atrás el cruce que ella me ha anunciado, empiezan a aparecer casas a ambos lados de la carretera. Están separadas unas de otras por amplios jardines con altos árboles. La mayoría solo tiene dos pisos, pero muchas de ellas parecen más altas porque están construidas sobre altos pilares de madera. Supongo que, al estar en una isla tan llana, las inundaciones serán frecuentes y esa es una manera de estar a salvo. Por un segundo, me planteo si, cuando la isla se inunda, los caimanes entran en ella y se pasean por sus calles. No es una imagen muy tranquilizadora.

Tras dejar atrás una bonita iglesia de ladrillo y el edificio del ayuntamiento, Debbie me pide que aparque frente a una casa de un solo piso con fachada blanca y tejado rojizo. Bajo del coche y me quedo un rato observando el lugar. Parece alegre y acogedor. Después de cruzar un pequeño jardín delantero, se accede a unos escalones, flanqueados por dos arbustos de

flores rosadas que no reconozco, que llevan a un porche con suelo de madera clara y columnas blancas que ocupa todo el frontal de la casa y se extiende por uno de los laterales. Al lado de la puerta de entrada hay dos mecedoras vacías. Seguramente esta gente solo las usa tras la llegada de la primavera, pero yo, tan acostumbrado al frío de Vermont, ya estoy deseando que llegue la noche para sentarme con una cerveza a disfrutar de un rato de tranquilidad.

La puerta se abre y en el umbral aparece una mujer bajita que se parece mucho a Debbie. Tiene su mismo pelo rizado, sus mismos ojos azules y esa sonrisa amplia y alegre capaz de iluminar hasta el más gris de los días. La mujer se acerca a ella casi a la carrera, la coge entre sus brazos y empieza a darle besos mientras las dos dan unos gritos de alegría tan agudos como para resquebrajar cristales. Aún siguen abrazadas cuando una joven, también muy parecida a Debbie pero con el pelo corto y teñido de rojo, sale de la casa gritando y se une a la demostración de histeria colectiva.

Me quedo quieto al lado del Impala, rezando para que sigan sin hacerme caso y se gasten toda la efusividad en esos abrazos. Nunca he sido muy aficionado a las demostraciones de afecto y mucho menos si provienen de gente que no conozco. Por desgracia, las tres mujeres dejan de abrazarse y se giran hacia mí. Esperan hasta que Debbie dice “Este es Eric, mi novio” y se lanzan sobre mí como una cuadrilla de hienas hambrientas. La chica joven se acerca y me da un abrazo tan fuerte como para cortarme la respiración. Cuando me suelta, me planta un sonoro beso en la mejilla y se retira un poco para permitir el paso a su madre. En ese momento, llega lo peor. La mujer se cuelga de mi cuello y empieza a soltar una ráfaga de besos, de esas que suelen dar las abuelas. Me mantengo tieso, sin mover un músculo, esperando que la tortura acabe. Cuando la mujer se cansa de darme besos, se separa un poco, me coge la mejilla y me la estruja como si estuviera intentando extraer zumo.

—¡Qué chico tan mono, Debbie! No nos habías dicho que era tan guapo.

—Es que no quería que me lo robarais —bromea Debbie—. Eric, esta es mi madre.

—Encantado, señora Sherman —consigo decir sin tartamudear.

—Nada de señora Sherman. Me haces sentir mayor —dice ella, coqueta—. Llámame Adele.

—Está bien, Adele. —Me estiro para conseguir liberar mi moflete del agarre de esa mujer antes de que me deje cicatrices y me giro hacia la joven—. Supongo que tú eres Keira, la hermana de Debbie.

—Sí. Espero que te haya hablado bien de mí.

—Por supuesto que lo he hecho —interviene Debbie, dándole otro abrazo a su hermana antes de girarse hacia la figura que aún ocupa el umbral de la puerta—. Eric, este es mi padre.

Me acerco a la puerta con la mano tendida, pero el padre de Debbie continúa con los brazos cruzados frente al pecho, observándome de arriba abajo con una fría mirada. Ahí está lo que he estado temiendo durante todo el viaje. A este hombre solo le ha hecho falta evaluarme durante unos segundos para darse cuenta de que no soy lo bastante bueno para su hija. Consigo mantenerle la mirada y contener mis ganas de salir corriendo hasta que él descruza los brazos y me tiende la mano mientras fuerza una sonrisa.

—Soy Arthur. Bienvenido.

Su tono es tan frío que, a pesar de sus palabras, consigue transmitirme exactamente lo que está pensando: “Lárgate de mi casa, móntate en ese coche y no vuelvas a acercarte a mi hija”. Por suerte, las tres mujeres me empujan al interior de la casa sin darme tiempo a obedecerle.

—Menos mal que habéis llegado —interviene Keira—. Me han cambiado el turno en la clínica y me toca trabajar toda la noche. Pensaba que iba a tener que marcharme sin conocer a tu novio y que me iba a pasar la noche muerta de curiosidad.

—Tranquila. Yo te habría mandado fotos para que pudieras ver lo guapo que es —contesta Adele.

Esbozo una sonrisa nerviosa y rezo para no sonrojarme. No me gusta ser el centro de atención, pero parece que ellas lo han notado y que se están divirtiendo a mi costa, porque sueltan unas risitas a coro. Me planteo que lo mejor será salir a por las maletas para dejar que hablen a solas y conseguir de paso unos minutos de tranquilidad.

—¿Dónde está Sammy? —pregunta Debbie antes de que yo pueda decir nada.

—Llámame Samantha, por favor —dice una voz desde el pasillo.

Me giro hacia el origen de esa voz y noto que el corazón se me sube a la garganta. Escondida entre las sombras del pasillo, distingo la figura alta y delgada de una muchacha. Va vestida de negro y su pelo, muy liso y oscuro, cae hacia delante ocultando sus rasgos, aunque deja distinguir unos ojos rodeados por círculos negros. Me recuerda a esos fantasmas de las películas japonesas y, durante un par de segundos, temo que solo yo puedo verla y que

otra vez estoy volviéndome loco. Por suerte, todos se han girado hacia ella. La muchacha avanza hasta el centro del salón y puedo comprobar que los círculos oscuros que rodean sus ojos se deben al maquillaje, al igual que la palidez de su piel.

La chica no se acerca a mí para abrazarme, besarme o tenderme la mano. Pasa a mi lado como si no me viera y recoge su chaqueta del perchero situado al lado de la puerta.

—Sammy, ¿es que no vas a saludar a nuestro invitado? —le riñe su madre.

—Es Samantha —insiste ella—. ¿Cuántas veces voy a tener que decíroslo?

—Por supuesto —contesta Adele con tono cortante—. Ya no se te puede llamar como siempre porque la señorita es bruja y necesita un nombre digno.

—Sammy es nombre de cría y yo ya soy mayor —responde la chica echando chispas por los ojos.

—Me da igual como quieras llamarte, pero de aquí no sales sin saludar al novio de tu hermana. —Adele se ha puesto frente a la puerta con las manos en las caderas y el ceño fruncido. Me sorprende que una mujer tan pequeña pueda desprender tanta autoridad—. No voy a permitir que la gente crea que he criado a una maleducada.

Samantha refunfuña entre dientes y se acerca a mí. Cuando me tiende la mano, observo sus uñas. Aunque están tan mordidas que son casi inexistentes, la chica se ha empeñado en pintar de negro lo poco que queda. Lo suyo es una verdadera obsesión por ese color. Le doy un rápido apretón de manos mientras me planteo que no sabría apostar por quién de los dos se siente más incómodo.

—Así mejor —dice su madre complacida—. ¿Se puede saber dónde vas?

—Voy a salir. —Samantha levanta la cabeza, orgullosa.

—¿Con Lucille y las otras chicas?

—Claro. ¿Con quién si no?

—Ya te he dicho que no me gustan. ¿No podrías buscarte unas amigas más normales?

—Ya basta, mamá. Son las amigas que tengo y me tienen que gustar a mí y no a ti —contesta la chica subiendo el tono de voz.

—A mí no me chilles. —Adele la señala con el dedo índice, amenazadora—. ¿A ti te parecen normales las pintas que lleváis, la música que oís y los libros raros que leéis? En otra época os habrían quemado en la plaza del pueblo...

—Por suerte estamos en el siglo XXI, pero no espero que tú lo comprendas

—responde Samantha, desafiante—. Las cosas que hacemos y en las que creemos no son aptas para todos los mortales.

Sin decir más, la chica recoge un bolso negro en el que destaca el dibujo de un pentáculo y sale de la casa. Su madre, decidida a decir la última palabra, la sigue hasta el umbral para seguir gritando.

—¡No se te ocurra llegar tarde!

—No me esperéis para cenar —grita Samantha en respuesta mientras se sigue alejando.

Adele suelta un bufido, niega con la cabeza y cierra la puerta. Al girarse hacia el interior del salón y fijar su mirada en mí, veo que se sonroja. Le devuelvo una sonrisa incómoda.

—Siento que hayas tenido que presenciar esto —se excusa la mujer—, pero es que no puedo con ella.

—¿Qué le pasa, mamá? —pregunta Debbie—. La última vez que la vi era una chavala normal.

—Es culpa de Lucille, una de sus nuevas amigas. —La mujer suspira y se derrumba en el sofá—. Les ha llenado la cabeza con un montón de tonterías sobre espiritismo, brujería... Ahora visten todas como ella, se peinan como ella... A veces me da hasta miedo. Parece que se hubiera metido en una secta y cada día está más rebelde.

—Tranquila, mamá —dice Debbie sentándose a su lado—. Tiene dieciséis años. Esas tonterías se le pasarán con la edad.

Me dan ganas de intervenir y de decirle a Debbie que esas cosas no son tonterías y que no se debe jugar con ellas. No sé cómo la gente puede considerar que lo sobrenatural es algo de críos y que no hay por qué preocuparse porque ya se les pasará. Yo he tenido que lidiar con ello en primera persona, lo he sufrido en mis propias carnes durante años y sé que no tiene nada de inofensivo ni de divertido. Sin embargo, sé que no puedo decirle nada de eso a Debbie sin contarle todo sobre mi pasado, así que me planteo que es mejor callar y pasar desapercibido. Si empiezo a explicar cosas sobre apariciones, sesiones de ouija y antiguas maldiciones, me echarán de su casa antes de que pueda terminar de hablar. También creo que lo mejor que podría pasarle a Samantha sería una charla de un par de minutos con Eloise. Estoy seguro de que no necesitaría más tiempo para convencerla de que es una mala idea jugar con fenómenos paranormales.

—Bueno... Lo siento, pero tengo que irme. —Keira se acerca a mí y me da

otro beso en la mejilla—. Espero que podamos conocernos más mañana.

—Pobre hija mía... —Su madre se levanta del sofá para acompañarla a la puerta—. Toda la noche de guardia...

—No te preocupes. Estoy acostumbrada. Espero que el turno sea tranquilo.

—Te vas a perder la cena. Había hecho pastel de carne para todos.

—Eso sí que me da pena —dice ella antes de salir—. Hasta mañana.

—No cierres —le pide Debbie—. Vamos a coger las maletas.

Salimos detrás de Keira, que se monta en un pequeño Ford de color blanco aparcado frente a la casa y se marcha haciendo sonar el claxon un par de veces como despedida. Tras decirle adiós con la mano, abro el maletero para sacar nuestras cosas. Al ver la enorme maleta de Debbie, me alegro al pensar que no voy a tener que acarrearla más hasta dentro de una semana.

—Espero que tengas hambre —me dice Debbie con una sonrisa nerviosa mirando hacia la casa—. Mi madre no soporta que se tire nada, así que nos toca comer por dos.

Ya hemos terminado de cenar, así que le pido permiso a la madre de Debbie para coger una cerveza de su nevera y salgo con ella al porche. Después de todo lo que he comido, creo que debería haber elegido alguna bebida digestiva. En la vida habría pensado que se pudiera comer tanto. Adele nos ha puesto delante un pastel de carne con el que podrían haberse alimentado una docena de personas, acompañado por una montaña de puré de patata. Y, como postre, pastel casero de manzana. Estaba todo buenísimo, pero creo que en este momento me vendría bien hibernar un par de meses para dar tiempo a que mi cuerpo haga la digestión.

Me siento en una de las mecedoras del porche, abro la cerveza y no necesito siquiera darle un trago para sentir que el momento es perfecto. Sopla una brisa fría con olor a sal, pero me parece agradable sentirla sobre mi rostro. La ciudad está en silencio y solo se escucha, muy de vez en cuando, el ronroneo lejano del motor de algún coche. Con esa tranquilidad, incluso puedo distinguir el ruido del mar golpeando contra la playa. Miro hacia arriba y me quedo embobado contemplando el cielo. No cabe una estrella más. Es tan diferente al cielo de Burlington, siempre nublado y teñido con la enfermiza luz amarillenta de las farolas de la ciudad, que casi me parece estar mirando el cielo de otro planeta.

Escucho la puerta al cerrarse y me giro. Debbie ha salido a hacerme

compañía. Lleva una manta alrededor de los hombros y se estremece al sentir el viento sobre su cara.

—¿Te molesto? —pregunta antes de sentarse en la mecedora que queda libre.

—Claro que no, pero te vas a quedar helada.

—Tranquilo, aguantaré. —Tiende la mano para que le pase la botella de cerveza y le da un trago.

—No sé cómo puedes meterte algo más en el cuerpo sin vomitar. Yo creo que no voy a poder tragar nada más en toda mi vida.

—¿Y para qué has sacado la cerveza? —pregunta divertida.

—Es atrezo —confieso encogiéndome de hombros—. Me parecía que hacía falta para que el momento fuera perfecto, pero puedes bebértela tú.

Ella se ríe y le da otro trago. Después nos quedamos en silencio, disfrutando de la noche y de la increíble belleza del cielo. El tono del móvil de Debbie rompe la magia del momento. Ella arruga la nariz y suelta un suspiro hastiado.

—Esto de los móviles es una mierda —comenta sin hacer ningún amago de ir a sacárselo del bolsillo—. No hay manera de disfrutar de un momento de tranquilidad.

—¿No vas a cogerlo? A lo mejor es importante.

Ella suelta otro suspiro, se echa hacia delante y se pelea durante unos segundos con la manta que cubre su cuerpo para poder sacar el móvil del bolsillo trasero de sus pantalones sin destaparse demasiado. Consigue sacar solo una mano, con el móvil en ella, y se queda un par de segundos contemplando la pantalla.

—¿Quién es? —pregunto intrigado.

—Mi hermana Sammy. No sé qué querrá.

—La mejor manera de saberlo es contestar —le digo burlón.

Ella me saca la lengua, acepta la llamada y se lleva el teléfono a la oreja. Tras saludar, se queda unos segundos en silencio escuchando. Siento que los nervios vuelven a invadir mi cuerpo. No puedo distinguir las palabras de la chica, pero sí el sonido de sus sollozos al otro lado de la línea. Tengo la absoluta seguridad de que ha sucedido algo malo, así que me levanto de la mecedora y me pongo en cuclillas frente a Debbie, con las manos sobre sus rodillas, para transmitirle que estoy a su lado.

—Sammy, no te entiendo... —Está diciendo Debbie—. ¿Cómo que estás en

comisaría? ¿Te han detenido?... Deja de llorar, por favor... No, no le diré nada a mamá... Sí, ahora vamos a por ti. Tranquila, estaremos ahí en cinco minutos.

Debbie cuelga y se queda atontada mirando su teléfono, como si necesitara tiempo para asimilar lo que acaban de decirle. Yo presiono sus rodillas con las manos para que se dé cuenta de que estoy frente a ella. Parece que eso le hace reaccionar, porque deja de mirar el teléfono para fijar sus ojos en mí.

—¿Qué pasa, Debbie? —pregunto preocupado.

—Es Sammy. Dice que está en comisaría, pero que no está detenida. — Debbie niega con la cabeza, aún confusa—. Dice que podría venir ella sola a casa, pero que le da miedo y que necesita que vayamos a por ella.

—No hay problema. —Me incorporo y me dirijo al coche—. ¿Te ha dicho de qué tiene miedo?

—No la he entendido muy bien. Todo sonaba muy extraño. —Ella también se levanta y me sigue—. Algo sobre que sus amigas están muy enfermas, que no reaccionan, que les ha sucedido algo muy malo...

Me quedo parado en los escalones del porche hasta que ella me da alcance, la abrazo por la cintura y deposito un beso en su pelo. A pesar de que siento algo extraño en la boca del estómago, algo que me indica que las cosas no van bien, cuando ella me mira, hincho el pecho y levanto la cabeza, intentando aparentar una seguridad que no siento, y le dirijo una sonrisa confiada.

—La mejor manera de averiguarlo es ir hasta allí. —Aprieto el abrazo para atraer su cuerpo contra el mío—. Ya verás cómo es solo una chiquillada. No tienes de qué preocuparte.

Capítulo 3

La comisaria de policía no es muy diferente del resto de casas del pueblo. Es un edificio de dos plantas. La primera está cubierta de azulejos rojizos, mientras que la segunda está pintada en un suave color crema y adornada con listones de madera. Lo único que la diferencia de cualquier otra casa es el cartel de color azul situado al lado de la puerta en el que pueden leerse en grandes letras blancas las palabras “Departamento de policía”.

Empiezo a aparcar justo frente a la entrada. Debbie ya está sacando las piernas del coche aunque aún no lo he detenido por completo. Me resigno a dejar el coche mal estacionado delante de una comisaria y me bajo para seguirla. Me cuesta darle alcance, pero consigo agarrarla por el brazo antes de que entre en el edificio. Ella se gira hacia mí, mira la mano con la que estoy agarrándola y frunce el ceño.

—Estás muy nerviosa —le digo—. Déjame hablar a mí.

Se muerde el labio. Creo que está intentando contenerse para no contestarme que yo no soy precisamente el mejor ejemplo de tranquilidad que existe. Le dirijo una sonrisa sin soltarle el brazo hasta que veo que toma aire y asiente. Entramos cogidos de la mano.

Justo a unos pasos de la entrada hay un hombre de uniforme tras un mostrador de recepción. Me acerco hasta situarme frente a él, interponiendo mi cuerpo frente al de Debbie. Noto el temblor de su mano y sé que está al borde del ataque de histeria. Curiosamente, saber que ella me necesita hace que me sienta tranquilo y seguro.

—Buenas noches, agente —saludo—. Somos los familiares de Samantha Sherman. Nos ha llamado diciendo que está aquí.

—Sí. Así es. —El policía está hojeando unos papeles y no se digna ni a mirarme a la cara—. Ahora mismo les llevo con ella.

—¿Está bien? ¿Le ha pasado algo? —Debbie ha conseguido soltarse de mi

mano y acercarse al mostrador. Está de puntillas, casi encaramada a él. Temo que, si el oficial sigue sin hacernos caso, saltará y le agarrará de la pechera de la camisa—. Nos ha dicho que no está detenida. ¿Es cierto?

—Tranquilícese, señorita —dice el agente, levantando por fin la vista de sus papeles—. Es cierto que no está detenida. Síganme, por favor.

El hombre se pone en movimiento y sale de detrás del mostrador. Sospecho que ha decidido atendernos lo antes posible para no tener que enfrentarse al ataque de nervios inminente de mi novia. Vuelvo a agarrar su mano y se la aprieto con fuerza para transmitirle que estoy a su lado. Ella se gira hacia mí y fuerza una sonrisa, pero puedo ver que sus ojos brillan demasiado. Está haciendo un verdadero esfuerzo por contener las lágrimas y los nervios, pero no creo que aguante mucho más.

El policía nos guía por un pasillo hasta una sala acristalada con las ventanas cubiertas por persianas venecianas de color verde claro. Abre la puerta y nos indica con un gesto que podemos pasar. En cuanto entramos, Debbie vuelve a soltarse de mi mano y se lanza a los brazos de su hermana Samantha. Me quedo contemplando la escena desde la puerta. La chica que ahora está abrazando a Debbie no se parece en nada a la adolescente chula y prepotente que ha salido de su casa hace unas horas. Está despeinada y tiene la ropa llena de barro y con algunos desgarrones, pero eso no es lo peor. Todo el maquillaje negro que rodeaba sus ojos se ha corrido, dejando su cara manchada de regueros oscuros. Oigo un carraspeo a mi espalda. El policía me mira con expresión interrogativa.

—¿Les importa que les deje solos? —pregunta—. No puedo dejar la recepción vacía.

—No, por supuesto —contesto—. Si necesitamos algo, iremos a buscarle.

El hombre asiente y sale de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Me quedo parado al lado de la entrada sin saber qué hacer. Debbie y Samantha siguen abrazadas, llorando una en brazos de la otra. Me da la impresión de que sobro un poco en esta escena, pero tampoco estoy seguro de que deba marcharme, así que espero hasta que sus sollozos van remitiendo. Cuando están más tranquilas, me acerco y les señalo la mesa rodeada de sillas que ocupa la mayoría de la estancia.

—¿Qué tal si nos sentamos y nos cuentas lo que ha pasado, Samantha?

Casi estoy esperando que ella me diga a gritos que no es de mi incumbencia, así que me sorprendo cuando asiente entre hipidos y ocupa una

de las sillas. Debbie se sienta a su lado y sostiene su mano, mientras yo me pongo enfrente. Parece que me ha tocado interpretar el papel de interrogador y no tengo ni idea de por dónde empezar.

—¿Estás más tranquila? —pregunto mientras cruzo las manos sobre la mesa. Espero hasta que ella asiente—. ¿Podrías decirnos qué te ha pasado y por qué te han traído aquí?

Ella vuelve a asentir, pero, en lugar de empezar a hablar, mira a su hermana como si buscara su ayuda. Debbie le toma las manos y se las aprieta con fuerza para transmitirle que está de su parte. Por fin, la chica vuelve a mirarme, con los ojos aún llenos de lágrimas, y empieza a hablar.

—Esta tarde he salido con las chicas. Lucille nos dijo ayer que íbamos a ir al bosque a jugar a la ouija, pero, cuando nos hemos encontrado hoy, ha empezado a hablar de que había encontrado un antiguo ritual que permitía contactar con los espíritus de los antiguos pobladores de la isla...

Lo que estoy oyendo no me gusta nada. Casi tengo ganas de decirle que se calle porque no quiero saber más. Joder... ¿Es que la mala suerte me persigue? Después de lo que pasó en Swanton, creí que había dejado atrás para siempre todo lo que tuviera que ver con espíritus y maldiciones, pero no... Aquí está otra vez, como si yo atrajera todas estas mierdas... Sin embargo, sé que no puedo hacer que se calle. Es la hermana de Debbie, así que me toca aguantar hasta el final.

—A las otras todo eso les encantó, pero Julie estaba muy asustada. Se fue quedando atrás y, cuando estuvo segura de que no podían oírnos, me dijo que no quería participar. La verdad es que yo tampoco quería... Lucille había estado explicando que necesitaría un poco de nuestra sangre y esas cosas no me hacen mucha gracia...

Menos gracia me hace a mí. Cuanto más escucho del relato de Samantha, más nervioso me pongo. Nunca he tenido mucha idea de magia. De hecho, me encantaría saber aún menos, pero estoy seguro de que ningún ritual en el que esté implicada la sangre humana es bueno. Trago saliva y me limito a asentir, guardándome para mí mismo mis pensamientos y mis ganas de echarle a esa cría la bronca de su vida.

—Cuando llegamos al bosque, Julie y yo les dijimos a las otras que no íbamos a participar y que nos quedaríamos esperándolas lejos del claro. Se enfadaron bastante, pero Lucille acabó diciendo que nuestras energías negativas solo estropearían el ritual y que era mejor que nos quedáramos al

margen.

—¿Y qué pasó? —preguntó Debbie al ver que su hermana se detenía.

—Al principio nada. Julie y yo nos quedamos fumando unos cigarrillos mientras las esperábamos...

—¿Pero fumas? —pregunta Debbie levantándose de la silla como si tuviera un resorte y plantando las manos sobre la mesa con un fuerte golpe.

—Debbie, cariño —la interrumpo—, creo que eso ahora no es importante... Samantha, ¿qué pasó cuando tus amigas regresaron?

La chica se gira hacia mí, como si acabara de darse cuenta de quién es su aliado en esta conversación. A pesar de las lágrimas, me dirige una tímida sonrisa que parece de agradecimiento. Yo se la devuelvo mientras la miro, esperando a que continúe la historia.

—En cuanto escuchamos sus pasos regresando del bosque, supimos que pasaba algo raro —continúa Samantha—. No hablaban entre ellas. En un primer momento, supuse que el ritual no había salido bien y que Lucille se habría enfadado... Pero cuando las vi...

Samantha se cubre la cara con las manos y vuelve a llorar con más fuerza aún. Debbie parece haber olvidado su enfado, porque se ha sentado otra vez junto a su hermana y la toma entre sus brazos mientras la acuna como si fuera una niña pequeña. Yo extendo el brazo sobre la mesa hasta tocar el de la chica para llamar su atención.

—Necesitamos que nos cuentes lo que ha pasado —insisto—. Si no lo haces, no podremos ayudarte.

—Estaban muy raras... —Samantha ha retirado las manos del rostro, pero sigue llorando. Sus lágrimas, al contacto con los restos del maquillaje, se vuelven de color negro y continúan manchando su cara—. No hablaban, no nos miraban, no contestaban a lo que les decíamos... Caminaban con la mirada perdida, como si fueran zombis o estuvieran sonámbulas... Parecía que no viesen nada. Incluso se tropezaban y chocaban contra los árboles, pero se levantaban y seguían andando. Me asusté mucho.

—¿Sabes dónde iban? —pregunto mientras pienso que esta historia me gusta cada vez menos.

—No, pero era imposible pararlas. Intenté ponerme frente a Lucille, pero ella simplemente me agarró y me tiró al suelo. Volví a levantarme y la agarré por los brazos para que me escuchara y pareció transformarse. Empezó a golpearme y arañarme hasta que volví a caer. Después siguió su camino como

si no pasara nada.

—¿Y qué hiciste?

—Julie me ayudó a levantarme y me dijo que sería mejor que no nos interpusiéramos en su camino. Nos dedicamos a seguirlas sin decir nada y, de repente, las tres cayeron desplomadas al mismo tiempo, como si las hubiera alcanzado un rayo. Nos acercamos corriendo y las llamamos. —Los sollozos de Samantha se hacen aún más fuertes, mientras todo su cuerpo tiembla—. No reaccionaban. Estaban tumbadas en el suelo, con los ojos abiertos y fijos... Temí que se hubieran muerto, pero respiraban... Yo no sabía qué hacer, pero Julie llamó a una ambulancia. Cuando llegaron los médicos y la policía, se las llevaron a la clínica y a nosotras nos trajeron aquí.

—¿Y dónde está Julie ahora? —pregunta Debbie.

—Sus padres llegaron hace unos minutos y se la llevaron. —Samantha clava en su hermana sus ojos suplicantes—. No le digas nada de esto a mamá, por favor.

—¿Pero cómo me pides eso? —Debbie niega con la cabeza con un gesto vehemente—. No puedo ocultarle esto a mamá. Además, mañana a esta hora lo sabrá todo el pueblo.

—Por favor, Debbie... Me castigará de por vida...

Decido que este es un asunto en el que no debería meterme, así que les hago un gesto de disculpa y salgo de la habitación para dejarlas discutir a solas. El agente de policía levanta la vista al verme salir de comisaría y me sigue con la mirada hasta que me apoyo en la pared y enciendo un cigarrillo. En menos de tres segundos, le tengo a mi lado. Me giro hacia él con cara de niño bueno, temiendo que me diga que allí no se puede fumar, pero, en lugar de eso, me lanza una sonrisa amistosa.

—¿No tendrás un pitillo? —pregunta—. Se me han acabado y no puedo dejar esto solo para ir a comprar más. Tengo que esperar a que vuelvan mis compañeros...

—¿Y tardarán mucho? —curioseo mientras le paso mi paquete de tabaco.

—No lo sé. Han ido a investigar el bosque, a ver si encuentran algo que explique qué les ha pasado a esas chavalas.

El tío parece amistoso y con ganas de hablar. Cuando va a devolverme el paquete de tabaco, niego con la cabeza.

—Puedes quedártelo —digo mientras sonrío. Ahora me debe una—. ¿Y tú qué crees que les ha pasado?

—No tengo ni idea, pero mis compañeros dicen que daban miedo. Tenían los ojos abiertos y la mirada perdida y no reaccionaban. —El policía se queda callado unos segundos, en los que me planteo que eso es lo mismo que nos acaba de contar Samantha y que acabo de perder un paquete de tabaco casi entero para no sacar nada en claro. Por suerte, después de dar un par de caladas, continúa hablando—. Yo creo que tiene que ser algo de drogas. La chica a la que has venido a recoger estuvo hablando de rituales de magia y cosas raras... Seguro que se han tomado alguna hierba o algún hongo alucinógeno y les ha sentado fatal. Espero que al final no sea nada...

Escuchamos el ruido de una puerta al cerrarse en el interior del edificio y nos giramos. A través de los cristales, vemos acercarse a Debbie, que abraza a Samantha con tanta fuerza como si temiera que fuera a desmoronarse de un momento a otro. Cuando salen del edificio, Debbie me dirige una sonrisa triste.

—¿Nos vamos a casa? —pregunta.

—Sí, claro. Vamos. —Doy una última calada al cigarrillo y me despido del policía—. Muchas gracias por todo, agente.

Subimos al coche. Ellas se montan en el asiento trasero. Parece que Debbie no quiere dejar de abrazar a su hermana ni un solo segundo. Mientras conduzco de regreso a su casa, la chica se va calmando y, al menos, deja de llorar. Debbie aprovecha para sacar un paquete de pañuelos de su chaqueta y limpiar un poco los chorretones negros que recorren su cara.

Cuando llegamos a casa de los Sherman, vemos que sale luz de la ventana del salón. Nos bajamos del coche y Samantha vuelve a lanzarnos una mirada suplicante. La puerta de entrada se abre y la madre de las chicas aparece en el umbral.

—Sammy, ¿dónde te habías metido? Estaba preocupadísima por ti.

—Lo siento, Adele —digo adelantándome a ellas—. Debbie y yo salimos a tomar unas cervezas y nos la encontramos cuando volvía a casa. Le dijimos que se viniera con nosotros y no nos dimos cuenta de la hora que era... Tendríamos que haber avisado.

La mujer no parece muy convencida, pero creo que no quiere tener bronca con su “nuevo yerno” el primer día, así que, aunque frunce el ceño, vuelve a meterse dentro de casa sin protestar más.

—Al menos podré irme ya a la cama —refunfuña mientras se dirige a su habitación.

Nosotros nos metemos en la cocina y Debbie se pone a preparar un vaso de leche caliente con cacao para cada uno. Cuando coloca una taza frente a mí, me sonrío con timidez. No me gusta esa sonrisa. Parece de disculpa.

—¿Te importaría que esta noche durmiera con Sammy? —pregunta con un hilo de voz—. No quiero dejarla sola.

—No hay problema —contesto mientras aprieto su mano—. Habrá más días.

—¿Podría pedirte un favor, Debbie? —interviene Samantha.

—¿Otro? —Parece enfadada de verdad—. ¿No crees que ya te he hecho bastantes por una sola noche?

—Estoy preocupada por mis amigas —explica ella—. Las han llevado a la clínica de la isla. Keira tenía turno allí esta noche, ¿verdad?

—¿Y quieres que la llame y le pregunte cómo están?

Samantha pone cara de cachorrillo abandonado. Debbie me mira a mí como si me pidiera apoyo, pero yo pongo la misma cara de pena, aliándome con su hermana. Me parece lógico que quiera saber cómo están sus amigas.

—¿Y por qué no llamas tú? —pregunta Debbie haciendo un último intento por resistirse.

—Sabes que Keira se pondrá a echarme la bronca si llamo yo —explica Samantha—. Por favor... No volveré a pedirte nada más en la vida.

—Sí, claro... Y yo me lo creo. —Debbie suelta un bufido exasperado, pero saca el móvil de su bolsillo y marca el número de su hermana—. Keira, soy Debbie... Sí, estoy con Sammy. Ella está bien... Llamaba para saber qué tal están sus amigas... Sí... Entiendo... Vale... Te dejo trabajar entonces.

Debbie cuelga y se la queda mirando con gesto serio. Odio a la gente que hace esas cosas. Joder, yo no conozco a esas chicas de nada y me estoy poniendo nervioso, así que no quiero ni imaginarme cómo lo estará pasando su hermana.

—¿Qué? ¿No me vas a contar qué te ha dicho? —salta por fin Samantha.

—Siguen sin reaccionar —contesta Debbie muy seria—. Keira me ha dicho que les han hecho un test de drogas y están esperando los resultados. ¿Hay algo que quieras contarme?

—¡No! Claro que no... Sabes que yo no me drogo —protesta la chica.

—También pensaba que no fumabas —la corta Debbie—. En serio, Sammy... Dime la verdad. Eso podría ayudar a tus amigas.

—Nunca nos hemos metido nada raro, aparte de algún porro de vez en

cuando. —Debbie resopla como un toro embravecido. Pongo mi mano sobre la suya para tranquilizarla y evitar que salte sobre su hermana—. En serio, no creo que sea eso y, si lo es, Lucille no nos había contado nada.

—Está bien. Te creo —dice Debbie antes de concentrarse en su vaso de leche.

Conozco su tono y sé que no la cree en absoluto, pero que prefiere callarse hasta tener algo objetivo que echarle en cara. En este momento, Samantha me da mucha pena. Me parece que está en un lío realmente gordo y que seguramente va a quedarse sin ver la calle hasta que cumpla los treinta, pero no soy nadie en esa familia y prefiero no meterme.

Cuando terminamos nuestras bebidas, Samantha se va a su habitación. Debbie me acompaña hasta la puerta del cuarto en el que voy a dormir, se pone de puntillas frente a mí y me da un suave beso en los labios.

—Siento mucho todo esto. —Me lanza una mirada pícar—. Te lo compensaré.

Asiento mientras finjo que apunto algo en mi mano. Escucho su risa y, cuando levanto la cabeza, vuelvo a quedarme hipnotizado por sus ojos, tan claros que parecen brillar en la penumbra del pasillo.

—Lo tengo apuntado y pienso cobrármelo —digo mostrándole la palma de mi mano.

Ella se ríe otra vez, me echa los brazos al cuello y vuelve a besarme. No es un beso suave y casto como el primero que me ha dado. Su lengua recorre mi boca como si no quisiera dejar una pulgada por investigar mientras restriega su cuerpo contra el mío. Cuando se separa, me guiña un ojo antes de dirigirse a la habitación de su hermana. Consigo reponerme y agarrarla por una mano.

—¿Qué ha sido eso? ¿Un adelanto?

—Sí —contesta ella burlona—. Uno muy pequeño.

Me quedo en mitad del pasillo viendo cómo se aleja, atontado y con una tremenda erección. Antes de cerrar la puerta de la habitación, se asoma una última vez y me lanza un beso. No hago otra cosa que sonreír como si estuviera alelado. A pesar de que no voy a poder dormir con ella, me siento feliz y me meto en la habitación sintiendo mariposas en el estómago.

Me quedo parado en mitad de la estancia. Es el cuarto de Debbie y todo allí me recuerda a ella. Curioseo entre los frascos de perfume que abarrotan el tocador, miro los posters de sus grupos de música favoritos y cotilleo entre sus libros. A pesar de que estoy a gusto en esta habitación, hay algo que me tiene

intranquilo. Sé lo que es: el relato de Samantha sobre lo que les ha sucedido a sus amigas. No sé por qué, pero no creo que se deba a una sobredosis de alguna droga desconocida. De hecho, pienso que deberíamos estar agradecidos si solo fuera eso. Algo en mi interior me dice que lo que está pasando es algo mucho más oscuro y siniestro, algo a lo que no tengo ninguna gana de enfrentarme.

Abro las ventanas y dejo que el aire fresco y salado me despeje un poco. Después, rebusco en mi equipaje hasta encontrar otro paquete de tabaco, saco un cigarrillo y me lo fumo asomado a la ventana, admirando el brillo de la luna en cuarto menguante. La ciudad está en calma y el cielo es precioso, pero no consigo que el paisaje me haga sentir en calma.

Me meto en la cama, decidido a dejar de darle vueltas a la cabeza y dormir un poco. No tiene sentido que me preocupe. Lo más probable es que la policía y los médicos tengan razón y que esté viendo fantasmas donde no los hay. A pesar de esos pensamientos, tardo mucho tiempo en relajarme y quedarme dormido.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando vuelvo a despertarme. En un primer momento no sé qué es lo que me ha sacado del sueño ni por qué me siento tan inquieto. Entonces vuelvo a oírlo. Es un agudo grito de mujer y proviene del interior de la casa. El siguiente grito me convence de que esa voz es la de Debbie. Salgo de un salto de la cama y corro hacia el pasillo, sin importarme estar en calzoncillos en una casa extraña. Vuelvo a oír otro grito de Debbie. Está llamando una y otra vez a su hermana por su nombre, pero no escucho que ella conteste nada. Cuando abro la puerta de la habitación, me quedo paralizado. Debbie está de rodillas sobre la cama de Samantha y la agarra por los hombros. La zarandea con tanta fuerza que la cabeza de la chica oscila adelante y atrás. No puedo dejar de mirar sus ojos: abiertos, fijos, perdidos, muertos... No reacciona ante nada.

Capítulo 4

En menos de tres minutos ya estoy vestido y me dirijo hacia el coche con las llaves en la mano. Los padres de Debbie se han despertado, aunque tienen cara de no entender nada y continúan en pijama. Escucho a Adele diciéndole a Debbie que nos adelantemos hasta la clínica y que ellos estarán allí en diez minutos.

Arthur ha llevado a Samantha en brazos hasta el coche. Abro la puerta trasera y Debbie entra. Después, Arthur mete el cuerpo inconsciente de Samantha con mucho cuidado para no golpearla con nada. Debbie le ayuda desde dentro para que coloque la cabeza de la chica sobre su regazo. Cuando él se incorpora, veo en sus ojos el brillo de las lágrimas contenidas. Hay miedo y angustia en su mirada. Ya no queda nada del hombre serio y frío que me recibió la tarde anterior. Abre la boca para decirme algo, pero no consigue pronunciar palabra. Le doy un par de palmadas en el hombro, asiento con la cabeza en un mudo juramento y corro alrededor del coche para llegar al asiento del conductor. Voy a cuidar de sus hijas, voy a hacer volar el Impala y a conseguir que atiendan a Samantha lo antes posible. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que se ponga bien.

Antes de arrancar, echo un vistazo al asiento de atrás por el espejo retrovisor. La chica continúa quieta, con los ojos abiertos fijos en el techo del coche. Debbie le acaricia la frente y el pelo mientras susurra algo que parece una canción de cuna. Enciendo el motor y pongo el coche en movimiento mientras me planteo que no tengo ni idea de dónde estará la clínica. Por suerte, Debbie parece reaccionar y empieza a darme indicaciones.

Sé que tardamos muy poco en llegar al hospital, pero el camino se me hace eterno. Los susurros de Debbie, que pasa todo el viaje hablando con su hermana y cantándole canciones, me están desquiciando, pero no puedo decirle nada. Cuando por fin dejo el Impala en el aparcamiento de la clínica, me siento algo más aliviado. Abro la puerta de atrás y tiro del cuerpo de

Samantha mientras Debbie me ayuda desde dentro y cuida de que no se golpee la cabeza. La cojo en brazos e intento correr hacia la entrada de la clínica, pero es imposible. A pesar de que es pequeña y está muy delgada, me parece que pesa una barbaridad. Es muy difícil llevar a una persona que no colabora en absoluto y que solo es un peso muerto en tus brazos. Aunque me estoy dejando la espalda en el intento, trato de caminar lo más rápido posible. Su piel fría y la mirada inexpresiva de sus ojos me están poniendo muy nervioso. Sé que no debería sentir esto, pero me muero de ganas de librarme de su contacto.

Debbie corre delante de nosotros y entra en la clínica. Se pone a gritar pidiendo ayuda y, en tan solo unos segundos, aparecen un par de celadores y algunas enfermeras. Una de ellas empuja una camilla en la que deposito el cuerpo de Samantha. Después de prometernos que nos informarán en cuanto sepan algo, desaparecen pasillo adelante. Debbie se gira, entierra la cabeza en mi pecho y se pone a sollozar como una niña pequeña. La rodeo con mis brazos hasta que aparece una enfermera que nos solicita que la acompañemos al mostrador para rellenar la ficha de ingreso de la paciente. Me quedo a un par de pasos mientras espero a que Debbie le facilite todos los datos. Cuando terminamos, la enfermera nos lleva hasta una sala de espera. Hay otras dos personas allí sentadas: un matrimonio de unos cincuenta años que conversa en susurros. Cuando entramos, dejan de hablar y la mujer mira a Debbie con un gesto de incompreensión en la cara.

—Eres Debbie, la hermana mayor de Samantha, ¿verdad? —pregunta tras ponerse en pie y acercarse a un par de pasos.

—Sí —contesta Debbie—. Y usted es la señora Evans, la madre de Julie... ¿Qué hacen aquí?

—No reacciona, no consiguen que despierte. —La voz de la mujer suena entrecortada, pero consigue no llorar—. ¿Samantha está igual? ¿Sabes qué les está pasando?

—No lo sé —Debbie agarra una mano de la mujer y se la aprieta con fuerza mientras intenta esbozar una sonrisa—. Espero que pronto puedan decirnos algo.

Nos sentamos en unas incómodas sillas de plástico blanco atornilladas a la pared. Sujeto la mano de Debbie para transmitirle mi apoyo. No sé el tiempo que permanecemos en silencio hasta que los padres de Debbie aparecen en la puerta. Ella se levanta de un salto y corre para abrazarles. Yo también me

levanto y, aunque no estoy seguro de que puedan escucharme, les comento en voz baja que voy a aprovechar para ir a la entrada a fumar un cigarrillo.

Me apoyo contra la fachada del edificio y me quedo mirando las calles desiertas del pueblo. Está empezando a amanecer y el cielo está teñido de dorado por los primeros rayos del sol. Hace algo de frío, pero me resulta revitalizante. Me servirá para despejarme y poder pensar con más claridad. No sé qué demonios está sucediendo, pero parece claro que la hipótesis de que todo esto se debe a las drogas es cada vez menos probable. Samantha y su amiga estaban bien anoche y no es posible que, si todas hubieran consumido algo, a ellas haya tardado varias horas más en hacerles efecto.

Paso los siguientes minutos intentando encontrar alguna explicación lógica, pero, cuanto más pienso en ello, más extraño me parece todo. Mi cabeza se empeña en decirme una y otra vez que hay algo sobrenatural en este asunto y que, por mucho que quiera negarlo, vuelvo a estar involucrado en algo que tiene que ver con espíritus, ouijas o maldiciones... Me gustaría poder marcharme de esta isla y olvidar este misterio antes de que la cosa se complique, pero no puedo dejar a Debbie. Aunque no quiera, el puto destino ya ha vuelto a involucrarme en algo que no quiero conocer ni comprender.

El chillido de unas ruedas derrapando en la entrada del aparcamiento me saca de mis pensamientos. Veo un coche de color negro que se dirige a la clínica a toda velocidad hasta quedar cruzado frente a la puerta. Una mujer se baja y se me queda mirando como si yo fuera su última esperanza en el mundo.

—¡Mi marido! —grita mientras las lágrimas surcan su rostro—. No despierta. No sé qué le pasa.

Sin decir una palabra, entro en la clínica y doy la voz de alarma. En menos de un minuto, un grupo de personas sale llevando una camilla en la que depositan al hombre. Es muy alto y corpulento y, durante unos segundos, me planteo de dónde habrá sacado esa mujer la fuerza suficiente para moverlo hasta el coche. Supongo que el amor y la desesperación hacen que saquemos fuerzas que ni siquiera sabíamos que teníamos. Esos pensamientos se cortan cuando me cruzo con sus ojos: abiertos, fijos, inertes... Como los de Samantha.

Me quedo mirando a una de las enfermeras que están ayudando a poner al hombre en la camilla. Su pelo corto de color rojo es inconfundible. Cuando pasa a mi lado, la agarro por un brazo para hacer que se detenga. Ella se gira hacia mí con gesto enfadado, pero, cuando me reconoce, consigue esbozar una

sonrisa y le indica a sus compañeros que enseguida les seguirá.

—¿Se sabe algo de Samantha?

—No. Aún no. —Suelta un suspiro—. Le están haciendo pruebas. En cuanto sepa algo, os avisaré.

—¿Sabes quién es ese hombre? —pregunto antes de dejarla marchar.

—Sí. Es el agente Scott. Es uno de los policías del pueblo. —Me pone una mano en el pecho y me dirige una mirada apenada—. Me tengo que marchar.

—Vale. No hay problema.

Suelto su brazo y ella entra a la carrera en la clínica. Una ráfaga de viento frío me golpea, pero no es eso lo que hace que me estremezca. Estoy seguro de que Scott es uno de los agentes que fueron a investigar el lugar en el que las chicas realizaron el ritual. Y podría apostar cualquier cosa a que, en unos minutos, alguien traerá al agente que le acompañaba y que tendrá la misma mirada muerta de los demás.

Los médicos pueden hacer todas las pruebas que quieran, pero sé que nada de eso va a ayudar a esta gente, sé que nada de eso salvará a Samantha. Por suerte, conozco a una persona que sí puede arrojar algo de luz sobre este asunto. Saco mi móvil del bolsillo y lo desbloqueo. Es hora de llamar a Eloise.

Capítulo 5

NEW BERN (CAROLINA DEL NORTE)

Llevo ya media hora esperando en el aparcamiento del aeropuerto de New Bern. El avión de Eloise tiene que estar a punto de llegar. Aún me sorprende de que haya aceptado venir hasta aquí y pagar un viaje en avión casi sin preguntarme nada. En cuanto la he llamado y le he dicho que creo que estoy metido en uno de esos problemas que solo ella puede resolver, me ha cortado para decirme que cogía el primer vuelo a Roanoke.

Por desgracia, a pesar de que la isla cuenta con un pequeño aeropuerto, este solo se dedica a vuelos turísticos y de transporte de mercancías. El sitio más cercano al que Eloise ha podido volar es New Bern, una ciudad a más de cien millas de distancia, así que he tenido que venir a buscarla. Me ha resultado muy duro decirle a Debbie que tenía que marcharme sin darle muchas explicaciones. La mirada defraudada que me ha lanzado cuando la he dejado sola en la sala de espera del hospital, diciéndole que me iba por unos asuntos personales, me ha dolido, pero todavía no está preparada para escuchar que creo que su hermana ha caído bajo el influjo de algún hechizo o maldición y que necesitamos a una bruja experta para solucionarlo. Sé que me lo agradecerá en el futuro.

Por los altavoces anuncian la llegada del vuelo procedente de Charlotte. Es el avión de Eloise, así que arrojé la colilla del enésimo cigarrillo del día y entro en el aeropuerto. Pocos minutos después, empiezan a aparecer los primeros pasajeros. La figura de Eloise destaca entre todo ellos: alta, imponente, oscura y autoritaria. Va vestida íntegramente de negro, con una falda larga que llega hasta el suelo. Su pelo, como siempre, está recogido en un apretado moño que endurece aún más sus rasgos. Es la viva imagen de una hechicera poderosa. Nada más verla, siento que la ansiedad que lleva todo el día consumiéndome se reduce. Ella podrá ayudarnos, estoy seguro.

Me acerco a ella esquivando a la gente que se saluda y se abraza efusivamente. En cuanto me ve, una sonrisa ilumina su cara, haciendo que parezca un poco menos temible. Nosotros no nos abrazamos. No somos de ese tipo de gente. Sin embargo, a pesar de la ausencia de contacto físico, noto que se alegra mucho de verme y me siento muy unido a ella.

—Hola, Eric —me saluda como si nos hubiéramos visto el día anterior—. Acompáñame a por mi equipaje, por favor.

La sigo hasta la cinta en la que un montón de maletas dan vueltas sin cesar. Todo el mundo está tratando de ser el primero en coger la suya, impacientes por abandonar el aeropuerto y llegar a sus casas, así que no hay espacio para acercarse. Sin embargo, en cuanto Eloise se aproxima, varias personas se giran, la contemplan y se apartan para dejarle paso. Ni siquiera me sorprende. Esa actitud solo reafirma lo que ya pensaba: que ella tiene algo especial, una presencia que intimida, un aura que puede notarse incluso antes de verla.

Agarra una maleta de color negro y regresa a mi lado. Tiendo la mano para que me la pase, pero niega con la cabeza y empieza a caminar hacia la salida.

—¿Estás más tranquilo ya? —pregunta sin siquiera mirarme.

—Sí. Siento haber estado tan histérico cuando te he llamado —me disculpo—. Supongo que no has entendido ni una sola palabra de lo que te he contado.

—He entendido que me necesitabas y aquí estoy. —Se detiene un momento y me sonrío. Parece mucho más humana cuando lo hace—. Sin embargo, si quieres que te ayude con algo más que mi presencia y mi apoyo moral, vas a tener que contármelo todo.

Asiento y empiezo a hablar mientras salimos del aeropuerto. Ella se mantiene en silencio hasta que termino la historia.

—¿Así que ahora mismo tenemos a cinco chicas y dos agentes de policía sumidos en un trance del que no se les puede sacar? —resume cuando dejo de hablar.

—Sí, eso es. ¿Sabes cuál puede ser la causa?

—Ni idea, pero lo averiguaré —contesta mientras busca mi coche con la mirada—. Dado que las dos últimas chicas y los policías no estuvieron presentes en el ritual, podríamos pensar que lo que hicieron ha dejado un rastro en el ambiente, algo que se puede “contagiar”.

—¿Un virus? —pregunto incrédulo.

—No existen los virus psíquicos, que yo sepa, pero esto podría estar funcionando de un modo similar... Como un virus, como un veneno en el

aire... Creo que deberían acordonar esa zona y no permitir que nadie más se acerque.

—¿Y se lo vas a explicar tú a la policía? —pregunto tras soltar una risa sarcástica—. Yo no pienso plantarme en comisaría para pedirles que acordonen la zona porque tenemos suelto a algún espíritu contagioso. Ya sabes que llevo toda la vida tratando de evitar que me encierren en un psiquiátrico.

—Ninguno de los dos va a hablar con la policía, al menos de momento.

Hemos llegado hasta el Impala. Abro el maletero y Eloise mete dentro su equipaje. Después, tiende la mano. Yo me quedo mirándola sin saber qué quiere.

—Dame las llaves del coche.

—¿Por qué?

—¿Hace cuánto que no duermes?

—Bueno, estuve durmiendo anoche hasta que Debbie me despertó con sus gritos —explico sin saber a qué viene su pregunta—. No sé cuántas horas habré dormido. Tres o cuatro, supongo.

—Lo que yo pensaba. No pienso montarme en el coche con un chaval que puede quedarse dormido de un momento a otro. —Vuelve a extender la mano con gesto impaciente—. Conduciré yo.

Le paso las llaves y me dirijo al asiento del copiloto, aunque no me hace ninguna gracia que otra persona lleve mi coche. Cuando me siento a su lado y ella acciona el contacto, la música se pone en funcionamiento. Se queda unos segundos escuchando *Wherever you will go* con una sonrisa en los labios.

—Son The calling —le digo.

—No está mal la letra. Parece que soy yo hablándote a ti. —Se gira hacia mí con una sonrisa aún más amplia—. Voy a ayudarte a solucionar esto. Puedes confiar en mí. Ahora duerme. Te despertaré cuando lleguemos a Manteo.

En cuanto el coche se pone en movimiento, me quedo dormido. Supongo que, al saber que Eloise ya ha llegado y que va a arreglarlo todo, mi ansiedad se ha reducido lo suficiente como para que me dé cuenta de que estoy agotado por tantas emociones. También puede ser que, cuando una mujer como Eloise te dice que te duermas, te duermes. El caso es que me despierto un par de horas después al notar que están sacudiéndome por el hombro. Abro los ojos y descubro con sorpresa que Eloise no solo ha sido capaz de encontrar Manteo,

sino que ya estamos parados en el aparcamiento de la clínica.

—Ya hemos llegado —me dice cuando ve que he abierto los ojos—. Vamos dentro.

Salgo del coche e intento estirar los músculos. La siesta que me he echado me ha sentado fatal. Sigo teniendo mucho sueño, me siento atontado y me duele todo el cuerpo. Sin embargo, no me quejo y sigo a Eloise hacia la entrada del edificio.

Ya es casi medianoche y los pasillos están vacíos y silenciosos. Me pongo en cabeza para guiar a Eloise hacia la habitación de Samantha. Cuando entramos, nos encontramos con Debbie y sus padres. Creo que solo se permite que se quede una persona por las noches acompañando a los pacientes, pero supongo que, al trabajar Keira aquí, habrán hecho una excepción. Adele está leyendo una revista sentada en un sillón mientras Arthur duerme a su lado. Debbie está a los pies de la cama de su hermana, mirándola con una mezcla de lástima y preocupación. Las dos mujeres giran la cabeza hacia la puerta cuando entramos. El ceño de Debbie se frunce y me lanza una mirada sorprendida.

—Hola. —Me acerco a ella, pongo una mano en su cintura y le doy un suave beso en los labios—. ¿Algún cambio?

—Nada. Sigue igual —contesta.

Miro durante un par de segundos a la cama en la que descansa Samantha. Está totalmente quieta, como si durmiera. Le han cerrado los ojos, así que ya no resulta tan inquietante, aunque parece muy pálida, muy pequeña y muy débil. Un carraspeo de Debbie me hace volver a mirarla. Ella me hace un gesto con la cabeza para señalar a Eloise, que se ha quedado quieta al lado de la puerta.

—Adele, esta es mi tía Eloise. Ha venido para ayudarnos a cuidar de Sammy.

Debbie frunce el ceño. Sabe que no es mi tía y que estoy mintiendo. Le lanzo una sonrisa cómplice que espero que interprete como una promesa de que ya se lo explicaré todo cuando estemos a solas. Adele se levanta del sillón y se acerca a Eloise. Esta le tiende la mano, pero Adele la ignora y le da un fuerte abrazo que hace que Eloise se envare como si acabaran de electrocutarla. Tendría que haberle avisado de lo afectuosos que son en esta familia.

—No hacía falta que os molestarais —dice Adele cuando deja de torturar a

Eloise—. Os lo agradecemos mucho, pero podemos ocuparnos nosotros solos.

—No pueden —la corta Eloise con su tono autoritario—. Llevan aquí desde la madrugada de ayer. Van a irse a casa a dormir unas horas, a comer algo decente y a ducharse. Yo me quedaré cuidando a Samantha y les avisaré si hay algún cambio.

Creo que a Debbie y Adele les gustaría discutir este plan, pero, después de mirar a Eloise durante un par de segundos, asienten y empiezan a ponerse los abrigos y a recoger sus bolsos. Adele se acerca a su marido y le sacude suavemente para que se despierte.

—Cariño, nos vamos a casa. —Ante la mirada de desconcierto de Arthur, señala a Eloise para explicárselo—. La tía de Eric acaba de llegar y va a cuidar a Sammy durante la noche para que podamos descansar un poco.

Él tampoco protesta. Se pone en pie y las sigue fuera de la habitación. Debbie se queda parada durante unos segundos y regresa para darme un beso de despedida.

—Tranquila, ahora enseguida os lo mando para casa —dice Eloise—. Él también necesita descansar.

—Ya he dormido en el coche —protesto—. Quiero quedarme contigo.

—Es una tontería que nos quedemos los dos y quiero que estés descansado por si te necesito —me corta—. En media hora le tienes en casa, Debbie.

Ella asiente y sonrío. Se pone de puntillas y me da otro beso.

—Te esperaré despierta. No tardes.

Cuando los Sherman salen de la habitación, Eloise se acerca a la cabecera de la cama y pone una de sus manos sobre la frente de la chica. Cierra los ojos y se queda unos segundos en silencio, concentrada. Yo la observo mientras me planteo, angustiada, para qué cree Eloise que me va a necesitar descansado. Espero que no quiera incluirme en ninguna de sus sesiones de ouija o en algún ritual de contacto con espíritus. Todas esas cosas me siguen acojonando muchísimo. Si la he traído, ha sido precisamente para que ella lo arregle sin involucrarme, pero me da la impresión de que no va a ser tan fácil.

—No noto la presencia de ningún espíritu —comenta cuando abre los ojos—. No puedo hacer nada con los datos que tengo. Necesito más información.

—¿Y de dónde la vamos a sacar?

—Dijiste que una hermana de la chica trabaja en este hospital, ¿verdad? Ve a buscarla.

Asiento, salgo de la habitación y me dirijo al mostrador de entrada para

preguntar por Keira. Ni siquiera sé si tendrá turno esta noche, pero estoy seguro de que puede sernos muy útil hablar con ella. Es posible que, al trabajar en esta clínica, esté al tanto de datos que ni siquiera ha querido compartir con su familia.

La recepcionista me confirma que Keira está trabajando y que la avisará para que vaya a la habitación de Samantha lo antes posible. Regreso junto a Eloise, que ha ocupado el sillón en el que estaba sentada Adele y se dedica a mirar abstraída por la ventana. Juguetea con un péndulo que cuelga de una cadena. Supongo que ha aprovechado mi ausencia para seguir comprobando la presencia de espíritus malignos.

Me siento a su lado en el otro sillón y contemplo la figura de Samantha, inerte sobre la cama. Siento que la angustia vuelve. ¿Y si me he equivocado y lo que le está pasando a esta gente no tiene nada que ver con fenómenos paranormales? Puede que haya hecho venir a Eloise para nada. Como si percibiera mis nervios, ella extiende el brazo y me toma la mano. Le devuelvo una sonrisa, pero, antes de que pueda exteriorizar mis miedos en voz alta, suenan un par de tímidos golpes en la puerta y Keira entra en la habitación.

—Hola, Eric —saluda tras echar una rápida mirada al cuerpo de su hermana—. Me han dicho que querías hablar conmigo.

—Sí... Esta es mi tía Eloise. Ha venido para ayudarnos y se va a quedar esta noche para que tu familia pueda descansar.

Eloise se levanta del sillón y le tiende la mano. No sé si se debe a que está en horario laboral o a que Eloise impone con su presencia, pero el caso es que Keira se conforma con ese saludo y prescinde de los besos y abrazos.

—Encantada. Si necesita cualquier cosa de mí, no dude en pedírmelo.

—Pues necesito algo ahora mismo —contesta Eloise—. Quiero que me cuentes los resultados de las pruebas que le habéis realizado a Samantha y al resto de afectados.

Keira frunce el ceño y me lanza una mirada desconcertada. Yo me limito a encogerme de hombros y dejo que sea Eloise la que lleve el peso de la conversación.

—Sé que no soy familiar de ninguno de los pacientes y que no es usual compartir ese tipo de información, pero necesito esos datos. He resuelto muchos casos como el de tu hermana en el pasado y creo que puedo ayudarlos.

La chica niega con la cabeza, sin saber qué hacer. Después, pasea su mirada entre la figura de Samantha y la de Eloise.

—¿Es usted médico? —pregunta al fin.

—No, pero sospecho que, con los datos que han obtenido con sus análisis, ya han descubierto que no hay ninguna causa médica que justifique su estado. —Eloise se adelanta un paso y toma las dos manos de Keira—. Si quieres que tu hermana despierte, tendrás que confiar en mí.

Keira sigue dudando y vuelve a mirar hacia la cama de su hermana para ganar algo de tiempo. Unos segundos después, desvía sus ojos hacia mí. Yo le dedico una sonrisa y asiento con la cabeza. Sé que acaba de conocerme, pero espero que se fie lo bastante de mí como para contarnos lo que sabe.

—Está bien, pero esto no debe salir de esta habitación. Ni siquiera se lo podéis contar a mi familia. No quiero angustiarles. —Keira espera hasta que ambos asentimos—. Los análisis que les hemos hecho no revelan nada. No hay presencia de drogas ni de ningún tóxico. Tampoco han aparecido síntomas de infección. En realidad, no hemos encontrado absolutamente nada que explique por qué están así.

—¿Habíais tenido alguna vez en la isla algún caso parecido? —la interrumpo—. Ya sabes, gente que se quede dormida sin razón aparente...

—No, nunca. Y lo peor de todo es que no están dormidos.

—¿A qué te refieres? —pregunta Eloise.

Keira lanza un largo suspiro y se frota la frente antes de contestar. Parece agotada. Durante un segundo, me planteo que no sé si Keira habrá dormido algo en las últimas veinticuatro horas. Por su aspecto, apostararía a que no.

—Esta tarde nos han enviado un equipo de análisis del sueño desde el hospital general de los Outer Banks —empieza a explicar—. Sirve para analizar las ondas cerebrales cuando las personas están durmiendo.

—¿Y qué habéis descubierto? —pregunta Eloise.

—Que no están dormidos. —Keira suelta una risita que suena un poco desquiciada—. Su actividad cerebral se corresponde con la de una persona despierta y activa, pero no se mueven ni reaccionan. No hay ningún trastorno médico que explique eso.

Nos quedamos en silencio. Los tres nos hemos girado hacia la cama de Samantha y contemplamos su cuerpo inmóvil. Siento un vacío en el estómago al preguntarme qué estará pasando por la mente de esa chica, si podrá oírnos, si estará atrapada dentro de su propio cuerpo, intentando decirnos algo o pedirnos ayuda.

—Muchas gracias por contárnoslo, Keira —dice Eloise quebrando el

silencio—. Haré todo lo que esté en mi mano para ayudarlos.

Keira esboza una sonrisa de agradecimiento, pero por su mirada puedo ver que no cree que Eloise vaya a poder hacer nada. Se despide de nosotros y sale de la habitación.

—¿Qué crees que les pasa? —pregunto cuando estoy seguro de que Keira ya no puede oírnos.

—No tengo ni idea, pero estoy segura de que la causa es sobrenatural —contesta Eloise—. No te preocupes. Lo descubriremos. Ahora quiero que te vayas a casa y descanses.

—No me gusta dejarte sola aquí —protesto—. No te he pedido que vinieras para que te pasaras la noche en el hospital.

—He estado durmiendo durante todo el viaje en avión —me tranquiliza ella—. Ahora mismo soy la más descansada del grupo, así que hazme caso y vete a dormir. Tenemos muchas cosas que hacer mañana.

Prefiero no preguntarle qué es lo que tenemos que hacer. Si me empieza a hablar sobre sesiones de espiritismo o rituales de brujería, no voy a ser capaz de pegar ojo en toda la noche. Me despido de ella, echo un último vistazo al cuerpo de Samantha y salgo de la habitación.

En menos de cinco minutos, estoy en Ananias Dare Street, aparcando frente a la casa de los Sherman. A la débil luz de las farolas, distingo una figura sentada en el porche. Se levanta en cuanto salgo del coche y se acerca a mí. Es Debbie y me recibe con una sonrisa. Ya está en pijama y lleva una gruesa manta sobre los hombros. Sin decirle nada, la abrazo para transmitirle fuerzas y hacerle sentir que todo va a salir bien. Cuando la suelto, ella levanta la cabeza hacia mí y pone cara de niña buena.

—¿Te importaría que durmiera contigo esta noche?

—Nada en el mundo me gustaría más.

Entramos en la casa. Todas las luces están apagadas y no se escucha ningún sonido. Debbie me guía en la oscuridad, llevándome de la mano hasta la habitación. Cuando llegamos, se mete en la cama y espera a que yo me quite la ropa. Me tumbo detrás de ella y paso mi brazo por su cintura. Ella se aprieta contra mí y lanza un suspiro de satisfacción. Tengo que hacer un verdadero esfuerzo de concentración para recordarle a mi entrepierna que no es un buen momento para que se manifieste.

En pocos segundos, siento su respiración acompasada. El brazo que tengo debajo del cuerpo se me está empezando a quedar dormido, pero no pienso

moverme aunque mañana tengan que amputármelo. Me quedo quieto, aspirando el aroma de su pelo, feliz de saber que ella se siente segura entre mis brazos y que por fin puede descansar y olvidarse de todo, aunque solo sea durante unas horas.

En algún momento he debido de quedarme dormido, porque me despierto con la suave caricia de los labios de Debbie sobre los míos. Lo primero que hago es sonreírle por lo afortunado que me siento al tenerla a mi lado, pero su mirada seria y preocupada hace que los recuerdos regresen. Me siento en la cama y me froto los ojos para despejarme.

—¿Ha pasado algo? ¿Ha llamado Eloise?

—No, pero ya son las ocho y creo que deberíamos relevarla. Nos toca hacer el turno de mañana.

—Perfecto. ¿Me da tiempo a una ducha? —pregunto al ver que ella ya está lista.

—Sí. Te prepararé un café.

Me ducho a toda velocidad, me visto y voy a la cocina. Debbie me recibe con una sonrisa y una taza en la mano.

—Un *latte machiato* para el chico más guapo de la ciudad —dice mientras me tiende la taza.

—Recuérdame que me enamore de ti —digo tras tomar el primer sorbo.

—¿No lo estabas ya? —pregunta haciendo un adorable mohín de disgusto con los labios.

—Serás creída... No voy a ponértelo tan fácil.

Ella se ríe y se marcha a recoger su abrigo y su bolso. Sé que no la he engañado ni por un segundo, que está segura de que me tiene loco desde el primer día que la vi, pero no voy a darle la satisfacción de reconocerlo. Termino mi café y recojo mi chaqueta.

Cuando nos sentamos en el coche, me giro hacia ella antes de arrancar. Extiendo el brazo y acaricio su mejilla. A pesar de su radiante sonrisa, no consigue engañarme. Su mirada es triste y se le marca una pequeña arruguita en el entrecejo. Sé que tiene todas las razones del mundo para sentirse mal, pero me gustaría tanto poder evitarle cualquier dolor...

—No te preocupes. Eloise y yo lo arreglaremos —prometo sin pensar demasiado en mis palabras.

—Sobre eso quería hablarte. —Su sonrisa ha desaparecido por completo —. ¿Para qué la has hecho venir? No puedo creer que esa mujer haya cogido

un avión desde Vermont solo para cubrirnos por las noches y que podamos dormir. ¿Y por qué la presentaste ayer como tu tía? Me dijiste que no lo era. Además, dices que vosotros dos solos vais a poder arreglarlo todo... Creo que tienes muchas cosas que contarme.

Suelto un largo suspiro, pongo en marcha el coche y subo el volumen de la música para hacer que la potente voz de Adele cantando *Someone like you* impida que podamos seguir hablando. No funciona. Debbie se inclina hacia delante y baja el volumen antes de lanzarme una mirada asesina.

—Eric, no te vas a escapar de esta —me amenaza.

—Te prometo que te lo contaré... —contesto sumiso.

—Sí, claro. Algún día. —Cruza los brazos frente al pecho. Parece enfadada de verdad.

—No. Te lo contaré hoy mismo —prometo con tono resignado—, pero primero vamos a ver si Eloise tiene noticias y a decirle que ya puede irse a dormir.

Debbie asiente, aunque noto que sigue sin estar contenta. Creo que teme que, si me da el tiempo suficiente, encontraré nuevas excusas para no hablarle de mi pasado. La verdad es que me encantaría encontrarlas. Me da mucho miedo que pueda pensar que estoy loco y que decida dejarme. Es lo que yo haría si hubiera llevado una vida normal y mi pareja empezara a hablarme de asesinatos, espíritus y maldiciones.

Nos mantenemos en silencio durante todo el camino hacia el hospital. Cuando nos bajamos del coche, Debbie se adelanta y sigue sin dirigirme la palabra. Creo que ha decidido que no me hablará más hasta que yo sea sincero con ella. La sigo sin decir nada, porque, aunque no me guste, sé que tiene razón.

Cuando llegamos a la habitación de Samantha, nos quedamos de pie al lado de la puerta. Eloise ha acercado el sillón a la cabecera de la cama y está agarrando la mano de la chica. Supongo que me mintió al decirme que había estado durmiendo en el avión, porque está tan profundamente dormida que no se entera de nuestra presencia. Me acerco a ella, pongo una mano en su hombro y la sacudo con suavidad para que no se asuste.

No responde ni se mueve en absoluto. La sacudo un poco más fuerte, pero tampoco obtengo respuesta. El corazón se me acelera y amenaza con escaparse de mi pecho. Empiezo a llamarla a gritos mientras la agarro por ambos hombros y sacudo su cuerpo adelante y atrás. Escucho cómo Debbie sale a la

carrera de la habitación y empieza a pedir ayuda. Yo sigo gritando desesperado. No puedo creerlo. No puede haber caído ella también. Sin su ayuda, estamos todos perdidos.

Capítulo 6

MANTEO (CAROLINA DEL NORTE)

Un montón de gente entra a la carrera en la habitación. Me apartan y rodean la figura de Eloise. Siento en mis brazos unas manos que tiran de mí hacia fuera. No quiero marcharme, pero, cuando me giro, veo a Debbie mirándome preocupada. La sigo hasta el pasillo y dejo que me apoye contra una pared. Noto algo húmedo en mi cara y me doy cuenta de que estoy llorando como un chiquillo.

—Tranquilízate, Eric —susurra ella mientras acaricia mis mejillas empapadas—. Se pondrá bien.

Tengo ganas de gritarle que no se va a poner bien, pero no puedo hacerlo porque eso sería reconocer que creo que su hermana tampoco lo hará. Además, me siento tan angustiado, tan culpable, que no puedo pronunciar palabra. Ni siquiera puedo respirar bien. Noto que estoy tratando de tomar aire a toda velocidad, pero que este no logra pasar por mi garganta y llegar a mis pulmones. Mi vista se está nublando, pero, aún así, busco con la mirada hasta encontrar una fila de sillas situada en un lateral del pasillo, a poca distancia de donde estamos. Me apresuro a llegar hasta ellas y agacho la cabeza para ponerla a la altura de las rodillas. Conozco las sensaciones que me están invadiendo: es un ataque de pánico. He sufrido decenas de ellos a lo largo de mi vida, pero pensaba que, después de haber solucionado lo de Swanton, ya no volvería a tener ninguno. Soy un pobre iluso. Las personas no cambian y yo no voy a volverme valiente de la noche a la mañana.

Me concentro en mi respiración para tratar de dominarme. Un, dos, tres... Inspira... Un, dos, tres... Espira... Mi vista se va aclarando y, poco a poco, noto que mi corazón vuelve a su ritmo normal y que el oxígeno regresa a mis pulmones. Cuando levanto la cabeza, me encuentro con la mirada aterrada de Debbie. Pobre chica. Seguro que se está preguntando si debería pedir que me

ingresaran a mí también. Consigo forzar una sonrisa para que crea que estoy bien.

—No te preocupes. Me ha pasado más veces —logro decir entre respiración y respiración—. Sé controlar esto.

Ella frunce el ceño. Creo que no he calmado sus miedos en absoluto. Comprendo que no debe de ser muy tranquilizador enterarse de que tu novio es un histérico diagnosticado con amplia experiencia en el manejo de ataques de ansiedad.

No le da tiempo a preguntarme nada, porque la puerta de la habitación de Samantha se abre y vemos cómo sacan a Eloise tumbada en una camilla. Me levanto de la silla y corro hacia ellos, pero un celador se interpone en mi camino y coloca una mano abierta sobre mi pecho para detenerme.

—Tranquilo. Vamos a hacerle pruebas y, si sigue sin despertar, la ingresaremos en una habitación de esta planta. ¿Es usted familiar suyo?

—Sí, soy su sobrino —miento para no tener que dar demasiadas explicaciones, esperando que no me pidan ningún documento que lo demuestre.

—Perfecto. Vayan al mostrador de recepción y den los datos de la paciente —dice señalando hacia la entrada del hospital—. Después, acudan a la sala de espera. Les informaré de cualquier cambio.

Me gustaría negarme y protestar, pero sé que no va a servir de nada, así que asiento y voy al mostrador, tal y como me ha indicado. Debbie se coloca a mi lado, me agarra por la cintura y me dedica una mirada de ánimo. Eso me hace sentirme aún más culpable. Por si fuera poco con lo que está pasando, acabo de sumarle más preocupaciones. Parece que haber hecho que viniera Eloise solo ha complicado aún más las cosas.

Esperamos una eternidad hasta que el celador aparece en la puerta de la sala de espera. Nos indica que le sigamos hasta una habitación a tan solo tres puertas de la que sigue ocupando Samantha. Según entro, solo tengo ojos para la figura de Eloise. Le han soltado el pelo, que se esparce alborotado sobre la almohada, y le han puesto uno de esos horribles camiones de lunares que te dejan el trasero al descubierto. Estoy a punto de esbozar una sonrisa al imaginar el follón que va a montar cuando se despierte, pero se me corta al pensar que no estoy seguro de que vaya a despertar. Me acerco despacio a la cama y le agarro una mano, rezando para que, aun en su inconsciencia, pueda sentir que estoy aquí y que no voy a dejarla sola.

—¿Son ustedes familiares de la señorita Carter? —pregunta un hombre con bata blanca.

Me giro hacia él, extrañado. Estaba tan concentrado en Eloise que ni siquiera había percibido la presencia de más gente en la habitación. El hombre que ha hablado parece un doctor y, a su lado, hay una mujer bajita de piel morena que debe de ser una auxiliar de enfermería y que está colocando los objetos personales de Eloise en la mesilla.

—Sí. Soy su sobrino —contesto—. ¿Qué tal está? ¿Saben qué le pasa?

—De momento no podemos decirles nada —contesta el doctor—. Seguimos haciendo pruebas.

El médico me da un par de palmadas en el hombro y se dirige a la salida. Toda la ansiedad que me estaba consumiendo se transforma en rabia en un solo segundo. Si ese tío cree que va a marcharse sin decirme nada, lo lleva claro. Le agarro por la muñeca con fuerza y le hago girarse hacia mí.

—¿Tiene lo mismo que las chicas que ingresaron hace dos noches y que los policías? —El hombre duda, así que decido presionarle un poco—. ¿Su actividad cerebral muestra que está despierta aunque no reaccione?

—¿Cómo sabe usted eso? —pregunta sorprendido.

—Eso da igual. Contésteme.

—Lo siento. No puedo compartir información de otros pacientes.

—Comprendo que usted no pueda, pero yo sí. Estoy seguro de que hay un montón de medios de comunicación a los que les encantaría saber que en este pueblo se está extendiendo una extraña enfermedad para la que los médicos no tienen explicación.

Me he ido envalentonando a medida que el color desaparecía de la cara del doctor. Suelo ser una persona agradable y que no intenta imponer su voluntad a nadie, pero esto es importante. Tengo que hacer todo lo que esté en mi mano para entender qué le ha pasado a Eloise y ayudarla, así que, como el médico continúa sin decir nada, prosigo con mis amenazas:

—Ni siquiera saben cómo se transmite o si podría convertirse en una epidemia. Esto podría ser una noticia a nivel nacional.

—No se atrevería —consigue decir el médico.

—¿Quiere hacer la prueba? —contesto con una sonrisa cruel en la cara—. Dígame qué le pasa a mi tía. ¿Tiene la misma enfermedad que los demás?

—No. Su caso es diferente. —El hombre aún duda un segundo, pero decide no arriesgarse a que pueda cumplir mi amenaza y sigue hablando—. La

actividad cerebral de los demás pacientes muestra que están activos y despiertos. Su tía está dormida, pero tampoco es un sueño normal. Se mantiene en fase REM.

—¿En qué?

—Es una fase del sueño que se caracteriza por los rápidos movimientos de los ojos y por los sueños vívidos. Curiosamente, es una fase de sueño ligero, en la que resulta muy fácil despertar ante cualquier estímulo, pero ella no reacciona. Además, suele ser muy corta, de apenas unos minutos, pero su tía se mantiene en ella. No tiene explicación.

El hombre espera un par de segundos por si tengo más preguntas y después sale de la habitación sin despedirse siquiera. Creo que no le han gustado mis amenazas. Me desmorono en un sillón mirando hacia la cama de Eloise sin saber qué hacer. Empiezo a plantearme que ella no se ha “contagiado” al estar con Samantha. Estoy casi seguro de que su estado se debe a que ha realizado algún ritual que ha salido mal, pero pensar eso tampoco me ayuda. ¿Cómo voy a conseguir sacarla de ese sueño? No sé qué es lo que ha hecho ni lo que ha fallado... No tengo ni puta idea de brujería ni de cómo ayudarla. Siento un vacío en el estómago que amenaza con expandirse e inundarlo todo.

La auxiliar de enfermería continúa arreglando la habitación. Veo que se acerca a la cama de Eloise para acomodarle la almohada y estirar un poco las sábanas. De repente, hace algo que me llama la atención. Coloca sus dos manos sobre uno de los brazos de Eloise y cierra los ojos. Se queda así unos segundos: concentrada y ausente. Me levanto y me coloco a su lado.

—Usted es bruja —le digo cuando abre los ojos.

—Sí. Y su tía también. —La mujer me mira directamente, como si estuviera desafiándome a negarlo—. Creo que puedo ayudarla.

Capítulo 7

Me he emocionado tanto que estoy agarrando las dos manos de la mujer mientras mantengo la mirada fija en ella, como si temiera que esta esperanza que acaba de aparecer pudiera escaparse o desvanecerse ante mis ojos.

—¿En serio? —pregunto emocionado—. ¿Cree que puede revertir el hechizo?

—No. Mis poderes no llegan a tanto —contesta ella negando apenada con la cabeza.

—Disculpad... ¿Se puede saber de qué demonios estáis hablando?

Me giro hacia Debbie, sorprendido. Estaba tan preocupado por Eloise y tan emocionado por las palabras de esta mujer que había olvidado que ella se encontraba en la habitación.

—Enseguida te lo explico todo —digo a modo de disculpa tras morderme el labio inferior—. ¿Te importaría salir un momento para que podamos hablar?

—Pues claro que me importa. —Sus ojos echan chispas—. No pienso moverme de aquí. Estoy harta de tus secretitos y de que siempre me digas que algún día me lo explicarás todo. Si no quieres que me largue para siempre, más te vale empezar a hablar.

Vaya, un ultimátum. Esto sí que no me lo esperaba. Parece que Debbie tiene aún más carácter del que yo le suponía. Le dedico una sonrisa nerviosa mientras me rasco el pelo de la nuca para ganar algo de tiempo.

—Te lo contaré... —Las chispas de sus ojos cobran aún más fuerza—. Te lo contaré todo hoy, pero ahora tengo que hablar con...

—Tala. —Se presenta la mujer tendiéndome la mano.

—Encantado. —Se la estrecho con un rápido gesto y vuelvo a la conversación que me interesa—. ¿Cómo puede ayudar a mi tía? ¿Qué poderes tiene?

—Como te decía, mis poderes no son lo bastante fuertes como para sacarla de su estado —explica mientras observa el cuerpo de Eloise con una mirada

triste—. Mi abuela sí era una gran hechicera e intentó enseñarme todo lo que sabía, pero pronto quedó claro que yo no había heredado sus capacidades. Poseo un pequeño poder de sanación al imponer mis manos sobre un enfermo y puedo calmar un poco sus dolores y su angustia. Creo que por eso me dedico a esto... Y también sé detectar la magia y veo un gran poder en esta mujer.

—Estoy alucinando —dice Debbie mientras se aleja hacia la ventana como si temiera que nuestra locura pudiera ser contagiosa.

—¿Entonces no puede hacer nada para despertarla? —pregunto abatido.

—No, pero, como ya te he dicho, sé detectar la magia y puedo notar que tu tía se encuentra en este estado por un hechizo —responde tras girarse hacia mí para mirarme a los ojos—. Creo que hizo una especie de viaje astral, un conjuro para contactar con alguien. ¿Puede ser?

—Sí. La dejamos cuidando a una de las pacientes que está ingresada porque no puede despertar y la encontramos dormida agarrando su mano. Creo que puede haber intentado contactar con ella para saber qué le ocurre.

—Pues se ha perdido en ese viaje y ahora es incapaz de encontrar el camino de regreso —dice Tala—. Hay que atraerla desde aquí.

—¿Y cómo se hace eso?

—La única manera es que alguien muy importante para ella, alguien que la ame de verdad, la reclame en este plano. ¿Conoces a alguien así?

Me da la impresión de que la tierra se abre bajo mis pies y que todas las esperanzas que estaban creciendo en mi pecho revientan en pedazos como un cristal. Eloise no es una persona muy sociable. No le conozco amigos íntimos, ni una pareja... Tiene algunos familiares en Swanton, pero, por lo que he podido observar desde que la conozco, no mantiene una relación muy estrecha con ellos. Con la información que tengo, creo que yo puedo ser la persona con la que mejor se lleva en el mundo.

—Creo que solo me tiene a mí, pero ya la he estado llamando y no responde...

—No. Tú no sirves —dice la mujer, apenada—. Ni siquiera eres su sobrino.

—¿Y cómo sabes eso? —preguntó sorprendido.

—Te acabo de decir que soy bruja. Sé cosas que no tendría por qué saber —dice ella encogiéndose de hombros—. Necesitamos a alguien mucho más cercano, alguien realmente importante en su vida, alguien con unos sentimientos tan potentes hacia ella que sean como un faro en medio de las

tinieblas e iluminen su camino hacia este plano.

—¿Y si no hay nadie así?

—Tiene que haberlo, porque no conozco otra manera de despertarla. —La mujer me da un par de palmadas de ánimo en la espalda antes de salir de la habitación—. Espero que puedas encontrarlo.

Cuando Tala se marcha, escucho un carraspeo a mi espalda. Me giro y veo a Debbie, que se ha sentado en uno de los sillones con los brazos cruzados frente al pecho. No tengo escapatoria posible. Voy a tener que contárselo todo y arriesgarme a que crea que estoy loco y me deje. Bueno, mejor hoy que mañana. Total, ya está siendo un día de mierda.

Me siento a su lado y empiezo a hablar. No sé cuánto tiempo paso hablando, pero, una vez que empiezo, las palabras surgen sin freno. Creo que en realidad necesitaba sincerarme con ella y dejar de torturarme con dudas sobre si contárselo o no. Este soy yo, así es Eric, con sus miedos, sus ataques de pánico y su asqueroso pasado. Lo tomas o lo dejas.

Le cuento la historia desde el principio, cuando era un crío que vivía en Swanton y estaba enamorado de Anne. Le hablo sobre cuánto me afectó su asesinato y las muertes de Bobby y Dave. Le explico con todo detalle mis visiones de mis amigos muertos, los ataques de catatonía en los que me sumía tras cada aparición, el miedo que sentía de estar volviéndome loco y cómo toda mi familia tuvo que mudarse a Burlington para intentar que yo olvidara. Le hablo de mis sesiones con mi psiquiatra, de las burlas en el colegio, de mi soledad y mi miedo... Y después le cuento como, una vez creí estar libre de todo eso, las apariciones regresaron y me obligaron a volver a Swanton y tratar de resolver los asesinatos de mis amigos. Le cuento cómo conocí a Eloise, que fue la única que me creyó y me ayudó a comprenderlo todo, cómo descubrí la relación de mi familia con aquellos crímenes y por qué ya no puedo volver a verlos, el modo en el que descubrimos la maldición que acechaba a los niños de Swanton y conseguimos romperla...

Durante todo el tiempo que estoy hablando, ella no dice ni una sola palabra. Casi no se la oye ni respirar y llega un momento en el que me planteo que no está, que estoy hablando solo, que por fin me he desquiciado del todo y ya no sé diferenciar la realidad y la ficción. Tendría lógica. Muchas veces me digo que es imposible que alguien como Debbie esté saliendo conmigo, que debo de estar alucinando.

A pesar de mis miedos, no levanto la cabeza porque no quiero ver en sus

ojos una mirada de burla, de desprecio o de miedo. Por eso le agradezco tanto que, de repente, ella alargue su mano y tome la mía. Eso me da fuerzas para continuar la historia hasta el final.

Cuando por fin levanto la mirada y la cruzo con la suya, no sé interpretar lo que veo en sus ojos. Tiene los labios apretados y el ceño fruncido, pero no parece enfadada, solo confusa. Creo que no es capaz de mantenerme la mirada, porque se levanta de la silla y empieza a andar por la habitación como un animal enjaulado.

—¿Qué piensas? —pregunto cuando ya no puedo aguantar más la tensión.

—No sé qué pensar, Eric —confiesa—. Nunca he creído en estas cosas. ¿Tú sabes todo lo que me acabas de contar? Es una locura...

—Lo sé —admito—, pero es mi pasado. Yo no tengo la opción de creer o no creer. Lo he vivido...

Me quedo mirándola con ojos suplicantes. No quiero darle pena, no intento que se quede conmigo por lástima, pero necesito que me comprenda, que no me abandone... En este momento, me doy cuenta de que tengo más miedo que en toda mi vida, que prefiero la aparición de un millar de almas condenadas a la aterradora posibilidad de perderla.

Debbie se tapa la cara con las manos y deja salir un largo suspiro. Yo me mantengo con el alma en tensión, como un funambulista que trata de recuperar el equilibrio y sabe que cualquier brisa puede arrojarle al abismo. Por suerte, cuando descubre su rostro, veo una sonrisa dibujada en él.

—Te creo. —Suelta una risita mientras niega con la cabeza—. Todo esto es una locura, pero no tengo más remedio que creerte... Quiero decir... Eres tú... Sé que no eres un loco ni un mentiroso, así que lo que cuentas tiene que ser verdad.

Siento que el pecho me estalla de alegría y, sin poder contenerme, me levanto del asiento y la abrazo con tanta intensidad como para dejarla sin respiración mientras repito la palabra “gracias” una vez y otra y otra... Su cuerpo está tenso durante unos segundos, pero después se relaja y me devuelve el abrazo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunta cuando nos separamos.

—No lo sé. Tengo que descubrir si hay alguna manera de despertar a Eloise, si existe alguna persona capaz de sacarla de su sueño.

—¿Y cómo la vas a encontrar?

—Supongo que tendré que ir hasta Swanton y rebuscar entre sus cosas. —

Suelto una risita nerviosa—. Me va a matar por ello cuando se despierte.

—¿Cómo vas a ir? ¿En avión?

—No. No tengo dinero para eso. Creo que me toca conducir hasta Vermont.

Debbie abre el pequeño armario que hay en la habitación. Veo la ropa de Eloise cuidadosamente colgada. En la balda de arriba está su bolso. Debbie lo coge y empieza a rebuscar dentro.

—¿Qué haces? —pregunto después de mirar cómo Eloise sigue en la cama sin reaccionar. Sé que es una tontería, pero casi esperaba que se levantara para echarnos la bronca de nuestra vida por husmear en sus cosas.

—Buscar las llaves de su casa. —Debbie saca el llavero y lo hace tintinear ante mí—. ¿O es que pensabas colarte por una ventana?

Recoge su abrigo y su bolso, que había dejado en el respaldo del sillón, me agarra del brazo y me guía hacia la salida de la habitación.

—Decidido entonces. Nos vamos a Vermont —dice tan entusiasmada como si fuéramos de fiesta.

—Tú no puedes venir —protesto—. Tienes que estar aquí por tu hermana.

—Según lo que sabemos, mi hermana solo está dormida. No va a morir porque yo no esté, así que entre mis padres y Keira pueden encargarse de ella perfectamente —explica mientras salimos al pasillo—. Y, según lo que tú dices, solo Eloise será capaz de descubrir qué les pasa y sacarles de su estado, así que tenemos que despertarla cuanto antes. Tengo que ir contigo. No puedes conducir catorce horas hasta Vermont sin parar. Nos turnaremos al volante y esta misma noche estaremos allí.

Me gustaría poder contradecir sus argumentos, pero sé que voy a sentirme mucho mejor si ella está conmigo. Si voy solo, me pasaré el viaje pensando que ya he vuelto a meterme en un lío que me queda demasiado grande, culpándome por el estado de Eloise, preocupado por no poder ayudarla... Con Debbie a mi lado, todo será mucho más fácil.

—Gracias. —Eso es lo único que me sale, pero espero que entienda todo lo que hay tras esa palabra.

—No me lo agradezcas tan pronto —comenta burlona—. Primero tenemos que ir a ver a mis padres y explicarles que tengo que abandonarles y marcharme contigo. Ya puedes inventar una buena historia si no quieres que te odien para siempre.

Escuchamos un alboroto que llega desde la entrada del hospital y vemos a un grupo de personas que empujan una camilla en nuestra dirección. Nos

apartamos para dejarles sitio y, cuando pasan a nuestro lado, siento un escalofrío que me recorre todo el cuerpo. Es un hombre anciano con una espesa barba blanca y la piel muy morena, como si hubiera pasado toda su vida trabajando al aire libre. Me quedo hipnotizado por sus ojos, por esa mirada que ya empiezo a conocer demasiado bien. Tiene los ojos abiertos, fijos e inertes.

Debbie ha pegado su cuerpo al mío y me aprieta un brazo con nerviosismo.

—¿Le conoces? —pregunto.

—Sí. Es el señor Nelson. Tiene su granja muy cerca del bosque en el que encontraron a Sammy y a sus amigas —explica con voz temblorosa.

—Se está extendiendo —digo en un susurro antes de agarrar a Debbie de la mano para que nos pongamos en movimiento—. Vamos, tenemos que darnos prisa.

Capítulo 8

SWANTON (VERMONT)

Ya ha pasado la medianoche cuando aparcamos frente a la casa de Eloise. Me bajo del Impala y me quedo mirando el lugar, sintiendo que el corazón se me acelera. El viejo condicionamiento infantil sigue teniendo la misma fuerza de siempre: estoy frente a la casa de la bruja y esta vez voy a entrar sin su consentimiento. A pesar de que está muy oscuro, puedo distinguir los símbolos arcanos pintados en sus paredes. En la quietud de la noche, se escucha claramente cómo tintinean los colgantes de los amuletos, hechos con pequeños huesos, trozos de madera y cristales de colores, que cuelgan en el porche. Son señales de advertencia, protecciones para que tanto los vivos como los muertos se queden fuera.

Tomo aire y abro la verja. Debbie se ha pegado a mí y me ha cogido la mano. Para no creer en los fenómenos paranormales, parece muy intranquila. Cuando llegamos al porche, rebusca en su bolso y encuentra las llaves de la casa, pero, en lugar de abrir, me las pasa a mí. Supongo que prefiere que sea yo el que se enfrente a la ira de la bruja o a las posibles maldiciones que protejan su hogar.

En cuanto pongo un pie dentro de la casa, siento que la respiración se me acelera. A pesar del silencio y la oscuridad, da la impresión de que el lugar no está vacío del todo. Es como si la presencia de Eloise impregnara cada rincón, como si, a pesar de los cientos de millas que nos separan, ella estuviera presente, vigilando nuestros movimientos. Palpo la pared hasta encontrar un interruptor y enciendo la luz. Aunque la sensación de estar invadiendo un lugar al que no hemos sido invitados sigue presente, me siento un poco más tranquilo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunta Debbie—. Ha sido un viaje muy largo. ¿Quieres ir a dormir?

—No. Todavía no. Prefiero empezar a investigar ya.

Debbie frunce el ceño, pero asiente. Comprende que para mí es muy importante saber cuanto antes si vamos a poder ayudar a Eloise o si hemos hecho todo este viaje para nada. Me quedo en la entrada, sin saber hacia dónde dirigirme.

—No tengo ni idea de por dónde empezar —confieso.

—Por su dormitorio —contesta Debbie sin dudarlo un instante—. Si esconde secretos de un antiguo amor en algún sitio, será allí.

Asiento y la guío escaleras arriba. Nuestros pasos en cada peldaño parecen despertar ecos. Tengo que parar y girarme un par de veces para asegurarme de que no estamos acompañados. Debbie me pone la mano en la espalda y me empuja para que siga subiendo. Sé que me estoy comportando como un imbécil. Estoy aquí para ayudar a Eloise y sé que ella nunca me haría daño. Llego al piso de arriba, tomo aire de nuevo, me dirijo a su habitación y abro la puerta.

Nunca antes había entrado aquí. Me sorprende la sobriedad del cuarto. Solo hay una cama de matrimonio con una mesilla en el lado izquierdo, un armario ropero, un escritorio y una estantería llena de libros. No hay cuadros, ni jarrones, ni adornos... Es todo sencillo y funcional. Me alegra comprobar que está todo muy ordenado. Así será más fácil encontrar lo que buscamos.

—Yo empiezo por el armario —dice Debbie.

—Vale. Yo revisaré la mesilla y el escritorio.

No hay mucho que mirar en la mesilla. Algunos documentos, unas gafas, una de sus pipas... Antes de investigar el escritorio, me detengo durante unos segundos frente a la estantería. Está llena de libros sobre ocultismo: rituales, métodos de adivinación, tratados de magia... Algunos parecen muy antiguos y desprenden cierto aura de poder y misterio. Prefiero no tocarlos a no ser que sea imprescindible.

—A Eloise no le gusta mucho la ropa de colores, ¿verdad? —dice Debbie con medio cuerpo metido en el armario—. Hasta su ropa interior es negra...

—Ese es un dato sin que el que podría haber vivido. Gracias. —Sé que es una estupidez, pero noto que me sonrojo—. ¿Quieres centrarte en lo que hemos venido a buscar?

—Es que no sé lo que hemos venido a buscar —contesta ella—, así que tengo que mirarlo todo.

—Ya, pero estoy seguro de que saber si su sujetador es blanco o negro no

va a ayudarnos a despertarla.

—Está bien, perdona... Gruñón —la escucho murmurar.

Esbozo una sonrisa y empiezo a investigar el escritorio. Hay una pila de cuadernos en una esquina de la mesa. Cada uno de ellos tiene un número escrito en la portada. Parecen años y van desde 1985 hasta 1991. Abro el primero de ellos y, cuando empiezo a leer, alucino. Son las anotaciones de diferentes casos paranormales. Están las fechas, los lugares, los nombres de las personas que la contrataron y los diferentes problemas que tuvo que solucionar: maldiciones, fantasmas, demonios, casas encantadas... No puedo creer que Eloise se haya enfrentado a todo esto. Me llama la atención un nombre que aparece en muchas páginas: Al. Parece ser que esa persona la acompañaba y colaboraba con ella en la resolución de los casos. ¿Quién será ese tío?

Escucho un grito de alegría procedente del armario. Debbie se gira hacia mí con una gran caja de cartón en las manos y una enorme sonrisa en la cara.

—Lo tengo. Estoy segura de que aquí guarda todos sus recuerdos —dice emocionada.

—¿Y por qué crees eso?

—A lo mejor yo también soy bruja y sé cosas sin saber cómo —contesta guiñándome un ojo—. Es broma. Pone “Recuerdos” en la tapa.

Debbie deja la caja en el suelo y se sienta con las piernas cruzadas. Me pongo de rodillas a su lado y espero a que la abra. Lo primero que vemos es una chaqueta de cuero que lo tapa todo. Es muy pequeña. Debe de haber pertenecido a algún bebé.

—No sabía que Eloise hubiera tenido hijos —comenta Debbie.

—Creo que no los ha tenido. A lo mejor es de alguno de sus sobrinos...

Vamos sacando cosas de la caja. Cojo un fajo de papeles sujetos con una goma. Son entradas de conciertos: Metallica, Ac/Dc, U2, Dire Straits... Nunca habría imaginado a Eloise yendo a conciertos de ese tipo de música, pero lo que más me sorprende es que hay dos entradas para cada uno. Compruebo las fechas: todas entre 1985 y 1991. Creo que estamos cerca de encontrar algo importante.

—Aquí hay unas cartas —dice Debbie sacando otro fajo de papeles atados con un lazo negro.

—¿Son de un hombre? ¿Cartas de amor? —pregunto esperanzado.

—No. Son de una tal Laetitia Pellegrini. ¿Te suena?

—No. No me suena de nada. No creo que nos sirvan. Estamos buscando a algún antiguo amor.

—¿Y quién te dice que no es lesbiana? —Debbie suelta el lazo que sujeta las cartas y abre la primera para empezar a leerla.

—No sé. No me lo imagino.

—Pues sería una explicación perfecta para el hecho de que nunca se haya casado ni haya formado una familia. Hace veinte años la homosexualidad no estaba bien vista. A lo mejor acabo de encontrar las pruebas de un amor prohibido.

—Bueno, a mí no me convence, pero léelas y me cuentas...

Mientras Debbie empieza a leer, yo sigo investigando la caja. Encuentro varias flores secas, tickets de hoteles y de restaurantes... Todos ellos son de los mismos años. Es como si todas las cosas importantes de la vida de Eloise hubieran sucedido en esa época, como si después el mundo se hubiera parado para ella.

—Lo tengo, lo tengo... —grita Debbie a mi lado.

—¿Qué? ¿Es lesbiana? —pregunto confuso.

—No. Escucha: “No entiendo lo que ha pasado entre Aleister y tú. Él no quiere contarnos nada. La última vez que tratamos de sacar el tema, se marchó de casa dando un portazo y estuvimos sin saber de él durante varias semanas. No sé qué ha sucedido, pero deberíais intentar arreglarlo. Aleister no está bien. Bebe demasiado, está todo el día enfadado, se mete en peleas... y lo peor de todo es que ha perdido ese brillo en los ojos que tenía cuando estabais juntos”.

—Ese Aleister puede corresponderse con un tal Al que aparece en los cuadernos de Eloise. —Estoy tan emocionado que noto que el corazón se me dispara—. Tenemos que hablar con esa mujer.

—Sería mucho más fácil si nos hubiéramos acordado de coger el móvil de Eloise. Seguro que el teléfono estaba ahí. —Su cara se ilumina—. A lo mejor podemos encontrar su teléfono en Google.

—Prefiero hablar con ella en persona. No creo que quiera hablar de estas cosas con un desconocido por teléfono. ¿No hay una dirección en esas cartas?

—Sí. Parece que esa mujer vive en Newark, una ciudad de New Jersey.

—Pues creo que tendremos que ir allí —propongo.

—Esperemos que no se haya mudado y que siga viviendo en el mismo sitio —dice Debbie encogiéndose de hombros—. Al menos, ir hasta allí nos acerca

de nuevo a Roanoke.

—¿Vamos entonces?

—¿Estás loco? —pregunta Debbie—. Acabamos de recorrer más de ochocientas millas en un solo día. Yo me voy a dormir. Mañana por la mañana iremos a New Jersey a buscar a esa mujer.

No me queda más remedio que darle la razón, aunque me muero de impaciencia por saber si encontraremos a Laetitia y si podrá confirmarnos que estamos tras la pista correcta. Salimos de la habitación y nos dirigimos al cuarto en el que dormí cuando estuve pasando una temporada en esta casa. La cama es pequeña, pero no pienso profanar aún más la intimidad de Eloise usando la suya sin permiso.

Debbie se queda dormida en cuanto su cabeza toca la almohada, pero yo no consigo que el sueño venga a visitarme. Estoy demasiado nervioso, demasiado preocupado... Me levanto, recojo las cartas que Debbie ha dejado sobre la mesilla y me paso la noche leyéndolas todas. No hay mucha información importante en ellas. Laetitia habla de su vida, de su matrimonio, de sus dos hijos... De vez en cuando, vuelve a hablar sobre ese tal Aleister, sobre la mala vida que lleva, sobre lo preocupada que está por él... Insiste una y otra vez en que Eloise debería contarle qué pasó entre ellos, pero parece que ella se niega a dar explicaciones. La razón de que dejaran su relación debe de ser demasiado dolorosa como para que Eloise quiera hablar de ello, por muchos años que hayan pasado.

Cuando termino de leer las cartas, me siento aún más emocionado. Que para Eloise siga resultando tan difícil hablar del tema después de tanto tiempo significa que le sigue importando. Creo que estamos en el buen camino.

Capítulo 9

NEWARK (NEW JERSEY)

Aparco el coche frente al jardín delantero de una bonita casa de color blanco situada en la mejor zona residencial de Newark. Me giro hacia Debbie, que está comprobando la dirección en el GPS de su móvil.

—Hemos llegado, ¿verdad? —Espero hasta que ella asiente—. ¿Tú crees que seguirá viviendo aquí?

—No te angusties —me riñe ella—. Pues claro que sigue viviendo aquí. Aunque sus cartas han ido espaciándose, la última fue una postal de felicitación de cumpleaños de hace poco más de dos meses. Sería muy mala suerte que se hubiera mudado justo ahora.

—Lo siento —me disculpo—. Ya sabes cómo soy.

—Bueno, si tan agobiado estás, solo tenemos que salir del coche y llamar a la puerta para salir de dudas.

Decido hacerle caso y me bajo del coche. Cruzamos el jardín y llamamos a la puerta. En un primer momento, no escucho absolutamente nada y vuelvo a sentir el miedo de que ya no viva nadie aquí, de no poder encontrar a esa mujer. Ahora mismo es nuestra única posibilidad. Si ella no puede ayudarnos, no tengo ni idea de por dónde tirar.

Por suerte, escucho unos pasos que se acercan y la puerta se abre de par en par. Una mujer con una melena negra azulada que le llega hasta la cintura nos sonrío desde el umbral. Lleva un vestido largo de tela vaporosa en color morado, con unas mangas larguísimas que ondean al viento, y tantos anillos y collares como para llenar el escaparate de una joyería.

—Buenas tardes —saludo—. ¿Es usted Laetitia Pellegrini?

—Sí. Soy yo. ¿Los señores Burton? —pregunta sin dejar de sonreír—. No les esperaba hasta las cuatro.

—No. No somos los señores Burton. —Me apresuro a contestar—. Mi

nombre es Eric Armstrong y ella es Debbie Sherman. Necesitamos hablar con usted.

—Lo siento, pero no puedo atender a nadie sin cita previa —contesta con voz apenada antes de girarse para recoger un bolígrafo y una agenda del mueble de entrada—. Tengo un hueco libre el viernes por la tarde.

—No podemos esperar —la interrumpe Debbie—. Venimos desde muy lejos para hablar con usted.

—Lo comprendo, cariño, pero, como acabo de decirlos, tengo unos clientes que llegarán en menos de media hora. —Abre la agenda y empieza a pasar hojas—. ¿Os apunto para el viernes entonces?

—No. Esto es urgente —intervengo—. Queremos hablar con usted sobre Eloise Carter.

Su cara cambia de inmediato. Deja la agenda y el bolígrafo sobre el mueble y se echa a un lado para permitir que entremos. La casa parece acogedora y no se corresponde en absoluto con el aspecto de su propietaria. Cruzamos un salón con muebles de color claro y recorremos un pasillo pintado de azul con las paredes repletas de fotos familiares. Ella abre una de las puertas y nos invita a pasar. Según entramos, me quedo paralizado. Este lugar sí que es más acorde al aspecto de Laetitia. Acabamos de adentrarnos en los dominios de una bruja. Las cortinas están echadas y todo está sumido en la penumbra. Distingo unas paredes pintadas en un oscuro tono de rojo y adornadas con el cráneo de un macho cabrío rodeado de símbolos arcanos. Cada superficie de la habitación está cubierta por objetos extraños: pirámides de cristal, piedras de colores, velas, libros antiguos... Sobre la mesa redonda que ocupa el centro de la habitación distingo una bola de cristal y una baraja de tarot.

Ella se sienta a un lado de la mesa y nos indica que nos coloquemos enfrente. Me siento incómodo en un lugar así y el embriagador aroma del incienso ya está empezando a levantarme dolor de cabeza a pesar de que solo llevo unos segundos en la habitación. La mujer cruza las manos sobre la mesa y se me queda mirando impaciente.

—¿Le ha sucedido algo malo a Eli?

Su tono preocupado hace que me sienta algo mejor. Puede que sea una bruja, pero parece que aprecia de verdad a Eloise, así que supongo que hará todo lo que esté en su mano para ayudarnos.

—La verdad es que sí. —Ella abre mucho los ojos, asustada—. Ha

realizado un ritual y parece que se ha quedado atrapada...

—¡Dios mío! ¿Qué ritual?

—No lo sabemos. Están pasando cosas raras en un pueblo de Carolina del Norte —explico—. La gente se queda dormida y no puede despertar. Creemos que Eloise hizo un ritual para tratar de contactar con una de las enfermas y ahora no conseguimos que vuelva en sí.

—¿Y habéis venido para que yo os ayude? —La mujer se levanta del asiento y se pone de espaldas a nosotros. Veo que está retorciéndose las manos, como si estuviera desesperada. Cuando se gira de nuevo, me doy cuenta de que tiene los ojos llorosos—. Me cuesta mucho confesar esto, así que espero que lo que voy a deciros no salga de aquí. —Laetitia deja de hablar hasta que ambos asentimos—. Yo no soy una bruja de verdad. Tengo ciertos poderes. Puedo sentir algunas energías y adivinar ciertas cosas, pero no soy una bruja como lo es Eloise. No creo que vaya a poder ayudaros.

—Tranquila. No es eso lo que necesitamos de usted —dice Debbie mientras le dirige una sonrisa.

La mujer lanza un suspiro de alivio y vuelve a sentarse frente a nosotros. Extiende su brazo sobre la mesa y agarra la mano de Debbie para apretarla con afecto.

—Decidme qué necesitáis. Haré cualquier cosa que esté en mi mano para ayudaros.

Debbie abre su bolso y saca el manojito de cartas. Abre la primera y se la pasa.

—Hemos estado hablando con una bruja del pueblo para saber qué podemos hacer —explica—. Nos ha dicho que, para poder sacar a Eloise del plano en el que ha quedado atrapada, necesitamos que alguien la atraiga desde este lado. ¿Era eso, Eric?

—Sí. Eso es, pero parece que no puede ser cualquiera. Tiene que ser alguien muy importante para ella. Hemos ido a su casa a investigar y hemos encontrado estas cartas. En ellas usted le habla de un tal Aleister. Por las cosas que dice, parece que fueron pareja en el pasado.

—Sí. Aleister McNeal es mi hermano. Estuvieron juntos durante varios años y, de repente, se separaron y no han querido volver a verse.

Me da miedo seguir preguntando y que Laetitia me cuente que él consiguió rehacer su vida, que está con otra mujer, tiene hijos y ya ni siquiera se acuerda de Eloise. Sin embargo, la mirada melancólica de Laetitia mientras ojea

algunas de esas cartas me permite albergar esperanzas.

—¿Qué ha sido de él? ¿Sabe dónde vive?

—No vive en ningún sitio fijo. —La mujer suelta un triste suspiro—. Sigue recorriendo el país en su vieja caravana y tocando la guitarra de bar en bar. Toca en cualquier sitio en el que le paguen lo suficiente para tomarse unas cervezas y llenar el depósito para seguir viajando. No sé si sigue creyéndose que tiene dieciocho años o si su vida es una constante huida hacia delante.

—¿Cree que puede seguir sintiendo algo por ella? —Noto que la voz me tiembla al hacer esa pregunta.

Ella baja la cabeza y fija la mirada en las cartas ya amarillentas que escribió hace muchos años. Cuando vuelve a mirarme, me dirige una sonrisa muy triste.

—No lo sé. Nunca ha querido decirnos nada. Por el modo en que se separaron, de una manera tan definitiva y de un día para otro, casi podría apostar a que la odia... Lo único que sé es que, tantos años después, sigue sin querer hablar de ello, así que supongo que sigue importándole.

—¿Pero no tiene ni idea de qué pudo pasar? —interviene Debbie—. ¿Se aburrieron el uno del otro?

—No lo creo. Tuvo que ser algo mucho más grave.

—¿Por qué piensa eso? —pregunto.

Ella se queda unos segundos en silencio, con la mirada perdida en el infinito mientras se muerde el labio inferior. Parece que no encuentra las palabras necesarias para explicarse adecuadamente.

—Llevo más de veinte años con mi marido —dice por fin—. Le quiero más de lo que he querido a nadie en el mundo y sé que él también me adora, pero también sé que nuestro amor es solo una sombra al lado del que se tenían Al y Eli. —Vuelve a quedarse en silencio con un brillo soñador en los ojos—. Yo les envidiaba, les envidiaba muchísimo... Cuando estaban juntos en una habitación, parecían brillar. Esa manera que tenían de mirarse a los ojos, de comunicarse sin hablar, de estar siempre en contacto, rozando sus manos o apoyándose el uno en el otro... Lo que tenían era magia. Algo así no se puede acabar porque se aburrieran el uno del otro.

Debbie y yo cruzamos nuestras miradas, sin saber qué responder. Al menos, tras las palabras de Laetitia, hay algo que me ha quedado muy claro. Ese tal Aleister es la persona que buscamos. Si él no puede traer a Eloise de vuelta, nadie podrá.

—¿Sabe dónde podríamos encontrarle?

—Estáis de suerte, porque justo llamó ayer y me dijo que había conseguido trabajo en un bar de Virginia y que iba a estar dando conciertos allí una semana. El bar se llama The Black Stone y está en un pueblo llamado Blackstone. Me lo contó porque le pareció muy gracioso que fuesen tan poco originales.

—Muchísimas gracias. —Me levanto de la silla dispuesto a salir de allí a la carrera y recorrer a toda velocidad las millas que me separan de ese lugar —. Nos ha sido de gran ayuda.

—De nada. Solo una última advertencia. —Sus palabras hacen que vuelva a sentarme de inmediato—. Desde que se separó de Eli, mi hermano no es el mismo. Era un chaval alegre, de esos a los que la vida les sonríe. Ahora ya no es así. Se ha vuelto un cínico que solo mira por sí mismo y tiene arranques de mal genio, sobre todo si alguien intenta sacarle el tema de Eli... No sé si conseguiréis que os ayude, pero os deseo toda la suerte del mundo.

Capítulo 10

BLACKSTONE (VIRGINIA)

No es difícil encontrar el bar que estamos buscando. Es un edificio rectangular y aislado situado a la entrada de Blackstone, justo enfrente de un taller mecánico. Hay varios coches aparcados a la entrada junto a una fila de enormes motos negras con los manillares plateados.

En cuanto bajo del coche, puedo escuchar el agudo sonido de una guitarra eléctrica. No sé si el que toca será el tío que estamos buscando, pero la verdad es que lo hace de maravilla. Tomo la mano de Debbie y nos internamos en el local.

El bar está sumido en la penumbra. Hay bastante gente dentro y no me gustan las pintas de la mayoría de ellos. No es el tipo de bar al que llevaría a Debbie ni tampoco en el que yo entraría solo a pedirme una cerveza. La mayoría de la gente va vestida de negro, con camisetas de grupos *heavy*s que pasaron de moda allá por los ochenta. Muchos llevan prendas de cuero: chaquetas, chalecos, incluso pantalones. En la barra hay un grupo de tíos con el pelo largo y barbas que les llegan a la mitad del pecho. Supongo que serán los dueños de las motos. Por las entradas y canas que lucen y las barrigas que sobresalen por encima de sus cinturones, supongo que estoy ante la versión geriátrica de los Ángeles del Infierno.

Me dirijo a la zona de la barra más alejada de ese grupo y espero a que el camarero se fije en nosotros. Es un tío totalmente calvo con una camisa de cuadros. Tiene tantos músculos en los brazos que me parece un milagro que las mangas, remangadas por encima del codo, no estallen con sus movimientos. El hombre se acerca a nosotros y planta ambas manos sobre la barra. Creo que a él tampoco le gustan nuestras pintas. Destacamos como unas inocentes gacelas en una convención de hienas.

—¿Qué queréis beber?

La verdad es que no me apetece beber nada, pero no me atrevo a decírselo. Tiene ese tipo de voz atronadora que no admite discusión. Le pido dos cervezas y, cuando se acerca con ellas, me inclino sobre la barra para hablar con él.

—Estamos buscando a una persona —digo mientras intento poner mi sonrisa más amistosa.

—¿Es que tengo cara de detective privado? Esto es un bar —contesta el hombre frunciendo el ceño—. Son cuatro dólares.

—Solo necesitamos saber si el tipo que está tocando es Aleister McNeal —interviene Debbie mientras señala al escenario.

—¿Otra admiradora? —La cara del camarero se transforma, iluminada por una sonrisa sarcástica—. Sí, es él.

—¿A qué hora acaba la actuación?

—Creo que termina ya. Siempre acaba con *Still got the blues*. Cuando toque esa canción, podrás ir a pedirle un autógrafo, guapa.

Me giro hacia el escenario. Solo hay un tío con una guitarra. En estos momentos no está tocando. Está medio escondido en las sombras de una esquina del escenario y aprovecha la pausa entre canción y canción para ventilarse medio botellín de cerveza de un solo trago. Su andar es un poco tambaleante mientras regresa hacia el micrófono.

—¡Joder, qué bueno está! —dice Debbie a mi lado.

Me giro hacia ella sorprendido. Ha apoyado un codo en la barra y su barbilla en la mano y mira hacia el escenario con ojos soñadores. Observo que hay más mujeres en el bar que le contemplan como si fuera un ángel caído del cielo. Ahora que se ha colocado bajo la luz del foco, le echo un vistazo para poder decirle a Debbie que no es para tanto, pero no puedo pronunciar palabra. La verdad es que el tipo es muy atractivo. Lleva el pelo un poco largo y barba de tres días, pero, en lugar de darle un aspecto descuidado, le hacen parecer peligroso e interesante, le dan ese aspecto de chico malo que a las tías parece gustarles. Me siento un poco celoso. Yo no podría parecer peligroso ni aunque me pusieran bozal y camisa de fuerza.

—Debbie, por favor... —digo intentando que no se noten los celos en mi voz—. Podría ser tu padre.

—Ya, pero no lo es —contesta ella sin despegar un solo segundo los ojos del escenario.

El tío se acerca al micrófono y, después de pasear la mirada por el

público, toca unas notas al azar para conseguir que la gente le preste atención. No puedo creerlo, pero todo el mundo se calla, incluso el grupo de moteros de la barra. Cuando consigue que todo el mundo le mire, muestra una sonrisa de galán de cine antes de empezar a hablar.

—Con la siguiente canción, cerramos la actuación de hoy. —En el silencio del local se oyen unas cuantas quejas pronunciadas por voces femeninas—. No sufráis. Voy a estar con vosotros toda la semana. Gracias por la acogida que me estáis dando en Blackstone. Sois un pueblo increíble.

Todos los presentes se ponen a aplaudir, incluso Debbie. Yo no lo hago. Simplemente le observo, alucinado. Nunca he visto a alguien con tanta presencia, con tanto carisma... Me planteo durante un segundo que nos tenemos que haber equivocado de tío. Alguien así no pega en absoluto con la Eloise Carter que yo conozco.

—Y ahora me despido con *Still got the blues*. —Se escuchan más aplausos—. Por todas esas mujeres que nos dejaron el corazón destrozado y a las que no podemos olvidar.

En cuanto pone los dedos sobre las cuerdas de la guitarra, el bar se sume en un silencio reverencial. Ni siquiera se oye un susurro ni el sonido de los vasos. Todo el mundo le está mirando como si estuviera hipnotizado. Hasta yo caigo bajo el hechizo del sonido de su guitarra, que parece llorar en sus manos, y de su voz, que transmite toda la melancolía del mundo. El tacto de la mano de Debbie en mi brazo me saca del trance.

—Todavía la quiere —me susurra con una sonrisa embobada en los labios.

—¿Y de dónde sacas eso?

—Canta de verdad. Lo que canta le duele. —Debbie habla con tanta seguridad como si estuviera transmitiendo un mensaje divino—. Sigue pensando en ella y echándola de menos.

Me gustaría discutir sus palabras, más que nada para que deje de mirarle como lo está haciendo, pero siento que tiene razón. Incluso yo me siento conmovido por su manera de cantar. Cada nota de la guitarra parece mostrar un trozo de su corazón, deshecho y torturado. Cada una de sus palabras está tan cargada de sentimiento que hasta a mí me duele.

Cuando termina de tocar, todo el bar se pone en pie y le aplaude. Él se descuelga la guitarra, la deja con cuidado en un soporte y hace un par de reverencias teatrales para su audiencia antes de bajar y dirigirse a la barra. Debbie me toma de la mano y tira de mí para que nos acerquemos a él.

Todavía estamos a unos pasos cuando vemos que una rubia despampanante, con una minifalda cortísima, le echa los brazos al cuello y le mete la lengua hasta la campanilla. Él la agarra con un brazo por la cintura mientras le aprieta el culo con la otra mano.

—Pues para echar de menos a Eloise, no se le nota ni un poquito —le digo a Debbie, que se ha quedado paralizada y con la boca abierta.

—No seas cínico, Eric. No te pega —me riñe ella.

Sin decir nada más, me suelta la mano y camina decidida hasta el lugar en el que Al y su rubia acompañante siguen pegándose el lote. Yo me quedo a un par de pasos, preguntándome qué demonios se propone hacer Debbie. Ella se coloca a la espalda de él y le da un par de toquitos en el hombro.

—Perdone... ¿Aleister McNeal?

Él separa los labios de la rubia y se gira hacia Debbie con el ceño fruncido, pero, cuando la ve, su deslumbrante sonrisa vuelve a escena.

—Me pillas un poco ocupado, guapa —dice tras guiñarle un ojo—. Créeme que siento de veras no poder atenderte como te mereces.

No soy un tío celoso, pero no me gusta nada su manera de mirar a Debbie. Por suerte para mí, no necesito intervenir, porque parece que a la rubia tampoco le ha hecho gracia su respuesta. Le da un golpe en el pecho para llamar su atención.

—Oye, que estás conmigo —dice enfadada.

—Por supuesto, Arwen. Solo estoy atendiendo a la señorita, pero ahora mismo me tendrás solo para ti.

—Es Amber —protesta la rubia.

—Sí, disculpa. He debido entenderte mal cuando te has presentado. Hay mucho ruido en este bar.

No puedo creer que la chica le responda con una sonrisa y vuelva a lanzarse sobre sus labios como si quisiera devorarlo delante de todo el mundo. No sé cómo reaccionar, porque lo único que me apetece es darle un par de guantazos por su manera de tratar a las mujeres y largarme de aquí, pero su bíceps es aproximadamente el doble que el mío, así que creo que no sería una buena idea. Me limito a quedarme quieto mirando a Debbie, esperando que a ella se le ocurra una manera de arrancarle del abrazo constrictor de la rubia. Ella se encoge de hombros y me sonrío burlona, antes de volver a dar un par de toquitos en el hombro de Al.

—Disculpe, señor McNeal, pero esto es importante.

Él vuelve a girarse hacia ella. Esta vez no sonríe. Parece que las interrupciones están empezando a molestarle, aunque no tanto como a la rubia, que mira a Debbie como si esperara que cayese fulminada por un rayo. Me acerco para evitar que esa mujer se enfade aún más e intente sacarle los ojos a mi novia.

—Perdónenos, señor McNeal —digo tendiéndole una mano que él ignora—. Créame que sentimos molestarle, pero es un asunto urgente. Queremos hablar con usted sobre Eloise Carter.

Él se envara, se separa de la rubia y me mira con rabia. Incluso en la penumbra del bar sus ojos parecen haberse convertido en dos hogueras azuladas. Antes de que pueda añadir nada más, me pone una mano en el pecho.

—No —dice de forma categórica—. Yo no hablo sobre Eloise Carter.

Sin decir nada más, se gira hacia la salida del bar y se marcha. Ni Debbie ni la rubia ni yo conseguimos reaccionar en el primer momento. La chica acaba mirándonos con una cara de asco infinito y se dirige al fondo del bar, a una mesa en la que hay varias mujeres que deben de ser sus amigas.

—¿Qué hacemos? —pregunta Debbie cuando sale de su asombro.

—Seguirle —contesto enfadado—. No se va a librar de nosotros tan fácilmente.

Echamos a correr hacia la puerta del bar. Por suerte, él ha bebido demasiado y le cuesta avanzar, así que no nos saca mucha ventaja. Cuando salimos, vemos que se encamina hacia una caravana enorme que parece haber sido rescatada de un desguace. Tiene la pintura descascarillada y unas cuantas abolladuras en la parte trasera.

—Señor McNeal, espere —grito mientras nos aproximamos a él.

—Dejadme en paz. —Él se ha girado hacia nosotros y ha levantado las palmas de las manos para hacer que nos detengamos—. No quiero saber nada de ella.

—No habríamos venido a buscarle si no fuera urgente —insiste Debbie—. Eloise está en peligro y solo usted puede ayudarla.

Cuando escucha esas palabras, su expresión se transforma. Parece curioso e incluso un poco preocupado. Vuelve a hacernos con la mano un gesto para que esperemos, se encamina hacia la parte trasera de la caravana y vomita sobre los arbustos. Debbie pone una mueca de asco que a mí me alegra. Seguro que ya no le ve tan atractivo.

Saco un cigarrillo para darle tiempo a que se recupere. Espero que después

de vomitar se encuentre más lúcido y se pueda hablar mejor con él. Cuando se gira, se acerca a nosotros con las manos en los bolsillos traseros del pantalón. Vuelve a tener ese aire arrogante de tío que está por encima del resto del mundo. Nadie diría que acaba de estar echando hasta la primera papilla.

—¿Tienes un pito? —me pregunta.

No me apetece darle nada a este tío, pero sonrío y le paso mi paquete de tabaco. Espero que eso haga que se muestre más receptivo a lo que tenemos que decirle.

—Habéis dicho que Eli está en peligro —dice tras devolverme el tabaco—. ¿Qué le pasa?

—Según lo que nos han explicado, ha hecho un ritual de cambio de plano y se ha quedado atrapada —explico—. No conseguimos que se despierte.

—Ya le pasó otra vez y tuve que traerla de vuelta —dice él tras dar una larga calada al cigarrillo—. Parece que no espabila.

—¿Nos ayudará? —pregunta Debbie emocionada.

—Ya os he dicho que no —contesta él mientras se encoge de hombros—. No pienso meterme de nuevo en las movidas de Eli.

—Pero dice que ya la salvó una vez. Sabe cómo hacerlo —protesto incapaz de creer que este hombre pueda negarse a ayudarnos.

—No quiero volver a ver a Eli. No quiero saber nada de ella ni de sus rituales ni de todas esas mierdas en las que está metida. —Se gira para dirigirse hacia su caravana—. He dicho que me dejéis en paz.

Yo me quedo paralizado sin saber qué más decir, pero parece que Debbie no está dispuesta a darse por vencida. Sale tras él, le agarra del brazo y le hace girarse. Él mira la mano con la que ella le está agarrando con tanto desprecio como se miraría a un bicho.

—Suéltame, chica. No quiero tener que ponerme violento.

Me adelanto un par de pasos. Sé que este tío me destrozaría si nos liáramos a puñetazos, pero no pienso permitir que le toque un pelo a Debbie.

—Esa mierda en la que está metida ahora mismo es intentar salvar la vida de mi hermana —explica Debbie—. Necesitamos que Eloise vuelva y nos han dicho que usted podría conseguirlo. Nos han contado que estuvieron juntos, que estaban enamorados... ¿Cómo puede ser tan frío con una persona por la que sintió algo?

Los ojos de Al vuelven a brillar inundados de rabia. Tiene las mandíbulas apretadas y los puños cerrados, en tensión, como si estuviera tratando de

controlarse para no pegarle a nadie.

—¿Quién os ha contado toda esa mierda? —pregunta entre dientes.

—Su hermana Laetitia —contesto.

—Joder... Siempre tiene que estar metiéndose donde no la llaman —gruñe—. Todo eso pasó hace muchísimo tiempo. Ya no hay nada entre Eli y yo. Buscad a otra persona que pueda ayudaros.

Vuelve a girarse, pero esta vez soy yo el que se apresura y se interpone en su camino a la caravana. Él niega con la cabeza y lanza un bufido desesperado.

—¿En qué puto idioma tengo que deciros que me dejéis en paz?

—No hay nadie más que pueda ayudarla —le explico con tono suplicante—. Necesitamos a una persona que haya significado algo muy importante para ella, alguien que la reclame desde este plano con la fuerza suficiente para guiarla... Hemos estado buscando y no hay nadie más.

—No me jodas —protesta él—. Tiene que haber alguien... Hace más de veinte años que no nos vemos. ¿Me vas a decir que en todo este tiempo no ha conocido a nadie que le importe?

No respondo nada en el primer momento. Me limito a mirarle y a negar con la cabeza. Él vuelve a esquivar mis ojos y, con las manos en los bolsillos traseros, le da una patada a una piedra lanzándola muy lejos, con toda su rabia.

—Hemos estado investigando y no hemos encontrado a nadie más —digo por fin—. No hay nadie en su vida por el que haya sentido algo similar a lo que sintió por ti.

—Pues lo siento mucho por ella, pero no creo que pueda ayudarla. —Me pone una mano en el hombro y me empuja suavemente para quitarme de su camino—. Hace mucho tiempo que yo ya no siento nada por ella.

Le veo avanzar hacia la caravana y una luz se abre paso en mi mente. Sé que probablemente no funcionará, pero tengo que intentarlo.

—Te pagaremos. Te pagaremos lo que pidas.

Se gira hacia mí con una sonrisa sarcástica en la cara.

—¿Tan muerto de hambre te parece que estoy? Hay cosas que no pueden pagarse con dinero.

—Pues creo que no te vendría mal. A esta caravana le hace falta un buen repaso si quieres seguir viviendo en ella.

Suelta una risita desprovista de humor, se echa la mano al bolsillo del pantalón y saca un paquete de cigarrillos. ¡Será cabrón! Si tiene tabaco, ¿para qué me pide?

—La verdad es que he estado pidiendo presupuestos para cambiar el motor de mi vieja compañera y es una pasta. ¿Cuánto podrías pagarme?

Me gustaría poder decir que paso un rato haciendo cálculos, pero no engañaría a nadie. Después del dinero que he sacado para las vacaciones, sé que no me quedan ni trescientos dólares en el banco. Dudo mucho que vaya a poder convencerle de que nos acompañe hasta Roanoke a cambio de ese dinero.

—¿Y bien? —Él me mira con una sonrisa cínica en la boca. Creo que se ha dado cuenta de que iba de farol—. ¿Qué puedes ofrecerme?

Le esquivo la mirada y mis ojos se encuentran con mi coche, aparcado a pocos pasos. Mi Chevrolet Impala del 67. Joder... Adoro ese coche y no quiero tener que desprenderme de él, pero sé que es lo único de valor que poseo en el mundo.

—¿Qué te parece mi coche? —Mientras lo señalo, siento que cada palabra me duele.

—Joder... ¿Ese coche es tuyo? —Al suelta un silbido de admiración—. Es una preciosidad.

—Lo sé —contesto dolido—. ¿Hay trato o no?

Él se queda un momento pensando, con una mano bajo la barbilla, mientras sigue contemplando mi coche. Yo me giro hacia Debbie, que niega con la cabeza y me mira apenada. Ella sabe lo que significa para mí... Le esquivo la mirada. Estoy dispuesto a hacer ese sacrificio. Yo metí a Eloise en el lío en el que está y tengo que sacarla.

—Está bien —contesta Al por fin—. Estoy seguro de que puedo venderlo a buen precio y sacar lo suficiente para ponerle un motor nuevo a la caravana.

—¿Vas a vender mi coche para arreglar ese cacharro viejo? —pregunto incrédulo.

—Ese cacharro viejo es mi hogar —contesta tras levantar la cabeza, orgulloso—. Y no voy a vender tu coche, sino MI coche, así que no tienes nada que opinar. ¿Hay trato o te estás rajando? Tu coche a cambio de que acceda a acompañaros e intente despertar a Eli.

—No —contesto tajante—. Mi coche a cambio de que consigas despertar a Eloise.

Él niega con la cabeza. Por un momento, temo que se niegue a acompañarnos sin una garantía de ir a cobrar pase lo que pase, pero se encoge de hombros y asiente.

—Está bien, chaval. ¿Dónde se supone que tenemos que ir?

—A Roanoke, en Carolina del Norte —responde Debbie—. No está lejos.

—Bien... Dadme unos minutos. Tengo que coger unas cosas de la caravana.

Mientras le esperamos, me dirijo hacia el Impala y me siento sobre el capó. Le doy un par de palmadas a mi criaturilla, como si ya estuviera despidiéndome de ella. Debbie se acerca muy seria, me rodea la cintura con los brazos y apoya su cabeza en mi hombro.

—¿De verdad vas a desprenderte del Impala? —pregunta con voz apenada.

—Espero que no. Eloise tiene dinero. Cuando despierte, quizá pueda pedirle que me preste algo para pagar a Al. Ya veré cómo se lo devuelvo...

En realidad, no tengo ninguna esperanza de que Al vaya a aceptar dinero a cambio del Impala. Sé que ha dicho que lo quiere para venderlo, pero no me ha gustado lo que he visto en sus ojos. Me ha dado la impresión de que solo quiere el coche porque se ha dado cuenta de lo mucho que me va a joder tener que separarme de él.

Un par de minutos después, Al sale de la caravana con una mochila a la espalda. Mientras cierra con llave, me fijo en que lleva puesta una chaqueta de cuero que debió de ser negra hace muchos años. En la espalda tiene bordadas unas alas blancas y la palabra NewArkangels. Se acerca a mí y me pasa la mochila.

—¿Qué quieres que haga con esto? —pregunto.

—Guárdala en el maletero —contesta como si yo fuera su chico de los recados—. Tengo que ir a hablar con el dueño del bar para que me cuide la caravana. Ahora vuelvo.

Me quedo mirando cómo se aleja en dirección al bar. Sí, me cae fatal y hasta se podría decir que le odio un poco, pero me quedo hipnotizado viendo cómo se mueve con ese aire seguro y arrogante. Por un segundo, hasta comprendo la cara de boba que se le ha puesto a Debbie cuando le ha visto por primera vez. Solo por un segundo. Luego se me pasa. Guardo su mochila en el maletero y me meto en el coche, en el asiento del conductor. Después de conectar mi móvil al aparato de música, acaricio el volante como si le pidiera perdón por estar traicionándole.

Debbie sigue fuera, mirando hacia el bar. Bajo la ventanilla y me asomo:

—¿Qué haces? —pregunto—. ¿Por qué no entras?

—No sé si Al querrá ir delante...

—¿Y qué más da lo que quiera él? El coche todavía es mío y es mi chica la

que va delante.

Noto que Debbie contiene una risita, pero no dice nada y se dirige a su sitio. Parece que le ha hecho gracia que intente mear territorio. Al cabo de un par de minutos, le vemos salir del bar con la guitarra colgada a la espalda. Se dirige a la puerta de atrás, se descuelga la guitarra y la deja con mimo en un lado del asiento. Después entra y se coloca justo en el medio, echado hacia delante y con los brazos apoyados en nuestros asientos.

—Ya podemos irnos —anuncia—. Cuando antes nos marchemos, antes podré quedarme con esta maravilla.

Le da un par de golpecitos a la tapicería de mi asiento. Observo su mirada a través del espejo retrovisor. Su sonrisa de capullo me reafirma en mi percepción anterior. Quiere hacerme sufrir. No sé por qué, pero me odia y quiere hacerme pagar por algo, pero no tengo ni puñetera idea de qué le he hecho. Decido olvidarme de todo eso y arrancar el coche. Cuando acciono el contacto, la música se pone en funcionamiento y podemos escuchar la suave voz de Ed Sheeran cantando *Thinking out loud*.

—Joder... —se queja Al—. Perdona, nena... Comprendo que te guste esta musiquita, pero nos va a subir a todos el azúcar con tanta ñoñería. ¿Te importaría poner algo con más caña?

Siento que enrojeczo hasta la raíz del pelo y tengo que agarrar el volante con fuerza y concentrarme en conducir para no contestarle.

—La música es de Eric —dice Debbie riéndose como una histérica en lugar de defenderme—. Ya la cambio.

Debbie coge mi móvil y se pasa cerca de un minuto buscando algo que pueda ser aceptable para nuestro pasajero. Al final se decide por *Basket case* de Green Day.

—¿Esto mejor? —le pregunta mientras se gira para sonreírle.

—Bueno... Al menos tiene guitarra y batería. Puede valer —contesta él encogiéndose de hombros.

—Lo siento, pero no creo que Eric y tú vayáis a coincidir demasiado en vuestros gustos.

—Pues yo ahora mismo estoy viendo algo que nos gusta a los dos...

Sigo observándole por el espejo retrovisor y veo que le guiña un ojo a Debbie con gesto seductor. Ella suelta una risita estúpida y finge estar concentrada en mi teléfono móvil. Me arde el estómago y, durante un segundo, tengo ganas de estrellar el coche contra el árbol más cercano y aprovechar que

el muy imbécil no se ha puesto el cinturón de seguridad.

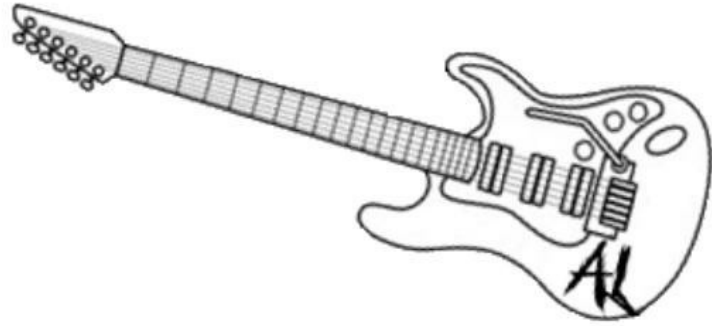
Joder... Ni siquiera puedo enfadarme con Debbie. Si yo fuera una tía, esa sonrisa que tiene, esa manera de mirar y esa voz también me pondrían cachondo. Piso el acelerador a fondo dispuesto a recorrer el camino de vuelta a Roanoke en tiempo récord. Una cosa es que vaya a quedarse con mi Impala y otra muy distinta que me levante la novia delante de las narices.

AL Y ELI

MANTEO

(CAROLINA DEL NORTE)

DICIEMBRE DE 2016



Capítulo 1

Se despertó con la misma resaca de todos los días. Había mucha luz y le hacía daño en los ojos, así que los mantuvo cerrados mientras, poco a poco, volvía a la vida. Enseguida se dio cuenta de algo extraño. Se estaba moviendo y podía percibir con claridad el ronroneo de un motor. Abrió un poco los ojos y miró alrededor. Estaba tumbado en el asiento trasero de un coche. En los delanteros viajaba un chaval con el pelo castaño, tan alborotado como si no se hubiera peinado nunca, y una chica morena bastante mona. ¿Quién demonios eran aquellas dos personas y dónde le llevaban? ¿Le habrían secuestrado?

Poco a poco, los recuerdos regresaron a su mente. Le habían dicho que venían de parte de Eli, que ella estaba en peligro y que él era el único capaz de salvarla. Recordó también que le habían prometido el coche en el que iban como pago, pero, en aquel momento, no le pareció suficiente. Era cierto que el dinero le vendría de maravilla para cambiar el motor de la caravana, que renqueaba en cada cuesta haciendo ruidos de viejo asmático, pero no quería volver a ver a Eli. Llevaba años escapando de ella y tratando de huir de su recuerdo y en aquel momento iba hacia ella por propia voluntad. Era una locura.

Trató de convencerse a sí mismo de que tampoco era tan grave. Ya habían pasado muchos años desde la última vez que se vieron. Ella habría cambiado y seguramente ya ni siquiera le gustase. Además, en todo ese tiempo, los sentimientos tendrían que haberse enfriado. Estaba seguro de ser lo bastante fuerte como para poder ponerse frente a ella sin sentir nada, realizar el encargo para el que le habían contratado y marcharse de allí sin cruzar una sola palabra. Se repitió aquellos argumentos una y otra vez hasta que le parecieron firmes y creíbles y se incorporó para asomar la cabeza entre los dos asientos delanteros.

—¿Queda mucho? —preguntó.

El chico no dijo nada. Se limitó a seguir conduciendo con la vista fija en la carretera. Al también echó un vistazo y sintió que su estómago, que todavía no estaba en buenas condiciones, daba un vuelco. Solo se veía agua en todas

direcciones. Miraras donde miraras, solo te encontrabas con una enorme extensión azulada que parecía no tener fin. Se fijó en la carretera y vio que, a lo lejos, en el horizonte, se vislumbraba un trozo de tierra teñido por los primeros rayos del amanecer.

—Buenos días —saludó la chica.

—Buenos días... —Hizo un verdadero esfuerzo por recordar su nombre, pero no consiguió nada.

—Soy Debbie y este es Eric. —La chica dejó escapar una risa—. Espero que te acuerdes al menos de por qué estás aquí.

—Sí. Me acuerdo. —Él se frotó las sienes para tratar de aliviar el dolor de cabeza antes de repetir su pregunta—. ¿Queda mucho?

—No. En cuanto crucemos este puente, estaremos en Roanoke. —La chica recogió un vaso de café que tenía sobre el salpicadero y se lo pasó junto a dos analgésicos—. Hemos parado hace un rato a desayunar, pero no hemos podido despertarte. Creo que estabas en coma. Te he traído esto. Ya estará frío, pero te sentará bien.

Se lo agradeció con una sonrisa y se echó hacia atrás en el asiento. Tal y como había dicho ella, el café se había quedado helado, pero al menos le sirvió para tragarse las pastillas. Esperaba que le hicieran efecto cuanto antes, porque sentía el cerebro embotado, como si le hubieran rellenado la cabeza con más algodón del que cabía.

Se quedó en silencio, mirando como aquel pedazo de tierra iba haciéndose más y más grande según se acercaban. Su estómago dio un nuevo vuelco, pero en aquella ocasión no se debía a la resaca. Estaba nervioso. La respiración se le había acelerado y tenía las manos sudadas. Joder, se estaba sintiendo como un adolescente en su primera cita. Tenía que tranquilizarse. Lo que había tenido con Eli era un asunto olvidado y enterrado. No había ninguna razón para ponerse histérico.

Dejó el vaso de café ya vacío en el suelo y recogió su guitarra del asiento. Sin siquiera pensar en ello, empezó a pulsar varios acordes. Hacer aquello siempre le tranquilizaba. Daba igual lo nervioso que se sintiera. Mientras tenía una guitarra entre las manos, le parecía que todos los problemas se alejaban y disminuían. Unos segundos después, se dio cuenta de lo que estaba tocando y se detuvo en seco.

—¿Por qué paras? —preguntó Debbie mirando hacia atrás—. Era *Always* de Bon Jovi, ¿verdad? Me encanta esa canción.

—Me alegro por ti, pero yo les odio —respondió dejando la guitarra apoyada de nuevo en el asiento.

Se recostó y cruzó los brazos frente al pecho, tan furioso como para no dar más explicaciones. Debbie pareció notarlo, porque no preguntó nada más. ¿Por qué tenía que haberle venido aquella canción a la cabeza justo en aquel momento? No era solo que odiara a Bon Jovi, sino que aborrecía aquella canción por encima de todas las cosas. El año en el que salió, había tenido que hacer verdaderos esfuerzos para no escucharla. Sonaba en todas las radios, en todos los bares... Y le recordaba tanto a Eli, a lo que fueron... La letra de la canción parecía escrita por él, era como si cada una de aquellas palabras fueran su grito de auxilio, como si expresaran cada uno de los sentimientos que seguía teniendo por ella y que no desaparecían por más que tratara de arrancarlos de su alma. Puto *Always*... Puto Bon Jovi... Puta Eloise Carter...

Tras cruzar el puente y recorrer varias millas de terreno arbolado, llegaron a un cruce que les llevó hasta el pueblo que buscaban. Después de unos minutos, entraron en el aparcamiento de un hospital y Eric detuvo el coche.

—Hemos llegado —anunció el chaval—. ¿Estás preparado?

—Claro. No tengo ni puñetera idea de lo que queréis que haga, pero estoy listo.

—¿Cómo la despertaste la otra vez? —preguntó Debbie girándose hacia él.

Los recuerdos le asaltaron como un tsunami. Volvió a verse en casa de John, con el cuerpo inerte de Eli a su lado... Recordó el miedo que había tenido de perderla, la desesperación que le invadía... Se acordó de la intensa tormenta que caía sobre el pueblo y que llenaba el cristal de la ventana de enormes lágrimas que se deslizaban lentamente por su superficie... Y recordó cómo estuvo cantándole canciones de amor hasta que ella regresó a él. No podía volver a hacer aquello. No podía ponerse frente a ella y cantarle como le cantó entonces.

—Lo que hice la otra vez no funcionará —respondió.

—¿Cómo lo sabes? ¿Qué es lo que hiciste? —insistió la chica.

—Estuve cantándole canciones de amor hasta que regresó.

—¿Y por qué crees que ahora no va a funcionar?

—Porque entonces la quería y ahora no.

Su tono fue tan brusco y cortante como para que Debbie no siguiera preguntando. Ella le echó una última mirada antes de salir del coche. No supo interpretar aquella mirada. ¿Había tristeza y decepción en ella? Esperaba que

esos dos no hubieran ido a buscarle pensando que seguía enamorado de Eli, porque, de ser así, la misión estaba condenada al fracaso desde el inicio.

Salió del coche y sacó un cigarrillo. Debbie se le quedó mirando con el ceño fruncido.

—¿Para qué te enciendes un cigarrillo ahora? —preguntó—. Tenemos que entrar.

—Llevo un montón de horas sin fumar y lo de Eli tampoco corre tanta prisa, ¿no? —contestó antes de encogerse de hombros—. Me habéis dicho que está dormida, no que se esté muriendo o sufriendo terribles dolores. Podemos dejarla dormir cinco minutitos más.

—Yo también me quedo a fumar un cigarrillo —intervino Eric—. ¿Podrías entrar a buscar a Tala para que nos diga qué tenemos que hacer?

Debbie soltó un bufido y se encaminó hacia la entrada del hospital. Eric y él se acercaron y se apoyaron en la pared, justo al lado de la puerta. Después de un par de minutos de fumar en silencio, Al se giró hacia Eric.

—Tú no hablas mucho, ¿no?

—Depende... Soy más hablador con la gente con la que tengo confianza y que me cae bien —contestó el chaval poniéndose colorado.

—¿Eso quiere decir que yo te caigo mal? —preguntó Al fingiendo un gesto de disgusto—. Eres muy injusto conmigo. Ni siquiera me conoces.

—Creo que he visto lo suficiente como para poder hacerme una idea —contestó Eric tras encogerse de hombros.

—¿En serio? ¿Qué has visto?

—Nada, olvídalo... No me gusta discutir.

—No, venga... Dímelo. Prometo que no me voy a enfadar. —Se llevó una mano al pecho en señal de juramento.

—Tú lo has querido... Eres un alcohólico, un mujeriego, un chulo y un egoísta que no es capaz de ayudar a una amiga en peligro si no va a llevarse algo a cambio.

—Bah, dices todo eso porque voy a quedarme con tu coche. No tengas tan mal perder.

Eric soltó un suspiro y negó con la cabeza, pero no dijo nada más. Decidió dar la conversación por zanjada, a pesar de que las palabras del chico le habían dolido. Él no era como Eric le veía. Simplemente, tenía un estilo de vida que aquel chaval, que no era más que una mosquita muerta, no podía comprender.

Por suerte, Debbie apareció en la puerta del hospital. Les echó una mirada de reproche que hizo que ambos dieran una última calada al cigarrillo y se acercaran a ella.

—¿Venís? Tenemos cosas importantes que hablar.

La siguieron al interior del edificio, hasta que ella se detuvo al lado de dos mujeres. Una de ellas tenía el pelo rojo y se parecía mucho a Debbie. La otra era una mujer muy bajita con la piel morena.

—Esta es mi hermana Keira y esta es Tala, la mujer que nos va a ayudar a despertar a Eloise. Él es Aleister McNeal —les presentó Debbie.

—A ver, Debbie... No sé si estás sorda o si no me quieres escuchar —la cortó Keira—. No se puede visitar a Eloise. No sé qué tenéis pensado para despertarla, pero, si los médicos no pueden hacerlo, vosotros tampoco podréis conseguir nada.

—¿Cómo que no se puede visitar a Eloise? —preguntó Eric confuso.

—No se puede visitar a ninguno de los pacientes que están dormidos. En el tiempo que habéis estado fuera, han llegado más de treinta casos nuevos. Seguimos sin saber qué les pasa ni cómo se transmite la enfermedad, así que están en cuarentena.

—Pero lo que tiene Eloise es diferente —protestó Eric—. ¿Podemos hablar con el médico que estaba llevando su caso? Estoy seguro de que podremos convencerle de que nos deje verla.

—Lo siento, Eric, pero los médicos tampoco pueden permitirnos el paso. Es una orden directa del CDC^[iii].

Keira se dio la vuelta y se alejó pasillo adelante, dando por terminada la discusión. Todos se quedaron callados, sin saber qué hacer o decir.

—Vaya, parece que hay un pequeño problema en vuestro infalible plan —dijo Al rompiendo el silencio—. Espero que esto no afecte a nuestro trato. Yo he venido hasta aquí como me pedisteis.

—No corras tanto —le cortó Eric—. No sé cómo, pero vas a entrar en esa habitación y vas a hacer lo que tienes que hacer.

—Yo sí sé cómo colaros—intervino Tala—. Os espero a medianoche en la puerta de la lavandería.

El hospital estaba mucho más tranquilo a aquellas horas de la noche, pero, de vez en cuando, alguna de las puertas se abría para dejar pasar a un celador

que sacaba la basura o a algún miembro del cuerpo médico que había decidido interrumpir su turno para fumarse un cigarrillo. Por ello, en lugar de colocarse justo al lado de la puerta de la lavandería, se habían escondido a unos pasos, ocultos tras unos arbustos a los que no llegaba la luz de las farolas.

—Esto es ridículo —susurró Al—. No puedo creer que tengamos que estar escondidos para colarnos en un hospital. Conozco mil sitios mejores en los que colarse.

—Ya, pero es aquí dónde tienes que estar —le cortó Eric, también en susurros.

—Como nos pillen, ya verás la que nos cae...

—Diremos que estábamos muy preocupados por Eloise y que queríamos verla. Lo entenderán. Además, ¿qué nos van a hacer si nos pillan?

—Ponernos también en cuarentena —contestó Al—. ¿Te parece poco?

—Tampoco sería para tanto. No tenemos un sitio mejor al que ir.

—Habla por ti. Yo tengo unos conciertos apalabrados en Blackstone y, si no aparezco, el capullo del bar es capaz de vender mi caravana.

—Tampoco se perdería mucho —respondió Eric cortante—. No es más que un cacharro.

—Para ti será un cacharro, pero para mí es mi hogar, ¿vale? —protestó Al en un tono más alto de lo que esperaba.

—¿Os queréis callar ya los dos? —terció Debbie—. Nos van a pillar por vuestra culpa.

Se quedaron en silencio hasta que, un par de minutos después de la medianoche, la puerta de la lavandería se abrió. Iluminada por el frío resplandor de las fluorescentes, distinguieron la silueta de Tala.

—Vamos, rápido —dijo Debbie antes de echar a correr para cruzar el patio.

La siguieron tratando de hacer el menor ruido posible. En cuanto pasaron, Tala cerró la puerta a sus espaldas. Se pusieron en corro alrededor de ella, como si estuvieran conspirando.

—A esta hora hay muy poca gente en el hospital y, los que hay, o están ocupados o en la sala de descanso, así que no deberíamos cruzarnos con nadie —explicó Tala en susurros—. De todos modos, en caso de que nos encontremos con alguien y nos pregunte, diréis que sois familiares del señor Carlson, que es un anciano que ha ingresado esta tarde por un infarto y al que le han asignado una habitación que está justo al lado de la de vuestra amiga.

¿Entendido?

Todos asintieron y Tala se puso en marcha. Les llevó hasta un ascensor y subieron a la segunda planta. Recorrieron el oscuro y silencioso pasillo, solo iluminado por las luces de emergencia, caminando de puntillas. Por suerte, en menos de un minuto llegaron a la puerta de la habitación de Eloise sin haberse cruzado con nadie.

Tala abrió la puerta y les mandó pasar. Al entró el primero y, nada más poner un pie en la habitación, se quedó paralizado. Todas las lágrimas que había vertido durante aquellos años habían sido en balde. Todas las noches torturándose para sacarla de su mente habían sido una pérdida de tiempo. Todo el alcohol que había bebido para olvidarla no había servido absolutamente de nada. Solo necesito verla tumbada en aquella pequeña cama de hospital, con el pelo alborotado sobre la almohada y los labios fruncidos como si no le gustara lo que soñaba, para que los recuerdos regresaran como una marea. Aquello dolía. Dolía mucho más de lo que había pensado.

Sintió un empujón en la espalda que le hizo avanzar un paso. Se giró furioso y vio a Eric, que le miraba con gesto enfadado.

—Deja paso —dijo el chico—. Nos van a pillar.

Murmuró una disculpa y avanzó un poco más, hasta colocarse a los pies de la cama, sin poder apartar la mirada del rostro de Eli. Habían pasado muchos años, pero seguía siendo ella y seguía haciéndole tanto daño como el día en el que la había abandonado a las puertas de otro hospital. Aquello era una especie de trampa del destino, de bucle temporal creado con la única finalidad de destruirle por dentro. Volvía a estar frente a una Eli inconsciente que no podía hacer nada por retenerle y seguía sintiendo las mismas ganas de huir.

—¿Qué tenemos que hacer ahora? —preguntó Debbie trayéndole de vuelta al mundo real.

—Al nos ha contado que ya trajo una vez a Eloise de vuelta de un trance parecido y que lo hizo cantando —explicó Eric—. ¿Crees que funcionaría?

—Ya os he dicho que no voy a cantarle nada —le cortó Al—. Ni siquiera he traído la guitarra y, si me pongo a cantar aquí, nos van a descubrir.

—¿Entonces qué hacemos? —insistió Debbie.

—Hay una manera de atraerla a este plano —dijo Tala—. Un beso de amor verdadero.

Los tres se quedaron en silencio mirando a la mujer. Al negó con la cabeza, mientras una risa nerviosa se escapaba de sus labios.

—¿Perdona? ¿Me estás tomando el pelo? —dijo cuando consiguió contener la risa—. ¿Puedo saber en qué momento he abandonado mi vida normal para pasar a protagonizar una puta peli de Disney?

—Estoy hablando en serio —contestó la mujer con semblante serio—. Eso que tú llamas “peli de Disney” proviene de los cuentos clásicos, de narraciones con siglos de antigüedad que encierran muchos conocimientos arcanos para quien pueda verlos.

—No me lo puedo creer. Así que ahora Eli es Blancanieves y yo el puñetero príncipe azul. —Se giró hacia Eric y Debbie—. ¿Y vosotros quiénes sois? ¿Bonachón y Tímido? ¿No deberíais ir a buscar a los cinco enanitos que nos faltan en el cuento?

—No es necesario que te pongas sarcástico —le riñó Debbie—. No te cuesta nada probar...

—Eso lo dirás tú —protestó Al—. Todo esto es ridículo, es una gilipollez... No pienso prestarme a esta estupidez.

—Prometiste hacer lo que fuera necesario para despertarla —intervino Eric—. No pienso darte las llaves de mi coche si te niegas a intentarlo.

—Está bien. Lo probaré —refunfuñó Al—. ¿Podríais salir de la habitación, por favor?

—Ni de palo. No pienso dejarte a solas con ella —dijo Eric plantándose con las piernas abiertas y los brazos cruzados frente al pecho.

—¿Pero qué crees que le voy a hacer? ¿Violarla mientras duerme? ¿Robarle la cartera? —preguntó Al furioso.

—Me da igual lo que digas. No pienso moverme de aquí.

Se quedaron unos segundos mirándose el uno al otro, como si estuvieran jugando a ver quién de los dos apartaba la mirada primero. Al había pensado que el chaval se acobardaría. No parecía un tipo duro capaz de desafiar a nadie, pero debía de sentir un cariño sincero por Eli, porque no se rindió. Por suerte, Debbie se colocó entre los dos, poniendo fin a aquel estúpido duelo.

—Dejad de hacer el imbécil. Al final nos van a pillar. —Cuando Eric bajó la cabeza, ella se giró hacia Al—. Por favor, Al... Prometiste que lo intentarías.

—Está bien... Voy...

Se inclinó sobre la cama. Tenía que ser capaz de hacer aquello. No era tan difícil. Había besado a cientos de tías en su vida por las que no sentía nada. Solamente debía hacer lo mismo: darle un beso mientras mantenía sus

sentimientos encerrados. Cerró los ojos y se concentró en la imagen de la rubia de la noche anterior. Ni siquiera recordaba cómo se llamaba, pero no le hacía falta. Solo tenía que imaginarse que era a ella a la que estaba besando. Posó sus labios sobre los de Eli y depositó un beso suave y rápido antes de apartarse como si su contacto le hubiera quemado.

Eric y Debbie se adelantaron hasta colocarse a su lado con la vista fija en el rostro de Eli. Esperaron en silencio unos segundos, pero no sucedió absolutamente nada.

—No ha funcionado —dijo al fin Debbie señalando lo evidente.

—No me extraña —comentó Eric mientras se encogía de hombros—. Ese beso ha sido una mierda.

—¿Quieres probar tú? —preguntó Al dolido—. ¿Crees que podrías hacerlo mejor?

—Por supuesto que podría hacerlo mejor, pero conmigo no funcionará. Además, sabes que tú también puedes hacerlo mejor. —El chico cruzó los brazos y le miró como si le retara.

—Está bien. Lo intentaré de nuevo.

Eric y Debbie volvieron a retroceder unos pasos para dejarle tranquilo. Miró de nuevo a la cama sin saber qué hacer. Parecía que el truco de mantener sus sentimientos aislados no iba a funcionar. Tenía que darle un beso, un beso de verdad... Todo aquello seguía resultándole tan ridículo... Su mente se empeñaba en decirle que aquello era una estupidez, que no iba a funcionar y que solo iba a causarle dolor. Lo mejor que podía hacer era reconocer que no se sentía capaz, marcharse y volver a emprender el camino del olvido.

Miró el rostro de Eli y supo que no podía hacer eso. Daba igual que no quisiera saber nada de ella, que su simple presencia le hiriera como un cuchillo en las entrañas. Le necesitaba. Según le habían dicho, no había nadie más que pudiera ayudarla. No podía marcharse y dejarla en aquel estado. Si había algo que pudiera hacer, tenía que intentarlo de verdad.

Apoyó de nuevo las manos sobre el colchón y se inclinó sobre la cama. Lo haría por eso: porque era una persona que necesitaba su ayuda. No habría nada más. No habría sentimientos, ni amor ni ninguna tontería de esas. Sería como cuando posas los labios sobre la boca de un desconocido para reanimarle. No debía permitirse sentir nada más.

No fue tan fácil. La suavidad de sus labios abrió una grieta en la compuerta tras la que guardaba sus sentimientos. Joder, no era posible que, tanto tiempo

después, siguiera sintiendo tantas ganas de besarla, que el simple contacto de su piel pareciera quemarle y, al mismo tiempo, le resultara tan fresco y revitalizante como si una brisa acabara de entrar al abrir una ventana en un lugar oscuro, lúgubre y húmedo que llevará cerrado varios siglos. Se separó antes de que aquella grieta se expandiera y le hiciera perder el control.

Los chicos volvieron a acercarse y se inclinaron para observar el rostro de Eli. Como la vez anterior, tampoco sucedió nada. Eric y Debbie le miraron con el ceño fruncido, como si todo aquello fuera culpa suya.

—Ya os he dicho que todo esto era una gilipollez y que no iba a funcionar —se defendió él.

—¿Lo estás intentando de verdad? —preguntó Debbie mientras le miraba apenada.

—Claro que lo estoy intentando de verdad...

—No. No lo estás haciendo —intervino una voz a su espalda.

Se giró para encontrarse con Tala. Había llegado a olvidarse de su presencia. La mujer le miraba fijamente, como si pudiera leer en su alma. Ella negó con la cabeza y siguió hablando con un tono que no admitía réplica.

—Estás intentando dejar tus sentimientos a un lado. Si no la besas de verdad, no va a funcionar.

—¡Joder! La estoy besando. La he besado ya dos veces. No sé qué cojones queréis de mí.

—Si no haces todo lo posible, no vas a llevarte mi coche —intervino Eric.

Tuvo ganas de agarrarle por la camiseta y estamparlo contra una pared. ¿Quién se creía aquel puto crío que era para tratarle como si fuera su esclavo o su criado? Estuvo a punto de decirle que por él podía meterse el Impala por el culo, pero algo le detuvo. Sabía que tenían razón y que no estaba haciendo todo lo que estaba en su mano para rescatar a Eli. Estaba conteniéndose, echando mano de todos los mecanismos de defensa que conocía. Debía intentarlo, aunque doliese, aunque le destrozara por dentro.

—Está bien, pero tenéis que daros la vuelta —concedió al fin.

—No. Quiero ver lo que haces —protestó Eric.

—Se supone que tengo que darle un beso de amor verdadero. Eso es algo íntimo. —En la cara de Al se formó una sonrisa burlona—. ¿O es que te pone mirar a la gente besarse?

Eric soltó un resoplido indignado y se dio la vuelta para quedar de cara a la pared. Tala y Debbie le imitaron. Cuando Al estuvo seguro de que no iban a

volver a mirar hasta que él se lo indicara, se giró de nuevo hacia la cama. Lo primero que pensó fue que haberse mantenido tan alejado de ella había sido una gran idea. Tan solo con verla allí, inerte como una muñeca de porcelana, la herida había vuelto a abrirse. No quería ni imaginarse cómo dolería si pudiera volver a ver el brillo de sus ojos o su sonrisa o si pudiera escuchar su voz...

Volvió a inclinarse hacia ella y se dejó invadir por las sensaciones que su cercanía le provocaban. El aroma de su piel y de su pelo, el calor que irradiaba su cuerpo... Sintió como sus defensas caían, una tras otra, dejándole indefenso y desvalido ante su presencia. Se dio cuenta de que los ojos le escocían y se odió por ser tan débil y tan estúpido. Después de tantos años luchando por escapar de ella, se encontraba de nuevo en la puta casilla de salida. Sintió la necesidad de protegerse, de ser fuerte y enterrar aquellos sentimientos en un rincón de su mente, de aislarlos para que dejaran de doler. Sin embargo, no podía hacerlo. Tenía que abrirse y dejar que le inundaran como una marea. Después de años practicando, construyendo una muralla inexpugnable, ahora debía derribarla... Luchó para aparcarse su miedo. Ya volvería a levantar sus defensas cuando terminara lo que había ido a hacer allí.

Se inclinó un poco más y observó sus ojos cerrados, la forma en la que sus largas pestañas proyectaban sombra sobre sus mejillas, la pequeña arruga que se le formaba en el entrecejo y, de repente, se sintió transportado al pasado. Recordó todas aquellas mañanas en las que él se levantaba el primero mientras ella seguía remoloneando en la cama. Recordó cómo preparaba el desayuno para los dos, sintiéndose feliz de estar con ella, de ir a compartir un nuevo día. Cuando ya estaba todo listo, se acercaba a la cama, trepaba a ella e iba avanzando de rodillas hasta colocarse sobre su cuerpo. Siempre se quedaba un par de segundos observando cómo dormía, tal y como estaba haciendo en aquel momento, preguntándose a sí mismo cómo era posible que ella estuviera a su lado. Después la besaba y ella abría los ojos y, en aquel momento, daba igual la hora que fuera, para él amanecía.

Dejándose llevar por aquellos recuerdos, cerró los ojos y la besó, mientras se maldecía al notar como dos lágrimas traidoras conseguían escapar de sus párpados. Notó que los labios de Eli dejaban de estar rígidos y le acogían con una sensación cálida y embriagadora. Antes de que pudiera darse cuenta, sintió unos brazos rodeando su cuello y jugando con su pelo. Eli estaba

respondiendo a su beso.



Capítulo 2

Hace frío, pero es un frío raro. No viene de fuera, no es un soplo de aire cortante que te traspasa la piel. Viene de dentro, del centro del pecho, y cada vez me paraliza más y me hace más daño.

Me levanto o quizá estaba ya de pie. No lo sé... Todo es confuso... Y frío... y oscuro... El cielo está lleno de nubes colmadas de lluvia, pero nunca descarga. No dejan ver el sol ni la luna, solo una enfermiza luz de un oscuro tono amarotado que lo cubre todo. Nunca sé si es de día o es de noche, si estoy saliendo del bosque o me interno más en él. Hace mucho tiempo que estoy perdida...

Si pudiera encontrar mi cordón de plata^[iv]... Sé que tiene que estar porque lo noto unido a mí, pero no puedo verlo. Creo que es por esta luz morada... O quizá sea un hechizo... No lo sé. Estoy tan confusa... Quiero pensar con claridad, pero el zumbido continuo que invade el bosque no me deja y esa luz morada, a pesar de ser débil, me hace daño en los ojos y no me deja ver bien.

Escucho un sollozo. Es otra sombra nueva. Pasa a mi lado mientras llora y llora, como todas. Y, como todas, no me hace caso. Creo que no pueden verme, que estoy en su plano y a la vez no estoy. Para ellas no existo. Por eso no me hacen caso aunque las llame, aunque llore, grite o suplique. No hay nadie aquí que pueda ayudarme.

Empiezo a andar... o quizá estaba andando ya. Ni el espacio ni el tiempo tienen sentido aquí. Solo hay un bosque infinito bajo un cielo púrpura. Creo que podría caminar por siempre sin hallar una salida. Si pudiera encontrar mi cordón de plata...

Veó otra sombra correr entre los árboles. Hace más ruido que la anterior al pasar sobre las hojas secas. No llora. Se ríe y su risa es como un tintineo de cristales que rompe durante unos segundos la quietud de cripta del antiguo bosque. La miro mientras se aleja y veo que ya es algo más que una sombra translúcida formada de humo grisáceo. Sigue sin ser una figura definida, pero logro captar sus contornos y el vuelo de su pelo... Creo que es una de las primeras que llegaron. Cuanto más tiempo pasan aquí, menos lloran y más

nítidas se vuelven, aunque no consigo entender por qué.

Camino en la dirección que ella seguía... o quizá caminaba ya hacia allí. No estoy segura. Aquí no hay puntos cardinales, no hay adelante o atrás, ni izquierda ni derecha... Solo hay bosque... Aún así, creo que sé hacia donde me lleva, hacia el único lugar que me está vetado. Sé que no podré pasar. Ya lo he intentado antes. ¿Cuántas veces? ¿Diez? ¿Cien? ¿Mil? No lo sé... Los números tampoco tienen sentido aquí.

Llego al borde del claro. Hay muchas sombras dentro y en el centro hay varias siluetas como la de la chica que he visto. Rodean una piedra tumbada en el suelo a modo de altar. No sé si cantan salmos o recitan algún tipo de oración. No distingo las palabras, pero aun así me quedo escuchando porque sus voces son hermosas. Rompen el silencio del bosque y me recuerdan el sonido de la lluvia sobre las aceras, el susurro del viento entre las ramas, el canto de los pájaros. Suena a vida en un bosque plagado de fantasmas. Solo hay una palabra que reconozco, la misma que está escrita con sangre sobre la piedra del centro. Sin embargo, en cuanto la oigo o la leo, vuelvo a olvidarla de inmediato. Me da miedo. Sé que es el nombre del ser al que llaman.

Ese ser... No debe acudir a la llamada. Tengo que detener su ritual. Cuanto más tiempo pasen adorándole, más débil será el muro que le separa de nosotros. Aún espera, aún duerme, pero se va acercando. Ya puedo notar su poder y es tan fuerte que me hace daño. En este momento, me doy cuenta de algo. Cuantas más sombras hay, más fuerte se vuelve ese ser y, cuanto más fuerte se vuelve, más sombras puede atraer. Pronto será libre y nos destruirá a todos.

Noto algo nuevo dentro de mí, algo que había perdido desde que llegue a este sitio. Tengo fuerzas, ganas de luchar... Siento que debo detener a las sombras e impedir la llegada de ese ser. Trato de avanzar hacia el centro del claro, pero, como siempre, una pared invisible me detiene. Intento golpearla, clavar mis uñas y rasgarla, destrozarla a puñetazos... No sucede nada, nunca sucede nada. Yo no estoy aquí en realidad. No puedo actuar sobre los objetos o seres de este plano. Solo soy un fantasma...

Siento algo húmedo que cae por mi mejilla y dirijo mi mirada hacia el cielo. No está lloviendo. Aquí nunca llueve, a pesar de las enormes nubes que nos amenazan. Es una solitaria lágrima escapada de mis ojos. La aparto de mi mejilla con un gesto brusco. No sirve de nada llorar. Nadie siente lástima por un fantasma.

Voy rodeando el invisible muro con una mano apoyada en él. Creo que ya he hecho esto otras veces. Quizá diez, quizá cien, quizá mil... Como en las veces anteriores, no encuentro ninguna puerta ni ranura, nada que me permita llegar al interior. Estoy aislada de todos, perdida, confusa... Solo soy un alma errante condenada a vagar por un plano que no es el suyo. Al final me he convertido en aquello contra lo que llevo luchando toda mi vida.

No sé cuántas vueltas le doy al claro. Quizá diez, quizá cien, quizá mil... Da igual. No importa cuántas vueltas dé, no importa que siga aquí o que deambule perdida por el bosque... Nada aquí importa, nada aquí tiene sentido. Estoy condenada a vagar sola y desesperada para siempre.

Algo está cambiando. Miro hacia el centro del claro, pero todo sigue igual: las sombras rodeando el altar, los cánticos y susurros... Ellos no notan nada, pero yo sí. Cada vez hay más luz. Sigue teniendo ese tono morado enfermizo, pero es más brillante. Tengo que entrecerrar los ojos, porque me hace daño. Al bajar la cabeza, distingo algo plateado que sale de mí vientre y recorre el bosque. Es mi cordón de plata. ¡Ha vuelto! Me siento tan emocionada que los ojos se me llenan de lágrimas que me impiden ver. Me las limpio con brusquedad, con miedo de que, si dejo de mirarlo, el cordón desaparezca.

Empieza a tirar de mí. Al principio es algo sutil, pero cada vez tira más fuerte hasta que empieza a arrastrarme. Mis pies ni siquiera tocan el suelo. Los árboles pasan a mi lado a tanta velocidad que resultan borrosos. Al principio tengo miedo de chocar con alguno, pero mi cuerpo los esquiva sin problema, como si fuera sobre raíles. La velocidad y el paisaje difuso me marean y hacen que mi visión se nuble. No sé cuánto tiempo llevo atravesando este bosque infinito. No entiendo lo que está pasando y me pregunto si esto será mi nueva vida en este plano: un viaje eterno sin ningún sentido en el que no puedo controlar nada.

De repente, el bosque termina. Veo carreteras, coches, figuras humanas... Me gustaría pararme y tratar de contactar con alguna de esas personas. Quizá ellas me vean y puedan ayudarme. Sin embargo, mi viaje no se acaba. Una fuerza indescriptible contra la que no puedo luchar sigue tirando de mí. No sé qué es ni lo que quiere, pero no soy capaz de detenerme. Solo puedo dejarme llevar y rezar para que en algún momento se pare.

Estoy dentro de un edificio. Todo ha sucedido tan rápido que ni siquiera he sido consciente de haber entrado. Hay pasillos anchos y alargados iluminados por frías fluorescentes. Las paredes están pintadas en un desvaído color verde.

Me suena este sitio. He estado aquí antes. Es un hospital, pero no consigo recordar cuál. De repente, todo se vuelve negro.

Cuando desperté, sentí algo rodeándome: la blandura de un colchón, el tacto rasposo de una sábana de tela áspera, el reconfortante peso de una espesa manta... Estaba en una cama y me sentía tan débil...

Noté que había más gente alrededor de la cama. Sentía sus presencias, sus respiraciones... No podía fijarme en ellas porque toda mi atención estaba puesta en la caricia que presionaba mis labios, en aquel calor que entraba con su aliento y devolvía la vida a cada célula de mi cuerpo. Reconocí esos labios. Los sentía cada noche en mis sueños y los perdía cada vez que despertaba. La melancolía invadió mi alma como una marea que se desbordó a través de mis ojos. ¿Qué era aquello? ¿Un sueño? ¿Una alucinación? ¿Un delirio? ¿Una cruel tortura? Fuera lo que fuera, no quería perderlo. Mi cuerpo parecía invadido por un hambre voraz, mi corazón me rogaba que hiciera lo que fuera necesario para que no se detuviera. Le devolví el beso, abrí mis labios para permitir el paso de su lengua, para explorar aquella boca que conocía tan bien y que había añorado tanto... No abrí los ojos en ningún momento. Temía que, si lo hacía, él desaparecería... y le necesitaba tanto... Levanté los brazos y rodeé su cuello, acaricié su pelo, volví a sentir el calor de su piel y a alimentarme de su aroma a tabaco y hierba recién cortada... Seguía pensando que tenía que ser una alucinación, pero era tan real en cada detalle... Si me había vuelto loca, no quería que nadie me curase. Si era un sueño, que nadie me despertase nunca. No quería volver al mundo real, a un mundo en el que él me faltaba desde hacía tanto tiempo...

A pesar de que me aferré con toda mi desesperación, él se separó. Seguía notando su presencia y el calor de su cuerpo, pero sin sus labios en los míos me encontraba perdida, así que luché por abrir los ojos. Al principio, todo estaba nublado. La luz de la lámpara era tan potente que me hacía daño y solo me dejaba ver siluetas borrosas, sombras oscuras como las que llevaban rodeándome desde que comencé mi viaje. Sin embargo, poco a poco se fueron aclarando.

No podía creerlo. Incluso negué con la cabeza, temiendo que él se desvaneciera y se convirtiera en bruma... Pero no lo hizo. Era Al y estaba delante de mí, sentado en la cama, mirándome con aquellos ojos azules tan increíbles... Me quedé quieta durante unos segundos, sin poder creer lo que

estaba viendo. Y, entonces, el dolor regresó, como una potente hoguera incandescente que me abrasara por dentro. Solo sentí ira y rencor al ver su cara, su sonrisa, sus ojos... Ni siquiera fui consciente de haberme incorporado. Mi cuerpo reaccionó solo y mi mano salió disparada y le cruzó la cara con un bofetón que sonó como el restallido de un látigo.

Él no hizo nada por detenerme. Me miró a los ojos y vi en los suyos la misma rabia y el mismo rencor que consumía mi alma. Se levantó y, sin apartar su mirada de mí ni un solo segundo, extendió el brazo hacia un lado. Seguí la dirección de su mano y vi a Eric y a Debbie, que observaban la escena con la boca abierta.

—Me contratasteis para despertarla y lo he hecho —dijo Al sin ningún rastro de emoción en la voz—. Dadme las llaves del Impala.



Capítulo 3

Se mantuvo quieto durante unos segundos con el brazo estirado, esperando a que Eric le entregara las llaves. No quería separar sus ojos de los de Eli. Si ella podía mantenerle la mirada, él tenía que ser capaz de aguantar. Sin embargo, la intensidad de aquellos ojos negros le arañaba el alma. No era justo que hubiera pasado tanto tiempo tratando de olvidarlos para caer bajo su hechizo en el mismo momento en que había vuelto a contemplarlos. Tenía que marcharse de allí, tenía que salir de aquella habitación y poner todas las millas posibles entre él y aquellos ojos o se volvería loco.

—¡Que me des las putas llaves del Impala! —gritó furioso.

La pasividad de Eric le dio una buena excusa para poder girarse y escapar de la mirada de Eli. El chaval seguía paralizado, contemplando la escena con la boca abierta. Se acercó hasta ponerse justo enfrente de él y volvió a extender la mano.

—Salid todos de mi habitación —dijo la voz de Eli a su espalda—. ¡Ya!

Su tono había sido tan autoritario que no admitía réplica. Debbie y Eric salieron de su parálisis y se dirigieron a la puerta, siguiendo a Tala, la auxiliar de enfermería. Decidió que no quería quedarse a solas con Eli y ser el blanco de toda su ira. Además, ya no había ninguna razón para permanecer allí más tiempo. Había cumplido su parte del trato. Solo le quedaba cobrar y marcharse. A pesar de ello, mientras se dirigía a la puerta con la cabeza baja, todo su cuerpo pareció rebelarse, como si una corriente invisible le atrajera hacia ella. Cada una de sus células le urgía a acercarse, a decirle algo, a mirarla una última vez... Consiguió controlarse y cerrar la puerta a su espalda, aunque al hacerlo sintió que toda la pena que llevaba ocultando y negándose durante aquellos años resurgía con fuerzas renovadas.

—¿Me vas a dar ya las llaves del coche? —preguntó de nuevo.

Eric miró a Debbie, como si le estuviera pidiendo ayuda. Al resopló y se echó hacia atrás el flequillo, desesperado. No podía creerse que aquellos dos no estuvieran dispuestos a pagarle lo que le habían prometido.

—¿No es mucho pago por lo que has hecho? —preguntó Debbie con tono

conciliador—. Solo has tenido que hacer un viaje de unas pocas horas y darle un beso a Eloise. Un coche a cambio de eso es mucho.

—No cobro por lo que hago. Cobro por lo que soy —contestó Al con una sonrisa sarcástica—. Vosotros mismos me dijisteis que no había nadie más que pudiera despertarla y que era muy importante hacerlo porque ella es la única que puede resolver el follón que tenéis montado en esta isla. ¿Es que eso no vale un coche?

—Podríamos darte dinero —intervino Eric—. No sé... ¿Mil o dos mil dólares serían suficientes?

Al le miró como si estuviera observando a un bicho repugnante mientras se mantenía erguido, sacando pecho y con las manos en los bolsillos traseros de los pantalones. ¿En serio aquel chaval estaba intentando comprarle por una miseria? Ellos podían pensar que lo que había tenido que hacer era una tontería, pero él sabía lo que le había dolido y lo que le dolería cada vez que lo recordase desde aquel día hasta el final de su vida. No tenían ni idea de lo que significaba lo que le habían pedido...

—Mira, chavalín... No me intentes timar. Sabes que tu coche vale como mínimo quince mil dólares. ¿Acaso tienes ese dinero en la cartera?

Eric suspiró y negó apenado con la cabeza. Se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó un llavero. Debbie le agarró la mano antes de que pudiera tenderse a Al.

—Eric, ese coche significa mucho para ti...

—Lo sé, pero Eloise significa mucho más y Al tiene razón. —Eric soltó un suspiro y le pasó las llaves—. Le prometimos el coche a cambio de que la despertara y ha cumplido.

Al cerró el puño alrededor de las llaves y, sin decir una sola palabra, salió disparado hacia la puerta del hospital. Sabía que no podía quedarse ni un segundo más. A pesar de que era justo que se quedase con el coche, se sentía un miserable. Le habría gustado ser de ese tipo de personas que hacen lo que está bien sin esperar nada a cambio. Le habría gustado pensar que salvar a Eloise era suficiente premio, pero, aunque no pudiera explicar por qué, sentía que tenía que llevarse aquel coche y que, cuanto más le doliera a Eric separarse de él, más compensado se sentiría por el dolor que acababan de hacerle pasar.

Salió a la calle y se dirigió al Impala sin volverse una sola vez. Hacía un tiempo desapacible. Un frío viento soplaba desde el mar, cargado de humedad,

y el cielo estaba lleno de enormes nubes barrigonas de un enfermizo tono morado. Nunca había visto un cielo de un color tan extraño, pero supuso que serían cosas del clima de la isla. Lo único que sabía era que tenía muy mala pinta y que sería mejor que se diera prisa en salir de allí antes de que comenzara la tormenta.

Arrancó y salió del aparcamiento rumbo al puente que habían cruzado horas antes. Como era más de medianoche, casi no se cruzó con ningún coche. Supuso que la mayoría de los habitantes del pueblo estaría durmiendo. Sin embargo, cuando estaba a punto de llegar al puente, vio una larga fila de vehículos. Estaban todos parados, con los motores en marcha. Bajó la ventanilla y se asomó para ver dónde empezaba la retención. El atasco se prolongaba hasta la entrada del puente. Justo allí pudo ver un par de coches de policía cruzados con las luces encendidas. Supuso que habría habido algún accidente de tráfico y que no les dejarían pasar hasta que hubieran retirado los coches.

Se dispuso a esperar, así que sacó un cigarrillo y lo encendió mientras se planteaba si habría más puentes para salir de aquella isla. Al cabo de un par de minutos ya estaba aburrido, así que abrió la guantera y rebuscó entre los CD's. Aquel chico era un desastre. Tenía un montón de música grabada, pero no estaba clasificada de ninguna manera ni había apuntado en ningún sitio los nombres de los discos, los artistas o, al menos, el estilo musical. Solo ponía cosas como "Recopilación 1", "Recopilación 2"... Acabó escogiendo uno al azar y lo metió en el reproductor.

Las notas de un piano, unidas a la voz de una cantante con un ligero tono nasal, empezaron a sonar. No tenía ni idea de lo que era, pero tampoco sonaba tan mal, así que volvió a reclinarsse en el asiento mientras seguía fumando. Aquella voz se le fue metiendo dentro. Parecía que la persona que había escrito aquella letra podía leer en su alma.

Me arrodillo para rezar.

Intento hacer que lo peor se vea mejor.

Señor, muéstrame el camino

Para atravesar su desgastada piel.

Tengo cien millones de razones para irme

Pero, cariño, solo necesito una buena para quedarme. [\[v\]](#)

Aquello era exactamente lo que él sentía. Su parte racional le decía que se

alejara de nuevo de Eli, que pusiera todas las millas posibles entre ellos, que volviera a olvidarla y siguiera adelante con su vida... Sin embargo, su corazón le decía todo lo contrario: Nunca la había olvidado y no había ningún lugar en el mundo tan alejado como para verse libre de su recuerdo. Era como un veneno que se le había metido dentro y para el que no encontraba antídoto. Tal y como decía la canción, tenía cien millones de razones para irse, para alejarse de nuevo y no regresar, pero le habría bastado cualquier señal para quedarse. Si hubiera visto algo de emoción en sus ojos, si ella le hubiera sonreído o le hubiera llamado por su nombre, habría vuelto a caer prisionero para siempre. Pero ella le había abofeteado y le había mirado con odio, aumentando su lista de razones para marcharse sin mirar atrás.

No había nada que pensar, nada que plantearse. Ya estaba metido en el coche, alejándose de nuevo de ella. Si no fuera por aquel maldito atasco, ya estaría fuera de la isla, ya habría puesto un montón de millas de mar entre ellos. Entonces, ¿por qué seguía planteándose que no estaba haciendo lo correcto? ¿Qué esperaba? ¿Una puta señal divina? ¿Que, como decía la canción, el Señor le mostrara el camino?

Un movimiento fuera del coche llamó su atención. Se asomó por la ventanilla y vio a un agente de policía que iba recorriendo la fila de coches, parándose a hablar unos segundos con cada conductor. Cuando llegó a su lado, Al le recibió con su mejor sonrisa, rezando para que no le pidiera los papeles del vehículo.

—Buenas noches, agente —saludó—. ¿Se puede saber qué pasa?

—El puente está cerrado. En unos minutos les indicaremos cómo dar la vuelta —contestó el policía.

—Vaya, qué faena... ¿Hay algún otro puente para salir de la isla?

—Sí. Hay otro, pero también está cerrado, al igual que el puerto y el aeropuerto.

—Eso no puede ser. ¿Qué pasa?

El policía no contestó. Se giró al escuchar el ruido de los motores de unos vehículos que acababan de cruzar el puente y se dirigían al pueblo. Al también se quedó contemplándolos sin decir nada. Eran varias furgonetas negras con las lunas tintadas y las siglas CDC impresas en sus laterales. Cuando terminaron de pasar, el policía volvió a girarse hacia Al.

—La isla está en cuarentena. No se puede salir. —Le dirigió una sonrisa nerviosa, como si se disculpara—. En cuanto se lo indiquemos, vuelva a casa,

por favor.

El hombre siguió su camino para avisar al resto de conductores de la fila. Al se echó hacia atrás en el asiento y resopló. Genial. Todo le tenía que pasar a él. ¿Qué iba a hacer? No tenía casa en la isla ni dinero para ir a un hotel. Su única posibilidad era regresar con la cola entre las piernas a buscar a Eric y Debbie... y a Eli. La situación era tan surrealista que se le escapó una risa nerviosa mientras miraba al reproductor de música, en el que aún seguía sonando la misma canción. Dirigió la vista al cielo y esbozó una sonrisa sarcástica.

—Está bien, Señor. Si esta es tu señal, tengo que admitir que como razón para quedarse es cojonuda.



Capítulo 4

En cuanto cerraron la puerta, me cubrí el rostro con las manos. Estuve así un buen rato, luchando por calmarme y respirar con tranquilidad. El corazón me latía tan fuerte que dolía. Daba la impresión de que había reconocido a su verdadero dueño y trataba de escapar para reunirse con él.

No podía creerme lo que acababa de ver. Era Al, después de tanto tiempo... Tenía el pelo algo más corto, barba de tres días y algunas líneas de expresión alrededor de los ojos y la boca, pero seguía siendo él. Igual de guapo, igual de orgulloso, con aquella misma luz que me volvía loca...

Solté un rugido de frustración, me descubrí la cara y aparté con un brusco gesto la ropa de cama. Miré alrededor. ¿Qué hacía en un hospital? ¿Tanto tiempo había pasado sumida en el trance como para que pensasen que estaba enferma y tuvieran que ingresarme? Observé horrorizada que llevaba puesto uno de aquellos espantosos camisones de lunares que te dejaban toda la espalda al descubierto. Sin darme cuenta de lo que hacía, pasé una mano por mi pelo. Estaba áspero, sucio y enmarañado. ¡Dios! ¿Qué habría pensado Al de mí?

Me odié en cuanto tuve aquel pensamiento. ¿Qué más daba lo que Al pensara de mí? No quería nada de él, no quería volver a verle en la vida. En cuanto saliera de la habitación, me enfrentaría a él y le echaría sin darle tiempo a decir una sola palabra. Y después mataría a Eric por haberle traído.

Intenté relajarme y pensar. No se podía montar una escena digna llevando el culo al aire. Lo primero que tenía que hacer era encontrar mi ropa y conseguir un aspecto decente. Abrí el pequeño armario situado en una esquina de la habitación. La ropa que había llevado el día que entré en trance estaba pulcramente colgada de una percha. Además, mi maleta estaba colocada en la parte de abajo del armario. Me puse la misma ropa y, después, rebusqué en la maleta hasta encontrar un cepillo. Fui al cuarto de baño y me lavé la cara. No tenía buen aspecto. Estaba pálida y demacrada y tenía todo el pelo alborotado. Parecía la viva imagen de una bruja de cuento. Sabía que no debía importarme lo más mínimo que Al me hubiera visto así, pero no pude evitar avergonzarme.

Me habría gustado que él me viera hermosa como antaño, poderosa y orgullosa como una reina. Me habría gustado que le hubiese dolido haberme perdido al menos una milésima parte de lo que seguía doliéndome a mí. Sentí el ardiente escozor de las lágrimas asomando a mis ojos y me odié por ello. Apreté los dientes, furiosa... ¿Por qué tenía que seguir importándome tanto? ¿Por qué tenía que seguir doliéndome?

Intenté hacer algo con mi pelo. Llevaba años sin preocuparme por él, haciéndome siempre un apretado moño que acentuaba aún más mis marcadas facciones, pero, de repente, llegaba Al, con sus ojitos azules y su sonrisita de chico malo y me encontraba preguntándome qué podría hacerme en el pelo para estar más guapa, nerviosa como una adolescente en su primera cita. Me odié por ello. Le odié a él. Odié al mundo entero.

Me decidí por hacerme una trenza y dejé algunos mechones sueltos. Cuando acabé, volví a mirarme en el espejo. Tendría que ser suficiente. No valía la pena preocuparse más. Lo único que tenía que hacer era salir al pasillo y echar a Al de mi vida de nuevo. Parecía una labor sencilla, pero mi corazón seguía revolucionado y me sentía mareada y con ganas de vomitar.

Lo mejor era no pensarlo más y acabar con aquella situación para siempre. Salí del baño, atravesé la habitación y abrí la puerta con un rápido gesto para no tener tiempo de arrepentirme. En el pasillo solo estaban Eric y Debbie. No había rastro de Al ni de la enfermera bajita y morena que había visto al lado de mi cama. En cuanto la puerta se abrió, se giraron hacia mí y me miraron asustados.

—Eloise, no sabes lo que nos alegra que estés despierta —dijo Debbie acercándose a mí y tendiéndome las dos manos.

—¿Dónde está Al?

Ella se quedó parada, con las manos tendidas hacia mí, como si hubiera sido alcanzada por un rayo. Se giró hacia Eric y le hizo un gesto con la cabeza con el que parecía querer decirle que era su turno de dar explicaciones.

—Se ha marchado —contestó Eric—. Ya había acabado lo que había venido a hacer aquí, así que le he pagado y se ha ido.

—¿Que le has pagado? —pregunté confusa—. ¿Cuánto le has pagado?

—Le he dado mi coche —respondió él con la cabeza baja.

—No puedes haberle dado tu coche. Era muy importante para ti.

Eric se limitó a encogerse de hombros, como si ese gesto lo explicara todo. En aquel momento no supe con quién estaba más enfadada, si con Al por haber

vuelto a aparecer en mi vida y encima cobrar por ello o con Eric por ser tan tonto como para traerle y entregarle su coche.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? ¿Para qué le habéis traído?

—Te habías quedado atrapada en tu hechizo —contestó Debbie—. Tala, la auxiliar de enfermería que estaba antes en la habitación, nos dijo que la única forma de traerte de vuelta a este plano era que alguien que significara mucho para ti te atrajera desde este lado.

—¿Y desde cuándo las auxiliares de enfermería saben de estas cosas? —Mi cabeza estaba tan llena de dudas que no sabía ni por dónde seguir preguntando—. ¿Y cómo os enterasteis vosotros de la existencia de Al?

—Tuvimos que ir a Swanton y registrar tus cosas. —La cara de Eric se había teñido de un color rojo tan intenso que tuve miedo de que fuera a explotar frente a mis ojos—. Encontramos las cartas de Laetitia en las que te hablaba de él y fuimos a preguntarle. Ella nos dijo dónde estaba y le convencimos de que viniera a ayudarte a cambio de entregarle mi coche. Solo tuvimos que traerle hasta aquí y hacer que te besara...

—Como en los cuentos de hadas —intervino Debbie soltando una risita para relajar la tensión—. ¿No es romántico?

—No. No es romántico —contesté lanzándole una mirada capaz de congelar volcanes—. Todo esto es una mierda. Vayámonos de aquí.

—No puedes irte así —dijo Eric—. Habrá que avisar a algún médico de que te has despertado.

—Haced lo que queráis. Yo voy a recoger mis cosas y me marcho.

Sin darles tiempo a decir nada más, volví a entrar en la habitación y cerré la puerta. En lugar de recoger, me senté sobre la cama y me quedé un rato mirando la pared. Me sentía tan dolida, tan furiosa... Tan confusa... Tenía ganas de golpear cosas, de destruir todo lo que encontrara en un loco intento de hacer que el mundo dejara de existir. Por otro lado, me sentía agotada y solo tenía ganas de encerrarme en algún rincón oscuro y llorar hasta que mis ojos se secaran. No sabía lo que quería... Quizá poder dar marcha atrás al tiempo y no haber acudido a la llamada de Eric para no haberme encontrado nunca con Al.

En aquel momento le odiaba tanto... ¿Cómo era capaz de haber venido a besarme a cambio de un coche? ¿Es qué para él yo ya no significaba absolutamente nada? En cuanto me hice aquella pregunta, me sentí una absoluta gilipollas. Por supuesto que no significaba nada para él. Llevábamos

muchísimo tiempo separados. ¿Qué esperaba? ¿Que siguiera llorando y suspirando por mí? Estaba segura de que hacía ya muchos años que me había olvidado. ¿Por qué yo, que tenía todas las razones del mundo para odiarle, no había sido capaz de hacerlo?

Me sentí tan furiosa que tuve que empezar a moverme para no volverme loca. Recogí las cosas que había sacado de la maleta y comprobé que no me estaba dejando nada en la mesilla o en el armario. Cuando estaba a punto de salir por la puerta, esta se abrió para dejar paso a un hombre con bata blanca al que seguían Eric y Debbie. Se giró hacia ellos y les lanzó una mirada enfadada.

—¿No les he dicho ya que no pueden entrar aquí? Esto es una zona en cuarentena.

—No se preocupe, doctor —dije mientras fingía una sonrisa—. Como puede ver, estoy perfectamente y no tengo nada contagioso.

—Eso no lo puede asegurar usted —respondió el hombre con voz firme—. Nos estamos enfrentando a una epidemia en la isla y usted presentaba los mismos síntomas que los demás pacientes.

—No. Yo no padezco la misma enfermedad que tienen ellos.

—¿Y en qué se basa para decir eso?

—En que ellos siguen dormidos y yo estoy despierta —contesté antes de encogerme de hombros—. Además, yo sé exactamente por qué me quedé dormida.

—¿En serio?

—Sí. Padezco una enfermedad del sueño desde hace algunos años. Me quedo en estado catatónico durante unos días y después despierto —mentí tratando de usar mi tono más convincente—. Mis doctores en Vermont ya me están tratando.

—¿Y no han encontrado la causa de su enfermedad?

—No, pero parece que está relacionada con el estrés. Supongo que el vuelo hasta aquí me puso nerviosa. —Le lancé una sonrisa de disculpa—. Lamento haberles preocupado por nada.

—Antes de darle el alta tendré que comprobar sus constantes vitales —dijo el doctor, reacio a dejarme marchar sin tener la última palabra.

—Por supuesto. Chicos, llevaos mi maleta y esperadme fuera.

Eric y Debbie obedecieron y salieron de la habitación. El médico les siguió con la mirada antes de girarse hacia mí.

—¿Se puede saber por qué estaban esos dos chicos aquí?

—Sí, claro. Me desperté en el hospital y les llamé para que vinieran a buscarme. Ni ellos ni yo sabíamos nada sobre la cuarentena.

El doctor refunfuñó algo entre dientes y empezó a hacerme pruebas. Me tomó la temperatura, la tensión, me auscultó, comprobó que mis ganglios no estuvieran inflamados... Me dejé hacer, aunque notaba que mi paciencia se iba agotando. No pensaba quedarme en aquel hospital dijera lo que dijera aquel médico.

—Está bien —dijo el hombre tras soltar un suspiro—. Parece que está usted perfectamente, pero, si nota cualquier síntoma extraño, regrese de inmediato.

Le dediqué una sonrisa de agradecimiento y salí de la habitación tan rápido como pude para no darle tiempo a arrepentirse. Mientras recorría el pasillo camino de la salida, no pude evitar fijarme en que había muchas habitaciones que lucían un cartel con la palabra “cuarentena”. Al lado de cada puerta había un carrito con guantes y mascarillas. Parecía que, durante el tiempo que había estado en trance, la situación en la isla había empeorado bastante.

Salí a la calle y me encontré a Eric y Debbie sentados en unas escaleras. Se levantaron de inmediato al verme y se acercaron a mí. Antes de que pudiera reaccionar, Eric me había rodeado con sus brazos con tanta fuerza como para impedirme respirar.

—Tranquilo, Eric. Estoy bien —dije mientras le daba unas palmaditas en la espalda.

Él se separó y me lanzó una sonrisa forzada. A pesar de la débil luz de las farolas, pude distinguir sus ojos brillantes por las lágrimas contenidas. No pude evitar sonreír. Ese chico era tan intenso para todo...

—Estaba muy preocupado por ti... Y me sentía muy culpable por haberte traído.

—Tan culpable como para cometer la soberana estupidez de ir a buscar a Al y regalarle tu coche. ¿En serio se lo ha llevado?

—Sí. No hubo manera de regatear con él.

—Genial. —Tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no empezar a soltar todas las maldiciones que conocía—. Ahora tendremos que ir hasta la casa de Debbie andando, ¿no?

—Sí, pero no te preocupes —contestó la chica—. No está lejos.

Decidí que era mejor que me guardase para mí toda la furia que llevaba

dentro. Lo que Eric y Debbie habían hecho me estaba causando mucho dolor, pero no habían tenido mala intención. No podía culparles por haber intentado salvarme, aunque en aquel momento hubiera preferido seguir en trance para siempre antes de permitir que el brillo de aquellos ojos reavivara mis recuerdos.

Sin decir nada más, empecé a cruzar el aparcamiento. Escuché los pasos de los dos detrás de mí. Pensé durante un momento en decirle a Eric que me pasara mi maleta, pero lo dejé por imposible. Seguro que seguía sintiéndose culpable por algo y cargar con ella le hacía sentirse mejor.

En aquel momento, escuchamos el ruido de un motor y unas ruedas derrapando al enfilarse la entrada del aparcamiento. Pensé que sería alguien que llegaba con algún paciente grave, pero Eric me alcanzó y se colocó a mi lado, mirando al coche que se acercaba con la boca abierta.

—Es mi Impala —dijo sorprendido.

El coche frenó justo frente a nosotros y la puerta del conductor se abrió. Al salió y apoyó los brazos sobre el techo del coche antes de lanzarnos un guiño y una de esas medias sonrisas que habría preferido no recordar.

—¿Os llevo a algún sitio?

—¿Qué haces aquí? —pregunté antes de que Eric o Debbie pudieran intervenir—. ¿No te ibas de la isla?

Se llevó una mano a la nuca y se revolvió el pelo mientras me miraba con esa cara de cachorrito abandonado que yo conocía tan bien. Seguro que necesitaba algo de nosotros. Negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Eso era lo que quería hacer, pero ha sido imposible. Acaban de poner la isla en cuarentena.

—Mala suerte —contesté—. Espero que disfrutes de tu estancia en Roanoke.

Me puse de nuevo en marcha. Tenía que huir de allí mientras siguiera siendo capaz de mantener la dignidad. Cada segundo que pasaba frente a él era como sufrir la más cruel y refinada forma de tortura que jamás hubiera imaginado. Nunca habría pensado que se pudieran tener tantos sentimientos encontrados al mismo tiempo: le odiaba, quería matarlo, no quería volver a verlo ni un solo segundo más... pero también quería acercarme, seguir oyendo su voz, imaginar, aunque solo fuera durante unos momentos, que el tiempo no había pasado y que él había vuelto para quedarse a mi lado para siempre.

—Eli, tía... No me hagas esto. No tengo ningún sitio adonde ir ni pasta

para pagar un hotel.

—¿Te crees que me importa una mierda lo que te pase? —grité tras girarme hacia él.

Noté que Eric daba un respingo a mi lado. El chico me miraba con los ojos muy abiertos y había perdido el color de la cara. Seguro que acababa de perder un montón de puntos a sus ojos respecto a la imagen que tenía de mí. Él me veía como una bruja poderosa, elegante, sabia... y acababa de comportarme como una vulgar histérica. En aquel momento me dio igual. Solo quería librarme de la presencia de Al.

—Creo que estamos todos demasiado nerviosos —intervino Debbie—. Nosotros le hemos pedido a Al que venga y somos responsables de la situación en la que está, así que no podemos dejarle tirado.

—Ya se ha llevado mi coche como pago por sus servicios —protestó Eric.

—Ya basta. Es mi casa y le invito a pasar la noche en ella. Mañana por la mañana buscaremos una solución a esto.

Sin decir una palabra más, cogió mi maleta y rodeó el coche para meterla en el maletero. Al se apresuró a ayudarla, mientras Eric y yo nos sentábamos en el asiento trasero manteniendo en todo momento nuestra cara de enfado.

—No puedo creerme que tenga que ir como pasajero en mi propio coche —refunfuñó Eric.

Preferí no contestarle. La humillación que él estaba sintiendo no se acercaba ni a una milésima parte de la que estaba sufriendo yo. Incluso me planteé que debería alojarme en un hotel para no tener que verle. Desistí de la idea de inmediato. No iba a darle la satisfacción de mostrarle lo mucho que me afectaba su presencia.

Al entró en el coche y, siguiendo las indicaciones de Debbie, llegamos en pocos minutos a su casa. Cuando nos bajamos, Debbie se giró hacia nosotros y nos dedicó una sonrisa de disculpa.

—Ahora tenéis que quedaros aquí un momento... La casa es de mis padres y tengo que avisarles de que tenemos invitados.

La chica agarró la maleta con una mano y a Eric con la otra y, sin dejarnos tiempo para discutir, cruzaron el jardín y entraron en la casa. Me entraron ganas de suplicarle a Eric que no me dejase a solas con Al, pero mi orgullo se impuso. Me apoyé en el coche y crucé los brazos frente al pecho, dispuesta a no decir una sola palabra hasta que regresaran.

Al dio unos pasos hacia mí y también se apoyó en el coche, justo a mi lado.

Permanecí con la mirada baja, como si la acera fuese lo más interesante que hubiera visto en mi vida. Le escuché rebuscar en sus bolsillos y, al cabo de un par de segundos, me llegó el aroma de uno de sus cigarrillos. Estaba tan nerviosa que habría pagado mucho dinero por fumarme uno.

—¿Quieres? —preguntó poniéndome el paquete de tabaco frente a la cara como si acabase de leer mi mente.

—No, gracias.

Tuve ganas de añadir que no quería nada suyo, pero me pareció infantil y preferí callarme. Pensé que lo mejor sería que no habláramos hasta que regresaran Eric y Debbie. Por desgracia, parecía que la personalidad de Al no había cambiado en absoluto en aquellos años, porque seguía siendo incapaz de permanecer en silencio más de medio minuto.

—¿En serio pensabas dejarme tirado como un perro? Joder, Eli... No me lo puedo creer.

No tuve más remedio que levantar la cabeza y mirarle a los ojos. El muy desgraciado estaba sonriendo, como si no hubiera pasado nada entre nosotros, como si no me hubiera destrozado la vida. Tuve ganas de volver a abofetearle, pero me pareció poco para todo el odio que sentía hacia él en aquel momento.

—¿Tú, precisamente tú, me estás acusando de dejarte tirado como a un perro? —Me puse frente a él y le clavé el dedo índice en el pecho al ritmo de mis palabras—. Tú me dejaste tirada en la puerta de un hospital, sin importarte si vivía o moría.

—Eso no es cierto. —La sonrisa había desaparecido de su cara y sus ojos reflejaban rabia—. ¿Qué te crees? ¿Que te dejé allí y me fui de vacaciones? Me fui a arreglar lo que tú habías hecho... Pasé aquella noche escondiendo los cadáveres de la gente que habías asesinado, ocultando cualquier prueba que pudiera incriminarte... Hice todo aquello por ti, para salvarte...

—Nadie te lo pidió —grité—. Habría preferido acabar en la cárcel y que me hubieras dejado explicarme. Me prometiste que no volverías a marcharte sin dejar que te diera una explicación.

—Y tú me prometiste no matar a nadie más —dijo él arrastrando las palabras mientras me miraba con asco—. Un día... Te pedí que te controlarás un puto día... Y ni eso fuiste capaz de concederme.

—No fue como tú te imaginas —me defendí.

—¿Y cómo fue? —Al abrió los brazos a los lados y sacó pecho, orgulloso como alguien que busca pelea en un bar—. Vamos, vuelve a mentirme. Vamos

a jugar a engañar otra vez al tonto de Al.

—No voy a darte ninguna explicación. Ese tiempo ya ha pasado. —Vi que la puerta de la casa de Debbie se abría y traté de ir hacia allí, pero Al se interpuso en mi camino y me agarró del brazo.

—Merezco esa explicación —dijo apretando tanto como para hacerme daño.

—No mereces nada. —Le miré a los ojos con rabia y agité mi brazo para hacer que me soltara—. Perdiste todos tus derechos cuando me dejaste desangrándome en la puerta de aquel hospital mientras nuestra hija se moría en mis entrañas. ¿Crees que te puede quedar algún derecho después de eso?

Se quedó paralizado. La rabia desapareció de sus ojos y, durante un segundo, volví a ver aquella mirada que siempre me había enamorado. Agité el brazo de nuevo y, en aquella ocasión, conseguí liberarme. No le di tiempo a decirme nada más. Corrí hacia la casa y le pedí a Debbie que me indicara cuál era mi habitación. Ella me la señaló sin perder tiempo y me dejó pasar sin hacer preguntas. Creo que vio en mi cara que necesitaba un refugio en el que estar sola y en el que nadie me viera llorar.



Capítulo 5

Cuando Eli desapareció dentro de la casa, se giró y le dio una patada a una de las ruedas del coche. Sentía ganas de gritar, de destrozarlo todo... ¡Joder! No podía creerse lo que Eli acababa de decirle. ¿Cómo que había una explicación para todo? ¿Y qué era aquello que había dicho sobre una hija de los dos? Le estaba mintiendo, estaba intentando manipularle de nuevo... O quizá no. ¿Y si estaba diciendo la verdad? No. No podía preguntarse esas cosas, no podía dejarse engañar otra vez. Tenía que escapar de allí, marcharse tan lejos como hiciera falta para estar seguro de que nunca más en la vida se cruzaría con ella. Sin embargo, en aquel momento era imposible. Estaban encerrados en aquella isla. Se sintió tan frustrado que no pudo evitar darle otra patada a la rueda.

—Eh, tío... No le pegues al coche —dijo una voz a sus espaldas.

Se giró y se encontró con Eric, que le miraba con gesto crítico. Sus palabras no hicieron otra cosa que incendiarle aún más por dentro. Tenía ganas de pelea y aquel chaval impertinente podía ser tan buen blanco para su ira como cualquiera.

—El coche es mío y haré con él lo que quiera —respondió acercándose un par de pasos al chico con los brazos abiertos a los lados para resultar aún más amenazante.

—No quiero pelearme contigo —dijo Eric mientras agachaba la cabeza para esquivar su mirada—. Ese coche significa mucho para mí y me jode ver que lo tratas así, pero puedes hacer lo que te dé la gana.

—Eso es lo que pienso hacer: lo que me dé la gana. Tú ya no tienes derecho a decir nada.

—Por mí puedes quedarte aquí toda la noche desguazándolo, pero vamos a cerrar la puerta de casa, así que, si no quieres dormir en la calle, más vale que entres.

Eric se giró hacia la casa y empezó a andar sin comprobar si le seguía o no. Al no tuvo más remedio que tragarse su orgullo y sus ganas de pelea e ir tras él. Cuando entraron, Debbie cerró la puerta y le dio un par de vueltas a la

llave.

—Yo voy a dormir con Eli —explicó—. Vosotros tendréis que dormir juntos.

Los dos bufaron al unísono. Parecía que al chaval la idea le hacía tan poca gracia como a él. Debbie se marchó a su habitación sin darles tiempo a protestar.

—¿Dónde tenemos que dormir? —preguntó Al.

—Sígueme.

Eric se internó por un pasillo oscuro hasta llegar a la puerta del fondo. Abrió y le hizo un gesto para que pasase. Cuando entró en la habitación, Al se quedó un momento parado observando el lugar.

—Solo hay una cama —comentó.

—Sí y es para mí —dijo Eric adelantándose para sentarse sobre ella. Le señaló un saco de dormir extendido sobre el suelo—. Tú duermes ahí.

—¿Y eso por qué?

—Porque esta es mi habitación desde hace cinco días y porque soy el novio de la anfitriona —contestó Eric.

Al no pudo evitar que se le escapara una sonrisa sarcástica. Se notaba que el chaval lo pasaba mal en los enfrentamientos. La voz le temblaba, su cara pasaba de una palidez cadavérica al rojo más intenso e incluso a veces tartamudeaba. Sin embargo, había que reconocer que se esforzaba en sus torpes intentos de mear el territorio y erigirse como macho alfa del grupo. Le hacía tanta gracia que decidió vacilarle un poco más.

—¿Es que ya no se respetan las canas? Soy mayor que tú. Deberías cederme la cama.

—No tienes canas —replicó el chaval—. Y no estás mayor para emborracharte y enrollarte cada noche con una rubia distinta.

—¿Envidia?

—No. No te envidio en absoluto.

—Bien, porque no deberías. Tu novia está buenísima.

Eric apretó los puños y rechinó los dientes. Le escuchó murmurar algo y, al cabo de unos segundos, pudo reconocer sus palabras. ¿Estaba contando en voz baja para contenerse? Parecía que estaba a punto de sacarle de sus casillas. Lo mejor sería que le dejase en paz. El chico no le caía bien, pero, por muy frustrado y enfadado que se sintiese, no podía pagarlo con él. El único delito de Eric era demostrarle una fidelidad inquebrantable a Eli. No podía culparle

por un pecado que él mismo había cometido infinitas veces en el pasado.

—Estaba bromeando, chaval —dijo conciliador—. Venga, vamos a dormir.

Se puso de espaldas a Eric y empezó a desnudarse. Cuando ya se había quitado el brazalete de cuero y la camiseta, se dio cuenta de que el chico no se había movido. Se giró hacia él y vio que estaba contemplándole con interés.

—¿Qué miras? ¿Es que voy a tener que dormir con el culo pegado a la pared?

—No seas gilipollas —contestó Eric enrojeciendo de nuevo—. Miraba las cicatrices de tu antebrazo. ¿Cómo te hiciste eso?

—Es una historia muy larga —respondió mientras se quitaba las botas—. El espíritu vengativo de un asesino chalado se me metió dentro y me obligó a cortarme. Por suerte, Eli pudo sacármelo y acabar con él.

El rostro de Eric había vuelto a ponerse blanco. Al soltó una risa al pensar que había visto semáforos que cambiaban menos de color que la cara de aquel chico.

—¿De qué te ríes? —preguntó Eric, molesto.

—De lo pálido que te has puesto. No eres muy aficionado a los temas sobrenaturales, ¿verdad?

—No. Los odio, pero, por desgracia, parece que esas cosas me persiguen.

—Mientras sigas mezclándote con Eli, seguirás metiéndote en follones paranormales. —Acabó de desvestirse y se metió en el saco—. ¿Cómo la conociste?

Eric pareció dudar. Se quedó mirándole con una ceja enarcada, como si estuviera preguntándose si podía fiarse de él. Al cabo de unos segundos, sacó el paquete de tabaco del bolsillo trasero de sus pantalones y extrajo un cigarrillo para cada uno.

—Soy de Swanton, al igual que Eloise —explicó tras encender su cigarrillo y darle la primera calada—. Cuando era pequeño, le tenía miedo. Era la bruja del pueblo y se decían cosas horribles sobre ella. Sin embargo, fue la única que me ayudó y evitó que me volviera loco.

—¿Qué fue lo que hizo?

—Vas a pensar que estoy chalado —dijo Eric mientras negaba con la cabeza.

—Chaval, me pasé seis años viviendo con ella. Nos recorrimos toda la costa este resolviendo fenómenos paranormales. Nada de lo que me cuentes me va a sorprender.

Eric se tumbó en la cama y le dio un par de caladas a su cigarrillo con la mirada fija en el techo de la habitación. Cuando Al ya estaba preguntándose si tendría que insistir para que le contara su historia, empezó a hablar.

—Cuando yo tenía doce años, alguien asesinó a tres chicos de mi barrio. Los ahogó en el lago. Una de las víctimas era Anne, mi primera novia. —Eric lanzó un largo suspiro antes de continuar—. Sus espíritus empezaron a visitarme por las noches. No sabía qué querían de mí. Estaba tan aterrado que mi familia acabó decidiendo mudarse a Burlington para que no me volviera loco.

—Joder, qué putada —comentó Al.

—Sí... Sí que lo fue. Burlington es una puta mierda de ciudad —comentó Eric tras soltar una risa nerviosa—. El problema es que, a pesar de habernos mudado, las apariciones regresaron quince años después. Comprendí que tenía que volver a Swanton para descubrir qué pasó y conseguir justicia para ellos, que no iban a dejarme en paz hasta que lo resolviera. Por suerte para mí, Eloise y el sheriff del pueblo me creyeron y decidieron ayudarme.

—¿Y conseguisteis descubrirlo todo?

—Sí. Descubrimos que el culpable era un espíritu que había echado una maldición sobre Swanton. Manipulaba a la gente para que matase a los niños, pero eso no es importante. —Al notó que la voz de Eric había temblado más de lo normal al pronunciar aquella última frase.

—¿Y cómo acabasteis con el espíritu? —preguntó Al.

—El sheriff se ofreció voluntario para un ritual que atraería el alma de aquel ser al interior de su cuerpo. Cuando murió y quemaron sus restos, el espíritu desapareció.

Se incorporó como movido por un resorte. La ira había vuelto a inundar cada célula de su cuerpo y parecía incontenible. Eli no había cambiado absolutamente nada en todo aquel tiempo. Seguía siendo una asesina sin conciencia.

—¿Y a ti te pareció bien toda esa mierda? —preguntó escupiendo las palabras.

—No. No me lo comentaron. Me enteré cuando el sheriff ya estaba muerto —explicó Eric—. Él me dejó una carta explicando que se estaba muriendo de cáncer y que se había ofrecido voluntario, pero que no habían querido contarme nada porque sabían que yo me opondría.

Cada palabra pronunciada por Eric hacía que su furia creciese más y más,

pero sentía que no podía pagarlo con aquel pobre chaval. Era otra víctima de Eli, como lo había sido él tantos años atrás. Alguien a quien controlar, mentir y manipular. Un simple peón, un pobre soldado en la guerra que ella libraba contra las fuerzas del mal.

—Deberías alejarte de ella —le aconsejó.

—¿Por qué? Eloise es muy poderosa. Es la única que puede ayudarnos a solucionar lo que está pasando en este pueblo.

—Su ayuda siempre tiene un precio. Siempre acaba sacrificando a gente inocente para sus rituales... Y algunas de sus víctimas no se han presentado voluntarias para morir por ella.

—No te creo —dijo Eric negando con la cabeza—. No la conoces bien.

—La conozco mejor que cualquier otra persona del mundo. He visto a sus víctimas. Yo mismo he tenido que esconder sus cadáveres para protegerla. — Al tomó aire y fijó sus ojos en los de Eric para que viese que era totalmente sincero—. Hazme caso, chico. Aléjate de ella o un día te encontrarás ofreciéndote voluntario para uno de sus rituales y ya será demasiado tarde.

Eric no contestó. Negó con la cabeza, apagó su cigarrillo en el cenicero y se giró en la cama para darle la espalda, dando la conversación por terminada. Al volvió a tumbarse con las manos enlazadas bajo la nuca y la vista fija en el techo de la habitación. Se sentía un imbécil. Durante unos segundos, cuando Eli le había dicho que estaba equivocado sobre lo que pasó en Maine y que había una explicación para todo, había deseado creerla. Lo había deseado con tanta fuerza... Había estado dispuesto a escucharla, a pedirle perdón por haber sido injusto con ella durante todos aquellos años, a rogarle que le dejase volver a su lado... Gilipollas, gilipollas, GILIPOLLAS... ¿Qué tenía que pasar para que se diese cuenta de que estaba podrida por dentro y que no había nada que él pudiera hacer para recuperar a la Eli que había amado? Parecía que el tiempo y la distancia no habían funcionado en absoluto. A ella le había bastado con volver a mirarle con aquellos profundos ojos negros y decirle que había una explicación para que él olvidase todas sus dudas y desease, con toda la fuerza de su alma, que le estuviera diciendo la verdad.

Continuaba hechizado por ella, preso por su influjo. Aquel sortilegio era mucho más poderoso que cualquiera de los que ella había utilizado en su vida. La única manera de liberarse era escapar de nuevo, alejarse todo lo que pudiera y tratar de adormecer sus sentimientos con cerveza y whisky. Aquello era lo único que podía hacer y debía hacerlo cuanto antes. En cuanto se

levantara al día siguiente, convencería a quién fuese necesario para que le dejaran salir de aquella puta isla.

Cuando despertó, el sol entraba con fuerza por la ventana. Se sentó en el suelo y se estiró, tratando de desentumecer sus músculos. Le dolía todo por haber dormido allí tirado. Estaba seguro de que habría sido más cómodo dormir en el Impala. Tendría que intentar ser más amable con Eric para convencerle de que le dejase la cama.

El chaval no estaba en la habitación y no se oían ruidos en la casa. Era posible que todos se hubieran levantado hacia horas y se hubieran marchado sin avisarle. Por un lado, se sintió mosqueado de que pasaran así de él, pero, por otro, le tranquilizaba la idea de no tener que volver a enfrentarse a Eli. Se levantó, se vistió a toda prisa y salió del cuarto.

Al llegar a la cocina, se encontró a Debbie leyendo el periódico. Cuando le vio, la chica le dedicó una sonrisa radiante, se levantó y se dirigió a un armario para sacar una taza.

—Buenos días. ¿Café?

—Sí, gracias. Solo, con dos de azúcar.

La chica lo preparó y le pasó la taza. Él le dedicó una sonrisa de sincero agradecimiento que no se debía solo al café. Era agradable encontrar a una persona amable por la mañana.

—Date prisa —dijo Debbie mientras recogía su chaqueta—. Eric y Eloise están esperando fuera. El alcalde ha pedido que el pueblo acuda al ayuntamiento a las doce para explicarnos lo de la cuarentena.

Miró su reloj. Eran más de las once y media. Se bebió el café de un trago y salió tras Debbie. Eric y Eli estaban fuera, sentados en una mecedora. El chico estaba fumándose un cigarrillo mientras ella le daba caladas a una pipa de madera oscura. Se quedó unos segundos observando las fantasmales volutas de denso humo blanquecino que se formaban en el aire. Le resultó tan extraño que, a pesar de que no quería hablar con ella, no pudo evitar preguntar.

—¿Ahora fumas en pipa?

—Llevo fumando en pipa más de veinte años —respondió Eli—. Me enseñó tu padre. ¿Podemos irnos ya?

Ella se levantó de la mecedora y se puso en marcha. Los demás la siguieron sin protestar. Debbie apresuró el paso y se puso al lado de Eli para guiar al grupo.

—¿No vamos a coger el coche? —preguntó Al.

—No. Está a menos de cinco minutos y hace buen día —contestó Debbie—. Podemos ir andando.

Al dirigió su mirada hacia el cielo y contempló las densas nubes de color morado que lo cubrían.

—Eso de que hace buen día es muy discutible —comentó—. ¿Es normal que el cielo tenga ese color?

—No. No lo es —respondió Debbie.

—Es por el hechizo —intervino Eloise—. El otro plano se acerca.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Eric.

—El cielo del plano en el que estuve atrapada tenía este mismo color —Eli se detuvo y se frotó las sienes con las manos—. Mis recuerdos del tiempo que pasé allí están confusos, pero intentaré explicároslo todo cuando volvamos a casa.

Tras girar una esquina, divisaron a lo lejos el edificio del ayuntamiento. Había cientos de personas reunidas allí, invadiendo las aceras y la carretera, esperando a que saliera el alcalde. Se acercaron a paso rápido y se colocaron al fondo. Al observó las caras de la gente. Algunos parecían preocupados, otros temerosos, otros enfadados... Pensó que el alcalde tendría que haber preparado un discurso muy bueno para tranquilizar a toda aquella gente y mandarla a casa.

Un par de minutos después, las puertas del ayuntamiento se abrieron para dar paso a dos hombres. El primero de ellos, un tipo de unos cincuenta años vestido con una camisa blanca y unos vaqueros, se acercó al micrófono. La gente de su alrededor empezó a murmurar que era el alcalde.

—Buenos días a todos —saludó nervioso—. Os he reunido para explicaros algo que muchos ya sabréis a estas horas: la isla ha sido puesta en cuarentena debido a la extraña enfermedad que ha afectado a muchas personas del pueblo. Voy a darle la palabra al señor Cox, que es el enviado del CDC para gestionar esta emergencia. Él les explicará qué está sucediendo y qué medidas debemos tomar a partir de ahora.

El alcalde retrocedió y dejó paso libre al hombre que le acompañaba. Las miradas de todos los presentes convergieron en él. Era un hombre alto, de unos treinta años, vestido con un impecable traje de color negro. Su rostro, aunque atractivo, producía cierta incomodidad. Tenía las facciones muy marcadas, como si hubieran sido esculpidas con un cincel, y unos ojos claros y

fríos. No sonrió al acercarse al micrófono. Se limitó a observar a la multitud allí congregada como si fueran insectos que le molestasen.

—Buenos días. Soy el agente Cox, responsable enviado por el CDC para la gestión de la crisis que ahora mismo se está viviendo en esta isla. Anoche calificamos la enfermedad que están sufriendo algunos miembros de su comunidad como epidemia y procedimos a poner la isla en cuarentena. Esto significa que nadie podrá entrar ni salir de la isla hasta que la enfermedad haya sido controlada. Los puentes, el puerto y el aeropuerto han pasado a estar bajo vigilancia militar. Cualquier persona que intente salir de la isla por cualquier medio será inmediatamente detenida.

El agente Cox se quedó en silencio durante unos segundos, como si estuviera dando tiempo a los habitantes de Manteo para procesar la información. Al sintió que el alma se le caía a los pies. Había esperado poder convencer a aquella gente de que, al llevar muy poco tiempo en la isla, había muy pocas probabilidades de que se hubiera contagiado y que podían dejarle salir, pero no parecía que aquel tipo fuera a escuchar sus argumentos.

—A continuación voy a dar una serie de recomendaciones que deben seguir durante el periodo de cuarentena —prosiguió el hombre—. Aún no sabemos el modo de propagación de la enfermedad, así que deben limitar el contacto personal al máximo y extremar las medidas de higiene. Lo más seguro para ustedes es mantenerse dentro de sus casas y evitar el contacto y las aglomeraciones.

Al pensó que aquella advertencia llegaba tarde. Deberían haber pensado aquello antes de permitir que cientos de personas se reunieran frente al ayuntamiento para escuchar sus explicaciones. Vio como Eli negaba con la cabeza y musitaba la palabra “Tonterías”. Parecía que ella tenía muy claro que aquella enfermedad, fuera lo que fuera, no se transmitía como pensaba la gente del CDC.

—Les pedimos también que no hagan acopio de víveres. Los supermercados de la zona están bien surtidos y, en caso de que la cuarentena se alargue, el ejército se encargará de permitir el paso de suministros de forma segura.

Aquellas palabras consiguieron justo el efecto contrario. Varias personas se separaron del grupo disimuladamente y empezaron a caminar calle abajo. Al supuso que iban camino del supermercado más cercano.

—Por último, les indico que el hospital está saturado, por lo que hemos

procedido a ocupar los edificios de las escuelas municipales. Ahora mismo estamos equipándolos para que los nuevos pacientes puedan ser atendidos allí. En caso de que algún familiar o amigo enferme, intenten no tocarlo y llamen a los servicios de emergencia para que pasen a recogerlo. Les mantendremos informados de cualquier novedad a través de la emisora de televisión local.

El hombre se separó del micrófono y se giró para volver a entrar en el ayuntamiento seguido por el alcalde. La gente empezó a protestar y a preguntar a gritos, pero el agente del CDC no se volvió ni una sola vez. Cuando las puertas se cerraron a sus espaldas, dos policías, cada uno de ellos con un fusil en las manos, se colocaron frente a la entrada y le ordenaron a la gente que regresara a sus casas.

Al encendió un nuevo cigarrillo y le dio un par de caladas mientras reflexionaba sobre su situación. Iba a ser imposible salir de la isla a saber por cuánto tiempo, así que sus únicas posibilidades de supervivencia pasaban por llevarse bien con Eli y su grupito. No iba a ser fácil. Ella le había dejado muy claro que le odiaba y con Eric tampoco hacía buenas migas, sobre todo después de haberse quedado con su coche. Su única esperanza era que Debbie, que era la dueña de la casa en la que se alojaban, se apiadara de él.

Se acercó al grupo, que seguía contemplando la entrada del ayuntamiento como si aún esperaran que alguien saliera a darles más explicaciones. Se colocó junto a ellos con naturalidad, fingiendo que no tenía ninguna duda sobre si era aceptado o no.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó mirando directamente a Debbie.

—¿Cómo que “vamos”? —intervino Eric cortante—. Tú no estás en este equipo. Búscate la vida.

Al tuvo que contener la risa. Eric había pronunciado aquellas palabras en un tono de voz tan bajo que había tenido que esforzarse para oírlo. Se notaba que aquel chaval no estaba acostumbrado a imponer su voluntad, así que no tenía que preocuparse por él. Continuó con la mirada fija en Debbie mientras le dirigía una de sus mejores sonrisas.

—No podéis dejarme en la calle. Ya habéis oído a ese tipo. Ni siquiera sé cuánto tiempo voy a tener que pasar en esta isla y no tengo ni cincuenta dólares en el bolsillo.

—Ese es tu problema —contestó Eric en un tono un poco más firme—. ¿Verdad, Eloise?

Ella se giró hacia el muchacho y le puso una mano en el hombro para

tranquilizarle. Después se encaró con Al y le habló con gesto serio.

—Vamos a casa. Tenemos que discutir esto en privado.

La siguieron en silencio durante todo el camino hasta Ananias Dare Street. Cuando llegaron al jardín, Eli se giró hacia Debbie y Eric, que caminaban justo un par de pasos por detrás de ella.

—¿Podríais esperar aquí mientras Al y yo hablamos a solas? Serán cinco minutos.

Debbie asintió, le tendió a Eli las llaves de la casa y después agarró a Eric para llevárselo a la parte más alejada del jardín. Al siguió a Eli al interior de la casa mientras se planteaba si realmente le merecía la pena enfrentarse a ella para tener un sitio donde dormir. En aquel momento, habría preferido estar en cualquier otro lugar del mundo y los asientos del Impala le parecían más cómodos cuanto más pensaba en ello.

Cuando entró en la casa, Eli se dirigió a la cocina y se colocó detrás de la encimera, como si se sintiera más cómoda colocando un muro entre ellos. Él se acercó, apoyó los codos y se quedó mirándola, esperando que fuera ella la que abriera fuego.

—Te ofrezco mil dólares por el coche de Eric —dijo ella sin mostrar ninguna emoción en la voz.

—Sabes que eso es un robo. Ese coche vale mucho más.

—¿Ahora quieres ponerte a regatear? —preguntó mirándole con odio.

—No. Simplemente no voy a dejarme timar.

—No tienes más opción que aceptar ese dinero. Con él, podrás irte a un hotel hasta que todo esto termine.

—Te equivocas —contestó él con una sonrisa de suficiencia en la cara—. Estoy seguro de que puedo convencer a Debbie de que me deje quedarme aquí.

Ella soltó un resoplido airado y fue hasta la nevera. Sacó dos botellines de cerveza y los puso sobre la encimera. Al se dio cuenta de que estaba intentando contener su mal genio y mostrarse más amistosa. Tuvo que contener una sonrisa. Aquello no iba a funcionar. La conocía demasiado bien. Aun así, aceptó la cerveza, la abrió y la alzó a modo de brindis. Después de dar el primer trago, buscó su paquete de tabaco en el bolsillo y encendió un cigarrillo.

—¿Me das uno? —dijo ella mirando fijamente el paquete de tabaco.

Él asintió y le pasó un cigarrillo. Después, encendió su mechero y se lo acercó. Se dio cuenta de que la mano le temblaba. Tenerla tan cerca le estaba

poniendo muy nervioso. Ella le sujetó la mano poniendo un par de dedos sobre su piel. Le pareció sentir una corriente eléctrica que recorría su cuerpo. ¿Cómo era posible que, después de tanto tiempo, siguiera sintiéndose de aquella manera? Levantó la mirada para encontrarse con sus ojos, pero ella se separó y giró la cabeza hacia un lado antes de seguir hablando.

—Sabes que lo que tuviste que hacer no vale tanto. No creo que fuera tan desagradable tener que darme un beso como para querer cobrar más de mil dólares por ello —comentó molesta.

—¿Qué sabrás tú si me costó o no? —contestó él enfadado—. ¿Qué sabrás tú de lo que me está doliendo todo esto?

—No creo que tanto como intentas hacerme creer —dijo Eli desafiante.

—¿Qué quieres decir con eso?

Eli esbozó una sonrisa sarcástica mientras trataba de seguir esquivándole la mirada. Él se concentró en sus ojos brillantes. Estaba conteniendo las lágrimas. Por mucho que intentase fingir que todo aquello no le importaba, le estaba doliendo tanto como a él.

—Eric me ha contado cómo te encontraron... En un bar de mala muerte metiéndole mano a una rubia. —Cada una de sus palabras destilaba furia y asco.

—¿Y qué quieres decir con eso? ¿Qué pretendías? ¿Que te guardara la ausencia? ¿Que siguiera llorando por ti por los rincones? Ni que tú no te hubieras enrollado con nadie en todos estos años...

Eli se quedó mirándole con tanto odio que Al se sintió como si acabaran de golpearle. Ella negó con la cabeza, aplastó el cigarrillo con rabia contra el cenicero y salió de detrás de la encimera para marcharse.

—Dos mil dólares —le dijo con la voz entrecortada—. Es mi última oferta. Acéptala y lárgate. No quiero volver a verte.

No supo por qué reaccionó así, pero, de repente, le cortó el paso a Eli y la aprisionó contra una pared, colocando un brazo a cada lado de su cuerpo. Ella levantó la cabeza y le miró desafiante, pero él, en lugar de asustarse, cerró los ojos y posó su frente contra la de ella.

—Sí, es cierto que me he acostado con cientos de tías desde que nos separamos, pero en los ojos de todas ellas te buscaba a ti —susurró.

—Sí querías encontrar mis ojos, sabías bien dónde buscarlos: en Liberty Street, en el puto Swanton —contestó ella furiosa—. Yo no tuve que buscar tus ojos. Sabía que no podría encontrarlos en nadie más.

Al bajó los brazos y se echó hacia atrás un par de pasos para dejar que ella se marchara. Se sentía estúpido y ridículo. No sabía por qué había pronunciado aquellas palabras, por qué había tratado de disculparse, pero, de repente, había sentido la urgente necesidad de explicarse, de demostrarle lo mucho que le importaba... Aquello no tenía sentido. Seguir a su lado solo podía traerle más dolor. Se sintió tan herido en su orgullo que tuvo que contraatacar.

—No eres la única a la que Eric le ha contado cosas. Anoche me estuvo hablando de ese sheriff al que mataste. Sigues jugando con las vidas humanas a tu antojo, creyéndote por encima del bien y del mal... ¿Tan extraño te parece que me haya pasado media vida intentando alejarme de una asesina?

Eli se volvió hacia él, le puso una mano en el pecho y le empujó contra la pared. Acercó su cara y le miró con tanto odio que Al sintió miedo de ella por primera vez en su vida.

—No entiendes nada, estúpido. Nunca has entendido nada. Decías que me veías, que me comprendías, que te gustaba tal y como era, pero nunca quisiste ver dentro de mí. —Ella apartó la mano de su pecho, se echó un paso hacia atrás y se irguió, orgullosa. A pesar de que ya nada le retenía, Al continuó apoyado en la pared sin atreverse a hacer ningún movimiento, hipnotizado por su presencia—. Soy una bruja, una hechicera poderosa. No era una afición, un entretenimiento o un trabajo. Es lo que soy. Mi legado, mi herencia y mi orgullo, pero también mi responsabilidad. Tengo el poder de salvar a la gente, de detener el mal en el mundo y eso implica a veces hacer cosas que no quiero, cosas que duelen, que harán que me sienta culpable y que me recuerde la conciencia... Cosas que me han hecho perder lo que más quería en el mundo. Pero tú no puedes entenderlo, porque nunca te ha importado nada más que tú y tu felicidad.

—Eso no es cierto —protestó él.

—Sí. Sí es cierto. Estuviste conmigo mientras podías verme como una chica alegre y cariñosa que te hacía feliz. Cuando la cosa se complicó, saliste corriendo como un cobarde. —La voz de Eli se tiñó de dolor, de lágrimas contenidas—. Ahora es muy tarde para que vuelvas diciendo que te has pasado todos estos años pensando en mí y que has estado buscando mis ojos en otras mujeres. Es muy tarde para que vengas a decirme que sigues pensando que soy una asesina y que yo me sienta culpable por la vida que he llevado desde entonces. Ya no puedes hacer que me arrepienta, que te pida perdón entre

lágrimas, que te jure que no volveré a hacerlo y renuncie a ser lo que soy. Aquella chica que habría renunciado a todo por ti se murió en la puerta de aquel hospital de Maine. Tú la mataste. La mujer que tienes ahora enfrente ya no quiere saber nada de ti.

—Pues para no querer nada de mí, me sigues mirando igual que lo hacías antes.

Consiguió fingir una sonrisa mientras decía aquellas palabras. Lo que ella le había dicho le había dolido de verdad, pero no pensaba permitir que se diera cuenta. Se sorprendió cuando la rabia desapareció de los ojos de Eli. Ella negó con la cabeza mientras dejaba salir una carcajada.

—Sigues siendo el mismo chulo insoportable de siempre. —Volvió a reírse —. En serio, Al, coge el dinero y márchate.

—No lo voy a hacer —contestó él con voz firme.

—¿Pero por qué?

—Porque dices que no tengo razón, que llevé años juzgándote mal, que hay una explicación para lo que pasó en Maine de la que no quieres hablarme... No sé... Si el destino ha querido encerrarnos juntos en esta puta isla, quizá sea por algo, así que me voy a quedar con vosotros y voy a ayudaros a descubrir qué demonios está pasando.

—¿Ahora crees en el destino? Haz lo que te dé la gana, Al —dijo ella dirigiéndose hacia la puerta—. Como siempre.

Salió de casa dando un portazo. En cuanto se quedó solo, las dudas invadieron su mente. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Por qué no cogía el dinero que ella le ofrecía y salía corriendo? Todos los argumentos que pasaban por su cabeza le decían que se separase de ella, que se apartase cuanto antes y se alejase de su vida, pero las palabras que ella le había dicho le habían dolido de verdad. Todas sus convicciones, tan firmes durante todo aquel tiempo, se tambaleaban. Durante años, ella había sido la bruja maligna, la asesina sin conciencia y él la pobre víctima, el que había tenido que sufrir y sacrificarse por seguir la senda correcta... Durante mucho tiempo, él lo había tenido todo claro y, sin embargo, ella acababa de crearle mil dudas con solo unas frases. No podía marcharse después de aquello. Se quedaría hasta descubrir si de verdad había una explicación para todo lo que había sucedido y, cuando comprobara que Eli estaba tan loca y era tan dañina como él creía, podría volver a marcharse con la conciencia tranquila.

Cogió su paquete de tabaco y lo miró mientras una sonrisa irónica se abría

paso en su cara. Se estaba engañando a sí mismo, al igual que lo hacía cualquier exfumador cuando pensaba que no pasaría nada por fumarse un único cigarrillo. Eli era como una droga y, en cuanto había vuelto a probarla, se había quedado enganchado de nuevo. Sabía que era mala para él, que era venenosa y nociva, pero se mentía a sí mismo diciéndose que podría dejarla cuando quisiera e inventándose argumentos estúpidos para quedarse a su lado un poco más. La única forma de sacarla de su vida era dejarla de golpe, alejarse y no mirar atrás, como había hecho la última vez. Sin embargo, en la situación en la que se encontraba, aquello era imposible. Mientras estuviera cerca, volvería a ella una y otra vez. Lo mejor que podía hacer era ayudarles a solucionar lo que estaba pasando en la isla cuanto antes para que se levantara la cuarentena. Cuando eso sucediera, podría volver a huir y alejarse de Eli. Esperaba que, para cuando llegara ese momento, no se hubiera vuelto demasiado adicto a ella.



Capítulo 6

Salí de casa con la cabeza alta, tratando de conservar mi dignidad y que aquello no pareciese lo que era en realidad: una huida. Cada segundo que pasaba con Al tenía que librar una batalla entre mis ganas de arrearle un tortazo y las de lanzarme a besarle. Sabía que cualquiera de aquellas respuestas solo habría empeorado el ambiente entre los dos, así que no había tenido más remedio que marcharme.

Di una vuelta a la casa hasta encontrar a Eric y Debbie, que esperaban sentados en un banco al lado de un pequeño huerto. Me senté al lado de Eric y, durante unos segundos, no dije nada. Me limité a mirar las matas de tomates como si esperase que fueran a florecer ante mis ojos.

—¿Estás bien? —preguntó Eric cuando no fue capaz de seguir soportando el incómodo silencio.

—No. ¿Tienes un cigarrillo?

—Sí, claro —respondió mientras me tendía su paquete—. Pensaba que solo fumabas en pipa y que no te gustaban los cigarrillos.

—Así es. —Lo encendí y señalé la casa—. Pero Al me saca de quicio. Si no consigo controlarme, acabaré cometiendo una barbaridad.

—¿Le has echado?

—No. Se queda. —La cara de sorpresa de Eric me obligó a darle una explicación—. No va a poder marcharse de la isla hasta que acabemos con este problema y es mejor tenerlo de nuestro lado que revoloteando a nuestro alrededor. Sabe de estas cosas y es un buen investigador. Nos vendrá bien su ayuda.

Eric agachó la cabeza y la movió de lado a lado. No estaba nada convencido de mi decisión, pero me respetaba demasiado como para contradecirme. Debbie, por el contrario, parecía encantada con la idea.

—¿Entonces podemos ir dentro a decidir qué vamos a hacer? —preguntó con una sonrisa iluminando su cara.

—Sí, por supuesto. Vamos.

Nos levantamos y rodeamos la casa hasta llegar a la puerta delantera.

Debbie y Eric entraron, pero yo me quedé dando varias caladas rápidas al cigarrillo hasta terminarlo. No sirvió de nada. Seguía sintiéndome tan nerviosa que las piernas me temblaban, como si todo mi cuerpo estuviera siendo recorrido por una potente corriente eléctrica.

Nos dirigimos a la cocina. Él seguía allí, bebiéndose la cerveza con tanta tranquilidad como si estuviera en su casa. Eric y yo pasamos a su lado sin saludarle siquiera y nos sentamos a la mesa.

—Ven con nosotros, Al —le invitó Debbie—. Vamos a discutir qué hacer para arreglar todo esto.

Él le dedicó una de sus encantadoras medias sonrisas, recogió su cerveza y se sentó frente a mí, con Debbie a su lado. Miré a Eric de reojo y vi que había entrelazado sus dedos con tanta fuerza como para que los nudillos se le pusieran blancos. A él tampoco le hacía ninguna gracia que aquellos dos se llevaran tan bien. Decidí olvidarme de todo aquello y centrarme en el problema que teníamos ante nosotros.

—Bueno... Como os he dicho antes, no tengo muy claras las imágenes del tiempo que pasé en trance, pero intentaré contaros todo lo que recuerdo por si nos puede ser de utilidad. —Esperé hasta que todos asintieron—. En mi viaje, me vi trasladada a un bosque que parecía muy antiguo. Era enorme y no podía salir de allí. ¿Hay algún bosque en esta isla tan grande como para perderse, Debbie?

—Hay un bosque muy grande al norte de la isla, pero es imposible perderse allí —respondió ella—. Lo recorren cientos de turistas al día y dentro puedes ver el jardín botánico, el centro de visitantes de Fort Raleigh, el teatro de la colonia perdida... Está lleno de estatuas, de senderos bien señalizados, de carteles informativos...

—No. No había nada de eso.

—Quizá no estabas en esta isla —apuntó Eric.

—Sí. Seguía en Roanoke. Lo sé porque, cuando Al me llamó, no tuve que cruzar ninguna extensión de agua para volver.

—Hablando de eso... —intervino Al—. Todavía no me has dado las gracias.

—Me besaste a cambio de dinero —le corté—. Eso está más cerca de la prostitución que de un favor y, que yo sepa, a los prostitutas no hay que darles las gracias. ¿Puedo seguir?

Él se rió entre dientes y asintió con la cabeza. Me fastidió que le hiciera

gracia mi comentario, pero decidí ignorarle y seguir hablando. Si empezábamos a discutir, no acabaríamos nunca.

—Como decía, estaba en esta isla, pero creo que en ese plano el bosque no era tal y como es ahora mismo, sino como debió de ser originalmente. — Esperé a que todos asintieran antes de seguir explicándome—. Estaba lleno de sombras. Eran personas, pero no podía distinguir sus rasgos. Cada vez había más. Al principio estaban asustadas y confusas, pero, cuando pasaba algo de tiempo, se dirigían a un claro en el que yo no podía entrar.

—¿Y qué hacían allí? —preguntó Debbie.

—No estoy segura. Llamaban a alguien, pero no sé a quién. Lo único que sé es que tenía la sensación de que era una pésima idea que hicieran esa llamada y que debía detenerles.

Me quedé en silencio para darles la oportunidad de añadir algo, pero me miraron con cara de confusión, como si esperaran que yo les explicase lo que significaba lo que había visto.

—Recuerdo otra cosa: las sombras se iban volviendo más densas cuanto más tiempo pasaban allí. Seguía sin distinguir sus rasgos, pero parecían más humanas, más físicas...

—¿Y qué crees que quiere decir eso? —preguntó Eric al ver que yo callaba de nuevo.

—Ni idea —confesé con la mirada perdida mientras intentaba encontrar alguna explicación lógica a todo aquello.

—Así que has estado a punto de matarte de nuevo para nada —dijo Al—. Muy típico de ti.

—No ha sido para nada —contesté luchando para que no se notara en mi voz lo mucho que me sacaba de quicio cada comentario suyo—. Ahora mismo no podemos entenderlo, pero estoy segura de que nos será de utilidad cuando tengamos más datos.

—Muy bien. ¿Y de dónde vamos a sacarlos? —preguntó Al—. No creo que ese tío del CDC esté dispuesto a compartir mucha información con nosotros.

—No, pero yo tengo una hermana que trabaja en el hospital —dijo Debbie entusiasmada—. Estoy segura de que puedo conseguir que nos cuente cómo están las cosas allí.

—Vale. Te llevo —se ofreció Al.

—Venga. Vamos todos —dijo Eric, levantándose de la silla.

—No podemos ir todos juntos en plan excursión escolar. —Al también se

levantó, apuró la cerveza y recogió su chaqueta—. Llamáramos demasiado la atención. Iremos Debbie y yo solos.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer nosotros? —preguntó Eric molesto—. ¿Esperar el regreso de los guerreros?

—Podéis ir a comprar víveres —respondió Al—. Estoy seguro de que, por mucho que haya dicho Cox, la gente se va a volver loca y pronto no quedará nada en los supermercados... y los guerreros querremos comer cuando volvamos.

Le guiñó un ojo, burlón, y salió de la casa. Debbie fue un momento a la habitación de su hermana y regresó un par de minutos después llevando una mochila.

—Le llevo algo de ropa a Keira. Así tendremos una excusa para entrar al hospital —explicó antes de darle a su novio un rápido beso de despedida—. Enseguida volvemos.

Cuando Debbie salió de casa, Eric apoyó los codos en la mesa, ocultó la cara entre las manos y soltó un rugido de furia. Le puse una mano en el hombro para que se tranquilizara.

—¿Qué pasa, Eric?

—Odio a ese tío —respondió tras descubrirse la cara—. Me está robando la novia delante de las narices.

—No seas tonto —dije riendo—. Debbie es demasiado lista como para que le guste alguien como Al.

—Tú eres la persona más inteligente que conozco y estabas enamoradísima de él.

Se levantó enfadado y se fue al jardín. Vi por la ventana cómo se apoyaba en la pared y sacaba un cigarrillo mientras miraba como Al se montaba en su Impala y se marchaba con su novia. Me di cuenta de que a mí también me molestaba que Al y Debbie se llevaran tan bien, pero deseché la idea. No había ninguna razón en el mundo para que me sintiera celosa de un tío con el que no quería absolutamente nada. Seguramente lo que me molestaba era que Debbie le apoyase en lugar de unirse a Eric y a mí en nuestra particular cruzada contra el enemigo.

Cuando el coche arrancó y dejé de oír el ruido de su motor, me levanté y salí al jardín para encontrarme con Eric. Sabía que Al tenía razón: era muy posible que la gente empezara a ponerse nerviosa, así que sería mejor que estuviéramos preparados para el tiempo que tuviéramos que pasar encerrados

en la isla.

Cuando llegamos al supermercado, nos quedamos paralizados durante unos segundos. La gente se comportaba como si hubiera llegado el día del Apocalipsis. Había familias enteras metiendo bolsas y bolsas de comida en el maletero de sus coches, carros de la compra tirados en medio del aparcamiento, personas corriendo de un lado a otro... Eric se acercó más a mí y me agarró del brazo. No supe distinguir si trataba de protegerme o de sentirse más seguro.

—¿De verdad vamos a entrar ahí? —preguntó en un susurro.

—No nos queda más remedio —contesté—. Habrá que dar de comer a los guerreros cuando lleguen.

Empecé a cruzar el aparcamiento con paso decidido. Me detuve un momento a recoger un carro vacío, que estaba volcado sobre un costado. Eric me ayudó a levantarlo y después se colocó a mi lado. Me dirigí a la puerta del supermercado con paso firme, la cabeza alta y una mirada que parecía atravesar a cualquiera que se pusiera en mi camino, como si no pudiera verle. Llevaba toda la vida ensayando una apariencia de seguridad que estaba muy lejos de sentir y había llegado a perfeccionarla hasta el punto de causar miedo y hacer que la gente se apartara a mi paso. Esperaba que aquella habilidad también funcionara con gente al borde del ataque de histeria.

El ambiente dentro del supermercado era aún peor. Había un par de mujeres con bebés en brazos peleándose por el último paquete de pañales. Un chico pasó corriendo a nuestro lado con los brazos llenos de botes de conservas, sin detenerse en la caja para pagar. La cajera no estaba en condiciones de decirle nada. La pobre mujer, al borde de las lágrimas, le gritaba a la gente que guardase cola y que esperasen su turno, pero todo el mundo gritaba y se empujaba.

—Joder... Esto es el infierno —susurró Eric a mi lado.

—No. Todavía no. Se pondrá peor si la cuarentena dura mucho y la gente sigue enfermando —dije mientras paseaba la mirada por las estanterías casi vacías—. Vamos, pillá lo que puedas y salgamos de aquí cuanto antes.

Eric encontró una cesta tirada junto a la entrada. Le faltaba una rueda y estaba rajada en un lateral, pero serviría para poder llevar más mercancía. Le vi internarse por un pasillo, esquivando a la gente que se abalanzaba sobre lo que quedaba en las baldas o se peleaba por unos miserables yogures. Pensé en

seguirle por si se metía en líos, pero decidí no hacerlo. Conseguiríamos más cosas yendo por separado.

Unos pasos más adelante, divisé a un hombre que luchaba a brazo partido con una mujer por un paquete de cereales. Ella gritaba desesperada mientras, a sus pies, un crío de dos o tres años lloraba aterrado. Pensé en intervenir para defenderla, pero el hombre tenía tal cara de loco que daba miedo. Consideré que era mucho más seguro y productivo robarle el carro de la compra que él había dejado aparcado al principio del pasillo antes de lanzarse como un energúmeno sobre aquella pobre mujer. Me alejé a paso rápido mientras observaba el contenido de mi botín: botellas de leche, paquetes de café, un par de packs de cerveza y un montón de latas de carne en conserva. Era una compra fantástica. Casi parecía que aquel hombre hubiera elegido aquella mercancía para mí.

Me acerqué a la caja para marcharme de allí antes de que aquel tipo dejara de pelearse y se diera cuenta de que le había robado. Además, la situación en el supermercado era cada vez peor. Me crucé con una anciana tirada en el suelo, tratando de agarrarse a una estantería para ponerse de nuevo de pie. Me detuve un momento y la ayudé a levantarse. Mientras me agachaba para recoger su cachava y devolvérsela, la mujer metió la mano en mi carro y se llevó un paquete de café antes de salir cojeando por el pasillo a una velocidad que nunca le habría imaginado. Pensé en ir tras ella, pero cada vez se escuchaban más gritos, lloros, golpes y ruidos de cristales rotos. Aquello se estaba convirtiendo en un manicomio. Teníamos que salir de allí cuanto antes.

Vi pasar a Eric corriendo con su cesta por un pasillo perpendicular al mío y le llamé. Él frenó en seco y corrió hacia mí.

—¿Qué has conseguido? —pregunté cuando llegó a mi lado.

—Unos cuantos paquetes de perritos calientes, pan de molde y chocolate.

—Al te va a adorar —dije mientras me ponía en marcha—. Esa es la base de su alimentación. Vámonos de aquí.

Corrimos hacia la zona de cajas. A través de los cristales, pude ver un coche de policía que entraba derrapando en el aparcamiento con las luces encendidas. No vi ninguna cajera. Supuse que, al comprender que la situación escapaba a su control, se habría encerrado en la oficina para llamar a la policía. Escuché un grito a mi espalda y, al girarme, vi al hombre al que le había robado el carro. Se lanzaba a por nosotros como un toro embravecido. Eché a correr hacia los policías, que ya se bajaban del coche, esperando que

Eric pudiera seguirme.

La pareja de policías se había quedado parada al lado del coche, mirando como el infierno de Dante acababa de materializarse en un supermercado de Carolina del Norte. Cuando llegué a su lado, puse cara de estar terriblemente asustada y al borde de las lágrimas.

—Ese hombre está loco —dije agarrándome al brazo de uno de ellos como una damisela desvalida—. Ha intentado agredirnos.

El policía observó mi cara durante un par de segundos antes de desviar la mirada hacia el tipo que nos perseguía. Yo también miré hacia atrás y tuve que reconocer que el hombre daba miedo. Su cara estaba totalmente roja, tenía los ojos desorbitados y, más que gritar, rugía como un animal. El policía le hizo un gesto a su compañero, me empujó suavemente para ponerme a su espalda y sacó la pistola.

—No se preocupen. Nosotros nos encargamos.

No hizo falta que nos lo repitiera. Les dejamos gritándole al hombre que se detuviera y pusiera las manos en la nuca y salimos a la carrera del aparcamiento. No tenía ganas de quedarme a comprobar si aquel tipo entraba en razón o si tenían que acabar friéndolo a tiros. Me habría sentido muy culpable por ello.

—¿Qué le pasaba a ese tío? —preguntó Eric mientras arrastraba su traqueteante cesta.

—Que le he robado el carro —contesté sin el más mínimo asomo de arrepentimiento en la voz.

—¿Estás loca? Parecía que quería matarte...

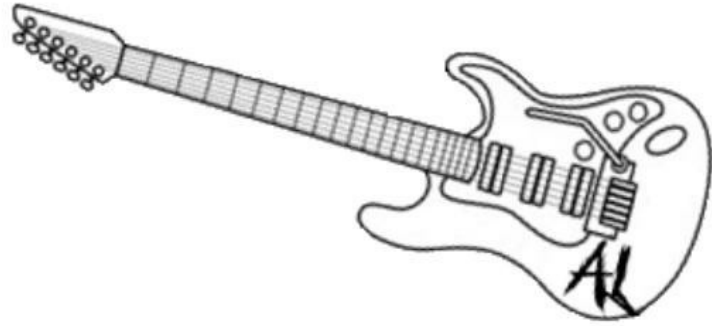
—Lo sé, pero era mejor robar un carro entero que ir pegándome por cada bote que quisiera coger —dije tras encogerme de hombros.

Nos detuvimos al escuchar el estruendo de un cristal al estallar. Distinguimos al final de la calle a un par de chicos que acababan de destrozar el escaparate de una tienda de electrodomésticos. Tras apartar los cristales, entraron en el escaparate y agarraron el televisor más grande que había antes de salir corriendo calle abajo.

—Nunca he entendido esto —comenté—. Da igual si llega un tornado, un terremoto o si hay una guerra civil. Siempre hay gente a la que le parece que es el mejor momento para cambiar de televisor.

—Es lógico. Si llega el fin del mundo, es mejor verlo en HD —bromeó Eric—. Vámonos. Esto se va a poner aún peor.

Escuchamos el sonido de las sirenas de más coches de policía. Por una calle perpendicular, vimos pasar un camión de bomberos rumbo a una nube gris y espesa de procedencia desconocida. Por todos lados se veía pasar a gente corriendo y se escuchaban gritos lejanos y más ruidos de cristales rotos. Incluso pudimos oír el sonido de varios disparos. Eric asintió, levantó su cesta, la metió dentro del carro y me apartó para empujarlo. Corrimos de vuelta hacia Ananias Dare Street. Durante todo el camino hasta llegar a casa no pude dejar de preguntarme si Al y Debbie estarían bien.



Capítulo 7

Aparcaron sin problema frente a la puerta del hospital. A pesar de que, según había dicho el agente Cox, el centro estaba saturado, no había muchos coches en el aparcamiento. Al supuso que, al estar los enfermos en cuarentena, las visitas no estarían permitidas, por lo que era una estupidez quedarse. A pesar de ello, había gente que insistía en pasarse horas allí, como los padres de Debbie, por si había una posibilidad, por pequeña que fuese, de que les dejaran entrar unos minutos a ver a su hija.

Se bajó del coche y esperó a que Debbie lo rodeara y se pusiera a su lado. Después, subieron las escaleras hasta llegar a la entrada, que estaba vigilada por dos agentes de la policía. Siguió caminando, como si no los hubiera visto, pensando que la mejor manera de que le dejaran entrar era comportarse como si tuviera todo el derecho a estar allí. Sin embargo, no funcionó. Uno de los policías se puso en su camino y colocó una mano sobre su pecho para hacer que se detuviera.

—No se puede pasar —dijo el agente con tono autoritario—. Si traen ustedes a algún enfermo, deben llevarlo a las escuelas municipales.

—No traemos a ningún enfermo —intervino Debbie acercándose al policía con una sonrisa en la cara—. Mi hermana trabaja aquí como enfermera. Le traemos algo de ropa para que pueda cambiarse.

—¿Cuál es el nombre de su hermana?

—Keira. Keira Sherman —contestó Debbie.

—¿Y él quién es? —preguntó el policía, aún con la mano sobre el pecho de Al.

—Esto... Es mi padre.

—Un momento. Voy a avisar a su hermana para que salga. Esperen aquí.

El policía entró en el edificio, mientras su compañero custodiaba la entrada con cara de pocos amigos. Al bajó las escaleras y se alejó unos pasos antes de encender un cigarrillo. Debbie le siguió y se colocó a su lado.

—Una cosita te voy a decir, guapa —comentó Al tras dar la primera calada—. La próxima vez que me presentes como tu padre, te dejo tirada.

—No te pongas así. ¿Qué otra cosa iba a decir?

—Pues que soy tu hermano mayor o tu novio... Lo que sea menos tu padre.

—No te piques —respondió ella burlona—. Si fueras mi padre, tendría el padre más guapo de toda la isla.

—Tú sigue jugando y al final volverás a casa andando —refunfuñó él.

Escucharon unos pasos a su espalda y vieron que Keira se acercaba corriendo a ellos. La chica se lanzó a los brazos de Debbie y la apretó con fuerza.

—¿Qué te pasa? —preguntó Debbie riendo—. Ni que lleváramos meses sin vernos...

—Nada... Es que lo de ahí dentro es un infierno. Hago turnos de veinte horas y casi no duermo. Estoy agotada. —Keira la soltó y le dedicó una sonrisa que a Al le pareció totalmente fingida—. Me han dicho que has venido a traerme ropa, pero no hacía falta. Mamá me trae ropa y comida todos los días.

—Ya, pero necesitábamos una excusa para verte. —Debbie se giró para señalar a Al—. Creo que ya os conocéis. Este es Aleister McNeal, un amigo. Ella es mi hermana Keira.

—Encantada —dijo Keira estrechando su mano.

—Puedes llamarme Al —respondió él, contento al ver por la mirada coqueta de la chica que ella no consideraba que pudiese ser su padre—. Sé que todo esto te va a sonar extraño, pero estamos investigando qué sucede en la isla y necesitamos toda la información que puedas darnos sobre el estado de los pacientes.

—Sí, eso es —intervino Debbie—. ¿Cómo están? ¿Cómo está Samantha? ¿Ha empeorado?

—Siguen igual. No ha habido ningún cambio.

Mientras contestaba, Keira se inclinó hacia Debbie para recoger la mochila que esta le tendía. A Al le pareció que trataba de esquivar su mirada y que la voz le había temblado un poco.

—¿Habría alguna posibilidad de ver a alguno de los enfermos? —preguntó.

—No. Es imposible. Las directrices del CDC son muy estrictas y solo permiten el paso del personal sanitario —contestó ella con la vista fija en el suelo—. Siento muchísimo no poder ayudaros.

Keira se giró para regresar al hospital, pero Al la cogió del brazo para retenerla. Sabía que estaba ocultándoles algo y, además, necesitaba conseguir

algún dato para llevarles a Eric y Eloise y que no empezaran a cuestionarse si les era de alguna utilidad mantenerle con ellos.

—Keira, disculpa... Sé que acabamos de conocernos y que no tienes ninguna razón para fiarte de mí, pero puedo ayudaros a resolver esto. Necesito que colabores con nosotros.

—¿Acaso eres médico? —preguntó ella paseando la mirada entre el rostro de Al y el de Debbie.

—No, pero sabes tan bien como yo que lo que le está pasando a esa gente no tiene ninguna causa médica. —La chica le miró con sorpresa antes de volver a esquivar sus ojos—. No tenéis ni idea de lo que está pasando y no sabéis si vais a poder ayudar a esas personas. Dime la verdad. ¿Cómo están? ¿Han empeorado?

Keira se mantuvo en silencio unos segundos antes de levantar la mirada y quedarse observándole con los ojos entrecerrados, como si estuviera preguntándose hasta qué punto podía fiarse de él. Finalmente, negó con la cabeza antes de volver a hablar.

—Ya os he dicho que continúan igual. Están dormidos y no reaccionan. No puedo deciros nada más.

Supo que mentía, pero se dio cuenta de que lo más probable era que no quisiera decir nada más para no preocupar a Debbie por el estado de su hermana. Aún así, decidió atacar por otro flanco.

—¿No hay ningún dato que puedas darnos? Nos vendría muy bien saber el nombre de los pacientes actuales, junto a sus direcciones y fechas de ingreso. Eso podría ayudarnos a descubrir el origen del problema y su modo de propagación.

—Has dicho que no eres médico. ¿Eres epidemiólogo? —Al negó con la cabeza—. Entonces, ¿cómo vas a ayudarnos?

—No trabajo solo. Trabajo con una mujer llamada Eloise Carter.

—Sí, la conozco. Estuvo ingresada aquí. Pensábamos que podía tener la misma enfermedad que los demás, pero despertó y nos comentó que sufría episodios de catatonia. Es ella, ¿verdad?

—Sí, es ella. En realidad no sufre catatonia ni nada por el estilo. —Se quedó en silencio unos segundos, buscando la mejor manera de explicarle la situación a Keira—. Eloise tiene... capacidades especiales. Se quedó dormida al entrar en trance para intentar contactar con el espíritu de tu hermana.

Keira se quedó paralizada, mirándole con los ojos y la boca abiertos de

par en par. Cuando se recuperó de la impresión, soltó una risita nerviosa antes de girarse hacia su hermana.

—Debbie, ¿qué es esto? ¿Una broma? No tiene ninguna gracia.

—No es una broma. —Debbie se acercó a ella, le tomó las manos y se las apretó con fuerza—. Sé que no crees en estas cosas, pero acabas de admitir con tu silencio que no sabéis lo que le pasa a Sammy y a los otros pacientes. Aunque parezca una locura, deja que lo intentemos de otro modo. Ayúdanos, por favor.

—No voy a colaros ahí dentro —contestó ella apenada—. Me juego mi trabajo.

—¿Podrías al menos pasarnos los datos de los pacientes? —insistió Al.

—Está bien —respondió Keira tras reflexionar unos segundos—. Intentaré conseguir esos datos. Cuando los tenga, os los enviaré por *email*.

Keira volvió a abrazar a su hermana, se colgó la mochila al hombro y regresó al hospital. Se quedaron mirándola hasta que desapareció dentro del edificio.

—Sabes que miente, ¿verdad? —preguntó Al.

—Por supuesto —dijo Debbie—. Es mi hermana. La conozco y sé que no nos está diciendo la verdad sobre el estado de Samantha. ¿Qué podemos hacer?

—¿Te acuerdas del nombre de la mujer que nos ayudó a despertar a Eli? Ya sabes, la auxiliar de enfermería que me dijo que tenía que besarla.

—Sí. Se llama Tala.

—¿El apellido? —Al esperó hasta que Debbie negó con la cabeza—. Tendremos que averiguarlo. No puedo decirles a esos policías que soy su marido sin saber su nombre completo. Además, les resultaría sospechoso que preguntásemos por alguien más. Creo que será mejor volver en otro momento, cuando hayan cambiado el turno. Mientras tanto, si hablas con Keira, dile que trate de averiguar el apellido de esa mujer.

El ruido de varios disparos lejanos les hizo girarse. A lo lejos, a un par de calles de distancia, vieron elevarse una espesa columna de humo. Escucharon las sirenas de varios coches de policía y un camión de bomberos. Pocos segundos después, vieron a una pareja de enfermeros que salía corriendo del hospital para montarse en una ambulancia. Arrancaron a toda velocidad con las luces encendidas.

—Esto no me gusta nada —comentó Al mientras se dirigía al Impala—.

Parece que la gente ya está empezando a volverse loca. Volvamos a casa.

En cuanto Al aparcó, Debbie se bajó del coche. Abrió la puerta de la casa y, sin cerrar a su espalda, entró corriendo. Salió pocos segundos después y regresó al lado de Al con la angustia reflejada en su cara.

—Eric y Eloise no están —anunció.

—Tranquila. Llegarán enseguida —la tranquilizó él—. No tiene por qué haberles sucedido nada malo.

Le dirigió una sonrisa y, con paso seguro, se dirigió al porche para sentarse a fumar un cigarrillo con tanta tranquilidad como si el aire no estuviera saturado con el ulular de las sirenas y el humo de los incendios. Debbie frunció el ceño, pero se acercó a él y se sentó en la otra mecedora. A pesar de que trataba de parecer calmada, miraba fijamente a la acera mientras apretaba las manos para ocultar que le temblaban. Al le dio un par de palmadas amistosas en la espalda y le guiñó un ojo.

—En serio, no tienes que estar preocupada por ellos. Eric y Eli han pasado por cosas mucho peores que unos disturbios callejeros.

—¿Tú crees? No sé... Eloise sí parece fuerte, pero Eric...

—No eres su madre y no necesita que lo seas —dijo él echándose hacia delante en la mecedora con los codos apoyados en las rodillas para poder mirarla a la cara—. No le conozco mucho, pero, por lo que me estuvo contando anoche, ha superado cosas que habrían hecho enloquecer a la mayoría de la gente.

—¿Te refieres a todo eso de los fantasmas de sus amigos? —Debbie volvió a fruncir el ceño y negó con la cabeza—. A mí también me lo contó hace unos días y la verdad es que no sé qué creer... Es mi novio y confío en él, pero no puedo dejar de pensar que es una locura...

—¡Vaya, tenemos una escéptica en el grupo! Eso está muy bien, porque antes era mi papel, pero lo he dejado y se había quedado vacante.

—¿En serio tú te crees todas esas cosas? —preguntó ella.

—Cuando lo ves con tus propios ojos, ya no es cuestión de creer o no creer. Llegas un momento en que no te quedan más cojones que aceptarlo. —Al se encogió de hombros—. Estuve un montón de años viajando con Eli. Limpiamos casas encantadas, hicimos un montón de sesiones de ouija, practicamos exorcismos... Pasé la mayoría de ese tiempo buscando explicaciones racionales, luchando por ignorar las cosas que veía, pero,

cuando has visto fantasmas con tus propios ojos e incluso uno se te ha metido dentro, ya no puedes negarlo más. Al final, fue demasiado para mí y tuve que apartarme de ella.

Dejó de hablar y se quedó mirando las espesas nubes púrpuras que cubrían el cielo. La mano de Debbie en su rodilla le hizo reaccionar.

—Siento mucho lo que te pasó con Eloise.

Vio en sus ojos que era sincera, que estaba realmente preocupada por él. Fingió una media sonrisa para intentar quitarle importancia.

—Eso fue hace mucho tiempo. No te preocupes. Está superado.

—Mentira —dijo ella.

—¿Por qué dices eso? —preguntó él confuso— ¿Es que sabes lo que nos pasó?

—No. No tengo ni idea, pero sé que tú no lo has superado —contestó ella apretando su rodilla para transmitirle su apoyo—. Estoy aquí para lo que necesites.

Al se quedó mirando la mano que ella mantenía posada sobre su rodilla. Debbie parecía una chica muy abierta y cariñosa, pero aquella familiaridad era excesiva con alguien a quien conocía desde hacía un par de días. Levantó la cabeza y le lanzó una sonrisa nerviosa.

—Esto, Debbie... Espero que no te ofendas, pero... ¿no eres demasiado amable conmigo? —preguntó incómodo—. No me malinterpretes. Me pareces una chica muy guapa, pero no quiero más follones con Eric.

—Veo que tu fama de chulo se te queda pequeña. —dijo ella tras soltar una carcajada. Cuando vio que él fruncía el ceño, se apresuró a explicarse—. No me entiendas mal... También pienso que estás muy bueno...

—Ya, pero podría ser tu padre —la cortó él, haciéndose el ofendido.

—No, tonto, pero no tienes nada que hacer conmigo. Estoy coladísima por Eric —confesó.

—Entonces, ¿por qué eres tan amable conmigo? Te ofreces a acompañarme a todos los sitios, me hablas, me sonríes... Hasta me has esperado esta mañana para prepararme el desayuno. ¿No estarás intentando poner celoso a Eric?

—No, para nada. —Ella volvió a sonreírle mientras se encogía de hombros—. Simplemente me dio la impresión de que necesitabas un aliado en el grupo. No sé lo que hiciste en el pasado, pero creo que están siendo muy injustos contigo. Y, además, quiero ver si Eloise se pone celosa.

—¿Y por qué quieres hacer eso?

—Para ver si reacciona —confesó ella con un brillo travieso en los ojos—. Va de digna y de que no quiere nada contigo, pero no me lo acabo de creer.

—No hagas eso. —Al se levantó y caminó hasta el borde del porche para poder hablar sin tener que mirarla—. Lo que hubo entre nosotros se acabó hace mucho tiempo. Como diría Eli, no conviene jugar con cosas muertas.

Se giró hacia ella y le dirigió una sonrisa triste. Debbie agachó la cabeza durante un par de segundos, como si estuviera reflexionando, antes de levantarse y acercarse para ponerse frente a él. Al giró la cabeza para mirar al cielo, pero ella le agarró la cara para que sus ojos se cruzaran.

—Para ti no está muerto —dijo con seguridad.

—No sé de dónde sacas eso... —respondió él molesto.

Se echó un paso hacia atrás para librarse de su contacto y volvió a darle la espalda. Echó mano al bolsillo de sus vaqueros y sacó su paquete de tabaco mientras maldecía a aquella chiquilla que se atrevía a juzgar sus sentimientos sin conocerle siquiera y a jugar a volver a juntarles como si estuvieran en el patio del instituto.

—Sé lo que he visto —continuó Debbie a su espalda—. Si no sintieras ya nada por ella, tu beso no habría funcionado.

—Hace un minuto decías que no creías en esas tonterías —dijo él entre dientes.

—Y te oí cantar *Still got the blues*. En eso sí que creo. No era una simple canción. Era el llanto desgarrado de un alma que lleva mucho tiempo sufriendo, que quisiera olvidar y arrancarse todo ese dolor pero no puede. ¿También vas a decirme que eso es mentira?

Terminó de sacar su cigarrillo, se lo llevó a la boca y lo encendió. Se permitió dar un par de caladas antes de atreverse a girarse hacia ella y contestar.

—Mira, Debbie... Solo tienes veinte años...

—Veinticuatro —puntualizó ella.

—Me da igual. A tu edad, aún piensas que los finales felices existen y que el amor lo puede todo. A lo mejor es difícil para ti comprender esto, pero hay veces en las que no es suficiente con amar a alguien para que funcione, aunque lo hagas con toda la fuerza de tu alma.

Fue incapaz de seguir manteniéndole la mirada. Se dio cuenta de que la voz se le había quebrado y de que sus manos estaban temblando. Ya estaba hecho.

Acababa de confesarle a aquella puta cría algo que llevaba años negándose a sí mismo. En aquel momento, la odió por eso.

—A lo mejor es que tú con los años lo has olvidado —dijo Debbie acercándose hasta ponerse a su lado—, pero el amor siempre es suficiente. Lo puede todo. Cuando se quiere a alguien con la fuerza con la que tú sigues queriendo a Eloise, nada es imposible.

No supo si gritarle que se metiera en sus asuntos y le dejara en paz o si reírse en su cara por aquella estúpida manera que tenía de ver el mundo. Por suerte para Debbie, no pudo hacer ninguna de las dos cosas. Eric y Eli acababan de aparecer en la acera, empujando un carro de la compra. Salió del porche y se acercó a ellos para ayudarles.

—¿Habéis robado un carro del supermercado? —les preguntó.

—Hemos robado el carro y todo lo que hay dentro —confesó Eric, enrojeciendo hasta la raíz del pelo.

—Vaya, el chaval se nos está volviendo un delincuente —bromeó Al antes de darle un par de palmadas en el hombro.

—No hemos podido pagar. Eso era el infierno —explicó Eric molesto—, pero, cuando la situación se tranquilice, volveré y lo pagaré todo.

—Dios, no vamos a hacer carrera contigo... —Al se asomó al carro y sonrió—. Perritos y cerveza. Sois mis héroes.

Metieron toda la mercancía en casa y después Eric se llevó el carro a la parte trasera del jardín para esconderlo de miradas curiosas. Estaban esperándole para entrar todos juntos y empezar a preparar algo de comer cuando vieron a un coche de policía avanzando por la carretera. Llevaba las luces encendidas, pero se movía despacio. Cuando llegó a la mitad de la calle, se detuvo y la voz de uno de sus ocupantes se escuchó a través de unos altavoces instalados en lo alto del coche.

—Atención. Les habla la policía. Debido a los últimos disturbios se declara el toque de queda para esta noche. Toda persona que sea vista en las calles entre las ocho de la noche y las ocho de la mañana será inmediatamente detenida. Les informaremos de cualquier cambio en esta situación.

El mensaje se repitió un par de veces más antes de que el coche volviera a ponerse en marcha para dirigirse a la siguiente calle. Los vecinos habían ido saliendo de sus casas y miraban como se alejaba la policía sin decidirse a moverse. Parecían asustados, como niños que esperasen que alguien les dijese que todo iba a salir bien y les indicara cómo debían comportarse. Poco a

poco, fueron saliendo de su estupor y metiéndose en sus casas. Muchos de ellos empezaron a cerrar puertas y ventanas, como si pretendieran aislarse del mundo y dejar cualquier peligro al otro lado.

—Tengo que llamar a mis padres —dijo Debbie sacando su móvil—. Espero que no pretendan quedarse en el hospital toda la noche.

—Diles que no merece la pena que se queden —la aconsejó Eli—. Samantha no va a despertar hasta que nosotros hagamos algo.

—¿Quieres que te pase a mi madre y se lo explicas tú? —preguntó Debbie tendiéndole el teléfono—. Estoy segura de que no va a querer marcharse del hospital sabiendo que, si ocurre algo, la policía no la va a dejar volver.

—Pero si ni siquiera les dejan verla... No entiendo qué hacen allí —intervino Eric.

—Yo tampoco, pero mi madre es así —dijo Debbie encogiéndose de hombros—. Voy a hablar con ella.

La chica entró en casa y, al cabo de pocos segundos, escucharon su voz. A pesar de que no podían entender lo que decía, parecía que la conversación iba subiendo de intensidad a cada momento. Mientras Debbie estuvo dentro, Eli y Eric se separaron de Al y se quedaron contemplando el paisaje en silencio. Él decidió ignorarles y se sentó en una de las mecedoras a esperar a que Debbie regresara mientras pensaba que la chica tenía razón al decir que le venía bien un aliado. Aquellos dos le trataban como si estuviera apestado.

—¡Qué cabezota es esta mujer! —dijo Debbie cuando salió de nuevo al porche—. Dice que se quedan y que no piensa dejar el hospital si no es con su hija.

—Ya que no van a venir, podríamos hacer una redistribución de los dormitorios, ¿no? —sugirió Eric.

—No. Nadie va a usar el dormitorio de mis padres aunque no estén —respondió Debbie cortante.

—No os preocupéis por eso —intervino Al—. Yo no pienso volver a dormir en el suelo. Si no os importa, dormiré en el sofá y así podréis tener la habitación para los dos.

Eric le lanzó la primera sonrisa sincera que le había visto desde que se conocieron. Debbie paseó la mirada entre Eric y Eli, como si no estuviera muy segura de si era una buena idea.

—¿A ti no te importa dormir sola, Eloise? —preguntó por fin.

—Llevo durmiendo sola toda mi vida —contestó cortante—. No te

preocupes por mí.

—Bien, pues ahora que está todo arreglado, vamos a hacer algo de comer —dijo Al levantándose para entrar en casa—. ¿Os he dicho que hago unos perritos calientes de muerte?

Entraron todos tras él y se dirigieron a la cocina. Mientras Al se preparaba para cocinar, los demás se sentaron a la mesa.

—Bueno, nosotros hemos traído la comida, tal y como prometimos —dijo Eric con tono burlón—. ¿Qué tal les ha ido a los “guerreros” en su misión? ¿Os habéis ganado lo que vais a comer?

—La verdad es que todavía no tenemos nada —respondió Debbie—. Hemos conseguido hablar con Keira, pero nos ha dicho que los enfermos continúan igual. Ha prometido tratar de acceder a los datos de los pacientes. Si lo consigue, me los enviará por *email* a lo largo de la noche.

—No es mucho, aunque nos permitirá saber cuánto se ha extendido la enfermedad y quizá podamos descubrir cómo se está expandiendo —comentó Eric.

—No es una enfermedad —le contradijo Eli con tono cortante—. Es magia, es un hechizo...

—¿Qué más da eso ahora, Eli? —preguntó Al—. Aquí hay gente que se siente incómoda con esos términos. De hecho, tú eres la única persona de esta cocina a la que le gusta hablar con naturalidad de temas paranormales.

—La situación no va a cambiar porque le pongamos otro nombre —respondió ella—. Creo que es bueno que os acostumbréis cuanto antes. No podréis luchar contra ello si os negáis a verlo.

—Lo veremos así a partir de mañana. Prometido. —Al sonrió y le guiñó un ojo—. Hoy vamos a ponernos hasta arriba de perritos y cervezas y a fingir que el mundo no se está acabando al otro lado de esas puertas.



Capítulo 8

Me desperté a media noche muerta de sed. Supuse que, al final, me había pasado con las cervezas en la cena. Tenía la boca como un estropajo y ya se me empezaba a levantar un ligero dolor de cabeza, anticipo de la resaca que tendría al día siguiente.

No me sentía cómoda pensando en levantarme y ponerme a recorrer una casa ajena para buscar algún analgésico. Podía pasar sin tomar nada, pero no iba a poder volver a dormirme con tanta sed, así que me levanté, me puse una bata sobre el camisón y me dispuse a salir de la habitación. Ya tenía una mano sobre el picaporte cuando recordé que Al estaba acostado en el sofá. Seguramente estaría dormido y no se daría cuenta de que yo pasaba por allí, pero, aun así, después de echar un vistazo a mi bata con estampado de ovejitas, decidí que preferiría arder en el infierno antes de permitir que él me viera con aquellas pintas. Me quité de nuevo la bata y me quedé solo con el camisón, negro y largo hasta los pies. En realidad, no se diferenciaba mucho de la ropa que solía llevar durante el día. Me arreglé un poco el pelo ante el espejo del tocador y salí de la habitación.

Recorrí el pasillo de puntillas, tratando de no hacer ruido. Al pasar por el salón rumbo a la cocina, eché un vistazo al sofá, pero él no estaba allí. Solo pude ver un saco de dormir revuelto y un montón de cojines. Noté la caricia de una brisa fría que hizo que me girase hacia la ventana.

Él estaba allí, de espaldas a mí. Llevaba puestos unos pantalones vaqueros y su inseparable chaqueta de cuero. Incluso con aquella oscuridad pude distinguir las dos alas blancas bordadas a la espalda. Pensé que las cervezas debían de haberme afectado mucho más de lo que pensaba, porque, con solo contemplar su imagen, sentí unas ganas inmensas de acercarme a él y abrazarle y noté que los ojos me escocían.

A pesar de que estaba quieta en mitad del salón sin hacer ningún ruido, él notó mi presencia y se giró hacia mí. Maldije la oscuridad que no me permitía ver su rostro. Me habría gustado saber si le molestaba verme allí o si se alegraba por ello. No tenía ni idea de por qué, pero necesitaba saberlo.

—Hola, Eli —saludó—. ¿Tú tampoco puedes dormir?

—No. Estoy bien... Tan solo venía a por un vaso de agua.

Sabía que con aquellas palabras podría haber continuado mi camino hacia la cocina sin decir nada más, pero, en lugar de ello, caminé hacia la ventana y me coloqué a su lado, con los brazos apoyados en el alfeizar. Él se colocó en la misma postura, con un cigarrillo colgando de su mano derecha. Me fijé en que no llevaba nada bajo la chaqueta de cuero y aquello me puso bastante nerviosa. ¿Por qué demonios tenía que seguir siendo tan guapo?

—¿Y tú por qué no duermes? —pregunté.

—Es imposible con la juerga que tienen ahí al lado. —Se señaló la oreja y después la puerta de la habitación que ocupaban Eric y Debbie—. Hay que reconocerles que intentan ser discretos y no gritar, pero esa cama necesita muelles nuevos con urgencia.

Se quedó en silencio y pude escuchar con claridad el chirriar rítmico de una cama. Sin saber por qué, me sonrojé como una colegiala. Quizá porque recordé que nosotros solíamos ser mucho más ruidosos.

—¿Me darías un cigarrillo? —dije para cambiar de tema.

—Claro, pero espero que empieces a comprar —dijo mientras sacaba el paquete y me lo pasaba—. Para no fumar, pides demasiados.

A pesar de sus palabras, sonrió y me guiñó un ojo. Sentí que la furia se desataba en mi interior. Cogí un cigarrillo, lo encendí con manos temblorosas y esperé un par de segundos para controlar mis sentimientos antes de hablar.

—¿Podrías dejar de hacer eso? —le pedí.

—¿Dejar de hacer qué? —preguntó confuso.

—Comportarte así. Tus gestos, tu manera de hablarme, tus bromas... Te comportas como si no hubiera pasado nada malo entre nosotros. No lo soporto. Me hace daño...

En cuanto pronuncié aquellas palabras, me maldije por ello. Mi plan era fingir que él no me importaba en absoluto, que le había olvidado, que lo nuestro estaba totalmente superado... Todo aquel fantástico plan acababa de irse a la mierda con un par de frases.

—Lo siento, Eli —contestó él.

—No me llames Eli. Ahora todo el mundo me llama Eloise.

Se quedó en silencio durante unos segundos. Temí que se hubiera enfadado y que se marchara, pero, en lugar de eso, me sorprendió con una risita burlona.

—Te prometí que yo solo te llamaría Eloise cuando creyese que lo

merecías.

—¿Y no lo merezco?

Se encogió de hombros sin contestar nada. Seguramente no tenía ganas de empezar otra de nuestras discusiones. Dio una larga calada a su cigarrillo y se quedó mirando como el humo se dispersaba en el viento antes de volver a hablar.

—¿No podríamos firmar una especie de pacto de no agresión? —preguntó, aún con la mirada perdida.

—No entiendo a qué te refieres...

—Vamos a tener que convivir unos cuantos días y no quiero estar peleándome contigo continuamente. —Se giró hacia mí y me dedicó una de sus medias sonrisas—. Ya sé que lo que pasó entre nosotros fue muy fuerte, que nos hicimos mucho daño, pero ¿no podríamos al menos ser amigos?

Durante unos segundos, me quedé hipnotizada por sus ojos, tal y como me sucedía en el pasado. A pesar de la escasa luz, podía verlos perfectamente: aquel azul profundo, aquellos pequeños soles rodeando sus pupilas... Quizá no los veía, quizá seguían tan profundamente arraigados en mi recuerdo que podría haberlos descrito con todo detalle, aunque no hubiera luz, aunque él se hubiera encontrado a miles de millas de distancia. De lo que sí estuve segura fue de lo que transmitía su mirada: tristeza, ternura y una sinceridad absoluta. Me sentí tan conmovida que estuve a punto de aceptar su propuesta, pero, justo antes de abrir la boca, el miedo regresó y le dio una contraorden a mi cerebro.

—Yo no quiero ser tu amiga.

Arrojé el cigarrillo por la ventana y me giré para regresar a mi habitación, pero él me agarró por la muñeca y me atrajo hacia su cuerpo. Noté que las piernas me temblaban y, durante un segundo, me sentí tan embriagada por su presencia, por su aroma, por el simple sonido de su respiración que pensé que mi corazón no lo soportaría.

—Solo te estoy pidiendo una oportunidad.

Levanté la cabeza y me enfrenté a sus ojos. Todas las emociones que había estado sintiendo fueron barridas de inmediato por aquellas palabras, que avivaban unos recuerdos tan dolorosos como para llamar de nuevo a mi rabia al campo de batalla.

—¿Te acuerdas de cómo nos conocimos? En Gardner, limpiando la casa Cavendish. —Esperé hasta que él asintió—. Tú pensabas que yo era una farsante y yo que tú eras un chulo de mierda acostumbrado a que todo el

mundo le adorase y cayese rendido a sus pies. Cuando viste que yo no tenía ningún interés en llevarme bien contigo, me pediste también una oportunidad... Una oportunidad para hacerme daño... Y me dijiste que podía estar tranquila porque nunca la ibas a aprovechar. Fui tan imbécil como para concedértela y te juro que, a día de hoy, nadie en el mundo me ha hecho tanto daño como él que tú me hiciste. No voy a cometer de nuevo el mismo error.

Él entrecerró los ojos y me miró con rabia. En el silencio de la noche pude escuchar perfectamente como sus dientes rechinaban. No dijo nada. Me soltó la muñeca, se separó de mí y se alejó por el pasillo. Escuché el ruido de una puerta y supuse que acababa de encerrarse en el baño.

Las ganas de llorar regresaron, pero meforcé a aguantar por si él regresaba. A toda prisa me dirigí a la cocina, bebí un par de vasos de agua y me llevé otro a mi habitación. Antes que tener que levantarme de nuevo y volver a enfrentarme a él, estaba dispuesta a dejarme morir de sed.

A la mañana siguiente, me desperté muy pronto. Sin embargo, no me atreví a salir de la habitación. No me veía capaz de estar a solas con Al de nuevo, así que me quedé sentada en la cama, ya vestida, hasta que escuché como se abría la puerta de la habitación de Eric y Debbie y oí sus voces en la cocina. Aún así, esperé unos minutos más para que Al no pensase que no había salido antes porque le tenía miedo. Me sentía ridícula encerrada en aquella habitación. Quería ignorarle, fingir que no me importaba, pero al final todas y cada una de mis decisiones de los últimos días parecían influidas por su presencia.

Cuando por fin me atreví a salir, el aroma del café recién hecho me dio la bienvenida. Al llegar a la cocina, me encontré a Debbie y a Al, sentados ya a la mesa, hablando animadamente mientras Eric preparaba café para todos. Saludé tímidamente y me senté lo más alejada que pude de él.

—Buenos días, Eloise —me saludó Eric—. ¿Quieres café?

—Sí. Un tazón grande de café solo, por favor. Lo necesito.

—Creo que hoy lo necesitamos todos —dijo Al guiñándole un ojo a Debbie—. No ha habido manera de dormir bien con la fiesta que hubo anoche.

—¿Fiesta? ¿Qué fiesta? —preguntó Eric mientras dejaba sendas tazas de café delante de Al y de mí.

Debbie y Al soltaron una carcajada al unísono. Aquello no sirvió para que Eric se diese por enterado. Se quedó mirándoles con el ceño fruncido

esperando a que le explicasen la broma.

—Habla de nosotros, cariño —contestó Debbie sin poder contener la risa—. Te dije que esa cama hacía mucho ruido.

El rostro de Eric pasó de su tono normal a un rojo encendido en cuestión de segundos, lo que hizo que Al se riese aún más fuerte.

—No te agobies, campeón —dijo cuando pudo volver a hablar—. Has dejado el pabellón muy alto. ¿Cuántas veces fueron? ¿Tres? ¿Cuatro?

Aunque parecía imposible, el rostro de Eric se encendió aún más. Abrió la boca para contestar, pero volvió a cerrarla sin decir nada y se giró hacia mí como si buscara ayuda. Conseguí no reírme, aunque no pude evitar que las comisuras de mis labios se curvaran hacia arriba.

—Fueron cuatro —contestó Debbie mirando a Eric con adoración.

—Debbie, por favor —consiguió decir Eric—. Eso no es de su incumbencia.

—¿Cómo que no? Eso debería de ser de la incumbencia de todo el pueblo. No habría dicho que tenías ese aguante —bromeó Al.

—Digamos que Eric llevaba un largo tiempo de sequía y se está desquitando —comentó ella riendo de nuevo.

—Debbie, ya basta. —Eric cruzó los brazos frente al pecho y la miró con gesto enfadado.

—Está bien. Ya me callo. —Se levantó de la mesa, cogió su taza de café y se dirigió al pasillo—. Voy a mirar si me ha llegado algún *email* de Keira.

—Te acompaño —se apresuró a decir Eric, que parecía muerto de ganas de marcharse y dejar de ser el blanco de todas las miradas.

—Dejad la puerta de la habitación abierta, a ver si así podéis conteneros —recomendó Al antes de volver a soltar una carcajada.

No pude aguantar más y tuve que unirme a sus risas. Eric me lanzó una mirada dolida, como si no hubiera esperado una traición así por mi parte.

—A ver si maduráis —dijo antes de salir disparado de la cocina.

Aquello solo consiguió que me riera aún más fuerte, acompañada por las carcajadas de Al. Fue un momento extraño. Resultaba tan agradable estar a su lado, disfrutando de aquel instante sin que nada más importara... Por un momento, deseé que pudiéramos seguir así para siempre, viviendo una vida llena de presente, pero el pasado pesaba demasiado y lo envenenaba todo. Cuando nuestras risas se fueron extinguiendo, nos quedamos durante un segundo mirándonos a los ojos, sin saber qué decirnos. La incomodidad había

regresado y no parecía que fuera a marcharse.

Por suerte, escuchamos la voz de Debbie llamándonos desde la habitación. Nos levantamos y fuimos hacia allí. La chica estaba sentada frente a un ordenador, con Eric asomado por encima de su hombro para ver la pantalla.

—¿Lo tenemos? —preguntó Al—. ¿Ha conseguido los datos de los pacientes?

—Sí. Aquí está todo —respondió Debbie tras abrir el archivo adjunto al correo—. Dios mío... Mirad cuántos son.

Debbie fue moviendo el ratón para hacer que la lista de nombres pasara ante sus ojos. Ocupaba varias páginas. Debía de haber doscientos o trescientos nombres en ella. Sentí que el estómago se me encogía. Aquello era aún peor de lo que había imaginado.

—Bueno, al menos tu hermana ha hecho un gran trabajo y nos ha enviado todos los datos de los pacientes. Tenemos sus nombres, sus domicilios, los números de teléfono de sus contactos, su profesión... —comentó Eric.

—¿Y de qué nos va a servir todo eso? —preguntó Al—. A mí lo único que me dicen todos esos nombres es que esto se está saliendo de madre y que deberíamos buscar la forma de escapar de esta puta isla antes de contagiarnos.

—Una de las personas enfermas es mi hermana, ¿recuerdas? —dijo Debbie molesta—. No vamos a irnos a ningún sitio sin arreglar esto.

Al levantó las manos y se retiró unos pasos hasta apoyarse en la pared. Parecía que, una vez expresada su opinión, no tenía ganas de discutir más. Eric contempló la pantalla durante unos segundos más antes de girarse hacia mí.

—¿Qué se supone que vamos a hacer con todos estos nombres?

—Vas a estudiarlos y tratar de encontrar alguna relación —contesté.

—¿Yo? ¿Por qué yo? —preguntó azorado—. No soy investigador.

—Eso es lo que tú crees, pero estoy segura de que, si existe alguna relación entre esos datos, serás capaz de encontrarla.

—¿Y por qué piensas eso?

—Porque fuiste capaz de descubrir que había casos anteriores en los crímenes de Swanton, casos que ni siquiera la policía había relacionado. También fuiste el único capaz de encontrar la relación entre los asesinatos y los años de sequía —respondí mientras le dirigía una sonrisa—. Tienes una mente capaz de fijarse en los detalles y, al mismo tiempo, eres lo bastante abierto como para no descartar ninguna hipótesis, por loca que parezca. Estoy segura de que, si hay algo que descubrir ahí, tú lo harás.

Eric agachó la cabeza. Ya se había sonrojado otra vez, aunque en sus labios asomaba una sonrisa de orgullo. Lo de aquel chico era increíble. Era incapaz de aceptar un cumplido con naturalidad. Esperé en silencio hasta que asintió, aceptando su misión.

—Está bien. Me llevará horas, pero espero encontrar algo —dijo por fin.

—Yo te ayudaré —se ofreció Debbie.

—¿Y nosotros qué hacemos mientras? —intervino Al.

—Bueno, Keira me ha enviado también el número de teléfono de Tala —comentó Debbie—. Podéis llamarla y quedar con ella. Quizá esté dispuesta a contarnos algo nuevo sobre el estado de los pacientes.

Asentí y apunté en mi móvil el número de aquella mujer. Después, le hice una seña a Al, indicándole que me acompañara fuera de la habitación para dejar que Eric y Debbie empezaran a trabajar. Él negó con la cabeza y se acercó al ordenador.

—Perdona, Debbie —dijo, asomándose sobre el hombro de la chica—. ¿Este ordenador tiene grabadora de CDs?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Ya sé que estáis muy ocupados salvando el mundo y todo eso, pero, si te paso una lista de canciones, ¿podrías grabarme un CD para llevar en el coche? —preguntó poniendo su mejor cara de cachorrillo—. La música de Eric me está desquiciando.

Eric ni siquiera le miró. Se limitó a soltar un bufido y fingir que estaba muy concentrado en la pantalla del ordenador. Debbie, por el contrario, le pasó un folio para que escribiera la lista de canciones que quería. Decidí dejarles solos y fui a buscar mi móvil para llamar a Tala.

Salí al porche y me senté en una de las mecedoras antes de marcar el número. Los tonos se sucedieron uno tras otro sin recibir respuesta. Cuando la llamada se cortó, dejé el móvil en mi regazo mientras me planteaba si debía volver a llamar o no. Era posible que Tala estuviera trabajando y no pudiera atender el teléfono. Decidí darle un par de minutos mientras contemplaba el paisaje. El cielo seguía encapotado, con aquellas nubes oscuras teñidas de un antinatural tono morado. Al menos, aquella mañana la ciudad estaba más tranquila. No se veía el humo de ningún incendio ni se escuchaba el ulular de las sirenas. Parecía que, después del ataque de histeria colectiva del día anterior, la situación volvía a estar bajo control. Supuse que la mayoría de la gente estaría encerrada en su casa, confusa y asustada. Sin embargo, estaba

segura de que, si la cuarentena duraba mucho tiempo, volverían a descontrolarse.

El móvil empezó a vibrar en mi regazo, sobresaltándome. Reconocí el número que aparecía en la pantalla porque era el mismo que acababa de marcar.

—¿Tala? —pregunté.

—Sí, soy yo —contestó una voz en susurros.

—Soy Eloise Carter, la amiga de Debbie y Eric.

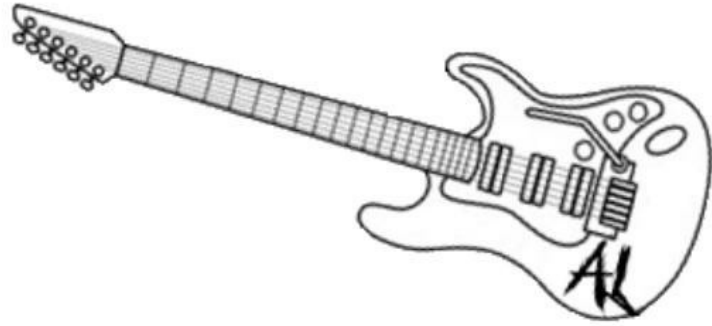
—Sí, sé quién es usted. Keira me avisó de que me llamarían.

El volumen de la voz de la mujer era tan bajo que tenía que hacer verdaderos esfuerzos para entenderla.

—¿Podría hablar un poco más alto? —pedí.

—No. Estoy encerrada en el baño para que no me oiga nadie. Escúcheme, esto es importante. Necesito hablar con ustedes, pero no les van a permitir entrar en el hospital, así que saldré yo. He avisado de que tengo que ir a casa y me han dado permiso para salir un par de horas. Les espero en la puerta del hospital a las dos de la tarde.

Tras decir aquellas palabras, colgó. Me quedé mirando el teléfono con una expresión de confusión en la cara. Había esperado que Tala estuviese dispuesta a hablar con nosotros sobre la situación de los pacientes, pero todo aquel secretismo parecía indicar que su estado era mucho peor de lo que habíamos imaginado. Lancé un largo suspiro resignado. Fuera lo que fuera, no podría saberlo hasta que habláramos con ella y todavía quedaban varias horas para eso. Tendríamos que esperar.



Capítulo 9

Cuando salió de casa, Eli ya estaba esperándole apoyada en el coche con los brazos cruzados frente al pecho. Le miraba con cara de odio, así que echó un vistazo a su reloj para ver si llegaba tarde. Faltaba aún un cuarto de hora para su cita con Tala. Llegaban con tiempo de sobra, así que no había motivo para enfadarse. Supuso que su cara se debía a que estaba furiosa con el mundo, como todos los días. Agitó frente a ella el CD que llevaba en la mano a modo de disculpa.

—¿Qué se supone que es eso? —preguntó ella mientras se sentaba en el asiento del copiloto.

—Música de verdad —dijo él tras meter el disco en el reproductor—. Por fin se va a escuchar algo decente en este coche.

Las primeras notas de *One vision* de Queen empezaron a sonar. Él le dirigió una sonrisa radiante a Eli, que simplemente bufó y negó con la cabeza. Decidió ignorarla. No iba a estropearle aquel momento. Metió primera y pisó a fondo el embrague mientras empezaba a acelerar. El rugido del motor fue incrementándose a medida que subían las revoluciones. Cuando sonaron las primeras notas de la guitarra, soltó el embrague y el coche salió disparado, quemando rueda.

—¡Así se hace una salida triunfal! —exclamó eufórico.

—Sigues siendo un macarra —dijo Eli—. Eric te va a matar si ve que le haces estas cosas al coche.

—No veo por qué —contestó él encogiéndose de hombros—. El coche ahora es mío.

—Quería hablarte sobre eso. ¿De verdad te vas a quedar con el coche del pobre chaval?

—No veo por qué debería renunciar.

—Claro. Tú nunca ves por qué deberías renunciar a nada —dijo Eli cortante.

Él redujo la velocidad y se giró un segundo hacia ella. Seguía teniendo el ceño fruncido y le miraba con rencor.

—¿Qué quieres decir? —preguntó confuso—. Ah, ya... Viene a todo eso de que yo quería hacerte renunciar a lo que de verdad eras, a tu herencia y tu legado... Creo que no es nada justo que sigas echándome eso en cara, teniendo en cuenta que no renunciaste a una mierda y preferiste seguir siendo una bruja temible y poderosa en lugar de quedarte conmigo.

—Yo no elegí. No me diste la oportunidad de hacerlo.

—Sí. Sí que elegiste —contestó él mientras apretaba con fuerza el volante. Sabía que no era el momento para ponerse a discutir, pero empezaba a estar harto de sus pullas continuas—. Cuando decidiste seguir matando gente a pesar de lo que yo pensaba sobre ello, elegiste apartarme de tu lado.

—Puedes verlo como te dé la gana —dijo ella furiosa—. La cuestión es que yo sí estaba dispuesta a renunciar a todo por ti, mientras que tú en la vida renunciaste a nada.

—¿En serio? —preguntó volviendo a girarse hacia ella para lanzarle una mirada llena de ira—. ¿De verdad crees que nunca renuncié a nada por ti? Te recuerdo que, cuando nos conocimos, yo tenía un grupo de música, actuaciones apalabradas y un montón de sueños... Podría haber salido bien o mal, pero me olvidé de todo eso para irme contigo. ¿Sabes por qué consideras que nunca renuncié a nada y que nunca me sacrificué por ti? Porque yo tampoco lo pensaba, porque nunca me quejé. Decidí dejarlo todo atrás y olvidarme de mis sueños porque era feliz contigo, porque no podía imaginarme un sueño mejor que levantarme a tu lado cada día...

Se quedó en silencio unos segundos, esperando por si ella quería añadir algo. Desvió la mirada de la carretera y la vio con los brazos aún cruzados frente al pecho y la mirada clavada en algún punto del infinito, como si lo que él acababa de decir no le importara una mierda. Aquello le puso aún más furioso y decidió continuar.

—Cuando lo dejamos, me encontré sin nada. Joe se había casado con mi hermana y estaba haciendo sus prácticas como médico. Tim estaba terminando sus estudios de derecho y tenía un puesto esperándole en la empresa de su padre. ¿Y qué tenía yo? Nada, absolutamente nada. Los sueños de aquel chaval que quería comerse el mundo estaban muertos. Ya no tenía fuerzas ni ganas para luchar por ellos. Además, con Bruce Springsteen y los putos Bon Jovi ya había suficientes cantantes de New Jersey en el mundo.

La miró de reojo y vio que ella esbozaba una sonrisa triste ante su última broma. Había descruzado los brazos y tenía las manos en el regazo. Las

apretaba con fuerza, como si estuviera conteniéndose para no alargarse hacia él y revolverle el pelo de la nuca, como había hecho mil veces en el pasado. Mantenía la cabeza baja y una mirada triste. Sin saber por qué, aquello también le enfureció. No quería su compasión. No la necesitaba para nada.

—Todo eso ya da igual —dijo con tono seco—. Tampoco me ha ido tan mal en la vida. Tengo lo suficiente para comer, para echarle gasolina al depósito y para pagarme las cervezas que quiera tomarme. No necesito nada más.

—¿A qué viene eso? —preguntó ella.

—A que no estoy buscando darte pena. Tan solo quería que te plantearas que igual no fuiste la única en perder algo. —Volvió a encogerse de hombros—. De todos modos, da igual. Todo eso es pasado.

—Sí. Es pasado —dijo ella.

Su tono le sonó tan triste que volvió a girarse para mirarla, pero ella había vuelto la cara hacia la ventanilla. Se mantuvo en aquella postura durante todo el trayecto. Al se planteó si estaría llorando y no quería que él la viera, pero desechó de inmediato aquel pensamiento. Eloise Carter, la poderosa bruja, no lloraría por nadie y menos por él.

Se concentró en la música para ignorar el incómodo silencio que se había instalado entre los dos. Por suerte, cuando llegó a la entrada del hospital, vio que Tala ya estaba esperándoles allí. Aparcó a su lado y la mujer entró y se sentó en el asiento trasero.

—Arranca —le ordenó—. Vamos a algún sitio tranquilo.

Él obedeció y empezó a dar vueltas por el pueblo hasta encontrar un parque que, a aquella hora, estaba casi desierto. Esperaba que fuese lo bastante discreto como para que Tala se sintiera segura. Tanto misterio le estaba poniendo nervioso y se moría de ganas de saber lo que aquella mujer tenía que contarles. Tras aparcar, ambos se giraron hacia el asiento trasero y esperaron a que la mujer empezara a hablar.

—Lo que voy a enseñaros es máximo secreto. El CDC nos ha hecho firmar un documento de confidencialidad. Tenemos prohibido sacar fotos o divulgar cualquier dato.

—Joder, ¿tan grave es? —preguntó Al.

—Más de lo que imagináis. Todo el mundo está histérico allí dentro —contestó ella—. Con esto quiero deciros que, si la información que os voy a dar llega a la prensa, me habréis metido en un lío de los gordos.

—Puedes estar tranquila —dijo Eli—. No contaremos ni una sola palabra. Tu puesto de trabajo estará a salvo.

—No estoy hablando solo de mi puesto de trabajo —respondió Tala mientras negaba con la cabeza—. Según el documento que he tenido que firmar, y que ahora mismo voy a saltarme, podría enfrentarme a penas de cárcel.

Al abrió mucho los ojos, sorprendido. Las cosas debían estar realmente mal para que el CDC se pusiera de aquella manera. Dudaba mucho de que hicieran firmar aquel tipo de documentos al personal sanitario cada vez que se enfrentaban a una epidemia de gripe o sarampión. Cada palabra de Tala les reafirmaba en su creencia de que estaban ante algo muy gordo.

La mujer no dijo nada más. Abrió su bolso y, tras rebuscar durante unos segundos, sacó su teléfono móvil, trasteó un rato con él y se lo pasó a Eli.

—He conseguido sacar unas fotos de las tres primeras chicas que ingresaron. Espero que vosotros podáis encontrar una explicación a esto, porque yo no la tengo.

Eli cogió el móvil y lo colocó de forma que Al también pudiera verlo. Él tuvo que inclinarse hacia ella. El aroma de su pelo le invadió, haciendo que se desconcentrara. Seguía oliendo igual, a una mezcla de cítricos y manzanas verdes. Se forzó a detener los recuerdos y concentrarse en las fotografías que Eli iba haciendo pasar en la pantalla.

—No veo nada raro —comentó al cabo de unos segundos—. Siguen dormidas.

—Es difícil de apreciar en la foto y con esta luz, pero creo que podréis verlo si os fijáis en sus hombros —explicó Tala.

Eli movió los dedos sobre la pantalla para ampliar el área de la foto que la mujer les había indicado. Durante unos segundos, se quedaron contemplando aquella imagen sin saber qué decir. Incluso trataron de acercarse más al móvil, hasta que sus cabezas se rozaron. Ni siquiera se dieron cuenta. Lo único que podían hacer era mirar la foto con la boca abierta.

—¿Eso que se ve a través de sus hombros son... las arrugas de la sábana? —preguntó al fin Eli.

—Sí. Se empieza a ver la cama a través de sus cuerpos —contestó Tala—. Es como si se estuvieran volviendo transparentes, como si estuvieran desapareciendo.



Capítulo 10

Ni siquiera me di cuenta de en qué momento empecé a cantar. Fue algo inconsciente. Estaba sentada a su lado, con el viento entrando por las ventanillas abiertas revolviendo mi pelo, mientras sentía el ronroneo del motor y *Thunderstruck* sonaba a todo volumen, y me dejé llevar. Fue como un viaje en el tiempo, como volver a aquellos años en los que el dolor y la desilusión todavía no nos habían alcanzado, en los que teníamos el mundo entero como hogar y los sueños intactos.

Cuando Al detuvo el coche frente a la casa de Debbie y apagó la música, la ilusión se desvaneció. Me giré hacia él y vi que tenía una sonrisa en la cara. Me pareció la sonrisa más cargada de melancolía que había visto en mi vida. No pude soportar mirarle a los ojos y bajé a toda prisa.

Él salió apresuradamente, me alcanzó, me agarró del brazo e hizo que me girara. Empecé a preparar mentalmente todos los argumentos que justificaban que lo nuestro no podía ser, que ya era demasiado tarde para dar marcha atrás, que nos habíamos hecho tanto daño que no había lugar para el perdón... Él habló antes de que pudiera pronunciar una sola palabra.

—¿Le vas a contar a Debbie lo que nos ha dicho Tala?

Aquella pregunta me pilló tan descolocada que no supe qué decir. Durante un par de segundos, me sentí como si me hubiera hablado en un idioma extranjero. Por suerte, pude reaccionar y asentir con la cabeza.

—Sí, claro. ¿Por qué no íbamos a contárselo?

—No sé. Me parece muy fuerte —dijo él tras un carraspeo—. Esa chica era totalmente escéptica hasta hace un par de días. No sé cómo va a tomarse esto.

—Es su hermana —protesté—. Deberíamos decírselo. Además, esas fotos le ayudarán a creerse del todo que lo que está pasando aquí no es una epidemia.

—Te lo digo como “antiguo escéptico del grupo” —dijo él con una sonrisa—. No creo que esté preparada para ver cómo su hermana se desvanece. Joder, ni siquiera yo lo estoy y eso que no soy nada de esas chicas.

—¿Y qué pretendes que le digamos?

—De momento, nada. Hazlo por mí, por favor.

Me lanzó una de sus miradas suplicantes, de aquellas a las que nunca había podido resistirme. Negué con la cabeza, a pesar de saber que iba a acceder a sus ruegos.

—Está bien. Lo mantendremos en secreto por ahora, pero, si en algún momento necesito que ella nos crea, le enseñaré las fotos. —Esperé hasta que él asintió dando su aprobación—. No entiendo por qué te preocupas tanto por Debbie. La acabas de conocer.

—¿Celosa? —preguntó mientras enarcaba una ceja y me lanzaba una de sus medias sonrisas.

—Gilipollas —murmuré entre dientes mientras me alejaba en dirección a la puerta.

Supe que él me había oído, porque escuché una risa a mi espalda, pero le ignoré. Llamé al timbre y esperé hasta que la puerta se abrió y Debbie apareció en el umbral.

—Pasad —pidió mientras se apartaba para dejarnos el camino libre—. Eric está en mi habitación.

La seguimos hasta allí. Cuando entramos en su cuarto, nos encontramos a Eric rodeado de papeles. Estaba muy concentrado paseando la vista entre unos folios que tenía en la mano y la pantalla del ordenador, que mostraba un mapa lleno de puntos rojos.

—Un momento —dijo levantando una mano—. Ahora mismo estoy con vosotros.

Nos quedamos esperando en silencio hasta que puso un nuevo punto en la pantalla. Después se giró. Se le veía cansado y tenía los ojos enrojecidos.

—¿Qué tal va? —preguntó Al acercándose para ver la pantalla—. ¿Qué es todo esto?

—Llevo todo el día marcando el domicilio de los enfermos en el mapa de Roanoke —contestó él.

—¿Y has encontrado algo importante?

—No. Están por toda la isla —dijo mientras negaba abatido con la cabeza—. No tiene ningún sentido.

—Claro que lo tiene —intervino Debbie sentándose en una silla junto a él—. La enfermedad se comporta como cualquier otra epidemia. La gente se mueve, trata con otras personas y se contagia.

Me giré hacia Al y enarqué una ceja. Seguía creyendo que era mejor contarle la verdad a Debbie. Necesitábamos que dejara de pensar de una forma tan cerrada y que se diera cuenta de que lo que estábamos investigando no se explicaba con argumentos lógicos y racionales. Sin embargo, Al negó con la cabeza y volvió a lanzarme una mirada suplicante. Suspiré y me acerqué a la pantalla.

—¿Entonces no crees que vayas a poder sacar nada de todo esto? —le pregunté a Eric tras poner una mano en su hombro.

—No lo sé. Ahora mismo estoy saturado. —Se pasó las manos por el pelo, desordenándolo aún más—. Mire adonde mire, solo veo puntos rojos.

—Deberías dejarlo por hoy. ¿Qué os parece si hacemos la cena?

—Voy a intentar acabar esta página y voy —contestó Eric—. ¿Qué habéis descubierto vosotros?

—Nada importante —mentí—. Tala nos ha dicho que los enfermos continúan estables, pero que cada vez hay más y la gente se está poniendo muy nerviosa. Nos vamos a hacer la cena.

Debbie no dijo nada y se quedó sentada al lado de Eric, mientras Al y yo salíamos del cuarto. Había esperando que ella nos acompañara. Cada minuto que pasaba a solas con Al era una tortura. Por suerte, él pareció darse cuenta de que no tenía buena cara.

—¿Por qué no vas fuera a tomar un poco el aire mientras yo hago la cena? —propuso.

No lo pensé ni un segundo. Asentí y salí de la casa para sentarme en una de las mecedoras a disfrutar del aire fresco del atardecer. Saqué de un bolsillo de la falda el tabaco y mi pipa y empecé a prepararla. Como siempre, aquel ritual lento y metódico consiguió calmar mi ánimo. Cuando la hube encendido, me recosté en la mecedora y dejé que las azuladas volutas de humo me rodearan. El ruido de la puerta de entrada al cerrarse me sobresaltó. Allí estaba Al, con una sonrisa en la cara, dos botellines de cerveza en una mano y su guitarra en la otra. Dejó las cervezas sobre la mesa, se sentó a mi lado y empezó a tocar unos acordes.

—No me acostumbro a verte fumando con ese cacharro —dijo tras soltar una risa—. Ya me parecía raro ver fumar en pipa a mi padre...

Me giré hacia él y, al verle con aquella sonrisa, tan relajado como si no hubiera pasado nada entre nosotros, sentí que la ira hervía en mi interior. Sabía que no me estaba haciendo nada malo en aquel momento, pero tuve

ganas de matarlo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, Al? —pregunté en tono seco.

—Tocar la guitarra y beberme una cerveza mientras se hace la cena — contestó extrañado—. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

—Ya te dije anoche que no quiero ser amiga tuya.

—No estoy de acuerdo. Que ya no nos queramos no quiere decir que no podamos portarnos de forma amable el uno con el otro.

Cada una de las palabras de aquella puñetera frase me hirió como una cuchilla. ¿Cómo podía decir que ya no nos queríamos con aquella naturalidad, con aquella sonrisa en la cara? ¿Cómo podía haber superado lo que nos pasó y seguir adelante? Para mí no era así. Nunca lo sería... Llevaba toda la vida esforzándome por olvidarle, por dejar de amarle, por odiarle incluso... y no había avanzado absolutamente nada. Me sentí furiosa con él, pero, sobre todo, conmigo misma, con aquel puñetero corazón que se negaba a obedecerme. Me levanté de la mecedora y me dirigí a la puerta.

—Eli, ¿qué pasa? —preguntó él.

Me giré y vi preocupación en sus ojos, pero no era aquello lo que esperaba ver. Ni siquiera sabía lo que quería. ¿De verdad deseaba que él siguiera queriéndome? ¿Para qué? ¿Para seguir haciéndonos daño? Supe que, si seguía un solo segundo frente a él, me pondría a llorar como una chiquilla.

—No pasa nada. Déjame en paz —contesté mientras huía—. No me hables.

Entré en la casa, me senté en el sofá y me cubrí el rostro con las manos. Apreté mis ojos con fuerza. No pensaba permitir que se me escapara una sola lágrima. En aquel momento, escuché de nuevo los acordes de la guitarra de Al. Reconocí la canción de inmediato. Era *Dón't speak* de No doubt. ¿Por qué se ponía a tocar aquello? ¿Se estaba riendo de mí?

En cuanto él empezó a cantar, no pude detener el llanto ni un segundo más. Llevaba años evitando cualquier canción que me recordara a él, pero, justo con aquella, había hecho una excepción. La había escuchado cientos de veces, cantando con el alma desgarrada, imaginando que se la estaba cantando a él, tratando de dejar que mi dolor y mi despecho salieran en cada verso.

No hables

Sé lo que estás diciendo,

Así que por favor deja de explicarte

No lo digas porque duele.

No hables

Sé lo que estás pensando

No necesito tus razones

No lo digas porque duele.

Me levanté del sofá, desesperada. Necesitaba huir, esconderme... Si en aquel momento hubiera podido salir de aquella puta isla, no habría mirado atrás ni un solo segundo. Me dirigí corriendo a mi habitación, cerré la puerta y me quedé apoyada contra ella. La voz de Al seguía llegando con claridad, torturándome hasta la locura. Le sentía tan lejano e inaccesible como si estuviera a una galaxia de distancia y, al mismo tiempo, tan cercano como para que su presencia hiriera a cada segundo mi alma. No podía soportar aquello. Me estaba volviendo loca.

Saqué el móvil del bolsillo y rebusqué en mi maleta hasta encontrar unos auriculares. Me tumbé en la cama y puse en marcha el reproductor de música. Solo llevaba canciones de bandas sonoras. Hacía años que no escuchaba otra cosa. Nada que tuviera un mensaje, nada que pudiera recordarme a él. Las suaves notas de *The long road* de Mark Knopfler inundaron mis oídos y consiguieron acallar la voz de Al. Mi respiración se fue acompasando con aquella música, mi corazón fue frenando poco a poco su ritmo y las lágrimas dejaron de caer. No me había dado cuenta de que estaba tan agotada, pero, en cuanto conseguí tranquilizarme, me quedé dormida.

Cuando abro los ojos, estoy de nuevo en el bosque. No entiendo qué hago aquí. No he hecho ningún ritual para volver a contactar con este sitio. Durante unos segundos, me quedo paralizada. ¿Y si he vuelto a quedarme atrapada en este lugar? Miro hacia mi vientre, buscando el cordón plateado que debería permitirme salir, pero no hay nada. Noto que mi corazón y mi respiración se aceleran.

Giro sobre mí misma tratando de encontrar una explicación y entonces me doy cuenta de algo. No estoy viendo el bosque desde mis ojos. Puedo verme a mí misma de pie, puedo ver mi expresión asustada... Lo estoy contemplando desde fuera, como si estuviera viendo una película. No es un viaje astral. Es solo un sueño. La idea de que podré despertar en cualquier momento me tranquiliza y hace que empiece a caminar para explorar el bosque. Supongo que mi subconsciente quiere decirme algo al hacerme soñar con este lugar y creo que será mejor que averigüe qué es.

El bosque parece tranquilo. Sería un hermoso lugar si no fuera por esa luz

morada que tiñe el cielo y que hace que todo parezca más oscuro y tenebroso. El silencio también me hace sentir incómoda. No es un silencio natural. No hay pájaros ni zumbidos de insectos. Ni siquiera se oye el susurro del viento entre los árboles y mis pasos sobre las hojas secas tampoco producen ningún sonido. Lo único que percibo es una especie de murmullo lejano. Me aproximo hacia la fuente de ese sonido preguntándome qué será y acabo llegando al mismo claro de siempre.

Me acerco, temiendo que, como en todas las ocasiones anteriores, la entrada me estará vetada. Extiendo una mano, esperando chocar contra un muro invisible, pero no hay nada. Entro en el claro y me quedo quieta, mirando a todos lados. No estoy sola. Hay muchas personas aquí, cientos de ellas, aunque no puedo verlas. La mayoría de ellas son solo sombras translúcidas, tan tenues que cuesta trabajo percibir las. Las únicas figuras que puedo apreciar con algo más de claridad son las de las tres chicas arrodilladas frente a una roca en el centro del claro. Siguen siendo casi transparentes, pero ya puedo percibir la forma de su cuerpo y algunos rasgos de su cara.

Me aproximo a ellas con cuidado, pasando entre las sombras que las rodean. Camino poco a poco, con miedo de que alguna de esas sombras me agarre y me impida seguir avanzando, pero no reaccionan. Creo que para esta gente yo no estoy allí, que soy tan invisible para ellos como ellos lo son para mí. Cuando llego frente a la roca, me detengo y la observo. Es una piedra plana con el canto lleno de extraños símbolos, tan antiguos que están casi borrados. Las tres chicas tienen las manos posadas sobre su superficie mientras se mecen de lado a lado y murmuran palabras que no puedo entender.

No tengo muy claro lo que están haciendo, pero siento que está funcionando. Están llamando a algo y ese algo está empezando a despertar y pronto responderá a su llamada. Noto una especie de conciencia terrible y peligrosa que cada vez está más cerca. No sé lo que es, pero sé que no es bueno y que tengo que detenerlas.

Sin pensarlo un segundo, me acerco al altar, lo rodeo y pongo una mano sobre el hombro de la chica que está en el centro. No consigo tocarla. Atravieso su cuerpo como si estuviera hecho de bruma. Lo intento una y otra vez, pero, por más que me desespero, no logro que me perciban. Tengo que decirme a mí misma que estoy en un sueño. Solo puedo ver lo que está sucediendo, pero no me está permitido intervenir. Me siento frustrada y enfadada. ¿Para qué estoy viendo todo esto si no puedo hacer nada? ¿Para

percibir que hay un peligro indefinido que nos acecha? Eso ya lo sabía sin necesidad de soñar nada.

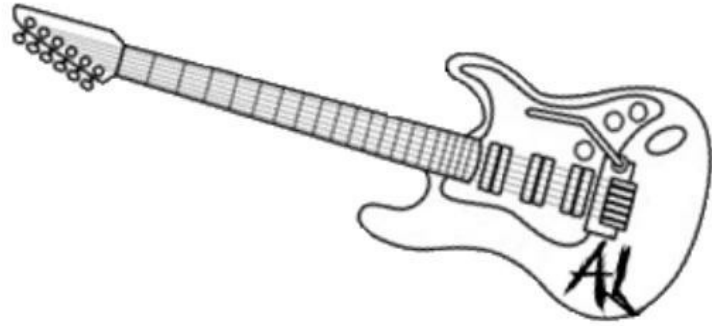
Me repito a mí misma que tiene que haber una razón para que mi inconsciente se haya empeñado en hacerme revivir el tiempo que pasé encerrada en este bosque. Hay algún detalle importante, algo que se me escapa, pero el incesante murmullo de las tres chicas me impide pensar con claridad. Una luz parece encenderse en mi cabeza. El murmullo. Quizá sea eso lo que tengo que entender.

Me arrodillo al lado de una de las chicas y acerco mi cabeza a sus labios, tratando de comprender lo que está diciendo. Es solo una palabra, repetida hasta el infinito. En un primer momento, no entiendo nada, pero, al cabo de varios intentos, consigo comprenderla.

En cuanto escuché la palabra, abrí los ojos. Había regresado al mundo real y volvía a estar tumbada en la cama. Me quité los cascos, me levanté de un salto y salí de la habitación. Escuché las voces animadas de Eric, Al y Debbie llegando desde la cocina. Me dirigí hacia allí casi a la carrera, como si temiera olvidar la palabra.

Cuando crucé el umbral, todos se giraron hacia mí. No debía de tener muy buena cara, porque la conversación cesó nada más verme. Eric y Al se levantaron de sus sillas y se acercaron unos pasos. Extendí una mano para indicarles que se detuvieran y me apoyé en la puerta. Me sentía alterada, mareada y al límite de mis fuerzas, como si acabara de correr cien millas. Temí desmayarme y haber olvidado la palabra cuando despertara, así que, después de tomar aire un par de veces para recuperar el resuello, hice la pregunta:

—¿Alguien sabe qué demonios significa Croatoan?



Capítulo 11

A pesar de que Eli les había indicado que no se acercaran, en cuanto ella terminó de hacer su pregunta, Al se adelantó. Pocas veces la había visto tan pálida, tan temblorosa... Pensó que no iba a sostenerse mucho más en pie por sí misma, así que se puso frente a ella y la agarró por la cintura. Tuvo miedo de que le rechazara o le apartara con un mal gesto, pero sintió que las piernas dejaban de sostenerla y se desplomaba en sus brazos. Eli dejó caer la cabeza hacia adelante y la apoyó en su pecho.

—¿Estás bien, Eli? —preguntó angustiado—. ¿Qué te pasa?

Ella tardó un par de segundos en reaccionar. Levantó la cabeza con esfuerzo y le miró. Cuando sus ojos se cruzaron, el color volvió a su rostro. Le puso una mano en el pecho y trató de apartarle, pero él no cedió en su agarre.

—Estoy bien, Al —dijo con tono firme—. Suéltame.

Obedeció y se apartó un paso, aunque continuó atento por si ella volvía a desfallecer. Eli se dirigió a una de las sillas y se dejó caer sobre ella. Paseó la vista sobre la mesa, cogió uno de los botellines de cerveza que había abiertos y se bebió la mitad de un solo trago. Después, volvió a tomar aliento y a pasear su mirada inquisitiva entre los tres.

—¿Nadie sabe lo que significa Croatoan? —volvió a preguntar.

—Sí, claro —contestó Debbie—. Es la palabra maldita, la de la leyenda de la colonia perdida.

—Por supuesto —dijo Eli dándose una palmada en la frente—. Sabía que me sonaba de algo.

—Pues yo no tengo ni idea de lo que estáis hablando. ¿Y tú, Eric? —Al esperó hasta que el chico negó con la cabeza antes de sentarse en una silla frente a Eli—. ¿Seríais tan amables de iluminarnos?

—Será mejor que lo cuente Debbie —contestó Eloise—. Yo escuché esa leyenda hace muchos años y es posible que no recuerde los detalles.

—Sin problema. Me conozco esa historia desde que era cría. —Debbie se aclaró la garganta antes de hablar, como si fuera a dar una conferencia—. No sé si lo sabréis, pero Roanoke fue la primera colonia inglesa en América, allá

por el siglo XVI. En un primer momento, dejaron un reducido destacamento de hombres con la orden de construir un pequeño fuerte y aguantar allí hasta la llegada de una nueva expedición. Tal como habían prometido, al año siguiente regresaron con ciento quince colonos, destinados a fundar la colonia de Roanoke, pero, cuando llegaron al fuerte, no encontraron ni rastro de los soldados que habían dejado allí.

—¿No había nada? ¿Ni siquiera los cuerpos? —preguntó Eric intrigado.

—No. Absolutamente nada. Ni cadáveres ni señales de lucha. —Debbie había bajado el tono de voz, como si le estuviera contando una historia de terror a un grupo de chiquillos asustados—. Los buscaron por toda la isla, pero no encontraron ni rastro de ellos. Algunos colonos se asustaron. Habían contado con la protección de aquellos soldados y no querían quedarse indefensos en aquellas tierras extrañas, pero el comandante de la flota les prohibió regresar a los barcos e insistió en que fundaran la colonia.

Debbie se quedó unos segundos en silencio y paseó su mirada divertida entre los rostros de sus acompañantes. Parecía que se estaba divirtiendo al contar la historia.

—¿Y qué pasó? —intervino Al impaciente.

—Se asentaron en el fuerte, pero pronto descubrieron que los indios de las cercanías no se lo iban a poner nada fácil. Intentaron reunirse con ellos y firmar un tratado de paz, pero los indígenas se negaron. La situación fue volviéndose más tensa hasta que los indios asesinaron a uno de los colonos.

—¿Aún así se quedaron? —preguntó Eric.

—Sí, pero convencieron a John White, su comandante, para que regresara a Inglaterra a pedir refuerzos. El problema fue que, cuando White llegó a Inglaterra, esta se encontraba en plena guerra contra la Armada Invencible, por lo que no pudo encontrar barcos ni soldados disponibles para regresar a ayudar a la colonia. Durante tres años, estuvo tratando de formar una expedición para volver, ya que había dejado aquí a su hija y a su nieta, Virginia Dare, la primera inglesa nacida en América. —Debbie se detuvo para dar un sorbo a su botellín de cerveza antes de continuar—. Tras ese tiempo, consiguió pasaje para él y sus hombres en una nave corsaria que aceptó parar en Roanoke al volver del Caribe.

—Toda esta película de aventuras que nos estás contando está muy entretenida, pero no entiendo qué tiene que ver con lo que está pasando —la interrumpió Al.

—Yo tampoco —admitió Debbie mientras se encogía de hombros—, pero me habéis pedido que os la cuente.

—Déjala acabar —dijo Eli con tono cortante.

Al negó con la cabeza, puso los ojos en blanco y, tras sacar el paquete de tabaco, se encendió un cigarrillo. Tanto Eric como Eli cogieron uno sin pedirle siquiera permiso. Él frunció el ceño, pero no dijo nada. Sabía que no podía protestar, ya que le estaban dando refugio y comida en aquella casa, pero, si se lo terminaban, no podría comprar más hasta que se levantara el toque de queda a la mañana siguiente.

—Continúa, Debbie, por favor —pidió Eli.

—Bien... Como os decía, el comandante White consiguió regresar a la isla, pero, al acercarse al fuerte, comprobó con horror que estaba desierto. No quedaba absolutamente nadie: ni hombres, ni mujeres, ni niños... Tampoco pudieron encontrar huellas que indicaran que hubiese habido combates contra los nativos ni ningún signo de que hubieran huido apresuradamente. La única pista que se encontró fue la palabra “Croatoan” tallada en el poste de una valla que rodeaba la aldea y, en un árbol cercano, las letras “Cro”, como si hubieran tratado de volver a escribir la misma palabra, pero algo les hubiera impedido terminar.

—Supongo que buscarían a los colonos por la isla, ¿no? —dijo Al—. Quizá simplemente decidieron que no les gustaba ese lugar y se marcharon a otro.

—No pudieron explorar, porque se estaba formando una gran tormenta y los corsarios dijeron que no iban a esperar más y que no querían adentrarse en los bosques de aquel lugar que parecía maldito. White tuvo que marcharse sin obtener ninguna explicación. Tardaron doce años en poder enviar otra expedición, pero el mal tiempo impidió que pudieran acercarse a la isla.

—¿Entonces nunca se supo qué había sido de aquella gente? —dijo Eric confuso—. Después de todos estos años tiene que haber alguna explicación.

—Bueno, hay diversas teorías... Algunos historiadores dicen que, en aquellos tres años que White tardó en regresar, hubo una gran sequía en esta zona. Si se quedaron sin comida, pudieron tratar de huir a otro lugar. Hay quien piensa que, al marcharse, se ahogaron en el mar; otros dicen que consiguieron llegar al continente y se mezclaron con las tribus nativas... —Debbie volvió a bajar el tono de voz hasta convertirlo en un susurro—. Y otros dicen que fueron víctimas de una extraña maldición y se desvanecieron

sin dejar rastro.

Se rió al acabar de hablar mientras negaba con la cabeza. Al no sintió la más mínima gana de acompañarla en aquella risa. Cruzó sus ojos con los de Eli y ella asintió. Los dos estaban pensando lo mismo: según lo que habían visto en las fotos de Tala, la teoría de que aquella gente se había desvanecido era mucho más real de lo que pensaba Debbie.

—Gracias por contar la historia —dijo Eli levantándose de la silla—. Creo que Eric debería investigar en Internet si hay más información sobre la colonia y sobre esa palabra.

—¿En serio crees que tiene algo que ver con lo que está pasando? —preguntó Debbie con una sonrisa de incredulidad en la cara.

—He vuelto a soñar con el bosque y con ese claro. Las amigas de Samantha estaban allí, pronunciando esa palabra. —Eli soltó un suspiro antes de continuar hablando—. Sé que no crees en estas cosas, pero esa palabra puede ser parte de algún hechizo o maldición o el nombre de algún espíritu al que adorasen los indígenas en aquella época. Tenemos que descubrir a qué nos enfrentamos.

Debbie negó con la cabeza y soltó otra risita, como si todo aquello le resultara ridículo. Eli volvió a mirar a Al y enarcó una ceja mientras hacía un sutil gesto con la cabeza en dirección a la chica. Él se sorprendió al entender tan bien sus gestos después de todo el tiempo que llevaban separados. Quería contarle a Debbie lo de las fotos, hacer que todo su escepticismo volara por los aires. Negó con la cabeza, se levantó de la silla y le puso una mano en el hombro a Eric.

—¿Crees que podrás encontrar algo en el ordenador?

—No lo sé. Primero tengo que acabar con lo que he estado haciendo hoy —contestó Eric.

—¿Vas a seguir poniendo puntos en el mapa? —preguntó Debbie—. Ya has visto que no sirve para nada.

—Sé que hay una relación y no voy a parar hasta descubrirla. —Eric también se levantó y se dirigió a su habitación—. Voy a seguir un rato más y me voy a la cama. Estoy molido.

—A ver si es verdad y esta noche se puede dormir —bromeó Al.

Eric enrojeció y soltó un resoplido antes de desaparecer por el pasillo. Debbie se despidió con una sonrisa traviesa en la cara que parecía indicar que no estaba dispuesta a permitir que su novio descansara todo lo que necesitaba

y se marchó. Cuando estuvieron solos, Al se encaminó hacia la nevera, sacó dos botellines de cerveza y los dejó sobre la mesa. Eli levantó la vista hasta cruzarse con sus ojos y negó con la cabeza.

—¿No bebes demasiado? —preguntó cortante.

—Puede ser... Estoy intentando controlarme, por eso del racionamiento y tal, pero no se me da muy bien. Todo esto de la cuarentena y las epidemias extrañas me altera mucho. —Desvió la mirada para sacar otro cigarrillo del paquete antes de seguir hablando—. Y estar cerca de ti también me pone nervioso.

Se arrepintió de aquellas palabras en cuanto las pronunció. No era buena idea sincerarse con Eli y exponer sus sentimientos para que los pisoteara.

—¿De qué vas, Al? —preguntó ella cortante.

—¿Cómo que de qué voy?

—Te empeñas en ser mi amigo cuando ya te he dicho que no quiero saber nada de ti. Me haces comentarios hirientes...

—¿Qué comentarios?

—Joder, ya lo sabes... —Ella bufó antes de seguir hablando—. ¿A qué ha venido lo de cantarme antes *Don't speak*? ¿Es que te estás riendo de mí?

—Solo era una broma —contestó él encogiéndose de hombros—. Me dijiste que no te hablara y me vino la canción a la cabeza.

—Pues no ha tenido ni puta gracia.

Eli se levantó y salió de la cocina sin decir una palabra más. Durante un segundo, pensó en llamarla y pedirle perdón, pero decidió que era mejor no hacerlo. Se levantó con el botellín de cerveza en la mano, abrió la ventana y se sentó en el alfeizar para terminarse el cigarrillo mientras contemplaba aquel extraño cielo cubierto de nubes violáceas. La verdad era que no había sido una broma. Había cantado aquella canción para hacerle daño. Ella se lo hacía con cada mirada de desprecio, con cada comentario humillante, con su firme decisión de mantenerse alejada y distante. Lanzó un largo suspiro. ¿Por qué le molestaba tanto que ella le tratara así? ¿Qué era lo que pretendía? Había sido él quien la había abandonado años atrás y seguía pensando que había sido una decisión acertada y que no había podido hacer otra cosa. Entonces, ¿por qué le dolía tanto que ella ya no le quisiera? ¿De verdad pretendía que ella siguiera enamorada de él tanto tiempo después? No lo sabía. No sabía lo que quería ni lo que sentía. Lo único en lo que podía pensar era en que tenían que solucionar lo que estaba sucediendo para poder escapar de aquella isla antes de volverse

loco.



Capítulo 12

El sonido de dos golpes suaves en la puerta de la habitación me sacó del sueño. Me senté en la cama, aún confusa y desorientada, y, antes de poder contestar, volví a escuchar otros dos golpes. Me levanté tan rápido como pude y abrí la puerta para encontrarme a Debbie con la mano en alto, dispuesta a llamar de nuevo.

—¿Hay un incendio? —pregunté sin poder ocultar mi mal humor.

—Perdona por haberte despertado —se disculpó ella—. Eric dice que ha descubierto algo y quiere que vayáis a verlo.

—¿Qué hora es?

—Las siete y media de la mañana. —Me di cuenta de que ella tampoco tenía cara de que aquello le estuviera haciendo la más mínima gracia.

—¿Y cómo ha podido descubrir algo a estas horas?

—Se ha tirado trabajando toda la noche —dijo frunciendo el ceño—. Espero que sea importante o tendré que matarle.

—Estaré ahí en cinco minutos.

Volví a cerrar la puerta y me vestí tan rápido como pude con la misma ropa que había llevado el día anterior. Después, me senté frente al tocador y observé mi aspecto. Parecía pálida y demacrada y tenía unas ojeras de un profundo color morado. Después de la conversación de la noche anterior con Al, había pasado horas dando vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. No había tiempo para arreglar aquello, así que me limité a cepillar un poco mi pelo, tan revuelto como siempre, y a anudarlo en una descuidada trenza.

Cuando llegué a la habitación, todos estaban ya esperándome. Me fijé en que los rostros de Debbie y Al presentaban las mismas ojeras que el mío. Se habían sentado en la cama y observaban a Eric con gesto cansado e impaciente, como si estuvieran deseando que acabara su explicación para poder ir corriendo a por un café cargado. Curiosamente, Eric, que había estado toda la noche en vela, era el único que parecía animado y rebosante de energía. En cuanto me vio, su cara se iluminó con una sonrisa. Me señaló la silla que tenía al lado.

—Ya podemos empezar —anunció exultante—. Ven. Siéntate aquí.

Le obedecí y me quedé mirando la pantalla del ordenador. Eric nos observó a todos con la mirada brillante, como si fuera un mago dispuesto a mostrar su mejor truco. Después, se giró hacia el ordenador e hizo que en la pantalla apareciera un dibujo.

—Esto es un mapa de Manteo —explicó—. Como os dije ayer, estuve colocando un punto en el domicilio de cada una de las personas que han caído enfermas en los últimos días. Como podéis ver, aparte de mostrarnos que son un montón, no nos sirve para nada más.

—Espero que no nos hayas despertado solo para decirnos que has acabado de poner puntitos en tu dichoso mapa —comentó Al enfadado.

—No, tranquilo. He conseguido mucho más.

Eric sonrió ilusionado antes de cerrar el primer mapa y abrir otro, en el que aparecían muchos menos puntos.

—¿Qué se supone que es eso? —pregunté acercándome a la pantalla para tratar de distinguir algo.

—Como os he dicho, los datos del primer mapa no aportaban ninguna información importante. Estuve dándole vueltas toda la noche hasta que recordé una frase que dijo ayer Debbie, algo sobre que la gente se mueve.

—Sí. Dije que la gente se mueve, trata con otra gente y se contagia —intervino ella—. Es el comportamiento normal de toda epidemia.

—Lo importante de eso es que la gente se mueve —la cortó Eric—. Pensando en eso, llegué a la conclusión de que sus domicilios no nos servían de nada, porque no podíamos deducir dónde se contagiaron a partir de ellos.

—¿Y cómo vamos a averiguar eso? —preguntó Al.

—No hay manera de averiguarlo —contestó Eric encogiéndose de hombros. Aquello provocó un resoplido hastiado de Al—. Espera, no te impacientes. Dándole vueltas, se me ocurrió una idea. La única manera de saber si había alguna forma diferente de propagación era fijándome en la gente que no se mueve.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté intrigada.

—He buscado los pacientes de más de noventa años. No creo que esa gente se mueva mucho de su casa. Eso es lo que aparece en este mapa —dijo señalándolo—. Como veis, he marcado con números el día en el que se contagiaron.

—Pues sigo sin ver nada que pueda ayudarnos. —Al se había levantado

para colocarse justo a mi espalda e inclinarse sobre mi hombro para ver mejor la pantalla. Me sentí muy incómoda, pero preferí no decir nada. Presentía que estábamos ante algo importante—. ¿Me lo puedes explicar?

—Claro. Para eso he hecho este tercer mapa —dijo mostrándonos una nueva imagen, que mostraba el mismo dibujo pero cubierto de círculos.

Eric se quedó en silencio durante unos segundos, como si esperase que dedujéramos por nosotros mismos el significado de lo que nos mostraba. Me miró a los ojos y enarcó las cejas, esperando mi opinión, pero yo me limité a negar con la cabeza.

—Joder, si se ve clarísimo... —protestó—. Simplemente he unido los casos de cada día. El círculo más pequeño corresponde a los contagiados el primer día; el siguiente a los del segundo...

—¿Y qué quiere decir eso? —preguntó Debbie.

—Que se expande en círculos concéntricos cada vez mayores. Se comporta como las ondas que aparecen cuando tiras una piedra a un lago —Eric nos dio unos segundos para que asimiláramos la información—. ¿En serio no veis todas las implicaciones que tiene esto?

—No —admitió Debbie—. ¿Podrías explicárnoslo?

Eric soltó un bufido, sacó un cigarrillo de su paquete de tabaco y lo encendió antes de empezar a hablar.

—Lo primero es que esto no es una epidemia. Las epidemias no son tan ordenadas. Lo segundo es que, al no ser una enfermedad contagiosa como cree el CDC, sus medidas no van a servir absolutamente para nada. Por mucho que la gente se encierre en su casa y no trate con nadie contagiado, esa cosa seguirá expandiéndose y acabará por pillarnos a todos.

—Joder —dijo Al tras soltar un silbido—. ¿Cuándo crees que nos cogerá a nosotros?

—Si seguimos en esta casa, no creo que tengamos más de dos o tres días. —Eric le dio otra profunda calada a su cigarrillo antes de continuar—. Pero espera, que eso no es lo peor.

—¿Hay algo peor que estar encerrados en una isla que está condenada?

—Sí, que creo que esto no va a detenerse en Roanoke. Si los círculos siguen creciendo, pronto alcanzará los Outer Banks y, en unos días más, llegará al continente.

—Eso no lo puedes saber —protestó Debbie—. Sinceramente, creo que se te está yendo un poco la olla. Estás sacando conclusiones raras de unos datos

que has elegido a lo loco.

—Piensa lo que quieras. Sé que tengo razón y hay muchas cosas que lo confirman —dijo Eric dolido.

—¿Sí? ¿Cómo qué?

—Si esto fuese una epidemia, ¿por qué el personal del centro médico no se ha contagiado? Los primeros días estuvieron tratando a los enfermos sin tomar ningún tipo de precaución. —Eric esperó a que Debbie contestara y, al ver que no lo hacía, esbozó una sonrisa de superioridad—. Y tengo otro dato más que prueba que todo esto se sale de lo normal. Mirad el mapa.

Los tres nos inclinamos hacia la pantalla y contemplamos aquellos círculos sin saber qué era lo que debíamos buscar.

—Fijaos en el punto central de los círculos, el lugar en el que empezó todo. —Eric nos dio unos segundos antes de explicarse—. Es la colonia perdida, el lugar en el que se levantó Fort Raleigh.

—¡No jodas! —exclamó Al.

—Es ahí donde las amigas de Samantha hicieron el ritual, ¿verdad? —preguntó Eric girándose hacia Debbie.

—No lo sé con exactitud, pero sé que fue en esos bosques —respondió Debbie de mala gana—. De verdad que no puedo creer que estemos hablando de esto. ¿En serio pensáis que esas chicas han despertado alguna antigua maldición india o a algún espíritu furioso? Todo esto es ridículo.

—Eso es exactamente lo que pensamos —contesté con voz firme—. No sabemos lo que es, pero creo que, sea lo que sea lo que hicieron esas chicas, han vuelto a poner en marcha lo mismo que les pasó a los antiguos colonos de Roanoke.

—Ya os expliqué ayer que hay muchas hipótesis sobre lo que les sucedió. Lo más seguro es que se marcharan de aquí porque se morían de hambre y que se ahogaran en el mar o fueran exterminados por las tribus del continente.

—¿De verdad te parece lógico que esa gente abandonase la seguridad de un fuerte, en el que además esperaban la llegada de víveres y refuerzos, para aventurarse a lo desconocido llevando mujeres y niños? —pregunté—. No eran soldados ni intrépidos exploradores. Eran campesinos y ganaderos con sus familias. Nunca se habrían marchado de Roanoke por su propia voluntad.

—¿Y qué sugieres que pasó? —preguntó retándome—. ¿Crees que se desvanecieron en el aire?

Me giré para clavar mi mirada en los ojos de Al. Él dudó durante un par de

segundos, soltó un suspiro y asintió. Necesitábamos que Debbie nos creyera y se implicara en la investigación tanto como lo estábamos los demás. Al sacó el móvil del bolsillo trasero de sus pantalones, rebuscó hasta encontrar las fotos que nos había pasado Tala y se lo tendió. Ella fue pasando las fotos con cara de no entender nada.

—Son las amigas de mi hermana, pero no veo nada raro. Siguen dormidas.

Le tendió el móvil a Al para devolvérselo, pero él negó con la cabeza.

—Amplíalas y fijate en la zona de los hombros.

Debbie le obedeció mientras Eric se acercaba a ella para poder mirar. De repente, la chica abrió muchos los ojos y perdió el color de su cara.

—¿Qué mierda es esta?

—Lo que se trasparenta a través de su cuerpo es la cama, sí —intervine—. Se están desvaneciendo. Están desapareciendo... como les pasó a los colonos de Roanoke.

Al chasqueó los labios y me lanzó una mirada enfadada. Sabía que quizá estaba siendo demasiado cruda con Debbie, pero no podía andarme con remilgos. Si los datos que había deducido Eric eran correctos, solo nos quedaban unos días para solucionar aquello.

—¿Esto es un trucaje? ¿Es una broma?

—No lo es, Debbie. —Tomé su mano para reconfortarla—. Sé que no nos conoces mucho, pero nunca bromearíamos con algo así.

—¿Pero entonces esto también le va a pasar a mi hermana? —preguntó mientras las primeras lágrimas escapaban de sus ojos—. ¿Nos va a pasar a todos?

Eric se levantó de la silla y la abrazó. Aquel gesto hizo que todas las barreras de Debbie cayeran y que se pusiera a llorar como una niña desvalida, con todo su cuerpo sacudido por los sollozos. Eric nos miró, como si buscara ayuda para consolarla. Aún estaba planteándome qué decir para calmarla cuando escuchamos el ruido de la puerta de la calle al cerrarse.

—Debbie, ¿estáis en casa?

Era la voz de Adele, su madre. Debbie se separó de los brazos de Eric como si hubiera sido propulsada por un resorte y se limpió a toda prisa las lágrimas.

—Ni una palabra de esto a mis padres —nos ordenó—. No quiero preocuparles.

Esperó hasta que los tres asentimos y salió de la habitación fingiendo una

sonrisa, que desapareció en cuanto vio el rostro cubierto de lágrimas de su madre. La mujer se lanzó a sus brazos, la apretó con fuerza y comenzó a sollozar.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Sammy está bien?

—Sí, tranquila. —La mujer se separó e intentó controlarse y limpiarse la cara—. Ella sigue igual, pero nos han echado del hospital y nos han dicho que no volvamos.

—Eso no puede ser. ¿Quién os ha echado?

—Los hombres del CDC —contestó su padre con la voz cargada de rabia—. Dicen que allí no podemos hacer nada, que necesitan todo el espacio para los nuevos pacientes y que estamos corriendo un peligro de contagio innecesario.

—Han dicho que nos avisarán si hay algún cambio, pero que no nos acerquemos al hospital —dijo Adele llorando de nuevo—. ¿Cómo voy a vivir sin saber nada de mi niña?

—Tenemos a Keira dentro. Ella podrá informarnos —trató de consolarla Debbie.

—Con eso no es suficiente. —La mirada de Adele cambió. Pasó de ser angustiada a teñirse de determinación—. Hemos estado hablando con las otras familias y esta tarde nos reuniremos frente al ayuntamiento para exigir explicaciones. Vamos a avisar a más gente para que acuda todo el pueblo.

No me pareció una buena idea. Yo sabía que, aunque se reuniera una multitud, no había peligro de contagio, pero el CDC no pensaría lo mismo. Tratarían de dispersar a la gente como fuera y la situación podía volverse bastante violenta. Sin embargo, la determinación que vi en los ojos de Adele y Arthur me hizo darme cuenta de que no se atenderían a razones. Lo único que podíamos hacer era apoyarles.

—Iremos con ustedes —dije mientras me adelantaba para poner una mano en el brazo de Adele y reconfortarla.

La mujer frunció el ceño y paseó su mirada entre mi rostro y el de Al. Parecía confusa al vernos en su casa, como si no estuviera segura de quiénes éramos y qué estábamos haciendo allí.

—Recuerdas a Eloise, ¿verdad? —intervino Debbie—. Vino para ayudarnos a cuidar de Sammy.

—Sí, te recuerdo. ¿No estabas enferma tú también?

—Sí, pero no sufría la misma enfermedad que tienen los demás y pude

recuperarme.

—¿Y él quién es? —preguntó la mujer.

—Es Al, el... el marido de Eloise —contestó Debbie—. Le avisamos para que viniera cuando ella se puso enferma. El problema es que se han quedado atrapados en la isla por la cuarentena, así que les he permitido quedarse aquí. Espero que no te enfades.

—¿Cómo me voy a enfadar? No ibas a dejarles en la calle después de que se ofrecieran a ayudarnos tan amablemente. Además, hoy es Navidad. No podemos permitir que la pasen solos. —La actitud de Adele había cambiado por completo. Ya no parecía angustiada ni confusa. Se quitó el abrigo y se arremangó la camisa—. Ahora mismo voy a preparar las habitaciones. Debbie, Eric y tú dormiréis en tu habitación y Eloise y Al en la de las chicas. Espero que no les moleste tener que dormir en camas separadas. Si quieren, podemos juntarlas.

Sentí como si un abismo acabara de abrirse bajo mis pies. Mientras aquella mujer me dirigía su sonrisa más amable y Debbie me miraba con cara de pena, yo solo podía pensar que tenía que escapar de aquella situación como fuera. Estar con Al durante el día ya era lo bastante doloroso. Necesitaba aquellas horas sin verle para desconectar y tranquilizarme. Hasta aquel momento, mi habitación había sido un refugio en el que poder dar rienda suelta a todos los sentimientos que me provocaba, a la rabia, el despecho, la pena... Y ahora iba a tener que compartirlo con él.

—No se moleste. Estaremos bien así —contesté sin saber qué más decir.

—No es molestia, querida. Lo haremos en un momento.

—He dicho que está bien así.

Mi tono sonó mucho más seco de lo que había esperado. Adele abrió mucho los ojos, sorprendida, y, cuando se recuperó de la impresión, asintió.

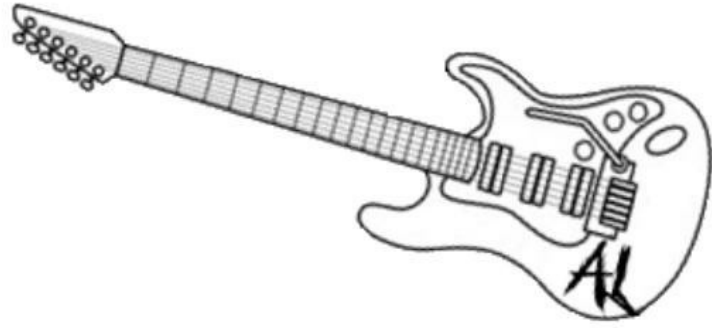
—Está bien. Voy a limpiar las habitaciones y a cambiar las sábanas. Después prepararé una buena comida para todos y esta noche haré una cena especial. Debbie, ¿me ayudas?

Debbie asintió y se dispuso a ir tras su madre. Al pasar por mi lado, puso una mano en mi brazo, se mordió el labio inferior y me miró con cara de pena.

—Lo siento. No se me ha ocurrido otra cosa para explicar por qué estaba Al aquí.

Solté un suspiro y asentí, disculpándola. Cuando Debbie y su madre desaparecieron por el pasillo, me giré hacia Al, esperando distinguir una

mirada de burla en sus ojos, pero no fue eso lo que encontré. Estaba serio y con el ceño fruncido. Parecía que a él tampoco le hacía ninguna gracia tener que pasar más tiempo conmigo.



Capítulo 13

Cuando llegaron frente al ayuntamiento, ya había cientos de personas reunidas allí. Parecía que la convocatoria había sido un éxito y que todo el pueblo había acudido. Al paseó la mirada por los rostros de aquella gente y comprendió al instante el porqué. Se veía miedo, preocupación y rabia en todas aquellas caras. Manteo era un lugar pequeño y todo el mundo tenía un familiar, amigo o vecino que había caído enfermo. Iba a ser difícil que aquella multitud regresara a sus casas sin una buena explicación.

Miró hacia la fachada del ayuntamiento y lo que vio no le gustó nada. A pesar de lo que estaba pasando en el pueblo, el edificio estaba adornado con luces y guirnaldas para celebrar las fiestas. Incluso había un abeto enorme en el jardín, repleto de bolas de colores y cajas de regalo. Aquel ambiente festivo contrastaba con las ventanas y puertas cerradas a cal y canto y con la treintena de policías que custodiaban la entrada. No llevaban el mismo uniforme de los agentes de Manteo. Parecían unidades de antidisturbios que debían de haber llegado de otras localidades del estado. Al final de la calle, divisó un par de camiones en los que supuso que se escondían más hombres armados. Sintió un estremecimiento que le subía por la espalda y se acercó a Eli. Ella se giró y le dirigió una de sus miradas despectivas. Le dio igual. Iba a protegerla quisiera o no.

Un hombre alto y fuerte, vestido con un traje de color gris, se adelantó unos pasos llevando un megáfono en las manos. La gente prorrumpió en unos tímidos aplausos para darle ánimos. Él se llevó el megáfono a la boca y empezó a hablar.

—El pueblo de Manteo se ha reunido aquí para exigir respuestas. —Se escucharon más aplausos y unos cuantos gritos de apoyo—. Queremos hablar con el alcalde o con el agente del CDC al mando y que se escuchen nuestras reivindicaciones.

El hombre dejó de hablar, como si esperase que con solo aquellas palabras, las puertas del ayuntamiento fueran a abrirse. Cuando pasó medio minuto sin que sucediera nada, carraspeó y continuó hablando.

—Queremos informes diarios del estado de nuestros familiares. También exigimos que se nos permita visitarles. Estamos dispuestos a utilizar todas las medidas de prevención necesarias para que esas visitas no supongan ningún riesgo de contagio. Exigimos también estar informados de cualquier noticia sobre la naturaleza y evolución de la enfermedad, sobre el tiempo estimado de la cuarentena y sobre las medidas que van a tomarse para garantizar el suministro de víveres a la comunidad.

Se quitó el megáfono de la boca y esperó. Durante unos cuantos segundos, no sucedió nada. El ayuntamiento continuaba cerrado y los policías permanecían impassibles, sin efectuar movimiento alguno, como si fueran estatuas. La gente empezó a impacientarse y murmurar. Algunos hombres se separaron de la multitud y se adelantaron para colocarse al lado del tipo del megáfono.

En aquel momento, se escuchó un chasquido y alguien empezó a hablar por los altavoces del ayuntamiento. Al reconoció aquella voz fría e impersonal, casi de robot. Era el agente Cox, el encargado del CDC.

—Les ordeno que se dispersen de forma inmediata. Agruparse es una actividad que está poniendo en riesgo su propia seguridad. Disuelvan esta concentración y regresen a sus casas. Se les proporcionará la información que consideremos necesaria en el momento oportuno.

Uno de los hombres que se había adelantado le arrebató el megáfono a su compañero. Era mucho más grande y corpulento y parecía tener menos paciencia que su amigo.

—No nos vamos a ir a ningún sitio. ¡Quiero saber cómo está mi hijo! ¡Quiero verle! —Se escucharon gritos de apoyo entre la multitud, mucho más altos que los anteriores—. Esta gente quiere ver a sus hijos, a sus maridos y mujeres, a sus padres... No nos vamos a ir a nuestra casa a esperar. ¡Exigimos hablar con un responsable!

Los gritos se hicieron continuos y más personas se adelantaron. Empezaron a pisar el césped del cuidado jardín que rodeaba el ayuntamiento. Los policías siguieron sin moverse, aunque Al estuvo seguro de que solo haría falta una palabra para que se pusieran en marcha. Los altavoces volvieron a sonar.

—Retírense y regresen a sus casas de forma ordenada de inmediato. Si no lo hacen, tendremos que cargar y dispersarles. Es el último aviso.

Aquellas palabras produjeron el efecto contrario. La gente empezó a gritar mientras seguía avanzando. Al vio que Eric, Debbie y sus padres también

comenzaban a caminar hacia el ayuntamiento. Antes de que Eli pudiera seguirles, la agarró por el brazo.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—No me gusta nada la pinta que tiene esto —contestó él—. Prepárate para correr.

—No van a cargar contra gente indefensa.

Al se permitió una sonrisa sarcástica y continuó agarrándola, sin dejar que diera un solo paso más. Mientras tanto, los primeros hombres ya estaban llegando a la puerta del ayuntamiento, a tan solo un par de pasos de los policías, que continuaban firmes, con las miradas al frente.

—Tienen diez segundos para empezar a dispersarse —atronaron los altavoces—. De lo contrario, cargaremos.

Nadie se movió. La multitud se colocó justo frente a los policías y continuó gritándoles, cada vez más exaltada. Al contempló a aquella gente, pensando que se habían vuelto locos. Había ancianos, mujeres con niños pequeños... Incluso vio un par de cochecitos de bebé. Por un segundo, pensó que quizá Eli tuviera razón. No serían capaces de atacar a aquella gente. Sin embargo, un nuevo chasquido le alertó de que el agente Cox iba a volver a hablar. Tan solo pronunció una palabra:

—Cargad.

Los policías se pusieron en movimiento y sacaron sus porras de forma sincronizada, como si aquel movimiento fuera parte de una coreografía perfectamente ensayada. Sin dar muestras de la más mínima compasión, empezaron a golpear a la gente de las primeras filas. Se escucharon voces de protesta, que pronto fueron reemplazadas por gritos de miedo y dolor. La mayoría de la gente se giró y empezó a huir, pero chocó contra las personas que, sin importarles los golpes de los policías, luchaban por llegar a la primera fila para pelear. En tan solo unos segundos, se desató la locura. La gente se empujaba, caía y era pisoteada, mientras los policías trataban de avanzar ayudándose de sus porras.

Buscó a Eric entre la multitud. Se habían separado unos pasos, pero Al vio que el chaval había agarrado a Debbie de la mano y empujaba para salir de allí, seguido por los padres de la chica. Le pareció una idea genial y trató de seguirles, pero estaban totalmente rodeados por una masa enloquecida que les zarandeaba como si fueran muñecos de trapo. Notó la mano de Eli apretando la suya con fuerza. Incluso en la situación en la que estaban, se giró hacia ella

y le lanzó una sonrisa para transmitirle que no se preocupara, que iba a sacarla de allí.

Vio algo de hueco a su izquierda y empezó a avanzar, empujando con la mano libre, clavando los codos a cualquiera que se pusiera en su camino... Por todos lados se escuchaba el sonido de las porras golpeando, gritos de terror, aullidos de dolor, pasos y carreras... No se giró ni una sola vez. Siguió avanzando con la vista fija en el final de la calle, rezando para poder salir ilesos de aquel infierno.

De repente, por encima del caos existente, se oyó el sonido de varios motores aproximándose a toda velocidad. Un par de camiones aparecieron al final de la calle y se detuvieron bloqueando la salida. Varios hombres del pueblo se bajaron de ellos y empezaron a colocar en medio de la carretera los contenedores de basura que encontraron y algunas vallas a modo de improvisada barricada. Se colocaron detrás y empezaron a arrojar piedras a los policías, sin que pareciera importarles que muchos de sus vecinos estuvieran en el sitio al que apuntaban.

Escuchó aún más gritos a su espalda y se giró durante un segundo. Los camiones del ejército que estaban colocados al otro lado de la calle abrieron sus puertas y de su interior empezaron a bajar más soldados armados con escudos y rifles. El ruido de los primeros disparos le heló la sangre en las venas. No podía creer que estuvieran disparando a civiles desarmados. La gente empezó a correr despavorida en todas direcciones. Escuchó un silbido pasando cerca de su cabeza y vio que el proyectil llegaba hasta una pared y rebotaba. Sintió algo de alivio al darse cuenta de que estaban disparando pelotas de goma, aunque aquello no disminuyó sus ganas de largarse de allí. Aquellos proyectiles iban a velocidad suficiente como para hacerte una buena avería. El problema era que, en aquel momento, no divisaba una salida fácil. Podía correr hacia los soldados y enfrentarse a sus pelotas de goma o hacía los vecinos de Manteo, que estaban arrojando una auténtica lluvia de piedras y baldosas arrancadas de la calle.

Decidió correr hacia el lado de los vecinos, pensando que estos, al menos, no apuntarían a darles. Consiguió salir de la aglomeración de gente con Eli agarrada de su mano. Se giró un momento hacia ella para ver cómo estaba. Tenía las mejillas encendidas, la trenza se le había deshecho por completo y, en medio de los empujones, se le habían soltado varios botones de la camisa. Pensó que no era buen momento para comentárselo. Ya se lo diría cuando

estuvieran a salvo.

Divisó una calle lateral por la que estaba escapando la gente. Tiró de Eli y empezaron a correr. Se escuchaban sirenas que se acercaban por las calles paralelas. Le dio pena haber dejado tirados a los vecinos que trataban de resistir, pero aquella no era su guerra. En realidad, daba igual lo que aquella gente protestara. El CDC no podía hacer nada para arreglar la situación. Solo ellos sabían qué era lo que estaba pasando. No podía permitir que a Eli le sucediera nada malo. Si ella no lo solucionaba, nadie podría hacerlo.

Distinguió a lo lejos las luces de varios coches de policía y el resplandor rojizo de un incendio. Parecía que el caos empezaba a extenderse por toda la ciudad. Seguir adelante por aquella calle tampoco parecía buena idea. Vio por el rabillo del ojo un callejón pequeño y oscuro y tiró de Eli para dirigirse hacia allí. La empujó hacia el fondo del callejón y se apretó contra su cuerpo para asegurarse de que nadie podía verlos. Un par de segundos después, un coche patrulla pasó a toda velocidad, seguido por uno de aquellos camiones del ejército.

Cuando los vehículos desaparecieron y el sonido de las sirenas se alejó, Eli puso las manos en su pecho y le empujó para que se apartara. Él, en lugar de hacerlo, se inclinó hacia ella para susurrar en su oído:

—Parece que hay cosas que no cambian por mucho tiempo que pase. Aquí volvemos a estar tú y yo, en un callejón oscuro, escapando de la policía, como en Gardner.

Ella levantó la cabeza y se le quedó mirando con la boca abierta, sin saber qué decir. En aquel momento, con el pelo revuelto, los ojos brillantes y las mejillas encendidas, Al volvió a ver a aquella chica de la que se había enamorado tanto tiempo atrás. Olvidó todas sus peleas, todo el dolor que le había causado con sus acciones pasadas, todo lo que había luchado por olvidarla... Volvió a ser aquel chaval feliz y despreocupado que solo podía pensar en besar a la chica más bonita del mundo. Se inclinó de nuevo hacia su oído y canturreó:

—Quiero morir contigo, Eli, esta noche en las calles... En un beso eterno...

Ella no respondió con una broma, como la otra vez. Vio que sus ojos brillaban aún más y no supo interpretar si era por la rabia o por las lágrimas contenidas. Eli volvió a colocar las manos en su pecho, impidiéndole acercarse, bajó la cabeza durante un segundo y lanzó un largo suspiro. Cuando

volvió a alzarla, le lanzó la mirada más triste del mundo.

—Cuando se destruye un amor como el que yo te tenía, el dolor es tan intenso que lo arrasa todo —dijo sin apartar la mirada—. Lo siento, Al. Ya no tengo un corazón para quererte.

No supo qué fue lo que se le pasó por la cabeza en aquel momento. Ella acababa de rechazarle otra vez, se suponía que él intentaba no amarla... Sin embargo, no podía pensar en otra cosa que no fuera en besarla, en sentir su cuerpo entre sus brazos, en fundirse con ella en un beso que durase para siempre y dejase el resto del mundo muy lejos, que les transportase a otra dimensión donde nada ni nadie pudiera alcanzarlos. En aquel preciso instante, supo que el problema no estaba en ellos dos, que seguían encajando, que seguía queriéndola con la misma intensidad de aquel último día, quizá más. Negó con la cabeza y lanzó una de aquellas medias sonrisas que siempre la habían desarmado.

—Para no tener corazón, puedo escucharlo desde aquí —dijo mientras acercaba los labios a su boca. Se quedó a solo una pulgada, dándole una última oportunidad para que se apartase—. Y sé que late por mí.

Eli dejó de empujarle y no se apartó. Fue ella la que recorrió aquella última pulgada para que sus labios se juntaran y surgiera de nuevo la misma magia. Solo necesitó volver a sentir el calor de su boca y sus manos enlazadas en su pelo para que la sangre se le acelerara y le reviviera con la fuerza de un río en primavera, con la energía de la savia nueva recorriendo un tronco reseco... Y supo que, durante todos aquellos años, había estado muerto y que, con tan solo un beso, ella acababa de devolverle la vida.

El hechizo no duró mucho. Eli se separó y le empujó con más fuerza. Él dejó de rodearla con los brazos y dio un paso atrás, confundido. ¿Acaso ella no había sentido lo mismo? ¿De verdad ya no sentía nada por él? Su rostro, totalmente empapado de lágrimas, le dio la respuesta. Claro que lo sentía. Aquel beso también había sido importante para ella, también había removido en su interior algo que creía muerto.

Antes de que pudiera decir una palabra, Eli se giró hacia la salida del callejón y empezó a correr. Al tardó un par de segundos en reaccionar y salir tras ella. Cuando la alcanzó, la agarró por un brazo y la obligó a girarse hacia él.

—Dime que ya no me quieres y te dejaré en paz para siempre —prometió sin atreverse a mirarla a los ojos.

—¿Cómo iba a seguir queriéndote si ya no estabas? No te imaginas cuánto me dolía tu ausencia. Habría preferido morir de sed, asfixiarme por la falta de aire... Todo me recordaba a ti. Estabas en todos los paisajes, en todos los recuerdos, en todas las canciones... Y faltabas a mi lado. No tenerte fue una tortura tan cruel que no tuve más remedio que aprender a odiarte para seguir viviendo.

—¿Entonces ahora me odias?

—Sí... No me quites también eso.

Tuvo ganas de protestar, de decirle que quizá se habían equivocado, que podrían luchar para arreglarlo... pero la voz de Eli había sonado tan triste, su tono había sido tan desgarrador y suplicante, que no pudo reunir el valor para decir nada. Quizá ella tenía razón. Después de todo, los argumentos que tuvo para abandonarla seguían allí: ella seguía siendo una bruja capaz de cualquier cosa para derrotar al mal y él seguía sin estar seguro de poder vivir con eso. ¿De qué serviría intentar resucitar algo que estaba condenado al fracaso? Asintió mientras sentía como su corazón, que él creía recuperado, se resquebrajaba de nuevo por las mismas viejas grietas y soltó su brazo. Ella volvió a correr y desapareció al salir del callejón.

Se quedó mucho rato allí de pie, apoyado contra la pared del callejón, fumándose un cigarrillo tras otro, repitiéndose una y otra vez los mismos argumentos para convencerse de que sería mejor dejar las cosas como estaban. Sin embargo, cada vez que cerraba los ojos, seguía sintiendo los labios de Eli en los suyos, el cosquilleo de su lengua recorriendo su boca, aquel estremecimiento en su piel ante el roce de sus dedos... Esbozó una sonrisa triste. Toda la vida siendo un escéptico para acabar hechizado por el fantasma de un beso...



Capítulo 14

Tardé más de dos horas en regresar a casa de los Sherman. La ciudad seguía tomada por los soldados y, de vez en cuando, veía desde lejos cómo se llevaban detenidos en sus camiones a algunos vecinos del pueblo. Tuve que ir cambiando de dirección continuamente para esquivarlos y esconderme muchas veces en callejones oscuros.

Cuando por fin llamé a la puerta, escuché el ruido de unos pasos apresurados y, en un par de segundos, Eric apareció en el umbral. Soltó un largo suspiro de alivio y me estrechó entre sus brazos.

—Joder, menos mal que has llegado. Estábamos muy preocupados por ti.

El chico debía haberlo pasado muy mal para haberse olvidado de que no me gustaban las demostraciones de afecto, así que luché para dejar de estar tan envarada y le devolví el abrazo. Cuando se separó, eché un vistazo al interior de la casa. Debbie y sus padres estaban allí y me sonreían como si mi presencia fuera un pequeño milagro. También estaba Al, sentado en la barra de la cocina con un botellín de cerveza entre las manos. Ni siquiera me miró.

—Lo siento. Ha sido muy difícil llegar hasta aquí esquivando a los soldados. Están deteniendo a mucha gente —expliqué—. ¿Vosotros estáis todos bien?

—Sí. Por suerte no nos ha pasado nada —contestó Adele—. Te estábamos esperando para cenar.

—No te molestes. Estoy tan nerviosa que no podría comer nada. Voy a quedarme un rato sentada en el porche para tranquilizarme y luego me iré a dormir.

—Pero es la cena de Navidad —protestó Adele—. No puedes quedarte ahí fuera, sola...

—No quiero ser descortés, pero no me apetece. Hoy no sería una buena compañía para nadie —volví a disculparme—. Cenad tranquilos.

—Está bien —dijo Eric, aunque por su mirada pude deducir que seguía preocupado por mí—. Si en algún momento cambias de opinión...

Asentí para dar por finalizada la conversación. Él se mordió el labio

inferior. Supuse que le habría gustado decir algo más para convencerme, pero no se atrevió. Dejó la puerta entornada para que pudiera entrar cuando quisiera. Yo me senté en una de las mecedoras y empecé a preparar mi pipa mientras me preguntaba cómo aquel chaval podía haber llegado a quererme tanto en el poco tiempo que había pasado desde que nos conocimos. Eric era muy intenso en sus sentimientos, pero sospechaba que la razón por la que me había cogido tanto cariño era que estaba solo. Aunque tenía a Debbie, había perdido a su familia y me preocupaba que pudiera haberme tomado como una especie de madre sustituta. Yo no podía hacer ese papel. Como le había dicho a Al hacía pocas horas, ya no tenía corazón. Llevaba años intentando no querer a nadie, que nadie me importase, que nadie más pudiera hacerme daño... Eric había conseguido abrir una pequeña brecha en aquella coraza, lo bastante grande para colarse... y Al... Al acababa de destruirla por completo para dejarme totalmente expuesta, para enseñarme que sí tenía corazón y que era una víscera desgarrada y sangrante que podía destrozarse ante el más leve roce.

En aquel momento, eché mucho de menos mi casa. Aquel era mi refugio, el único sitio del mundo en el que podía sentirme a salvo. Habría dado cualquier cosa por poder estar allí, cerrar todas las puertas y ventanas y aislarme del mundo para el resto de mis días. Maldije el momento en el que Eric se cruzó en mi vida. Si nunca le hubiera conocido, no habría viajado a aquel puto lugar y no estaría atrapada con Al, la última persona del planeta a la que quería ver.

Me recosté contra el respaldo y empecé a mecarme adelante y atrás mientras fumaba, con la vista puesta en aquel cielo que, incluso de noche, mostraba aquel espectral tono morado que tan nerviosa me ponía. Aún así, noté que, poco a poco, iba sintiéndome más calmada. El sonido de las peleas y las sirenas se había extinguido hacía rato y las calles estaban tranquilas, como si toda la ciudad durmiera. Aquel silencio me permitía escuchar, a través de la puerta entornada, la celebración de la cena de Navidad en casa de los Sherman. Incluso se coló algo del aroma del pavo recién asado, lo que hizo que mi estómago emitiera un gruñido de protesta. Lo ignoré. No pensaba entrar ni por todo el dinero del mundo. Podía escuchar sus conversaciones alegres, en las que destacaba la voz de Al. Estaba hablando animadamente, haciendo bromas, contando chistes... Como siempre, era el rey de las reuniones sociales. No entendía cómo podía comportarse con aquella tranquilidad después de lo que había pasado entre nosotros en aquel callejón hacía apenas

unas horas. Yo no habría podido sentarme a aquella mesa, bromear y fingir que estaba bien ni aunque mi vida hubiera dependido de ello.

Cuando terminaron de cenar, estuvieron repartiendo regalos y, cuando yo ya pensaba que iban a irse a dormir y que podría colarme en la casa para buscar algo de comer, empecé a escuchar la guitarra de Al. Reconocí enseguida la canción: *Merry Christmas, baby* de Bruce Springsteen. Sabía que Al odiaba las canciones navideñas, porque todas le parecían una cursilada, así que tuve que reconocer que se estaba esforzando de verdad para animar aquella fiesta. Las voces de Debbie y Eric se unieron a la suya, pero, por desgracia, la canción fue interrumpida por un ataque de llanto de Adele. Compadecí a aquella mujer. No debía de ser nada fácil fingir que todo era normal y que se sentía feliz estando separada de dos de sus hijas, sin saber si una de ellas despertaría de su extraño sueño y si la otra acabaría contagiándose.

Debbie y Arthur trataron de consolarla. Cuando su llanto remitió, decidieron que sería mejor no seguir con la fiesta y se fueron a dormir. Escuché durante un rato los ruidos que hacían al recoger la mesa y, en pocos minutos, las luces se apagaron y la casa se sumió en el silencio.

Decidí permanecer un rato más en la calle, a pesar de que hacía bastante frío a aquellas horas de la noche. No quería moverme todavía. No pensaba entrar en aquella habitación hasta estar segura de que Al ya se habría dormido. Ya iba a ser lo bastante incómodo dormir a su lado como para añadirle el tener que hablar con él mientras nos preparábamos para meternos en la cama.

No habían pasado ni diez minutos cuando vi las luces de un coche de policía avanzando por la calle. Seguí fumando tranquilamente, convencida de que pasarían de largo. Sin embargo, detuvieron el vehículo justo frente a la verja y pude ver cómo la ventanilla del copiloto descendía. Un policía asomó su cuerpo y me miró con el ceño fruncido.

—Hay toque de queda, señora. Métase en casa.

Debería haberle hecho caso sin protestar, pero siempre he odiado que me llamen señora y, aun más, que me den órdenes. Le di una profunda calada a mi pipa y deje que la humareda grisácea se extendiese a mi alrededor antes de contestar.

—Estoy en casa. Esto es una propiedad privada.

—Haga caso. No quiero tener que detenerla.

—¿Les estoy molestando en algo? —insistí—. Que yo sepa no hay ninguna ley que impida a una ciudadana estar en el jardín de su casa fumando

tranquilamente. Tengo mis derechos. Sigán adelante y déjenme en paz.

Aquello no pareció sentarle demasiado bien al agente, porque abrió su puerta para dirigirse hacia mí. Por suerte, su compañero le sujetó y le hizo volver a sentarse antes de salir del coche y hablarme con los brazos apoyados en el techo del vehículo.

—Señora, no queremos tener que detenerla. Ya no tiene ningún derecho, aparte del de hacerle caso a la autoridad. El ejército ha decretado el estado de excepción. Colabore y métase dentro de casa.

—¿El estado de excepción? ¿Qué significa eso?

—Mañana recibirán la información oportuna. Métase en casa —repitió con un tono que indicaba que él también estaba empezando a perder la paciencia.

Asentí, me levanté de la mecedora y entré en casa. A través de las cortinas del salón, vi cómo se quedaban un par de minutos parados frente al jardín, como si no se fiaran de que no fuera a salir otra vez. Cuando les vi marcharse, me entraron ganas de desafiarles y volver a sentarme en la mecedora, pero me convencí a mí misma de que aquella actitud era infantil y que solo serviría para meterme en problemas. Miré hacia el fondo del pasillo, solté un largo suspiro y me dirigí a la habitación mientras rezaba para que Al ya se hubiera quedado dormido.

Por desgracia, mis ruegos no fueron escuchados. Al estaba despierto, apoyado en el alfeizar de la ventana mientras se fumaba un cigarrillo. Entré sin decir nada, recogí mi camión y mi neceser y me marché al cuarto de baño. Tardé una eternidad en cambiarme, lavarme los dientes... Incluso estuve cepillándome el pelo una y otra vez hasta que me aburrí para dar tiempo a que Al se metiera en la cama y tuviera la decencia de hacerse el dormido. Cuando regresé, seguía en la ventana, fumándose otro cigarrillo. Se giró hacia mí, pero, al menos, no me dijo nada.

Le ignoré, me metí en la cama, me tapé con las mantas hasta las orejas y me puse de espaldas a él. Un par de minutos después, escuché como cerraba la ventana y se dirigía a su cama. Yo estaba tan quieta que creo que incluso me había olvidado de respirar. En la total quietud de la habitación, juro que pude escuchar el siseo de su camiseta al resbalar sobre su piel y el chirrido de todos y cada uno de los dientes de la cremallera de su pantalón. Sentí que el estómago se me encogía y que empezaba a sudar debajo de las mantas. Parecía que mi corazón no era la única parte de mi cuerpo que se empeñaba en recordarme que estaba viva y desatendida. Sin poder evitarlo, solté un bufido.

—Si te molesta que me desnude, puedo dormir con ropa —sugirió Al.

—Por mí como si te arrancas la piel a tiras —dije sin pensarlo.

Al resopló enfadado, se sentó en su cama y encendió la lámpara de la mesilla. Yo subí aún más las mantas, intentando ignorarle, pero él no se dio por vencido.

—Eli, por favor... Ya basta. Todo esto es ridículo. Te estás comportando como una cría.

Tuve que reconocerme a mí misma que tenía razón y que mi última respuesta había estado fuera de lugar. Él no era culpable de seguir teniendo el dominio absoluto sobre mis hormonas tantos años después. Me giré hacia él y me senté en la cama. Estaba sentado frente a mí, con el torso desnudo y los codos apoyados en las rodillas. Por suerte, aún llevaba puestos los pantalones. Tuve que hacer un esfuerzo para tragar saliva, rezando para que él no notara lo mucho que me turbaba su cercanía.

—Perdona, no debería haberte dicho eso.

—Solo quiero que nos comportemos como personas civilizadas. —Se echó hacia atrás el flequillo con aquel gesto que siempre utilizaba cuando algo le sacaba de quicio—. A mí tampoco me gusta esta situación, pero no tenemos ningún otro sitio donde ir. ¿Podríamos al menos comportarnos con la misma educación que tendríamos con un extraño?

Sabía que tenía razón, pero también que para mí era casi imposible controlarme teniéndole cerca. Su presencia provocaba tantos sentimientos encontrados en mi interior que, en aquellos momentos, era carne de psiquiátrico. Sin embargo, conseguí sonreír y asentir.

—Bien... —Al soltó un suspiro de alivio—. Te repito la pregunta: ¿te sentirías más cómoda si durmiera vestido?

—No, tranquilo. Estaré igual de incómoda duermas como duermas.

—¿Quieres que me vaya a dormir al coche?

Me atreví a mirarle a los ojos y me sorprendió encontrar tanta sinceridad en ellos. Estaba realmente preocupado por mí, por hacerme sentir mejor, a pesar de todos los desplantes que yo le había hecho desde que nos habíamos encontrado, después de todo el desprecio que le había mostrado. Me conmovió y me enfureció a partes iguales.

—No puedes dormir en el coche. ¿Qué iban a pensar los Sherman?

—Eso da igual. Puedo volver antes de que amanezca o inventarme cualquier cosa... Se creerán lo que les diga. —Esbozó una sonrisa de

autosuficiencia—. Me adoran.

—Claro, como todo el mundo.

—Como todo el mundo menos tú...

Agaché la cabeza para clavar mi mirada en el colchón, incapaz de seguir mirándole a los ojos. ¿Qué quería que le respondiera a eso? Él soltó un nuevo suspiro, recogió su camiseta y su chaqueta de cuero y se dirigió a la puerta.

—No, Al. Espera.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó con voz cansada.

—No puedes dormir en el coche. La policía acaba de decirme que se ha declarado el estado de excepción. Está prohibido estar en la calle. Ni siquiera me han permitido quedarme en el porche.

—Cojonudo —dijo él volviendo a arrojar su ropa sobre una silla—. Dormiré en el sofá. Espero que no me descubran.

—Quédate a dormir aquí, por favor. Prometo comportarme como una persona civilizada.

Le dediqué una sonrisa sincera y volví a tumbarme de espaldas a él. Escuché cómo terminaba de quitarse los pantalones y se metía en la cama. Estuve quieta durante varios minutos esperando escuchar su respiración acompasada. No tenía ninguna prisa por intentar dormirme. Estaba segura de que los recuerdos no iban a permitirme pegar ojo en horas.

—Estás muy guapa con el pelo suelto —susurró él de repente—. Deberías llevarlo así.

—Duérmete ya, Al. No me hagas echarte —dije sin poder contener una risita.

—No sé si voy a poder dormirme... —A pesar de que no le veía la cara, su voz temblorosa me transmitió lo emocionado que estaba—. ¿Sabes a qué me recuerda esto? A aquella primera noche que pasamos juntos en Rockport. ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. —Aunque el recuerdo dolía, no pude evitar que se me escapara una sonrisa—. Me fiaba tan poco de ti que tuviste que poner a Apolyon en medio. Por cierto, ¿qué fue de Apolyon? Supongo que murió. Ha pasado tanto tiempo...

—Sí, aunque duró mucho el cabronazo... No puedo decir que lo eche de menos. —Al soltó una risa antes de seguir hablando—. ¿Te puedes creer que mi madre ha seguido adoptando gatos negros y poniéndoles el mismo nombre? Todos ellos me detestan y me hacen la vida imposible. He llegado a pensar

que es el mismo puñetero gato que se reencarna para seguir amargándome la existencia.

—Vaya, ese no es un pensamiento digno de un chico tan escéptico como tú —bromeé.

—He cambiado mucho. Tú me cambiaste mucho.

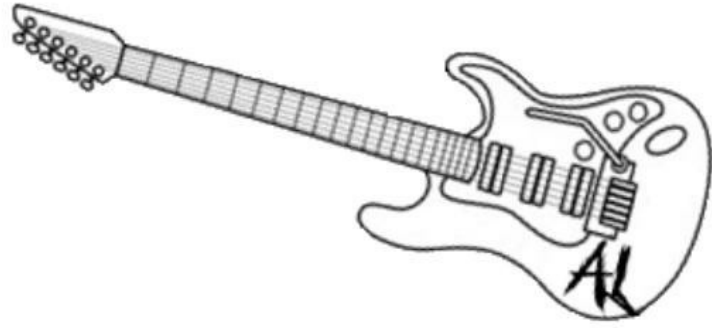
Su tono de voz ya no era alegre y bromista. En un solo segundo se había teñido de melancolía. Sentí un pellizco en el alma, un aviso de que otra parte de mi muralla se desmoronaba. Sin embargo, en lugar de enfadarme y atacar, como llevaba haciendo desde que nos habíamos reencontrado, tan solo solté un triste suspiro. Él no tenía la culpa de los sentimientos que despertaba en mí. Bueno, al menos no toda.

—Vamos a dormir, Al. —Fue lo único que pude decir, como una especie de ruego para que dejara de removerme por dentro.

—Está bien. Seré un buen chico —contestó él—. Buenas noches y feliz Navidad.

—Feliz Navidad para ti también.

Volvimos a quedarnos en silencio. Unos minutos después, su respiración se volvió más lenta y profunda y supe a ciencia cierta que se había dormido. Me giré hacia él y le contemplé a la tenue luz que entraba por la ventana. No sé cuánto tiempo pasé mirando aquellos labios finos que mantenían una sonrisa incluso mientras dormía, sus espesas pestañas, el modo en el que su largo flequillo le cubría la frente... Había pasado mucho tiempo y los años le habían cambiado. Pude percibir unas líneas de expresión alrededor de sus ojos y en la comisura de su boca y me quedé mirando aquella barba de tres días que le daba aún más aspecto de rebelde. Por primera vez desde que nos habíamos reencontrado, contemplarle no me hizo daño. Me sentí algo más en paz conmigo misma y pude dormirme con una sonrisa en la cara.



Capítulo 15

Se despertó al escuchar ruidos en la cocina. Parecía que los Sherman ya se habían levantado. Miró su reloj y vio que eran más de las nueve de la mañana, así que decidió que ya era hora de ponerse en marcha.

Eli continuaba profundamente dormida. Parecía que se le seguían pegando las sábanas, igual que siempre. Durante un segundo, dudó si debía llamarla, pero decidió no hacerlo. Al despertarla a ella, despertaría también un montón de recuerdos dolorosos. Además, no sabía de qué humor se levantaría y no tenía ganas de discutir desde la mañana. Se vistió tratando de no hacer ningún ruido mientras echaba furtivas miradas a su pelo revuelto sobre la almohada, a sus largas pestañas, a la adorable manera en la que apoyaba la cabeza sobre sus manos. En cuanto estuvo preparado, salió de la habitación. No tenía ganas de que le pillara mirándola con cara de tonto.

Adele ya había preparado el desayuno. En cuanto entró en la cocina, le saludó y le puso delante una taza de café recién hecho. Debbie y Eric forzaron una sonrisa y volvieron a mirar sus tazas. Los dos tenían aspecto de estar agotados y unas profundas ojeras adornaban sus ojos.

—¡Vaya caras tenéis! —les guiñó un ojo y susurró para que Adele no le oyera—. ¿Mucha fiesta anoche?

—Ya podría haber sido eso —contestó Debbie apoyando la cabeza en su mano y mirándole con cara de agobio—. Eric se ha empeñado en pasarse toda la noche buscando información sobre la colonia perdida.

—¿Y eso? —preguntó Adele mientras dejaba una jarra de zumo encima de la mesa.

—Es para un trabajo —respondió Debbie apresuradamente.

—¿Un trabajo de qué? ¿No eres librero? No sabía que estabas estudiando.

—Sí, bueno... Esto... Estoy haciendo un curso online de biblioteconomía y documentación para mejorar en el trabajo—mintió Eric—. Una cosa muy aburrida.

Por suerte para ellos, Adele no pudo seguir preguntando más, porque Arthur entró en la cocina con cara de enfado.

—El periódico no llega. No sé qué pasa.

—Puede que el chico que los reparte no haya querido salir de su casa con las cosas que están pasando. —Adele se quedó un segundo en silencio—. O puede que se haya puesto también enfermo. ¡Pobre Richie! Voy a llamar a su madre para preguntarle.

La mujer cogió el teléfono que tenían sobre la encimera. Esperó unos segundos antes de darle al botón de colgar y volver a intentarlo.

—Arthur, al teléfono le pasa algo. No da tono.

Él se levantó y se lo puso en la oreja. Después de pulsar varios botones, se dio por vencido.

—No sé qué le pasa. Llama con tu móvil.

Adele lo sacó del bolsillo y se quedó mirándolo con un gesto de incompreensión en la cara.

—No tiene cobertura.

Todos sacaron sus teléfonos al mismo tiempo y miraron la pantalla. En todos ellos aparecía el mensaje “Sin red. Solo llamadas de emergencia”.

—Esto es muy raro —dijo Eric.

—Bueno, puede que haya habido una avería. Lo arreglarán pronto.

—Supongo que tenemos compañías distintas —insistió el chaval—. No pueden haberse estropeado todas al mismo tiempo.

—Veamos si en la tele dicen algo. —Debbie cogió el mando a distancia y la encendió—. Si ha habido alguna avería grave, lo estarán anunciando en el canal local.

Lo único que pudieron ver fue una pantalla en negro con el logotipo del canal. Por la parte inferior de la pantalla iba pasando un mensaje: “Con motivo del estado de excepción decretado por el ejército, este canal ha suspendido su programación. Conectaremos cada hora en punto para proporcionales un boletín informativo con las últimas noticias y las instrucciones necesarias para el correcto mantenimiento del orden público. Permanezcan atentos a sus pantallas”.

Todos se quedaron en silencio durante más de un minuto, mirando como el mismo mensaje pasaba por la pantalla una y otra vez. Adele incluso se adelantó hasta quedar a unas pulgadas de la televisión, como si temiera no estar viendo bien.

—¿Qué significa esto, Arthur? —preguntó volviéndose hacia su marido como si fuera responsabilidad suya—. ¿Qué es esto del estado de excepción?

—No tengo ni idea, cariño.

—Significa que un territorio queda bajo el control del ejército —explicó Debbie—. Se suele usar en caso de rebelión o de graves altercados públicos.

—Lo de ayer no fue para tanto, ¿no? —intervino Eric—. Además, ¿no deberían habérselo avisado de alguna manera?

—A Eli se lo dijo anoche la policía —comentó Al—. Le dijeron que no tenía derecho a estar sentada en el porche.

—¿Pueden prohibirnos también eso? —preguntó Eric angustiado, mirando a Debbie.

—Pueden prohibir lo que quieran y abolir cualquier derecho. Pueden prohibir la libertad de expresión, la libre circulación, el derecho de reunión y manifestación...

—Yo creo que se les ha ido la pinza —comentó Eric—. Lo que pasó ayer no fue como para que se pongan así.

—No es por lo que suceda en el pueblo —dijo Eli, que acababa de aparecer en la puerta de la cocina—. El problema es lo que suceda fuera.

Al se giró hacia ella y no pudo evitar una sonrisa. Llevaba el pelo suelto, tal como él le había sugerido la noche anterior. Prefirió no comentarle nada. Seguro que le decía que no le había dado tiempo a peinarse. Esperó hasta que ella estuvo sentada para volver a hablar.

—¿A qué te refieres con que el problema es lo que suceda fuera?

—Bueno... Tienen una enfermedad desconocida y descontrolada. Por si eso fuera poco, la gente está descontenta con la forma en la que se está llevando la situación y ayer han tenido que recurrir al ejército para apalear y detener a civiles inocentes que tan solo querían recibir una explicación y ver a sus familiares. No creo que quieran que fuera se sepa todo esto, así que han decidido aislarnos del todo.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Cómo vamos a seguir investigando sin Internet? —preguntó Eric.

—¿Investigando qué, cielo? —dijo Adele con un gesto divertido en la cara—. Ni que vosotros pudierais hacer algo...

—Me refería a mi trabajo para el curso... Lo tengo que entregar en cuanto acaben las vacaciones.

—¿De verdad crees que es momento para preocuparse de eso con todo lo que está pasando?

La televisión llamó su atención en aquel momento. El fondo negro había

cambiado y dejaba ver a una joven sentada tras una mesa. Nada más conectarse, empezó a hablar, leyendo unos papeles.

—Buenos días. Procedo a leerles el boletín informativo proporcionado por el CDC. Como la mayoría de ustedes ya sabrá, se ha decretado el estado de excepción en toda la isla. Esto quiere decir que, a partir de ahora, el ejército es el encargado de mantener el orden. Quedan prohibidas las reuniones y manifestaciones. Las comunicaciones han sido restringidas temporalmente. Se ruega a la población que se mantenga dentro de sus casas y que solo salga si resulta totalmente imprescindible. Está prohibido acercarse al hospital y al resto de centros de contención de la enfermedad. Si alguno de sus familiares cae enfermo, contacten con los servicios de emergencia y una ambulancia acudirá a recogerlo a la mayor brevedad posible. No deben preocuparse por el suministro de víveres. Se irá efectuando un reparto de alimentos de forma periódica. Hoy mismo, en los rótulos que ven en la parte inferior de sus pantallas, se les irá informando del lugar en el que el ejército les suministrará los alimentos necesarios para sus unidades familiares dependiendo de su barrio y de la primera letra de su apellido. Conserven la calma y sigan en todo momento las indicaciones de las fuerzas del orden y de los boletines informativos.

La emisión se cortó y el fondo negro con el logotipo de la cadena regresó. En la pantalla empezaron a aparecer las indicaciones para el reparto de víveres. Al se giró hacia Eli y enarcó una ceja, preguntándole qué iban a hacer. Ella hizo un sutil gesto con la cabeza señalando a Adele y después otro hacia la puerta de la calle. Al la entendió a la perfección. Necesitaban hablar a solas sin que los padres de Debbie se entrometieran.

—Bueno... Después de esto, creo que necesito un poco de aire fresco y un cigarrillo. ¿Alguien me acompaña?

—Sí. Voy contigo —dijo Eli levantándose y mirando a Eric y Debbie—. ¿Venís?

Ellos asintieron y les siguieron al jardín. En lugar de sentarse en las mecedoras, donde podrían ser escuchados por Adele y Arthur, dieron la vuelta a la casa y se apoyaron en la verja trasera.

—Repito mi pregunta —dijo Eric tras encenderse un cigarrillo—. ¿Cómo se supone que vamos a seguir investigando sin acceso a Internet?

—Bueno, supongo que Eli puede mirar sus libros de brujería para ver si encuentra algo relacionado con esto y los demás podemos ir a la biblioteca a

buscar información sobre leyendas locales —sugirió Al.

—Mis libros están en Swanton —contestó Eli con el ceño fruncido— y dudo mucho que la biblioteca esté abierta durante el estado de excepción.

Todos se quedaron en silencio, mirándose como si esperasen que a alguno se le ocurriera una idea brillante que desatascara la investigación. Después de unos incómodos segundos, Eli soltó un bufido y miró a Eric.

—¿Guardaste algo de la información que estuviste mirando anoche?

—Sí. Un montón de cosas. Había tantos datos que los reuní todos en un documento de texto para poder imprimirlo y pasártelo —contestó Eric con una tímida sonrisa en su rostro.

—Estupendo. Ese es mi chico. —Eli le palmeó el hombro, haciendo que su sonrisa se ampliase—. Tenemos un punto del que tirar. Busquemos más. Debbie, dijiste que tu hermana Samantha te contó que sus amigas hicieron un ritual en el bosque. ¿Te contó algo sobre ese ritual? Cualquier detalle nos puede servir.

—No. Tampoco le pregunté nada. —Debbie se encogió de hombros—. Pensé que solo eran chiquilladas.

—¿Sabes al menos quién fue la chica que sugirió realizar ese ritual? —insistió Eli.

—Sí, claro. Lucille Gibson. Es la jefecilla de su aquelarre.

—¿Y no tienes ni idea de dónde pudo encontrarlo? —Debbie negó con la cabeza—. Sería genial poder interrogarla, pero supongo que va a ser imposible entrar en ese hospital y tratar de hacer un viaje astral para contactar con ella...

—Tú lo que quieres es volver a quedarte atrapada y que tenga que darte otro beso —intervino Al.

—¿Podrías tomarte esto en serio por un segundo? —dijo Eli tras soltar un bufido y poner los brazos en jarras.

Al le guiñó un ojo para hacerla sentir aún más incómoda. Le daba igual ser el blanco de su ira, pero no pensaba permitir que se arriesgara a meterse en un hospital vigilado por el ejército y el CDC para realizar un ritual que ya sabían que era peligroso.

—Hay que descubrir de dónde sacó esa chica el ritual. Sin saber qué es lo que hizo y qué fuerzas ha despertado, estamos perdidos —continuó Eli.

—¡Debbie! —llamó Adele desde la parte delantera de la casa—. Nos vamos.

Ella puso cara de desconcierto y empezó a caminar hacia su madre mientras los demás la seguían. Cuando llegaron al jardín delantero, encontraron a Adele y Arthur con los abrigos puestos y un montón de bolsas en las manos.

—¿Dónde vais? —preguntó Debbie.

—En la tele han dicho que en una hora van a repartir alimentos para los vecinos de este barrio en la puerta de la iglesia baptista y no queremos ser los últimos de la cola —contestó Adele.

—Voy con vosotros —dijo Debbie—. Espera un momento.

La chica se separó de sus padres y se acercó al grupo para hablar en susurros.

—¿Podréis investigar esos papeles sin mí? No quiero que vayan solos.

—Por supuesto —contestó Eli—. Nosotros nos encargaremos de estudiar la información que ha conseguido Eric.

—¿Así que nos vamos a pasar toda la mañana leyendo? —dijo Al con cara de aburrimiento—. ¡Vaya rollo!

—¿Por qué no vas con ellos? —sugirió Eli—. Así podrás llevarles en el coche y tardaréis menos. Y estarás con ellos por si vuelve a haber altercados.

A Al le pareció una idea genial. Cualquier plan era mejor que pasarse horas repasando unos datos que, muy probablemente, no servirían para nada. Se asombró de que Eli siguiera conociéndole tan bien y que se preocupara tanto por él como para no forzarle a hacer algo que odiaba. Le devolvió una sonrisa de agradecimiento y se giró hacia los padres de Debbie.

—Vamos. Os llevo en mi coche.

—No hace falta que te molestes —contestó Adele.

—No es molestia. Espero que nos den tantos víveres como para llenar el maletero.

Antes de subirse al Impala, se giró por un segundo hacia Eli y Eric. No parecían muy entusiasmados con la idea de meterse en casa a estudiar, porque seguían plantados en el jardín, mirándoles con gesto serio. Les saludó con la mano, entró en el coche y salió quemando rueda, feliz de no estar en el grupo de los ratones de biblioteca.



CAPITULO 16

En cuanto el Impala desapareció tras la primera curva, mi gesto serio se transformó en una amplia sonrisa. Seguía siendo facilísimo engañar a Al. En cuanto veía la oportunidad de escapar de los libros, su mente dejaba de funcionar. Solo podía pensar en huir, como un ratón en un laberinto. Me giré hacia Eric y le di una palmada en el hombro.

—¿Preparado para un poco de acción?

—¿Qué acción? —Con solo escuchar aquella palabra, su rostro palideció

—. ¿No íbamos a estudiar?

—Eso podemos hacerlo en cualquier momento.

—¿Y qué vamos a hacer entonces?

—Vamos a colarnos en casa de Lucille Gibson para buscar el ritual que utilizó.

—Pero no podemos colarnos en su casa. —La voz de Eric se había vuelto más aguda, como si su garganta se hubiera estrechado y solo permitiera el paso de un fino hilo de aire—. Habrá gente allí.

—Todo el pueblo habrá salido para el reparto de víveres. —Le di otra palmada en el hombro para tratar de despertar cualquier resquicio de valor que pudiera tener escondido—. Es el momento perfecto. No tendremos una oportunidad mejor.

Eric no dijo nada. Se limitó a mirar el jardín, como si buscara algo o a alguien que pudiera ayudarle a detenerme en mi loca idea. Al cabo de unos segundos, me miró y utilizó su último argumento.

—Ni siquiera sabemos dónde vive esa chica y sin Internet no podemos buscarla.

—Voy a contarte un secreto —dije bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. Cuentan las leyendas que, hace años, Internet no existía y la gente era capaz de sobrevivir. Cuando tenían que buscar la casa de alguien, utilizaban unos enormes y misteriosos grimorios llamados listines telefónicos.

—Joder, Eloise... No te rías de mí. —Eric chasqueó la lengua y negó con la cabeza, pero me siguió al interior de la casa—. ¿Tú crees que vamos a

poder encontrarla?

—Este es un pueblo pequeño. No creo que haya muchos Gibson. —Abrí el armario de la casa y empecé a buscar—. Vamos, revisa esos cajones. Estoy segura de que Adele guarda un listín en algún sitio.

Tal como había supuesto, no había muchos Gibson en Manteo. Concretamente, solo encontramos dos: un tal Stephen Gibson, que vivía en el norte del pueblo, dentro de la zona que, según el mapa de Eric, ya estaba afectada por el influjo del hechizo, y una tal Shima Gibson, que vivía a solo dos calles de los Sherman. Decidimos jugarlos todo a la carta de aquella mujer y nos encaminamos hacia allí.

En menos de cinco minutos nos detuvimos frente a una casa de dos pisos de paredes blancas y tejado de color café. El jardín estaba bien cuidado y podían verse unos arbustos con flores rosadas en la parte delantera y un pequeño huerto en el lateral izquierdo. Nos quedamos en la acera de enfrente para comprobar si había alguien dentro de la casa.

—Dame un cigarrillo —le pedí a Eric.

—¿Pero tú no fumabas en pipa? —preguntó mientras me tendía su paquete de tabaco de mala gana.

—Sí, pero el cigarrillo es más disimulado —contesté—. Si alguien mira hacia aquí, no verá a dos personas extrañas espiando una casa, sino a dos vecinos disfrutando de un cigarro.

Antes de que pudiera encenderlo, la puerta principal de la casa de los Gibson se abrió y vimos salir a una mujer alta y delgada que llevaba a dos niños de la mano. Eric me agarró del brazo con tanta fuerza como para clavarme las uñas.

—Joder, están en casa —dijo al borde de la histeria—. Tenemos que escapar.

—¿Quieres tranquilizarte y darme fuego? —le ordené—. Se están yendo. Disimula.

Eric me acercó el mechero, pero las manos le temblaban tanto que tuve que agarrárselas para poder encender el cigarrillo. Empecé a plantearme que quizá no había sido buena idea traerle conmigo. El sonido de su respiración, similar al de una tetera olvidada al fuego, acabó de convencerme de que estaría mejor sola.

—Si quieres, puedes marcharte y esperarme en casa de Debbie.

—No, no... Estoy bien. Me quedo.

Se separó un par de pasos de mí, pero la distancia no impidió que escuchase claramente como se susurraba a sí mismo “Un, dos, tres... Inspira. Un, dos, tres... Espira”. Decidí dejarle tranquilo con sus ejercicios de respiración circular mientras yo me dedicaba a observar a la mujer que había salido de la casa en la que pretendíamos colarnos. Tendría unos cuarenta y cinco años, pero seguía siendo muy atractiva. Su pelo largo, muy liso y de un color negro brillante, unido a su piel morena y sus altos pómulos me sugirieron que debía ser descendiente de nativos americanos. Me fijé en los dos niños que llevaba de la mano: una niña de unos ocho años y un niño de alrededor de diez, con su mismo pelo y color de piel. Eran dos pequeños demonios que jugaban a adelantar a su madre para llegar hasta su hermano y propinarle patadas. La mujer iba tan atenta a controlarlos y evitar tropezar con ellos que no miró ni una sola vez en nuestra dirección. Cuando vi cómo doblaban la esquina, me giré de nuevo hacia Eric.

—¿Estás seguro de que quieres entrar? Puedo hacerlo sola.

—En serio. Voy a ir —dijo con el tono de voz más firme que pudo fingir.

Antes de moverse, tomó una profunda bocanada de aire y la dejó salir poco a poco. Después se giró hacia mí y asintió para indicarme que estaba preparado. Tuve que luchar para contener la risa. Estaba pálido como un cadáver y todo su cuerpo temblaba. Solo le faltaba llevar la palabra “culpable” tatuada en la frente para resultar más sospechoso.

Abrimos la verja de la casa y nos colamos en el jardín. Eric fue directo a la puerta y probó a empujarla, pero no cedió. Se giró hacia mí y se encogió de hombros.

—Está cerrada. ¡Qué mala suerte! No vamos a poder entrar, así que será mejor que volvamos a casa.

—¿En serio creías que íbamos a encontrarnos la puerta abierta?

—Claro. ¿Cómo piensas entrar? —preguntó suspicaz—. ¿Sabes forzar cerraduras?

—Por supuesto que no. ¿Es que crees que soy una delincuente? —contesté mientras empezaba a levantar, una tras otra, todas las macetas del porche. Cuando ya llevaba cinco, encontré una pequeña llave plateada. Di un grito de alegría y se la enseñé a Eric, orgullosa—. Aquí está lo que necesitamos.

—¿Cómo sabías que habría una llave? ¿Lo has adivinado?

—No tengo poderes de adivinación, Eric. Es simple lógica —expliqué—.

Esa mujer tiene una hija adolescente y dos niños. Estoy segura de que la mitad de los días se dejan las llaves en casa. Venga, entremos antes de que nos vea alguien.

Eché un vistazo a un lado y otro de la calle antes de meter la llave en la cerradura. No había absolutamente nadie. La mayoría de los vecinos de Manteo debía estar recogiendo sus raciones de comida. No íbamos a encontrar un momento mejor para invadir propiedades ajenas. Abrí la puerta y nos colamos dentro.

La casa estaba limpia y resultaba acogedora, aunque pude ver un cesto lleno hasta arriba de ropa para planchar y varios muñecos y coches de juguete desperdigados por el suelo del salón. Cogí a Eric de la mano y tiré de él hacia el pasillo. Fui asomándome a las diferentes habitaciones hasta quedarme parada en el umbral de una de ellas. Eric echó un vistazo y soltó un largo silbido.

—Creo que acabamos de encontrar la habitación de Lucille —comentó.

—Sí. Bienvenido a la guarida de la bruja moderna —dije sarcástica.

Entramos en el cuarto y contemplamos la decoración. Las paredes y el techo estaban pintadas de negro, al igual que la moqueta que cubría el suelo. La ropa de cama era del mismo color. Lo único que resaltaba eran los cojines rojo sangre. Las estanterías, repletas de libros, estaban adornadas con amuletos, piedras de colores, pirámides y bolas de cristal... Sobre una pequeña cómoda distinguí un tablero de ouija de los que pueden encontrarse en las jugueterías y una réplica de la muñeca de la película Annabelle.

Escuché un golpe a mi espalda y un grito contenido. Al girarme, vi a Eric pegando botes mientras se agarraba el pie derecho con un gesto de dolor en la cara.

—¿Qué te ha pasado?

—Me acabo de tragar la pata de la cama. Joder, es todo negro. No distingo una mierda —contestó entre quejidos.

—Pues enciende alguna luz.

Él avanzó a saltitos hasta la mesilla y pulsó el interruptor de una pequeña lámpara, pero no sucedió nada. Lo pulsó varias veces mientras miraba la bombilla con un gesto de confusión en la cara.

—Joder, esta mierda no funciona. Parece que se enciende, pero no ilumina.

Miré hacia la lámpara. Eric tenía razón. El color de las cosas situadas alrededor de la mesilla cambiaba a un tono violáceo cuando él pulsaba el

interruptor, pero aquella lámpara no proporcionaba nada de claridad.

—Creo que es luz negra —aventuré.

—¿Y eso qué es? —preguntó Eric.

—Ahora lo verás. Enciéndela cuando te lo pida.

Cerré la puerta, fui hasta la ventana y bajé la persiana. Cuando la habitación estuvo sumida en la más absoluta oscuridad, le indiqué a Eric que encendiera la lámpara. De inmediato, nos vimos rodeados por extraños símbolos fosforescentes que adornaban cada rincón de las paredes. Giré sobre mí misma para examinarlos, mientras escuchaba el sonido de la respiración de Eric, que había vuelto a acelerarse.

—Esto es brujería, ¿verdad? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Es magia negra?

Tardé unos segundos en contestar, mientras seguía contemplando las paredes. Había jeroglíficos egipcios, runas nórdicas, caracteres sánscritos... Todos aquellos símbolos estaban entremezclados con dibujos de pentáculos, cruces celtas, símbolos alquímicos...

—Tranquilo, esto no es magia negra —contesté—. Ni siquiera es brujería. Es una auténtica chapuza.

—¿Qué quieres decir?

—Son solo símbolos dibujados al azar. Supongo que le funcionará para impresionar a las chicas de su grupo, pero no sirven para nada más. —Chasqué los labios asqueada—. Estoy tan harta de que la gente juegue con cosas que no comprende...

—Bueno, tampoco pueden hacer ningún mal, ¿no?

—Imagina que tenemos a un millón de gilipollas en el mundo jugando a invocar demonios sin tener ni idea de lo que hacen. Eso incrementa mucho las probabilidades de que, de vez en cuando, alguno desate un pequeño apocalipsis.

—¿Crees que es eso lo que ha pasado con Lucille y sus amigas? ¿Piensas que han invocado algo por error?

—No. Sería mucha casualidad que un grupo de chicas de Roanoke hubieran conseguido repetir el mismo ritual que provocó la desaparición de los colonos de Fort Raleigh sin tener ni idea de lo que estaban haciendo —dije mientras volvía a levantar la persiana—. Lucille tiene que haber encontrado el mismo hechizo que se utilizó en aquella ocasión.

—No puede ser que lo hayan hecho adrede —protestó Eric.

—Puede que no supieran lo que estaban despertando, pero estoy segura de que estaban siguiendo un ritual específico —insistí—. Tenemos que encontrarlo.

Eric asintió, se dirigió a la cómoda y, después de girar a la muñeca Annabelle hacia la pared para que dejara de mirarle, empezó a rebuscar en los cajones. Yo me acerqué a la estantería y comencé a ojear los libros. Tenía un montón de manuales sobre magia wiccana, rituales de adivinación, lectura de cartas de tarot, hierbas y piedras mágicas... Al cabo de unos minutos, me di por vencida. Todos aquellos libros no eran más que engaños que podían comprarse en cualquier centro comercial. No había nada de magia auténtica entre aquellas páginas.

—¿Encuentras algo? —me preguntó Eric tras abrir otro cajón de la cómoda.

—De momento, nada interesante. Solo tonterías para brujas aficionadas.

El sonido de la sirena de un coche de policía nos sobresaltó. Nos quedamos los dos paralizados, mirando hacia la ventana. Empecé a escuchar el sonido de la respiración agitada de Eric.

—Tranquilízate —susurré—. Seguro que pasan de largo.

Por desgracia, me equivoqué. A través de la ventana pude ver que el coche patrulla se detenía frente a la verja de la casa. Dos hombres se bajaron de él. Uno de ellos sacó la pistola de su funda y apuntó hacia la puerta mientras su compañero se llevaba un megáfono a los labios.

—Les habla la policía de Manteo. Salgan de la casa despacio y con las manos en alto.

Empecé a caminar hacia la puerta mientras dejaba escapar un resoplido de hastío. No era el mejor momento para ser detenido, con el ejército como máxima autoridad y bajo un estado de excepción. Sin embargo, no se me pasó por la cabeza ni por un segundo la idea de resistirnos o intentar escapar. Eric había perdido por completo el color de su cara y resoplaba como un toro embravecido. Si la situación se ponía más tensa, su corazón no podría soportarlo. Me prometí a mí misma que aquella era la última vez que iría a delinquir acompañada de un histérico. Le cogí de la mano y tiré de él. Se dejó llevar como una marioneta.

Cuando llegamos a la puerta de la calle, le solté y puse mis manos en sus hombros para sacudirle un poco. Tenía que tranquilizarse. Si le daba un ataque de ansiedad cuando saliera a la calle e intentaba huir o los policías

interpretaban que su comportamiento era peligroso, la situación podía ponerse muy difícil. Le agarré por la barbilla e hice que fijara sus ojos en los míos. Él movía los labios a toda velocidad, susurrando aquella cantinela del “un, dos, tres, inspira...”. Le meneé la cabeza de lado a lado para que reaccionara, temiendo que la única manera de sacarle de aquel estado fuera darle una bofetada, pero, por suerte, pareció volver en sí. Me miró, tomó aire un par de veces más y asintió para indicarme que estaba preparado.

La policía había continuado repitiendo su mensaje una y otra vez. Cuando abrí la puerta, el agente del megáfono lo dejó a toda velocidad sobre el techo del coche y sacó su pistola para apuntarnos. Yo levanté despacio ambas manos y traté de poner cara de persona inofensiva.

—No vamos armados —grité mientras avanzaba un par de pasos—. Todo esto es una equivocación.

Continué cruzando el jardín mientras intentaba hilar una historia lo bastante convincente como para que no nos detuvieran. Estaba pensando en decirles que éramos invitados de los Gibson cuando distinguí a la dueña de la casa entre los vecinos que se habían acercado a cotillear. Nos miraba con rabia mientras sus dos hijos, asustados, se aferraban a su cadera. Sentí que la tierra se abría bajo mis pies. No se me ocurría qué inventar. Acababa de quedarme en blanco.

Los dos policías, al ver que no íbamos armados, guardaron las pistolas en sus fundas y se acercaron a nosotros. Uno de ellos se puso a mi espalda, tiró de mis brazos hacia atrás y aprisionó mis muñecas con unas esposas mientras su compañero hacía lo mismo con Eric. Mientras nos conducían hacia el coche patrulla, decidí apostar todo a una última jugada desesperada. Miré hacia la mujer y sus dos hijos y empecé a gritar:

—¡Señora Gibson! Esto no es lo que parece. No somos ladrones ni queríamos hacerles ningún daño.

La mujer me miró. Su gesto de enfado había sido sustituido por uno de desconcierto. A pesar de que el policía situado a mi espalda seguía empujándome hacia el coche mientras me decía que me callara y me recitaba mis derechos, seguí gritando.

—Solo queremos ayudar a su hija Lucille. ¡Podemos hacerlo! Tiene que creerme. —Ya habíamos llegado al coche y el policía me puso una mano en la cabeza para que me agachara y entrara dentro, pero yo conseguí escabullirme e impedirselo—. Por favor, hable con Aleister McNeal. Está en casa de los

Sherman. Él podrá explicárselo todo.

El otro policía ya había conseguido meter a Eric dentro del coche patrulla, así que lo rodeó para acudir en ayuda de su compañero. Me agarraron entre los dos y empezaron a empujar con todas sus fuerzas, pero yo continué resistiéndome.

—¡Señora Gibson, tiene que creerme! Si quiere salvar a su hija, tiene que ayudarnos.

No pude aguantar más contra aquellos dos hombres. Me empujaron por la cabeza hasta que doblé el cuerpo y pudieron meterme dentro del coche. Tras cerrar la puerta, se sentaron en los asientos delanteros y arrancaron. Conseguí girarme y contemplar por última vez el rostro de aquella mujer. Me pareció distinguir el brillo de la duda en sus ojos. Me aferré a aquella impresión. Era la única esperanza que nos quedaba.

Nota de la Autora

Y hasta aquí llegamos de momento. No os pongáis nerviosos, que el final ya está escrito y para finales de octubre de 2019 lo tendréis publicado. Espero que la historia hasta el momento os esté gustando y que ya hayáis empezado a perdonarme un poquito por lo que hice en *El regreso de Sarah Ellen*.

Por si queda algún despistado que se esté planteando que yo había dicho que *¿Tú me ves?* era una pentalogía y que debería haber acabado aquí, lo explico. Intenté escribirlo como una sola historia, pero, como me enrolló como una loca, quedaba demasiado largo para poder meterlo en el mismo volumen, así que he tenido que dividirlo en dos: *¿Tú me ves? V: Roanoke* y *¿Tú me ves? VI: Croatoan*. Espero que no os importe. Después de todo, cuanto más haya escrito, más tiempo podréis pasar en compañía de Al y Eli y, si habéis llegado hasta aquí, supongo que es porque os caen bien.

Sin más, solo me queda agradeceros que hayáis acompañado a mis chicos en esta nueva aventura. Os dejo mis medios de contacto, por si os apetece comentarme cualquier cosa. Si queréis hablar conmigo, podéis hacerlo a través de:

- Facebook: <https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2>
- Twitter: @Idaean
- Instagram: gemma_herrero_virto
- Página web: www.gemmaherrerovirto.es (Si te suscribes a mi página web, puedes llevarte un libro de regalo, a elegir entre *¿Tú me ves? I: La maldición de la casa Cavendish*, *La red de Caronte*, *Viajes a Eilean I: Iniciación*. No lo pienses más y únete).

Me despido ya hasta el próximo libro. Leed mucho y sed felices. Un besazo enorme,

Gemma

OTRAS OBRAS PUBLICADAS

TERROR/FANTASÍA URBANA: SAGA ¿TÚ ME VES?



Al, un joven escéptico que no cree en nada salvo en sus sueños y en su guitarra, se ve obligado a acudir a la mansión para acompañar a su familia, que ha sido contratada para terminar con los extraños acontecimientos que allí suceden. Ante el poder que exhiben los seres que la habitan, tendrán que pedirle ayuda a Eli, una joven bruja con el don de ver a los muertos y comunicarse con ellos, don que, hasta el momento, no le ha traído otra cosa más que problemas. ¿Serán capaces de unir sus fuerzas y terminar con la maldición de la casa Cavendish?



La paz del tranquilo pueblo de Rockport se ve alterada tras la desaparición de varios ancianos y los asesinatos de algunos jóvenes en sus idílicas playas. John Campbell, antiguo investigador psíquico del Grupo Alpha de Boston, empieza a sospechar que algo sobrenatural se esconde tras esos hechos, por lo que acude a Aleister McNeal y Eloise Carter, los jóvenes investigadores que consiguieron terminar con la maldición de la casa Cavendish. ¿Conseguirán descubrir qué peligro acecha a los habitantes de ese pequeño pueblo?



Posesiones, extrañas ejecuciones, sueños proféticos, inquietantes presencias, un asesino sanguinario venido del más allá... y todo ello en los oscuros corredores y pabellones de Sing Sing, una de las prisiones más tenebrosas y peligrosas de Estados Unidos.

Aleister McNeal y Eloise Carter, los dos jóvenes investigadores de lo sobrenatural que terminaron con la maldición de la casa Cavendish y con los crímenes de Rockport, deberán enfrentarse a un nuevo caso que pondrá en peligro su vida, su cordura... y su propia alma.



Una casa en la que nunca entra la luz del sol, una madre obsesiva, una niña con una extraña enfermedad, un bosque oscuro en el que es mejor no adentrarse... Estos son los elementos que rodean el caso para el que han sido contratados Aleister McNeal y Eloise Carter, los dos investigadores psíquicos que ya han demostrado su valor para enfrentarse a demonios, espíritus y casas encantadas. Por desgracia para ellos, en esta ocasión van a tener que luchar contra un enemigo mucho más dañino e implacable: su propio pasado.

THRILLER PARANORMAL



NOVELA FINALISTA DEL PREMIO LITERARIO AMAZON 2017

Asebinatos, apariciones, sesiones de ouija, un amor perdido, un pueblo maldito por una historia que ya nadie recuerda... Sumérgete en Los crímenes del lago, un thriller sobrenatural que te robará el sueño y detendrá tu respiración.



NOVELA FINALISTA DEL PREMIO UNIVERSITARIO DE NOVELA ANAGMA 2011

Bosques tenebrosos, fenómenos paranormales, una ola de crímenes que sacude un pequeño pueblo, un espíritu en busca de justicia y una piedra capaz de conectarte con el otro lado. ¿Te atreves a adentrarte en Erkiaga?



Aventuras, explosiones, persecuciones en coche, troteos, malos muy malos, una chica guapa a la que salvar... y gatos que hablan. ¿Buscas una historia diferente? Zhilan es la novela que estabas esperando.

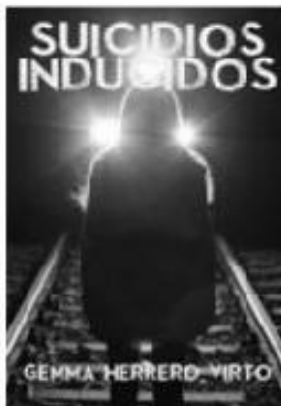
NOVELA POLICÍACA: SAGA CARONTE



BEST-SELLER EN AMAZON. MILES DE COPIAS VENDIDAS EN MÁS DE 60 PAÍSES.

Los cadáveres brutalmente mutilados de varias adolescentes aparecen abandonados en parajes apartados de Vizcaya. No hay pistas sobre el asesino, nadie sabe nada del misterioso asaltante y lo único que tienen en común todas las víctimas es que son jóvenes solitarias.

¿Quieres unirse al equipo de investigación que tratará de atrapar a Caronte, el asesino en serie que enamora a adolescentes tímidas y solitarias a través de Internet?



Una joven salta desde el Puente de la Salve tras recibir una llamada de móvil. Aunque en un primer momento el caso se cierra al considerarlo un suicidio, todas las almas saltan para la joven forense de la Ertzaintza Natalia Egaña cuando nuevas muertes van uniéndose a este primer misterio.

¿Qué hace que jóvenes aparentemente normales y felices corran hacia la muerte con una sonrisa en los labios?



¿Por qué el asesino deja los cadáveres de las víctimas en canteras abandonadas de Vizcaya y las coloca sobre una piedra con los brazos en cruz como si fueran una ofrenda en un altar? ¿Por qué cubre sus cuerpos con maquillaje blanco y quema sus caras y sus manos con ácido? ¿Qué significan las máscaras blancas sobre sus rostros y las extrañas inscripciones escritas en ellas?

Carlos, Natalia y Gus tendrán que descubrir el código del asesino y desentrañar el misterio que esconden los cadáveres blancos. Aventuras, pistas, caminos cerrados, perfiles psicológicos... Una trama trepidante que te atraparé desde la primera hasta la última página.

FANTASÍA

TRILOGÍA VIAJES A EILEAN



Luna es una estudiante normal, salvo por un pequeño detalle: es descendiente de una antigua estirpe de hechiceras. A pesar de esa increíble herencia, se siente incapaz de realizar el más mínimo hechizo.

Deneb es un noble nórdico del siglo XVI que fue condenado por la Inquisición. Resucitó como inmortal en un mundo paralelo llamado Eilean, en el que la fuerza de la magia es mucho mayor que en la Tierra. Desde entonces, su vida ha estado dedicada al estudio de la magia, sin que haya cabida para el romance.

Cuando Luna llegó a Eilean en busca de su tía desaparecida, sus caminos se cruzarán. ¿Podrá surgir el amor entre dos seres tan diferentes? ¿Será posible enamorarse cuando la existencia de todo un mundo depende de sus decisiones?

Una historia de magia y brujería, mundos paralelos, aventuras, romance... Sumérgete con Luna en un mundo de dragones e hipogrifos, elfos y dríadas, poderosos magos y peligrosos hechiceros. ¿Te atreves a acompañarla en su viaje a Eilean?

RELATOS



Trece sombras son trece relatos breves sobre personas que se sienten solas en situaciones extremas que les resultan demasiado grandes, al igual que sucede con la sombra que proyecta un objeto colocado frente a una vela.



Este libro no es un libro cualquiera. Reúne una serie de relatos, cada uno de los cuales es una puerta hacia ese otro mundo: fantasmas vengativos, espíritus que no encuentran descanso, oscuros y crueles demonios, monstruos que acechan en sueños... ¿Quieres descubrir qué es lo que se oculta detrás del velo?

NOVELA POSTAPOCALÍPTICA



¿Has imaginado alguna vez que los zombies puedan pensar, sentir, soñar... o querer venganza? ¿Quieres saber cómo se vive el apocalipsis desde el bando de los malditos?

[i] Sé que esta parte del libro está en primera presente y que, al estar contándoos Eric todo lo que le sucede, no está bien cortar con un fundido en negro, pero ya sabéis que Eric es muy tímido, así que vamos a dejarle un poquito de intimidad :-P

[ii] Caimán en inglés.

[iii] Centers for Disease Control and Prevention. Es una agencia del Departamento de Salud y Servicios Humanos de los Estados Unidos cuya responsabilidad a nivel nacional radica en el desarrollo y la aplicación de la prevención y control de enfermedades.

[iv] El cordón de plata es el vínculo virtual que une el cuerpo físico con el astral durante la realización de un viaje astral. Se representa como una especie de hilo plateado muy elástico que permite al cuerpo astral separarse del cuerpo físico. El carácter flexible de este cordón hace posible que el cuerpo astral tenga un movimiento ilimitado dentro del otro plano. Las leyendas dicen que, si este cordón se rompe durante la realización de un viaje, el retorno al cuerpo físico es imposible, por lo que la persona muere.

[v] El fragmento pertenece a la canción *Million reasons* de Lady Gaga.